¿TIENE PORVENIR EL SOCIALISMO?

Mario Bunge y Carlos Gabetta

COMPILADORES

eudeba

Mario Bunge y Carlos Gabetta
compiladores

¿Tiene porvenir el socialismo?

Portadilla
Legales
Prólogo
1.¿Existió el socialismo alguna vez, y tiene porvenir? - Mario Bunge
2. El socialismo democrático, ante una oportunidad y un desafío - Carlos Gabetta
3. *La necesidad del socialismo* - Josep Fontana
4. *Socialismo: ¿de dónde vino? ¿Qué quiso? ¿Qué logró? ¿Qué puede seguir queriendo y logrando?* - Antoni Domènech
5. *Salir del fiasco socio-liberal para revitalizar el socialismo* - Antonio Gutiérrez Vegara
6. *Viejos y nuevos debates del socialismo. Glosas críticas del pensamiento socialista* - Mariano Schuster
Sobre los autores

¿Tiene porvenir el socialismo?

Mario Bunge y Carlos Gabetta
Compiladores

¿Tiene porvenir el socialismo? /
. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba., 2014. -
(Lectores; 0)

E-Book.

ISBN 978-950-23-2249-0

1. Política Argentina .
CDD 320.82

EUDEBA
Universidad de Buenos Aires

Primera edición en formato digital: enero de 2014

© 2014, EUDEBA

Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
www.eudeba.com.ar

Diseño de interior y cubierta: *Alessandrini & Salzman*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-23-2249-0
Digitalización: Proyecto451

PRÓLOGO

El socialismo: ¿objetivo posible de la humanidad? ¿necesidad objetiva de la evolución histórica? ¿ensueño idealista, utopía?

Se trata de una vieja discusión, aún no resuelta. Pero la persistente crisis económica y financiera capitalista mundial; la descomposición política y social, la proliferación de focos de conflicto que hacen trastabillar a las democracias y amenazan la paz en el mundo; el agotamiento de los recursos naturales y/o su contaminación, vuelven a poner el tema del socialismo sobre el tapete.

Todo parece indicar que vivimos un fin de época: la transición entre una forma de producir, intercambiar y repartir; una cultura en suma, que da signos de haber agotado su ciclo histórico, y otra cultura que asoma, pero debe concretar su forma, desarrollarse. El desarrollo capitalista ha alcanzado el nivel de producción de bienes que hacen posible un mundo de paz, libertad, igualdad y progreso. Pero el modo de reparto, la distribución capitalista, lo impide, generando problemas y conflictos cada vez más graves. En estos tiempos, la encrucijada para la humanidad es así entre el caos o el hallazgo de nuevas formas de producción, intercambio, consumo y distribución; de una cultura que deje atrás la capitalista.

Fracasada en la Unión Soviética la experiencia de socialismo autoritario, el capitalismo devino planetario. Los reiterados fracasos del liberalismo y el populismo ante su crisis, ahora instalada en los países desarrollados, el corazón del sistema, parecen despejar el camino de la alternativa socialista.

Pero además de una teoría, el socialismo tiene una historia política concreta de éxitos y fracasos. Ante esta oportunidad histórica, el debate torna, pues, a abrirse. Los compiladores han procurado variedad de matices teóricos y experiencias concretas, aspirando a que el libro potencie el debate entre estudiosos de lo social y aquellos ciudadanos que no se aferran a recetas que el tiempo y el uso han puesto en cuestión. Los trabajos de este libro intentan ser un aporte a esas discusiones y a la elaboración de una propuesta socialista democrática.

1.

¿EXISTIÓ EL SOCIALISMO ALGUNA VEZ, Y TIENE PORVENIR?

MARIO BUNGE

En 1989 fue derribado el Muro de Berlín, que simbolizaba la moribunda dictadura comunista. Veinte años después se desplomó Wall Street, cúpula y símbolo del capitalismo desenfrenado. Curiosamente, los sismógrafos socialistas no registraron ninguno de ambos terremotos. No aprovecharon 1989 para buscar los motivos del fracaso del llamado "socialismo realmente existente", y casi todos ellos se sumaron al coro antisocialista. Los socialistas tampoco están aprovechando la crisis económica iniciada en el 2008 para averiguar si el fracaso del capitalismo es coyuntural o estructural: si el mal llamado mercado libre es reparable con un parche keynesiano, o habrá que reemplazarlo por un sistema más racional, justo y sostenible.

¿A qué se debe el silencio de los socialistas en medio del estrépito de esos dos grandes derrumbes? ¿Habrán perdido los ideales? ¿Sólo les interesará la próxima elección? ¿Ya no se interesan por lo que ocurra fuera de sus fronteras nacionales? ¿O han perdido lo que Fernando VII llamaba "el funesto hábito de pensar", ya porque han subido al poder y se han acostumbrado a administrar una sociedad capitalista con Estado benefactor, ya porque siguen en el llano y han perdido la esperanza de reformar la sociedad? No tengo respuestas a estas preguntas, que exigen investigaciones empíricas que soy incapaz de emprender.

Por ser filósofo, me limitaré a describir y analizar los grandes rasgos de la familia de filosofías políticas que agrupamos bajo el rubro "socialismo", y que de hecho van desde un liberalismo ilustrado hasta un igualitarismo autoritario (lo que, desde luego, es contradictorio y por tanto imposible). Espero que otros, más competentes que yo, documenten en detalle las ideas y las acciones de los socialistas de distintos pelajes. Concentraré la atención en lo que me parece esencial.

Mi intención no es historiográfica sino filosófica y política: me interesa destacar la *gran variedad de la familia socialista*, a fin de ver qué queda vigente de ella, y qué habría que agregarle o quitarle a la tradición socialista para que

pueda servir como altenativa al capitalismo en crisis.

1. Definición de “socialismo”

Adoptaré una definición de “socialismo” que creo congruente con todas las corrientes de izquierda. En una sociedad auténticamente socialista, los bienes y las cargas, los derechos y los deberes se distribuyen equitativamente. En otras palabras, el socialismo realiza el ideal de la justicia social.

Este ideal se justifica tanto ética como científicamente. En efecto, la igualdad social pone en práctica el principio de equidad o justicia; contribuye poderosamente a la cohesión social y es fisiológicamente beneficiosa, como lo sugieren experimentos recientes, que muestran que la exclusión causa estrés, el que a su vez debilita el sistema inmunitario al punto de enfermar o aun matar (Kemeny, 2009).

Sin embargo, hay dos maneras de entender la justicia o igualdad social: literal y calificada, o mediocrática y meritocrática. La igualdad literal descarta el mérito, mientras que la calificada lo exalta sin conferirle privilegios. El socialismo que involucra la igualdad literal nivela por abajo: en él, como dijo Discépolo en su tango *Cambalach*e, un burro es igual a un profesor (Obviamente el ilustre tanguista no se refería al socialismo sino a la sociedad argentina de su tiempo). Por el contrario, el socialismo que involucra la igualdad calificada es meritocrático: fomenta el que cada cual realice su potencial y, a la hora de asignar responsabilidades, da prioridad a la competencia. Desprecia la chapucería y aprecia el valor social y moral del trabajo, que ensalzara Karl Marx.

El socialismo meritocrático practica la divisa propuesta por Louis Blanc en 1839: *A cada cual conforme a sus necesidades, y de cada cual según sus capacidades*. Blanc llamó *proporcionalidad* a esta forma de igualitarismo calificado o meritocrático. Esa fórmula se complementa con la divisa de la Primera Internacional Socialista que fundara Marx en 1864: *Ni deberes sin derechos, ni derechos sin deberes.*

En cualquiera de sus versiones, el igualitarismo implica la igualdad económica, y a su vez esta implica una limitación drástica de la propiedad privada de los medios de producción, intercambio y financiación. En otras palabras, el socialismo incluye la socialización de dichos medios, que no hay que confundir con su estatización.

Las diferencias entre las distintas formas de socialismo aparecen cuando se pregunta si el socialismo se limita a la esfera económica, y en qué consiste la llamada socialización. El socialismo economicista se limita a la justicia social, mientras que el socialismo amplio abarca a todas las esferas sociales. También hay socialismo autoritario o desde arriba, y socialismo democrático o desde

abajo.

Yo argüiré en favor de la socialización de todas las esferas. En otras palabras, romperé una lanza por lo que llamo *democracia integral*: ambiental, biológica, económica, política y cultural. Sostendré que la democracia parcial, aunque posible, no es plena, justa ni sostenible. En particular, la democracia política no puede ser plena mientras haya individuos que puedan comprar votos, puestos públicos e incluso leyes (como suelen hacerlo los 4.500 *lobbyists*, o procuradores, registrados en Washington); la democracia económica no es plena bajo una dictadura que imponga el gobierno sin consulta popular; la democracia cultural no es plena mientras el acceso a la cultura se limite a los privilegiados económicos o políticos; la democracia biológica no será plena mientras los hombres no compartan las tareas domésticas con sus mujeres; y la democracia ambiental no se cumplirá mientras haya empresas, ya sean privadas, cooperativas o estatales, que extraigan recursos naturales o los contaminen con toda libertad. En síntesis, el ideal sería combinar democracia con socialismo. Esta combinación podría llamarse *democracia socialista*, a distinguir de la socialdemocracia o socialismo débil, que de hecho no es sino capitalismo con red de seguridad, también llamado socialismo estatal o de arriba.

En suma, tanto la democracia como el socialismo son totales o no son auténticos. La democracia socialista total sólo existió y subsiste en tribus primitivas. La cuestión es saber si es posible construirla sin renunciar a la modernidad y, en particular, sin romper las máquinas ni abandonar la racionalidad. Pero antes de abordar este problema convendrá echar un vistazo a los socialismos del pasado y del presente. Para facilitar la lectura del lector apurado dividiré el pasado en dos períodos: anteayer y ayer.

2. Anteayer: Emancipación y Dictadura

2.1. Los Precursores: el Socialismo Utópico

El socialismo nació en los cerebros de algunos intelectuales del Renacimiento, en particular Thomas More, el creador de *Utopía* (1516), y Tommaso Campanella, el autor de *La ciudad del sol* (1623). Es verdad que les precedió Platón con su *República*, pero éste imaginaba una sociedad autoritaria, mientras que las sociedades imaginadas por More y Campanella eran libres e igualitarias.

De hecho las utopías de More y Campanella se destacaron entre las centenares que se imaginaron cuando se difundieron nuevas sobre los pueblos "descubiertos" por los grandes exploradores y geógrafos europeos del siglo XVI. Esas noticias sorprendentes, particularmente la referente a la propiedad común entre los llamados salvajes, desataron la imaginación social europea, hasta

entonces limitada por la ignorancia de sociedades distintas y por el acatamiento a la autoridad feudal y eclesiástica.

Las numerosas utopías socialistas del Renacimiento y de los albores de la Edad Moderna no tuvieron impacto político. El primer político utopista parece haber sido Gracchus Babeuf, ejecutado en 1797 por la dictadura jacobina, por el delito de encabezar la Conjuración de los Iguales. Babeuf fue quizá el primer comunista totalitario: imaginó una sociedad sin propiedad privada, en la que la vida estaba rígidamente regimentada, y a nadie se le permitía sobresalir, ni siquiera en conocimientos. Un siglo y medio después, el régimen genocida Khmer Rouge, encabezado por Pol Pot y asistido por el gobierno de Richard Nixon, pondría en práctica en Cambodia el programa de Babeuf, contribuyendo al descrédito del socialismo. En efecto, la principal consigna de este régimen bárbaro era "Cortar toda cabeza que sobresalga".

Durante la primera mitad del siglo XIX florecieron en Francia e Inglaterra los llamados socialistas utópicos. Friedrich Engels (1986 [1881]) destacó en particular a Charles Fourier, Henri de Saint Simon, y Robert Owen. El falansterio, la utopía imaginada por Fourier, era una pequeña sociedad igualitaria en la que cada cual tenía su puesto fijo, con tareas predeterminadas: la de Fourier era una sociedad tan totalitaria como la sociedad teocrática a la que aspiraban los dirigentes de las religiones monoteístas y el hinduismo. Era lo que Karl Popper llamó una *sociedad cerrada*: sin libertad y por lo tanto sin posibilidad de progresar, ya que las ideas originales nacen en cerebros privilegiados.

Fourier tuvo partidarios en toda Francia. Se reunían en pequeñas sociedades semiclandestinas vigiladas por la policía, y se peleaban con otros grupos socialistas, como los cabetistas, icarianos, mutualistas y babeuvistas. En su novela *El paraíso en la otra esquina* (2003), Mario Vargas Llosa narra las andanzas de Flora Tristán, su extraordinaria compatriota, entre esas sectas. También nos cuenta que el ingenuo Fourier publicaba anuncios en los periódicos, en los que invitaba a filántropos a visitarlo para tratar la modalidad de sus donaciones a su causa del socialismo desde arriba. Dicho sea de pasada, Vargas Llosa confunde el socialismo con la aspiración al paraíso, lugar donde nadie trabaja. Lejos de pretender abolir el trabajo, los socialistas pretenden abolir la desocupación.

Contrariamente a la afirmación de Engels (repetida por Lenin), Henri de Saint Simon, el conde revolucionario que renunció a su título de nobleza, no fue socialista sino el primer tecnócrata. En efecto, defendió la propiedad privada y se limitó a planear la organización del trabajo y la economía, por lo que tuvo discípulos como los empresarios Péreire, rivales de los Rothschild, y el ingeniero Ferdinand de Lesseps, famoso por diseñar el canal de Suez. Por esto extraña el que Friedrich Engels lo haya tildado de socialista.

El caso del galés Robert Owen fue muy distinto: no fue un soñador o

proyectista, como lo pintó Engels, sino un hombre de acción. Industrial textil exitoso, Owen reformó su fábrica en New Lanark, Escocia, mejorando considerablemente las condiciones de trabajo. También predicó con inteligencia y elocuencia el socialismo, el cooperativismo y el ateísmo. Pero se lo recuerda sobre todo por haber fundado la primera comuna, ubicada en los Estados Unidos. Esta quebró al cabo de dos años, al parecer porque muchos de sus miembros eran entusiastas carentes de competencia técnica, mientras que otros eran pillos. Aunque los enemigos del socialismo usaron este fracaso como prueba de la imposibilidad de la empresa cooperativa, puede argüirse que sólo prueba que el empresariado no es para aficionados. En todo caso, Owen no fue un utopista más, sino un socialista práctico.

En resumen, el orden social establecido no fue siempre aceptado por todos, sino que fue criticado por ser inequitativo, y ello no sólo por los precursores del socialismo moderno, sino también por el primer apólogo y teórico del capitalismo industrial. En efecto, en su libro fundacional y monumental, Adam Smith (1976 [1776]:2, 232) admitió que "la afluencia de los pocos supone la indigencia de los más", y llegó a estimar que cada rico es sostenido por el trabajo de unos 500 pobres. En el siglo siguiente John Stuart Mill (1965), quien pasa por ser liberal, criticó el capitalismo por injusto y propuso el socialismo cooperativista y democrático. Y casi un siglo después, John Maynard Keynes (1973:372), otro gran renovador de la teoría económica, deploró tanto la desocupación como "la distribución arbitraria e inequitativa de la riqueza y de los ingresos".

Los casos de Smith, Mill y Keynes muestran que no es preciso ser socialista ni anarquista para advertir la injusticia inherente al capitalismo. Basta visitar las *boutiques* de la 5ta. Avenida de Nueva York, que en plena crisis venden trajes de vicuña a 45.000 dólares, para admitir que el capita-lismo es un lujo que sólo los muy ricos pueden permitirse.

2.2. El Cooperativismo

Al mismo tiempo que Fourier y otros utopistas diseñaban comunas imposibles, gentes prácticas organizaban cooperativas y sociedades de socorros mutuos. Las cooperativas son empresas poseídas y administradas por sus trabajadores.

Las primeras cooperativas modernas emergieron en Inglaterra junto con los ferrocarriles, y casi todas se dedicaron al comercio al menudeo o al crédito para la adquisición de la vivienda propia. El Movimiento Cooperativista, dedicado a promover las cooperativas, nació en Rochdale, cerca de Manchester, en 1844. Sus principios, puestos al día en 1995, fueron adoptados por la Alianza Cooperativa Internacional, que agrupa a centenares de cooperativas de todo el mundo ica@ica.coop.

El cooperativismo es socialismo en acción, aunque esta acción está

estrictamente limitada por el marco socio-económico-jurídico de la sociedad. Si la sociedad es capitalista, la cooperativa es poco más que un remanso en un río, ya que sólo afecta significativamente a sus miembros y sus familias y no puede competir con los sectores oligopolistas de la economía capitalista. En efecto, no hay cooperativas importantes en las industrias del petróleo, acero, armamento, vehículos, aerospacial, alimentos secos, cerveza, tabaco y televisión. Suiza es el único país en el que prosperan dos grandes cadenas cooperativas de supermercados y sólo Alemania, Francia y Canadá tienen grandes bancos cooperativos. Con todo, las 300 mayores cooperativas del mundo tienen una cifra anual de ventas de más de un millón de millones (1012) de dólares (Cronan, 2006). El equivalente del PIB (valor añadido) del Canadá y algo más que el "paquete de estímulo" al sector privado del gobierno del Presidente Obama (en rigor, no es correcto comparar cifra de venta con valor agregado o PIB, pero da una idea de tamaño).

Además de esta limitación externa está la auto-impuesta: es excepcional la cooperativa que produzca o circule bienes culturales, como libros, y no hay cooperativas que participen en política (en Buenos Aires, hace un siglo, José Ingenieros, Manuel Gálvez y otros organizaron una cooperativa editorial que publicó muchos libros, pero se disolvió luego por divergencias ideológicas). Por estos motivos el cooperativismo ha atraído a los socialistas del ala reformista, o socialdemócratas.

Los socialistas revolucionarios, que aspiran a un cambio social total y súbito, han rechazado el cooperativismo por el mismo motivo. En particular, Marx y Engels creían que el cooperativismo, y en general el reformismo, no era sino una distracción en la marcha revolucionaria hacia el socialismo. Además, el cooperativismo era ensalzado por los anarquistas, competidores de los socialistas.

Cuando alcanzaron el poder, los socialistas autoritarios, o marxistas, sometieron las cooperativas al control del Estado, lo que subvirtió el principio cooperativista de autogobierno. En efecto, los *koljoses* soviéticos fueron cooperativas sólo de nombre. Las cooperativas yugoslavas, auténticas y prósperas durante varios decenios, terminaron por ser manipuladas y arruinadas por los políticos de la clique nacionalista y autoritaria de Slobodan Milosevich. Los ejidos mexicanos tuvieron una historia parecida antes de ser privatizados por el gobierno derechista y corrupto de Carlos Salinas: algunos de ellos prosperaron mientras se gobernaron a sí mismos, pero otros fueron víctimas del partido gobernante o del banco fundado para ayudarlos (Restrepo y Eckstein, 1979).

Dejaremos para el final la cuestión de si la cooperativa puede ser el embrión de la economía de una sociedad socialista. Nos limitaremos a dos antecedentes teóricos importantes y sin embargo olvidados: Louis Blanc y John Stuart Mill. En 1839 Louis Blanc, el historiador y militante socialista francés (aunque nacido en Madrid), publicó su libro *L'organisation du travail*, una defensa elocuente de la

organización cooperativa de la producción. Este libro, impreso por una cooperativa, tuvo gran difusión y fue reeditado varias veces.

Blanc arguyó con gran claridad que, aun cuando los obreros de los "talleres sociales" (cooperativas de producción) trabajasen solamente siete horas diarias (o sea, la mitad de lo usual en esa época), los beneficios para sí mismos y para la sociedad serían inmensos, porque trabajarían con entusiasmo, y planearían el trabajo para evitar el exceso de producción y la competencia ruinosa.

Nueve años después, e independientemente de Blanc, el economista y filósofo John Stuart Mill expresó su esperanza de que el régimen de la propiedad privada, al que consideraba injusto, fuese eventualmente reemplazado por un régimen de propiedad colectiva o cooperativa. Mill escribió eso en sus *Principles of Political Economy* (1965 [1848]), uno de los tratados de economía más respetados y difundidos de su tiempo (¡Qué diferencia con los panegiristas actuales del capitalismo sin trabas, quienes sostienen, sin pruebas, que la libertad de empresa genera riqueza universal!). Pero, mientras Blanc preconizó una economía planeada y sin competencia, Mill alabó el mercado y el librecambio, de modo que fue un precursor de lo que hoy se llama socialismo de mercado.

La empresa cooperativa es más que una invención social: es un ideal social y psicológico, el de construir una *sociedad de socios*. La cooperación en algunos respectos es tan indispensable para formar y mantener sistemas sociales, desde la familia hasta la comunidad internacional, como la competencia lo es para lograr y sostener la autonomía individual. El altruista es premiado por la estima de sus conocidos, mientras que el egoísta es castigado con el ostracismo. Y hay más: investigaciones recientes muestran que dar causa más placer que recibir, y que la exclusión social puede dañar tanto a la salud como el provocado por estímulos físicos (Lieberman y Eisenberger, 2006). El coooperativismo tiene, pues, sólidas bases sociológicas y psicobiológicas.

Ni los socialistas utópicos ni los cooperativistas se interesaron por la política. El gran movimiento democrático, que incorporó gradualmente a las masas desde la Revolución Francesa de 1789, les pasó de largo.

3. Ayer: De la Oposición al Poder

3.1. Las dos Internacionales Socialistas

La Asociación Internacional de Trabajadores, o Primera Internacional, fundada por Marx en 1864, estaba constituida por sindicatos y asociaciones socialistas y anarquistas de varios países europeos, en particular Alemania, Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Italia y Suiza. Dicha organización estuvo representada incluso en Argentina (Tarcus, 2007). Llegó a agrupar entre 5 y 8 millones de socios, lo

que es mucho para una asociación internacional recién nacida, y perseguida en muchos países.

La Primera Internacional no logró hacer nada importante, y esto por dos motivos: porque se mantuvo al margen de la política y porque desde su nacimiento estuvo dividida en dos facciones irreconciliables. Estas eran la socialista, encabezada por los intelectuales alemanes Marx y Lassalle, y la anarquista, dirigida por el revolucionario ruso Mijail Bakunin. La primera Internacional se disolvió voluntariamente en 1876.

Pero el socialismo se fue haciendo cada vez más popular, tanto en el movimiento sindical como en el campo político. Se organizaron partidos socialistas en varios países. El más poderoso de ellos fue el partido socialista alemán. En su Congreso fundacional de Gotha, celebrado en 1875, los delegados estaban divididos en dos facciones: la reformista o democrática, encabezada por el jurista alemán Ferdinand Lassalle, y la revolucionaria y autoritaria, inspirada por su compatriota, el famoso economista Karl Marx.

El Congreso de Gotha aprobó el programa moderado inspirado por Lassalle, y fue duramente criticado por Marx (1986 [1875]). La principal crítica de Marx estaba dirigida a la democracia política: Marx defendió la "dictadura revolucionaria del proletariado". Obviamente, no advirtió que donde hay dictadura no hay igualdad. Esta contradicción fue el pecado original del socialismo marxista, que una generación después inspiró a la facción bolchevique encabezada por Lenin.

Tampoco la facción democrática de Lassalle era inocente: su odio a la burguesía industrial le llevó a forjar una alianza más o menos tácita con la oligarquía terrateniente y su dirigente máximo, el conde Otto von Bismarck, apodado el Canciller de Hierro. Este, asustado por la Comuna de París (1871), inspiró la legislación que puso al socialismo fuera de la ley, pese a que sentía gran estima y simpatía por Lassalle. Curiosamente, esa alianza más o menos tácita de socialistas con conservadores, fundada en su hostilidad a la burguesía industrial, también se dio en Argentina.

3.2. La socialdemocracia mansa

Los partidos socialistas democráticos crecieron exponencialmente entre 1880 y 1914, especialmente en Alemania, Francia, Gran Bretaña, Bélgica e Italia. En todos estos países los socialistas lograron fuertes representaciones parlamentarias y poseyeron edificios, periódicos y editoriales propios; además, contribuyeron a fundar y administrar cooperativas de consumo y de crédito. Se volvieron opositores leales al orden establecido.

Los parlamentarios socialistas propusieron un sin número de leyes tendientes a mejorar la situación de las clases trabajadoras. Algunas de esas propuestas se convirtieron en leyes, siempre con el apoyo de parlamentarios de otros partidos.

Es así cómo, poco a poco, se fue construyendo el Estado benefactor, o socialismo estatal.

Los grandes partidos socialistas de hace un siglo se gobernaban por oligarquías que se eternizaban en el poder. Tan es así, que el politólogo Robert Michels enunció su presunta "ley de hierro de la oligarquía" estudiando la organización del partido socialdemócrata alemán. Esta respetabilidad de los partidos socialistas se consiguió renunciando tácitamente a ideales específicamente socialistas. Por ejemplo, la consigna del Partido Socialista Argentino a comienzos del siglo XX no era siquiera "Libertad, Igualdad, Fraternidad", sino "El partido del sufragio universal". Y en Italia se confió la dirección de *Avanti*, el diario del partido, a Benito Mussolini, un matón converso del anarquismo. Pero siempre hubo socialistas que arriesgaron su libertad y su vida por sus ideales. Baste recordar a Jean Jaurès, el líder del socialismo francés, asesinado por advertir contra el inminente peligro de la guerra que estalló días después; a Karl Liebknecht, parlamentario asesinado por militar en la izquierda socialista; y a Giacomo Matteotti, el dirigente del socialismo italiano, asesinado por denunciar vehementemente a la naciente dictadura fascista. Juan B. Justo, el fundador del socialismo argentino, recibió un balazo que lo dejó baldado el resto de su vida.

Cuando estalló la I Guerra Mundial, los socialistas europeos se vieron ante la disyuntiva patria/socialismo. La mayoría optó por la patria. Solamente los bolcheviques y unos pocos socialistas alemanes se opusieron a la guerra. La postura de los socialistas franceses y belgas era difícil, porque Francia y Bélgica habían sido agredidas por las potencias centrales, y el socialismo no manda agachar la cabeza ante el agresor. En cambio, el apoyo de los socialdemócratas alemanes y austriacos a sus respectivos gobiernos fue una claudicación.

Poco antes de terminar la I Guerra Mundial, Max Weber (1918), el eminente sociólogo liberal, viajó a Viena para hablar ante el Estado Mayor del ejército austro-húngaro. Los militares querían saber si los socialdemócratas austríacos tenían alguna chance de subir al poder, y si había razón para temerlos. Aunque crítico del socialismo, Weber los tranquilizó: les aseguró que los socialdemócratas no pondrían en peligro el orden establecido. Los hechos le dieron la razón.

Al terminar la guerra, el partido socialdemócrata alemán fue invitado cortésmente a tomar el poder. Harold Laski (1935:290-294), el gran teórico del laborismo británico, fustigó duramente a los dirigentes del partido socialista alemán de 1918. Los acusó de haber concluido acuerdos secretos con las fuerzas del viejo orden, y de dejar a los grandes magnates industriales al frente del poder económico. Además, persiguieron con saña a la izquierda de su propio partido, mientras perdonaron a los golpistas de la vieja derecha conservadora y militarista.

En resumen, entre 1918 y 1933, la socialdemocracia alemana canjeó el socialismo por el poder. Los comunistas reaccionaron acusándolos de

"socialfascistas", impidiendo así la formación de un frente común contra el fascismo. El gobierno francés encabezado por el socialista Léon Blum se negó a venderle armas al gobierno español acosado por el fascismo. Y los laboristas británicos enmudecieron. Las tres grandes alas de la izquierda europea rivalizaron así en estupidez. El único de los partidos socialistas que combatió al fascismo en forma consecuente fue el español.

4. ¿Fracaso?

4.1. El socialismo estatista y terrorista

En febrero de 1917 la autocracia zarista fue derrocada por una coalición encabezada por los socialdemócratas liderados por Alexander Kerensky. Poco después este gobierno fue a su vez derrocado por los bolcheviques. Muchos años después, Kerensky explicó el motivo de su fracaso: prosiguió la impopular guerra con las potencias centrales, mientras que sus sucesores hicieron la paz por separado. En este punto Lenin y los suyos tuvieron razón desde el comienzo: la guerra era un conflicto entre potencias imperialistas, y por lo tanto los socialistas debían oponerse a ella en lugar de apoyarla.

El régimen sedicente comunista duró de 1917 a 1991. Que yo sepa, aun no se ha hecho un balance objetivo del mismo. Es decir, conocemos sus fracasos y sus crímenes, pero la mayoría de los analistas políticos ocultan sus triunfos, lo que les impide entender la popularidad del régimen. Baste recordar los siguientes logros: Primero, el régimen soviético transformó una sociedad semifeudal en una de las mayores potencias industriales del mundo; Segundo, llevó la cultura moderna a las masas; Tercero, disminuyó las desigualdades de ingreso, al punto que su índice de Gini bajó a 0,25, que es el nivel actual en Dinamarca y Japón; Cuarto, el Ejército Rojo mereció la gratitud de todo el mundo por haber derrotado al ejército nazi. En resumen, la nación progresó enormemente bajo la dictadura comunista en casi todos los frentes. Esto es tan indudable como el que, lejos de progresar políticamente, los ciudadanos de la nación más extensa del mundo cambiaron el collar zarista por un collar totalitario.

4.2. ¿Qué fracasó y por qué?

¿A qué se debió el súbito colapso del régimen comunista, que nadie había predicho? Creo que se debió a un gran número de causas, que señalé en mi libro *Las ciencias sociales en discusión.* Hubo causas externas e internas. La principal causa externa fue la Guerra Fría, que mermó considerablemente los recursos económicos de la URSS y desacreditó al gobierno.

En cuanto a las causas internas del colapso, aquí me limitaré a recordar las siguientes:

1.- *Causas políticas*, como la dictadura, que enajena al pueblo, ya que todo el poder, lejos de socializarse, se concentró en la elite. Bajo una dictadura la mayoría de los ciudadanos se vuelven temerosos e indiferentes a la suerte del bien común.
2.- *Causas económicas*, como la concentración excesiva de la planificación y la dirección en manos de una burocracia tan indiferente como tiránica e ignorante de los problemas locales, los que sólo el conocimiento local puede resolver.
3.- *Causas culturales*, como el aislamiento del resto del mundo y la ausencia de libertad de creación y crítica, así como el cinismo que reemplazó al entusiasmo inicial por los ideales socialistas.

En resumen, el régimen sedicente comunista falló por no ser auténticamente socialista: porque, lejos de socializar la economía, la política y la cultura, las estatizó y a su vez sometió el Estado a la dictadura del partido. Un vez más: no puede haber socialismo auténtico, o sea, igualdad, allí donde el poder económico, político y cultural está concentrado en manos de una pequeña minoría.

Las reformas instigadas por Mikhail Gorbachov fueron bien intencionadas pero llegaron demasiado tarde y no fueron suficientemente radicales: el poder siguió estando en manos del partido y a nadie se le ocurrió esbozar un proyecto nacional de renovación, en todos los terrenos, que invitase a todos a participar en su ejecución. En particular, los medios de producción siguieron en manos del Estado en lugar de distribuirse en cooperativas; el Estado siguió identificado con el partido y no se actualizó la ideología marxista-leninista; no se fomentó el estudio científico de los problemas sociales y, sobre todo, no se promovió una amplia discusión, dentro y fuera del partido, de los valores sociales y de los medios para realizarlos: la *perestroika* vino de arriba, mientras que en el socialismo auténtico no hay arriba ni abajo, excepto en materia de talento.

En resumen, no puede afirmarse que el socialismo fracasó, ya que nunca se lo ensayó, ni en el Imperio Soviético ni en ninguna otra parte. Lo que fracasó en la URSS fue el socialismo autoritario, esa imposible tentativa de imponer la igualdad a palos.

5. Hoy: Estado benefactor y Electoralismo

5.1. Socialismo Estatal, o Capitalismo con Red de Seguridad

No hay duda de que las sociedades contemporáneas más avanzadas son aquéllas en las que reina el llamado Estado benefactor, que combina el capitalismo y la democracia política con amplios servicios sociales prestados por

la maquinaria estatal (Berman, 2006; Nun, 2000; Pontusson, 2005; Sachs, 2006). Algunos ejemplos: las naciones escandinavas, Holanda, Bélgica, Francia e Italia. Estos, junto con Japón, son los países con mayor índice de desarrollo humano, el que mide la calidad de vida de las personas: su bienestar económico, estado de salud, y nivel de conocimientos (UNDP, 2006). Este índice es preferible al Producto Bruto Interno *per capita*, aunque es criticable porque no involucra la igualdad ni la sostenibilidad, variables que se pueden incluir (Bunge, 2009).

Aunque este orden socioeconómico suele llamarse *socialista*, de hecho no lo es, porque no involucra la socialización de la riqueza. El nombre alternativo, *estado asistencial*, o *welfare capitalism*, es más adecuado, ya que combina el capitalismo con la beneficencia. Otro tanto vale para el "socialismo bolivariano". No habrá socialismo mientras perduren desigualdades sociales notables. Esto no implica menoscabar los éxitos de los gobiernos socialdemócratas europeos, como la sociedad sueca y el servicio nacional de la salud de Gran Bretaña.

En todos los casos en que se ha hablado de gobiernos socialistas, se ha tratado del socialismo estatal. Irónicamente, éste fue proclamado 1881 en Alemania por el propio Emperador, a instancias del estadista conservador Conde Otto von Bismarck, a fin de restarle fuerza al partido socialista alemán (Kirkup, 1892:274ss). La legislación social en Gran Bretaña nació durante el gobierno conservador de Benjamin Disraeli y fue reforzada al descubrirse, en 1899, que los jóvenes británicos sufrían tan mala salud, que eran inaptos para servir en el ejército (Gilbert, 1966:89). Cualquier conservador que no sea norteamericano entiende que, para mantener un imperio, se necesitan soldados aptos.

Irónicamente, el éxito del socialismo estatal, apoyado y a veces fundado por los socialdemócratas, ha sido uno de los dos factores de la decadencia de los partidos de izquierda, tanto comunistas como socialistas. El otro factor ha sido la televisión. ¿Para qué salir a la calle a protestar, y exponerse a un cachiporrazo policial, si ya se dispone de lo indispensable para sobrevivir y, al mismo tiempo, se corre el peligro de perder un episodio de la serie televisiva a la que uno se ha hecho adicto? Pero esta pasividad es un grave error, porque favorece a los partidos reaccionarios, que hacen lo posible por desmantelar el Estado benefactor. Más aun, éste ya empezó a decaer, incluso en las naciones más prósperas (OECD, 2008).

5.2. Electoralismo

Los partidos socialistas en el poder se han vuelto administradores del Estado benefactor. Con el apoyo de los sindicatos, han contribuido a mejorar los servicios sociales y a elevar considerablemente el número y nivel de escuelas y universidades. Por lo demás, no han tocado la pieza clave del capitalismo: la propiedad privada de los medios de producción, intercambio y finanzas. Ocasionalmente han ayudado a los peores enemigos del progreso social, como

cuando el primer ministro laborista, Tony Blair, se convirtió en el perrito faldero del Presidente George Bush y arrastró a su país a una guerra ilegal.

O sea, los socialistas del último siglo han hecho el capitalismo más sufrible, pero han renunciado al ideal de justicia social por el que habían combatido los socialistas del siglo XIX (Lindemann, 1983:351ss). Su meta actual es mucho más modesta: ganar las próximas elecciones.

Esta política puede dar resultados a muy corto plazo, a saber, hasta las próximas elecciones. Pero es suicida a largo plazo porque, cuando disminuyen las diferencias entre los partidos, el electorado pierde interés: no solamente la gente ya no milita desinteresadamente en el movimiento, sino que ni siquiera se molesta por votar. Además, todos, dirigentes y masas, olvidan lo que significa 'sociedad socialista', a saber, sociedad sin clases. Este olvido es tal, que John Mayor, el sucesor de Margaret Thatcher, declaró impunemente que Gran Bretaña era una sociedad sin clases.

Es hora de que los partidos socialistas, si quieren conservar su nombre, repiensen el ideario socialista: que lo pongan al día a la luz de las ciencias sociales y de la crisis actual. Esta crisis es motivo de vergüenza para los defensores de la política de *laissez-faire*, como el ex-superbanquero Alan Greenspan, pero es una oportunidad para los socialistas de todo pelaje: es la oportunidad para denunciar la injusticia e insostenibilidad del capitalismo desbridado. También es una oportunidad para explorar la posibilidad de un orden más justo y sostenible. Si semejante cambio disminuyera su caudal electoral, paciencia: la autenticidad cuesta.

6. Mañana

6.1. Propiedad Colectiva

Para evaluar la posibilidad política del socialismo, empecemos por recordar la diferencia entre la esfera pública y la privada en una sociedad cualquiera. Privado es aquello que sólo atañe al individuo y su familia: cosas, como vivienda, moblaje, enseres domésticos y biblioteca; y actividades, como comer, descansar, jugar, criar niños, e interactuar con amigos. Público es aquello que es compartible con otros: cosas, tales como calles, parques, escuelas, hospitales, museos, templos y propiedades del Estado; y actividades, como aprender, trabajar, comerciar, y actuar en política o en ONGs.

Los totalitarios, tanto de izquierda como de derecha, soñaron una sociedad en la que no hubiera sino una esfera, la pública: una sociedad en la que los individuos no fueran dueños de nada, ni siquiera de sí mismos, e hicieran solamente lo que les permitiera el gobierno. Los socialistas democráticos, en

cambio, respetan la esfera privada tanto como los liberales, aunque difieren de estos en lo que respecta a la propiedad de los recursos naturales y de las grandes empresas. En efecto, los socialistas democráticos procuran la socialización de cuanto esté fuera de la esfera privada. O sea, respetan la libertad en la esfera privada al mismo tiempo que la limitan en la pública. Lo que no podría ser de otra manera, ya que la democracia implica la libertad, aunque no a la inversa, como lo muestra el caso de los neoliberales que transaron con las dictaduras fascistas en aras del mercado libre.

Bajo el socialismo auténtico, mi cepillo de dientes seguirá siendo exclusivamente mío, pero tu derecho a tu fábrica de cepillos de dientes será cuestionado: la conservarás si es una empresa familiar, pero si emplea a otros, los socialistas procurarán que se convierta en una empresa cooperativa poseída y administrada por sus trabajadores. En cambio, la tierra y el agua no serán privados ni de cooperativa alguna, sino bienes públicos administrados por el Estado, el que podrá arrendarlos a personas o a cooperativas, como lo habían propuesto hace un siglo los seguidores de Henry George.

Tanto los marxistas como los fundamentalistas del mercado (como los llama el financista George Soros) sostienen que las cooperativas no pueden sobrevivir en un medio capitalista, en el que las grandes empresas cuentan con la ayuda de los bancos y del Estado; pueden producir en gran escala a precios bajos gracias al uso de técnicas avanzadas y pueden explotar a sus empleados, particularmente si estos no se unen en sindicatos combativos. Esta es una proposición empírica, y por lo tanto se sostiene o cae al confrontársela con la realidad.

¿Qué nos dicen los hechos? Que el cooperativismo ha triunfado en pequeña escala en algunos países, y fracasado en otros. Por ejemplo, en Gran Bretaña ya queda poco del pujante movimiento cooperativo nacido en Rochdale en 1844. En cambio, florecen cooperativas de varios tipos y tamaños en países tan diversos como Argentina, Brasil, España, Francia, los Estados Unidos, India, Italia, Suecia y Suiza. Por ejemplo, son innegables los éxitos alcanzados por la Lega delle Cooperative e Mutue, fundada en 1886 y que incluye a unas 15.000 cooperativas italianas, un décimo del total (Earle, 1986). Otro ejemplo notable es Mondragón Corporación Cooperativa (2006), un conglomerado compuesto por 130 cooperativas, que lleva más de medio siglo de existencia y ocupa el noveno puesto entre las empresas españolas. La crisis económica iniciada en 2008, que provocó un sinnúmero de quiebras, tiró abajo sólo una de las 130 cooperativas de Mondragón y sus componentes fueron distribuidos entre las demás empresas de la Corporación.

¿A qué se deben los triunfos y fracasos en cuestión? Creo que este problema aún no ha sido investigado a fondo. Uno de los motivos del triunfo de Mondragón es que tiene su propio banco y su propia universidad para la formación de sus técnicos y gerentes. ¿Y a qué se debió el fracaso de la

cooperativa argentina El Hogar Obrero un siglo después de su fundación? Creo que un factor fue el que sus dirigentes eran funcionarios del Partido Socialista: creían que la devoción a la causa podía reemplazar a la competencia profesional. Ignoraban que toda empresa exige empresarios y consultores técnicos. Otra causa de la decadencia de El Hogar Obrero puede ser la que ya había señalado hace un siglo su fundador, Juan B. Justo (1947 [1909]:420): paradójicamente, el triunfo de una cooperativa puede llevar a su ruina. En efecto, cuando una empresa crece mucho, la distancia entre la cúpula y la base aumenta tanto, que ya no hay participación efectiva. Y sin participación intensa no hay autogestión, que es la esencia del "espíritu cooperativo" y también de la democracia auténtica.

En todo caso, lo cierto es que las cooperativas son mucho más longevas que las empresas capitalistas: la tasa de supervivencia de las empresas unidas en Mondragón es casi del 100%, y la de las cooperativas federadas en la Lega es del 90% al cabo de tres décadas. Este dato sorprenderá a los economistas, pero no a los cooperativistas, ya que los cooperantes, a diferencia de los empleados, trabajan para sí mismos y están dispuestos a esforzarse más, e incluso a sacrificarse por el bien común, que es el de cada cual.

En efecto, la cooperativa ofrece a sus miembros ventajas inigualables: seguridad del empleo, satisfacción en el trabajo y orgullo de pertenecer a una empresa común inspirada en ideales nobles: igualdad, democracia participativa, solidaridad dentro de la empresa y con empresas similares. Es imaginable que una sociedad en que todas las empresas fuesen cooperativas, como lo son de hecho las empresas familiares, sería menos imperfecta que las sociedades actuales, las que no ofrecen seguridad económica ni, por lo tanto, tampoco política.

Pero, como señaló Marx contra los cooperativistas de su tiempo, la cooperativa solo atiende al lado económico del polígono social, y tiene una existencia precaria en un mercado capitalista dominado por potentes oligopolios que gozan de los privilegios que les otorgan leyes y gobiernos diseñados para favorecer los intereses de los poderosos. En otras palabras, la igualdad económica dentro de la empresa no basta: es preciso extenderla a la sociedad íntegra.

Los marxistas-leninistas han abogado teóricamente por la igualdad total, pero a un alto precio: la desigualdad política. En efecto, han sostenido que la igualdad total, o comunismo, solamente se podría conseguir luego de un período de dictadura, la que se suavizaría automáticamente poco a poco: el Estado-partido se marchitaría por sí sólo, y finalmente se llegaría a la Edad de Oro. Pero ni Marx ni sus secuaces explicaron el presunto proceso de marchitamiento espontáneo de la dictadura del proletariado. Este es imaginario, ya que la burocracia y las fuerzas armadas no son sólo instrumentos de las clases dominantes; también tienen intereses propios. Esto hace que la maquinaria del Estado sea conservadora y, lejos de encogerse y perder poder, se mantenga poderosa o incluso acreciente su

poder.

En todo caso, ya sabemos lo que sucedió en el imperio soviético: la dictadura transitoria se tornó permanente, la sociedad se estancó, la gente perdió los ideales iniciales, y los dirigentes perdieron la visión y fueron incapaces de resolver la crisis final. Cuando se les acabó la capacidad de pensar ideas nuevas, renunciaron mansamente al poder. No pidieron ayuda al pueblo porque habían perdido contacto con él: no confiaban en la democracia, porque, siguiendo a Marx (1975 [1848]), la consideraban una institución limitada a "la libertad del capital para aplastar al obrero". Y el pueblo reciprocaba: no confiaba en sus supuestos dirigentes.

En resumidas cuentas, las cooperativas son viables incluso dentro de la economía capitalista, pero no curan lacras macrosociales, en particular las crisis económicas y las guerras. Además, las cooperativas no pueden reemplazar al mercado ni eliminar la competencia. Previsiblemente, el mercado socialista conservará algunas de las características de todo mercado, capitalista o precapitalista: conocerá tanto la competencia como la cooperación entre empresas del mismo sector, e intentará explotar las diferencias de costos entre las distintas regiones. Pero se podrá evitar la colusión deshonesta, el *dumping* y la explotación si el Estado y la comunidad internacional se rigen por normas honestas. También se podrá evitar la competencia destructiva, por ejemplo recurriendo a tribunales de asesoramiento y arbitraje.

6.2. Socialismo = Democracia Integral

No basta recuperar el sentido original de la palabra "socialismo" ni recordar las variedades de socialismo que se han dado en el curso de los dos últimos siglos. También hay que averiguar si los ideales de igualdad y de mejora de la calidad de vida siguen teniendo vigencia y, en caso afirmativo, qué puede hacerse para realizarlos. Por lo pronto, ya sabemos qué es lo que *no* funciona: la dictadura del proletariado. También sabemos qué es insuficiente: el socialismo estatal, que puede ser practicado tanto por gobiernos autoritarios como el de Bismarck, como por gobiernos liberales como los democratacristianos.

Debiéramos preguntarnos qué tipo de socialismo puede atraer a la enorme mayoría de la gente: qué promete más beneficios con menos sacrificios. O sea, cuál régimen puede mejorar la calidad de vida sin sacrificar el presente cierto por un porvenir imaginado por cantamañanas sin ciencia ni experiencia; cuál sociedad permite que cada cual pueda hacer la vida que desee, y no la que le manden, y sin perjudicar al prójimo; qué orden social es el más justo, es decir, equilibra mejor los derechos con los deberes; y qué tipo de gestión del Estado puede hacer mejor uso de las ciencias y técnicas sociales en lugar de sujetarse a ideologías rígidas y por tanto nacidas muertas.

Para resolver estos problemas debemos empezar por recordar que la sociedad

moderna es un supersistema de sistemas: ambiental, biológico, económico, cultural y político (Bunge 1979, 1997, 1999). Estos sistemas interactúan entre sí, de modo que el progreso de cualquiera de ellos requiere el de los demás. Por ejemplo, la economía no puede avanzar mucho si los trabajadores están enfermos y no hay ingenieros ni gerentes competentes; a su vez, no se formarán ingenieros ni administradores competentes si la economía no los necesita y si el nivel cultural es bajo; la cultura no avanzará si está sometida a la censura del partido político gobernante y si la gente no tiene energía, tiempo libre ni ganas de estudiar; y la política no se renovará a menos que la gente participe masivamente en ella y disponga de la información necesaria para identificar los problemas sociales y proponer soluciones. Y nada de esto será posible si no se protege el medio ambiente.

La moraleja de lo anterior es que, para curar las lacras sociales, es preciso emprender *reformas sistémicas*, o sea, renovar todos los aspectos de la sociedad en lugar de limitarse a uno solo, como el económico, el político o el cultural. Y esta reforma global no puede hacerse del día a la noche, sino que insumirá varias generaciones: hay que abandonar malos hábitos, como el autoritarismo y el consumismo, y crear nuevos hábitos, como la participación y la austeridad. Nada de esto se logrará con revoluciones ni "terapias de choque" desde arriba, porque los cambios súbitos suelen perjudicar a casi todos y tener malas consecuencias inesperadas. La democratización va de abajo hacia arriba y marcha gradualmente porque abarca a todos los sectores.

7. Conclusión

La sociedad capitalista, caracterizada por el llamado mercado libre, está en grave crisis. Aunque los políticos y sus profesores de economía nos prometen que eventualmente saldremos de ella, no nos dicen cómo ni cuándo. No pueden hacerlo porque carecen de teorías económicas y políticas correctas: sólo disponen de modelos matemáticos irrealistas y de consignas ideológicas apolilladas, como la proverbial autocorrección del mercado libre.

Esto vale no sólo para los dirigentes liberales sino también para los socialistas, tanto moderados como autoritarios. Los liberales no nos explican la alquimia que transformaría la libertad de empresa y de comercio en prosperidad; y los pocos marxistas que quedan se regocijan con la crisis que profetizaron tantas veces, pero no proponen ideas nuevas y realistas para reconstruir la sociedad sobre bases más justas y sostenibles.

Yo sostengo que hay motivos prácticos y morales para preferir el socialismo auténtico al capitalismo, y que la construcción del socialismo no requiere la restricción de la democracia sino, muy por el contrario, su ampliación, del terreno

político a todos los demás. Esto es lo que llamo *democracia integral*: ambiental, biológica, económica, cultural y política (Bunge, 1989). Semejante sociedad sería inclusiva: no habría exclusiones por sexo ni por raza, ni explotación económica, ni cultura exclusivista, ni opresión política.

Se preguntará, con razón, si esta no será una utopía más, y mi postura la de un fantasista. Mi respuesta es que la democracia integral podrá tardar varios siglos en realizarse, pero que su embrión nació hace ya más de un siglo, cuando se abrió la cultura a todos y se constituyeron las primeras cooperativas de producción y trabajo en Italia, sobre la base de empresas capitalistas fallidas. Un ejemplo parecido, más reciente y modesto, es el movimiento argentino de las fábricas recuperadas a fines del siglo XX; empresas que al ser abandonadas por sus dueños por considerarlas improductivas, fueron ocupadas y reactivadas por sus trabajadores (Rebón y Saavedra, 2006). Estos son ejemplos en pequeña escala de socialismo cooperativista.

Si en los Estados Unidos quedaran sindicatos y partidos políticos progresistas, estos aprovecharían la ocasión actual y transformarían en cooperativas las grandes empresas en bancarrota, como Ford y General Motors. Obviamente, semejante cambio requiere la anuencia de los poderes públicos, ya que involucra el reconocimiento legal de las empresas "recuperadas" por sus empleados, cosa que ocurrió en Argentina. Pero lo que ha estado haciendo el gobierno norteamericano desde fines del 2008 es usar dineros públicos para salvar empresas privadas, en particular bancos, fallidas por mala gestión. O sea, ha estado haciendo lo opuesto de Robin Hood. Garrett Hardin (1985) lo llamó "socializar las pérdidas y privatizar las ganancias".

En suma, el socialismo tiene porvenir si se propone ir socializando gradualmente todos los sectores de la sociedad. Su finalidad sería ampliar el Estado liberal y benefactor para construir un socialismo democrático y cooperativista, que pondría en práctica una versión actualizada de la consigna de la Revolución Francesa de 1789: *Libertad, igualdad, fraternidad.* La actualización consistiría en agregar *participación e idoneidad, salud y educación.*

Así, juntos y de a poco, podríamos ir construyendo una sociedad de socios.

Referencias Bibliográficas

Berman, Sheri: *The Primacy of Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

Blanc, Louis: *L'organisation du travail*, Paris, Société de l'Industrie Fraternelle, 1839.

Bunge, Mario: *Treatise on Basic Philosophy*, tomo 4, *A World of Systems*. Dordrecht, Boston, D. Reidel, 1979.

– *Treatise on Basic Philosophy*, tomo 8: *Ethics: The Good and the Right*, Vol. 8, Dordrecht, Boston, D. Reidel, 1989.
– *Ciencia, técnica y desarrollo*, 3a. ed., Pamplona, Laetoli, 2013 [1980].
– *Las ciencias sociales en discusión*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999 [1998].
– *Filosofía política*, Barcelona y Buenos Aires, Gedisa, 2009.
Cronan, Gary: *The World's Major Cooperatives and Mutual Business*, Geneva, International Cooperatives Alliance, 2006.
Droz, Jacques: *Histoire générale du socialisme*, 4 vols, Paris, Quadrige/Presses, 1878.
Earle, John: *The Italian Cooperative Movement: A Portrait of the Lega delle Cooperative e Mutue*, London, Allen & Unwin, 1986.
Engels, Frederick: "Socialism: Utopian and Scientific", en Karl Marx y Frederick Engels, *Selected Works*, New York, International Publishers, 1986 [1881].
Gilbert, Bentley B.: *The Evolution of National Insurance in Great Britain: Origins of the Welfare State*, London, Michael Joseph, 1966.
Hardin, Garrett: *Filters Against Folly*, New York, London, Penguin Books, 1985.
Justo, Juan B.: *Teoría y práctica de la historia*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1947 [1909].
Kemeny, Margaret: Psychobiological responses to social threat: Evolution of a psychological model in psychoneuroimmunology, *Brain, Behavior, and Immunity* 23: 1-9, 2009.
Keynes, John Maynard: *The General Theory of Employment, Interest, And Money*, en *Collected Works*, Vol. 2, Cambridge, Royal Economic Society, 1936.
Kirkup, Thomas: *A History of Socialism*, London, Edinburgh, Adam and Charles Black, 1892.
Laski, Harold J.: *The State in Theory and Practice*, London, George Allen & Unwin, 1935.
Lieberman, Matthew D. y Naomi I. EIsenberger: "A pain by any other name" en John T. Cacioppo, Penn S. Visser, y Cynthia L. Picket, (comps.), *Social Neuroscience*, Cambridge, MA: MIT Press, 2006, pp. 167-188.
Lindemann, Albert S.: *A History of European Socialism*, New Haven, CT, Yale University Press, 1983.
Marx, Karl: "On the question of free trade", Apéndice a *The Poverty of Philosophy*, Moscú, Progress Publishers, 1975 [1948], pp.178-192.
– "Marginal notes to the programme of the German Worker's Party" en Karl Marx and Frederick Engels, *Selected Works*, New York, International Publishers, 1986 [1875].
Mill, John Stuart: "Principles of Political Economy", 7a ed., en *Collected Works*, Vol. 3, Toronto, University of Toronto Press, London, Routledge & Kegan Paul, 1965 [1871].

Mondragón Corporación Cooperativa: *Historia de una experiencia*, 2006.
Nun, José: *Democracia:¿Gobierno del pueblo o gobierno de los politicos?*, Madrid, Siglo XXI de España, 2000.
OECD: *Growing Unequal? Income Distribution and Poverty in OECD Countries*, 2008.
Pontusson, Jonas: *Inequality and Prosperity: Social Europe vs. Liberal America*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 2005.
Rebón, J. y I. Savedra: *Empresas recuperadas: La autogesión de los trabajadores*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.
Restrepo, Iván y Salomón Eckstein: *La agricultura colectiva en México: La Experiencia de La Laguna*, 2a. ed., México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1979.
Sachs, Jeffrey: "The social welfare state, beyond ideology" en *Scientific American*, 16 de octubre, 2006.
Smith, Adam: *The Wealth of Nations*, Chicago, University of Chicago Press, 1976 [1776].
Tarcus, Horacio: *Marx en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.
UNDP: *Human Develoment Report 2006*, Geneva, UN, 2006.
Weber, Max: "Der Sozialismus" en *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik*, Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1988 [1918], pp. 492-518.

2

EL SOCIALISMO DEMOCRÁTICO, ANTE UNA OPORTUNIDAD Y UN DESAFÍO (1)

CARLOS GABETTA

Ya en pleno siglo XXI, ningún país o región del mundo puede formular planes sin considerar el carácter estructural de la actual crisis capitalista. Es más: cabe preguntarse si algún país o región puede encarar por su cuenta una salida a la crisis; si esta no acabará requiriendo algún tipo de acuerdo mundial. La "globalización" no es un *slogan*, sino un dato de la realidad. Las recurrentes crisis del sistema no son nuevas y han sido estudiadas por numerosos autores de todas las tendencias, siempre en el entendimiento, verificado hasta ahora, de que se resuelven "hacia adelante", en sentido positivo. Las "crisis superadoras" del capitalismo –las más graves resueltas mediante guerras– desmintieron sucesivamente a las izquierdas, marxista o no, que cada vez auguraban su inminente derrumbe.

Pero ya a mediados del siglo XIX Carlos Marx, mediante el análisis de la lógica interna del sistema de producción e intercambio capitalista, había llegado a la conclusión de que tarde o temprano éste iba a encontrarse ante una "contradicción antagónica" –es decir insoluble en el marco de su propia lógica– entre el desarrollo de sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción. Entre la lógica y el modo en que produce bienes y la lógica y el modo en que distribuye los beneficios derivados de la producción e intercambio de esos bienes.

Todo parece indicar que ese momento ha llegado, lo que no quiere decir que su derrumbe es inminente, como se verá más adelante, ni mucho menos que será "lógica y automáticamente" reemplazado por el socialismo, como sostienen algunas corrientes pretendidamente marxistas. Esta actualidad del capitalismo, su evolución posible y las posibilidades que se abren a la propuesta socialista, es lo que se intenta analizar aquí.

Luego del fracaso en la Unión Soviética –y en otras revoluciones en su estela– de la propuesta política de cuño político marxista de "transición al socialismo" –la "dictadura del proletariado"– el mundo es ciento por ciento capitalista y el

capitalismo ha entrado en una fase que carga de razón a la filosofía de la historia y al análisis económico marxistas. La crisis económica y financiera es mundial. En todo el mundo, a derechas e izquierdas, reinan la confusión política y la ausencia de propuestas superadoras. Vivimos una larga etapa de transición, un fin de época. Un mundo viejo que no acaba de morir y uno nuevo que no acaba de nacer.

1. Un problema estructural

"Si no estudias, no conseguirás trabajo", decían los padres a sus hijos hasta hace unas décadas. Ahora, tal como va el mundo, da un poco lo mismo: millones de diplomados no encuentran empleo. El proceso de informatización, la robótica, la explosión de las comunicaciones, del transporte y otros prodigiosos adelantos científicos y tecnológicos, han dado un golpe brutal a la idea, hasta ahora tenida por axiomática, de que aumentando la producción se amplía la demanda de trabajo y, en consecuencia, disminuye la pobreza. El ciclo de crecimiento económico, acompañado de demanda de empleos, se ha interrumpido brutalmente.

Aunque las explicaciones sobre el problema suelen ser complejas, su meollo es simple: desde hace cuatro décadas, los desarrollos tecnológicos y científicos aseguran aumentos de producción y de productividad con simultánea disminución de la necesidad de mano de obra humana.

Un ejemplo, entre miles: en 1985, 39.200 obreros belgas producían 10,6 millones de toneladas de acero. En 1990, solo un lustro después, se necesitaban 21.200 trabajadores para producir 11,5 millones de toneladas: 8,5% de producción extra con el 46% de trabajadores menos. El desempleo no ha hecho más que acelerarse desde entonces en todos los sectores de la producción: agropecuaria, industrial y servicios. Uno de los últimos ejemplos conocidos parece de ciencia-ficción: "Foxconn, principal fabricante de los productos Apple, acaba de anunciar el reemplazo de miles de trabajadores por un batallón de un millón de robots a ser adquiridos en tres años en procura de disminución de costos laborales, teniendo en cuenta que en la actualidad emplea más de 1,2 millones de trabajadores". (2) Más de lo mismo: "En la fábrica de Phillips Electronics, en la costa de China, centenares de trabajadores usan las manos y herramientas especializadas para montar afeitadoras eléctricas. En una fábrica de la misma empresa, en la campiña holandesa, 128 brazos robóticos cumplen la misma tarea con una flexibilidad asombrosa. Cámaras de video los guían en la concreción de proezas que están mucho más allá de la capacidad de la persona más diestra. Un brazo robótico forma una y otra vez tres curvas perfectas en dos cables conectores y los introduce en orificios demasiados pequeños para la vista

humana. Los brazos trabajan con tal rapidez, que debe colocárselos en jaulas de vidrio para evitar que los supervisores resulten heridos. Los robots hacen todo eso sin necesidad de una pausa para tomar café, durante tres turnos diarios, los 365 días del año. La fábrica holandesa tiene varias decenas de trabajadores por turno, aproximadamente la décima parte que la planta de la ciudad china de Zhuhai". (3)

Cuando este cambio radical se hizo evidente, a principios de los años 70 del siglo pasado, la idea era que los puestos perdidos en la producción agropecuaria e industrial se recuperarían con creces en el sector servicios; del mismo modo que en los siglos XVIII y XIX, durante la Revolución Industrial, los que se perdieron en el agro se ganaron, con creces, en la industria.

Nadie explicaba por qué, habiendo cambiado las condiciones, el proceso se reiteraría, pero casi todo el mundo lo creía. Pero ahora basta asomarse a cualquier rama del sector servicios para comprobar que no ha sido así; al contrario. Sofisticadas máquinas reemplazan a los esperados trabajadores, incluso en una rama de servicios de la que se esperaba la mayor absorción de trabajo: el turismo. Ya están en período de prueba, por cierto exitosa, restaurantes y hoteles completamente automatizados y aviones que despegan, vuelan y aterrizan sin tripulación. Cada supermercado o *shopping* que se abre lleva a la ruina en poco tiempo a centenares de pequeños comercios, pero sólo absorbe unas decenas de los centenares o miles de puestos de trabajo perdidos. Todas las ciudades han crecido, pero el número de recolectores de basura es, en términos absolutos, mucho menor que hace unas décadas.

Otra idea generalmente aceptada es que los únicos afectados por este núcleo de la crisis económica son los sectores más bajos, las llamadas clases populares, los trabajadores sin mayores capacidades. Pero la desocupación crónica incluye, además de los trabajadores industriales, el hundimiento de la pequeña clase media por las dificultades o desaparición del pequeño y mediano comercio y el deterioro salarial en el sector servicios. La concentración empresaria y el estancamiento o disminución de los salarios administrativos y profesionales, afecta por su parte a las capas medias.

Esta nueva realidad, un presente desconcertante y sin futuro, afecta la estructura tradicional de millones de familias de casi todas las clases sociales. (4) Los asombrosos veinticinco suicidios de trabajadores en menos de dos años en la poderosa multinacional francesa France Telecom, un sector laboral hasta hace poco considerado de privilegio, no sólo obedecen al deterioro salarial, sino al despótico estilo de gestión de los "recursos" humanos de la empresa: cadencias infernales; arbitrarios e intempestivos cambios de horario o de lugar de trabajo; recorte o desaparición de los beneficios sociales. (5) Terry Gou, el presidente de Foxconn, haciendo referencia al millón de empleados que la empresa está reemplazando por robots, resumió el concepto con franca brutalidad: "Los seres

humanos también son animales, y manejar un millón de animales es un dolor de cabeza". (6)

La "globalización" tiene otro nombre en términos de trabajo: deslocalización (*outsoursing*, en inglés), que consiste en separar los lugares de producción de los de consumo; fabricar allí donde el salario es menos caro y hay menos obligaciones (fiscales, ecológicas y otras) y vender donde existe poder de compra. Así, aprovechando las computadoras y los satélites, la compañía aérea Swissair "deslocalizó", hace más de dos décadas, su departamento de contabilidad desde Zurich hacia la India. El economista Lester Thurow (1997) se preguntaba en 1997 por qué clase de milagro los empresarios alemanes deberían continuar pagando a sus obreros 30,33 dólares la hora cuando en la vecina Polonia encuentran el mismo nivel de calificación a 5,28 dólares; por qué pagarle 75.000 dólares al año a un doctor en física estadounidense si se puede emplear un Premio Nobel ruso por 1.000 dólares al mes, o menos.

Una visión ingenua de esta evolución, sostenida por la mayoría de los políticos y economistas de países subdesarrollados, es la de las "ventajas comparativas" laborales. Es decir: los trabajadores polacos están encantados con que empresas alemanas los contraten a 5,28 dólares la hora. Pero siempre aparecerá mano de obra más barata en alguna parte. En 1994, los trabajadores de la Seat (Fiat-Volkswagen) de Barcelona lograron impedir, aunque al precio de importantes concesiones, que la fábrica se llevara los bártulos a Checoslovaquia. Pocos años antes habían estado "encantados" de que vinieran a contratarlos por cuatro veces menos que el salario de un alemán.

Se trata de una carrera a pura pérdida. En México, las "maquilas" (empresas textiles estadounidenses instaladas en la frontera) empleaban en 2004 a 1.062.000 trabajadores, 250.000 menos que tres años antes, ya que las empresas habían comenzado a "deslocalizar" hacia China u otros países de América Central. (7) Pero China tampoco escapa a la regla: "entre 1995 y 2002, China perdió más de 15 millones de puestos de trabajo en fábricas, el 15% de su población activa en manufacturas". (8)

"El objetivo de la economía no es proporcionar trabajo, crear empleo. Su finalidad reside en poner en funcionamiento, de la forma más eficaz posible, los factores de producción; es decir, crear el máximo de riqueza con el mínimo de recursos naturales, capital y trabajo. El mundo industrializado realiza cada vez mejor esta tarea. Durante los años 80, la economía francesa aumentó en un 30% su producción de riqueza, mientras disminuyó en un 12% la cantidad de trabajo que se requería para ello", apunta André Gorz (1988).

Gran estudioso del tema, Gorz señala la urgencia de un profundo cambio cultural en relación al trabajo: "en lugar de preguntarse qué hacer para que en el futuro todo el mundo pueda trabajar mucho menos y mucho mejor y recibir su parte de la riqueza producida socialmente, la inmensa mayoría de los dirigentes

se preguntan qué hacer para que el sistema consuma más trabajo...” (Gorz, 1988).

Una meta imposible de lograr en la lógica del actual sistema, ya que si no se empieza a concebir la mayor productividad como “trabajo economizado”; o sea, la producción de riqueza como social antes que privada, el problema del empleo seguirá agravándose, con la desagregación social y cultural consiguiente.

Bernard Perret y Guy Roustang (1993), por su parte, subrayan que “la percepción de la necesidad del trabajo, que es siempre –al menos simbólicamente– participación en la lucha colectiva por la vida, sigue siendo el principio de realidad que estructura las personalidades, que justifica las obligaciones respecto al propio futuro, a la familia y a la sociedad”.

Es que la exclusión duradera, incluso definitiva, de un número creciente de individuos del mundo del trabajo, no es sólo un problema económico. Es también una patología social de amplio espectro, con efectos culturales devastadores: aumento de la toxicomanía y de la criminalidad, trastornos mentales, suicidios, marginalización de la juventud, racismo. Políticamente, equivale a una verdadera privación de ciudadanía, a la ruptura del contrato republicano.

A principios de este proceso, cuando el fenómeno afectaba tan sólo a una pequeña minoría y era percibido como temporal, podía ser digerido por el sistema. Transformado en masivo y afectando a todas las edades y sectores, supone el desgarro del tejido social. En el mediano plazo, el agravamiento de los conflictos nacionales y mundiales con máscara religiosa, étnica o nacionalista.

2. Fuga hacia adelante capitalista

Un fenómeno concomitante de esta fase del capitalismo es el dinámico proceso de concentración empresaria mundial, que pone al alcance de los consumidores una mayor oferta de productos y servicios mediante empresas más eficaces; es decir, que producen más y mejor empleando menos gente.

El proceso planetario de concentración empresaria empezó con timidez a principios de los 70, pero hoy es el motor de acumulación de capitales, a un ritmo nunca antes conocido.

El capital transnacional pasó de representar el 17% del Producto Bruto mundial en los años 60, al 24% en 1982 y más del 30% en 1995. Según la revista *Fortune*, 200 megaempresas controlaban en 1996 el 31,2% del comercio mundial. Entre 1986 y 1996, las compras, fusiones y reagrupamientos de empresas se multiplicaron a un ritmo del 15% anual. En el año 2000, el costo acumulado de las fusiones mundiales representaba ya ¡un 25% más que el PBI de los Estados Unidos!

¿Cuál es la lógica de este proceso? Porque la tiene y, en términos de estricta rentabilidad y eficiencia capitalista, es excelente. La absorción o fusión de

empresas genera de inmediato notables beneficios. En primer lugar, capitalización: la fusión de los laboratorios Sandoz y Ciba-Geigy –devenidos Novartis– pasó de 63 a 82 mil millones de dólares apenas producida, para alegría del puñado de accionistas. Esas empresas racionalizan de inmediato sus departamentos de investigación, producción, comercialización, administración, publicidad, transportes. Disminuyen sus costos y aumentan sus beneficios.

¿Y cuáles son sus resultados, en términos sociales y políticos? El primero, fulgurante como un infarto, la pérdida de empleos. La fusión Boeing-McDonnell y otras del sector defensa, que redujeron el número de empresas de 32 a 9, provocaron la pérdida de más de un millón de empleos en Estados Unidos. En Argentina, entre 1973 y 1993, el proceso de concentración y extranjerización de empresas provocó la expulsión de 320.000 trabajadores; el 25% de la mano de obra industrial. (9) Más recientemente, durante la crisis financiera mundial desencadenada a finales de 2007, el Tesoro de Estados Unidos (en realidad sus ciudadanos, mediante impuestos), salvó de la quiebra a la mayor empresa automotriz del mundo, General Motors, mediante una "inyección" de 50.000 millones de dólares. Por supuesto que GM debió "racionalizarse", para lo cual, entre otras medidas, despidió a 25.000 trabajadores en Estados Unidos y 12.000 en sus diversas filiales en el mundo. (10)

Todo este proceso está alentado por los bancos y la especulación internacional, que obtiene grandes beneficios de corto plazo. *Fortune* señaló que la deuda mundial (incluyendo la de los gobiernos, las empresas y los particulares), representa el 130% del PB del planeta y progresa a un ritmo entre el 6 y el 8% anual, cuatro veces más que el crecimiento del PB. Sólo la de Estados Unidos pasó de 910 mil millones en 1980 a 4.970 mil millones en 1995. A mediados de 2011 se encontraba en 14,4 ¡billones!. Frédéric Clairmont (1996), economista y autor de varias obras sobre este fenómeno, sostiene que "en este periodo marcado por la deflación y disminución del crecimiento (mundial), el subempleo y el endeudamiento, las sociedades transnacionales no tienen casi otros medios para expandirse que absorber a la competencia para conquistar nuevos mercados".

Dicho de otro modo: el capitalismo no aprovecha su enorme potencialidad productiva para acercar los beneficios del progreso a los miles de millones de desamparados del planeta; no utiliza lo que necesita y cuida de la reproducción, porque eso requiere inversión de largo plazo y reduce los beneficios inmediatos. Simplemente, devora lo que tiene alrededor. Sus consignas son simples: "desregulación", lo que quiere decir que producirá allí donde no haya protección del medio ambiente, salarios y fiscalidad más bajos, menor cobertura social y "libre comercio", lo que significa que venderá sin trabas allí donde haya mercados solventes. Como estos están saturados, a las empresas no les queda más remedio que eliminar o absorber a otras empresas para quedarse con su parte. Puesto que esta "racionalización" elimina empleos, los mercados solventes se

achican; pero como la producción es cada vez mayor gracias al desarrollo científico y tecnológico, serían necesarios mercados más grandes y con mayor solvencia.

"No es verdad que la lucha contra el desempleo sea, como se nos dice, la prioridad de la política de los países desarrollados, aunque tengan ya más de 36 millones de desocupados (...) la preocupación por el empleo está relegada por la defensa de la moneda, la reducción del déficit público, el productivismo o la promoción del libre intercambio". Esta frase no fue lanzada por un izquierdista, sino por Philippe Seguin, gaullista prominente y presidente de la Asamblea Nacional francesa, en 1993. Seguin precisaba las razones que lo llevaron a pronunciarse por el "no" al Tratado de Maastricht en ocasión del referéndum sobre el tema. "El desempleo ha alcanzado una dimensión tal, que plantea nada más y nada menos que la capacidad de sobrevivir del cuerpo social (...) debemos abocarnos urgentemente a un cambio completo de valores y decisiones fundamentales (...) vivimos, desde hace demasiado tiempo, un verdadero Munich social (...) la ceguera sobre la naturaleza del peligro, la ausencia de lucidez y de coraje (...) el embarazoso silencio, la educada indiferencia de la que todos hacemos hoy gala hacia las generaciones de marginados que concienzudamente fabrican nuestras sociedades, no es de naturaleza diferente a la cobardía de las democracias en los años 30 ante las ambiciones territoriales del régimen nazi", concluye.

¿Exageraba acaso Seguin? A pesar de cierta recuperación económica, el número de desempleados en la Unión Europea pasó de 17 millones entonces a 20 millones en 1996; en el conjunto de los veinte países miembros de la OCDE, los 36 millones se convirtieron en 41. Hoy puede que supere los 80 millones. "Puede", porque las cifras están disimuladas por una serie de argucias. En 2011, el desempleo oficial en Estados Unidos orillaba el 10% de la población económicamente activa, pero ya en 2010 Dennis Lockhart, presidente de la Reserva Federal de Atlanta, declaró que si se considerara a las personas que abandonaron toda pretensión de encontrar empleo, la cifra rondaría el 17%; más de 20 millones de ciudadanos. (11) En España, el último "milagro" europeo, el desempleo oficial en 2013 orillaba el 27%; más de uno de cada cuatro ciudadanos.

"Según datos de la Organización Mundial del Trabajo (OIT), hay más de 200 millones de parados en el planeta, de los cuales 30 millones se han generado en los años de la actual crisis económica. Casi 80 millones de menores de 25 años no encuentran empleo y 1.200 millones de trabajadores, el 40% de la fuerza de trabajo global, son considerados vulnerables por las condiciones en que laboran o por los escasos emolumentos que reciben. De esos 200 millones, más de 23 millones corresponden a Europa y entre los trabajadores vulnerables se puede incluir, por ejemplo, a los 7 millones que en Alemania (que tiene una tasa de

desempleo por debajo de la media regional), cobran menos de 400 euros". (12)

3. Capitalismo y democracia

El sombrío pronóstico político de Seguin no parece exagerado. Hay quienes reflexionan abiertamente sobre si la democracia es o no un buen sistema para garantizar el crecimiento, y no son sólo académicos de derechas. En un largo, sinuoso y excelente artículo de 1993, titulado sin ambages "¿Es mala la democracia para el crecimiento?", la revista *Business Week* verificaba que "la India ha languidecido en democracia, mientras Chile y Corea del Sur, ambas bajo dictaduras hasta hace muy poco, han tenido éxito. Hoy, el capitalismo prospera sin democracia, tal como lo demuestra el rápido crecimiento propiciado por los líderes comunistas chinos". Luego de criticar a los "autócratas" del pasado, que "sólo actuaban en su propio interés", la revista estima que "(...) hoy perviven algunos de esos dictadores. Pero en los años recientes ha emergido un nuevo modelo: un autócrata deseoso de liberalidad en el corto plazo, para impulsar el crecimiento y futuras ganancias". (13)

Business Week matiza con la "evidencia histórica" de que el crecimiento económico genera tales pujos de libertad en los pueblos, que inevitablemente estos concluyen en democracia; para acabar afirmando que los países desarrollados –muy en particular Estados Unidos– no necesitan dictadores, sino sólo minimalización del Estado, descentralización, desregulación y libre comercio.

Pero la derechización del electorado en sociedades tan insospechadas como la islandesa, danesa y holandesa, por no hablar de la francesa, española y la estadounidense, desmienten el liberal optimismo de la revista de negocios. En noviembre de 2011, la derecha posfranquista arrasó a los socialistas en las elecciones generales españolas. En abril de 2012, Marine Le Pen, dirigente del xenófobo, racista y antisemita Frente Nacional, obtuvo casi el 19% de los votos en la primera ronda de las elecciones presidenciales francesas.

Esta preocupante evolución política no es nueva en la historia. Con las diferencias del caso, es similar a las de los años 20 y 30 del siglo pasado. Pero la situación es ahora más grave, porque los intereses de los Estados y las sociedades ya no coinciden con los de las compañías y el gran capital transnacional. Lo que ahora amenaza el empleo, el vigor económico y la democracia es la desenfrenada puja por la competitividad y el aumento y concentración del beneficio, que apoyada en el desarrollo tecnológico, acaba creando no sólo paro, sino una verdadera crisis mundial de demanda.

Así se entiende que el neoliberalismo puje por la desregulación mundial absoluta y prescinda, si es necesario, de la democracia. El capital especulativo y

las empresas multinacionales han conseguido un poder de presión inmenso sobre los Estados, en la medida en que esgrimen sobre las economías nacionales la amenaza de la deslocalización y la descapitalización.

La democracia capitalista está amenazada porque el crecimiento de la producción ya no garantiza la provisión de empleos que la evolución de una sociedad democrática requiere. No hablamos de cualquier sociedad, sino de una que se ha dado o que intenta darse, o perfeccionar, un sistema democrático de gobierno, formas democráticas de convivencia, ya que el desempleo estructural masivo corroe inevitablemente la vida social y acaba por afectar gravemente a la democracia. Una sociedad sin oportunidades para la mayoría, estructuralmente fracturada, no vive en democracia ("libertad, igualdad...") y acaba por requerir alguna forma de autoritarismo.

Suele entenderse que la democracia es previa al desarrollo económico, a la demanda de trabajo y a salarios que excedan las necesidades de reproducción de la fuerza de trabajo, de lo que un trabajador necesita para meramente sobrevivir. Pero las democracias occidentales modernas, es decir con inclusión y derechos para trabajadores, mujeres, jóvenes, minorías e inmigrantes, sólo fueron dibujándose en el horizonte a partir de las revoluciones productivas agraria e industrial.

Es pues necesario crecer –producir bienes– para distribuir y crear así condiciones sociales que permitan vivir en democracia y en paz. Pero la evolución reciente del modo de producción capitalista obliga a preguntarse: ¿garantiza el crecimiento, en cantidad y calidad, la provisión de empleos que la evolución de una sociedad democrática requiere?

"La gran promesa de la liberalización del comercio es crear prosperidad y empleo. Pero esta promesa está lejos de cumplirse, e incluso parece haber desaparecido de la agenda de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Mientras tanto, millones de trabajadores viven en la inseguridad que emana de la desregulación del mercado internacional. En todo el mundo, los trabajadores temen perder su empleo". (14)

Si es que no lo han perdido ya. En plena euforia de la Copa Mundial de fútbol, la automotriz alemana Volkswagen confirmó el despido de 20.000 trabajadores y la aseguradora Allianz y su banco, el Dresdener, de 7.500 empleados. (15) DuPont, segunda empresa química estadounidense después de Dow Chemical, suprimió 1.500 empleos en Europa (19). (16) La lista podría prolongarse indefinidamente, con ejemplos de todos los países industriales desarrollados, en los que el desempleo es estructural y las condiciones del empleo se degradan sin cesar. "En la última década, en la Unión Europea (UE) desaparecieron un millón de puestos de trabajo solo en el sector textil y para los próximos cinco años se esperan pérdidas de la misma importancia. En los países en desarrollo, muchos trabajadores se ven obligados a aceptar condiciones de trabajo peores que las

precedentes". (17)

¿Solo en los países en desarrollo? Además de los despidos, la Volkswagen de Alemania anunció a los que quedan que si no aceptan trabajar siete horas más a la semana por el mismo salario, levantará los bártulos y se instalará en otro país. (18) Y en Estados Unidos, General Motors ha comenzado a contratar trabajadores temporarios a 16 dólares por hora, después de haber despedido a miles de fijos que ganaban 27 dólares. (19)

¿No es hora de revisar a fondo las expectativas basadas en "el crecimiento" según la lógica capitalista actual? ¿No será necesario comenzar a debatir alternativas al modelo, en lugar de perseguir espejismos?

Tarde o temprano, deberán aparecer fuerzas sociales y propuestas alternativas a la hasta ahora irresistible conformación de un mundo dominado por mercaderes y especuladores, basado en la injusticia y, a la postre, antidemocrático. A menos que la humanidad se resigne a un porvenir de exclusión masiva, conflictos permanentes y catástrofe ecológica.

4. El capitalismo en cuestión

Los crecientes conflictos entre trabajadores y patronal, entre las sociedades –sobre todo los jóvenes– y "el sistema" en el mundo entero prefiguran las luchas y las transformaciones sociales y políticas del porvenir. Iguales por sus causas y distintos en sus manifestaciones, ya que se dan en marcos política, social, cultural e históricamente diferentes, todos los conflictos de este tipo expresan la impotencia económica, estructural, del sistema capitalista mundial por salir de su propia crisis por sus propios medios y según su propia lógica.

En otras palabras, si el sistema de producción y distribución de bienes, el capitalismo, no renuncia o es obligado a renunciar a sus principios y modos de apropiación del beneficio, los conflictos como éste y muchos otros de distinto tipo continuarán, se ampliarán y agudizarán hasta tornarse inmanejables e insoportables para la vida en general.

La continuidad del repliegue capitalista hacia sus núcleos más concentrados y hacia la especulación desenfrenada continuará amenazando la paz mundial, agravando los conflictos sociales y, en último término, deteriorando su expresión política, la democracia capitalista.

En la presente etapa de desarrollo capitalista, cualquier aumento de la producción y productividad destruye puestos de trabajo. Los bienes, producidos en mayor cantidad y más rápidamente, se ofrecen en un mercado cada vez menor en términos de poder adquisitivo, a causa del desempleo y a la caída de la participación de los trabajadores activos en el ingreso. Esto último porque ante la menor participación del trabajo en la composición del capital y un mercado

saturado de bienes, la tasa de ganancia del capital tiende a disminuir (Marx, 1946a, 1946b; Beinstein, 1999), lo que lleva a las empresas a intentar achicar costos en proveedores, controles, servicios, etc. y en particular en el salario.

El recurso de mantener o aumentar la tasa de ganancia achicando costos se ve facilitado, al menos en el corto plazo, justamente por la causa del deterioro de la tasa: la mayor y mejor capacidad capitalista de producir bienes con menor trabajo humano; es decir, con menor costo salarial. Y por su consecuencia: un mercado de trabajadores inactivos prestos a aceptar salarios y condiciones inferiores.

Así, y a pesar de algunos éxitos parciales, al final de su recorrido el proceso no hace más que achicar la demanda relativa global. En esta etapa de su evolución, el capitalismo solo crea mercados efímeros, porque su tendencia objetiva es achicarlos. Desde el fracaso del socialismo autoritario en la Unión Soviética, esta lógica interna del capitalismo se expandió hasta alcanzar vigencia planetaria. El otro gran ensayo comunista, China, es hoy un totalitarismo capitalista más, protagonista del entramado del sistema en su condición de principal titular de bonos de Estado de los Estados Unidos, su primer cliente comercial.

La deriva del capital en su conjunto desde la producción a la especulación es la otra cara de este fenómeno.

5. ¿La hora de la socialdemocracia?

Es así que en el actual contexto mundial, la socialdemocracia se encuentra a la vez ante un gran desafío y una oportunidad histórica.

El desafío consiste en que debe asumir una profunda reflexión crítica sobre las causas del fracaso de los gobiernos socialdemócratas en las últimas décadas.

La oportunidad, en que se hace evidente que ninguna variante del liberalismo político encuentra respuesta a la crisis estructural del capitalismo.

Las herramientas teóricas de la socialdemocracia, en cambio, la habilitan para rediseñar y ofrecer al mundo su propuesta de salida a la crisis: el socialismo democrático, actualmente la única opción razonable y superadora en términos de civilización.

Para comprender el peso del desafío y la importancia de la oportunidad para la socialdemocracia, resulta interesante seguir la evolución de las ideas y el desempeño concreto de los partidos socialdemócratas en el gobierno desde el fin de la II Guerra Mundial.

En Europa y Escandinavia, la socialdemocracia fue la propuesta de base que impulsó y, llegado el caso, puso en práctica los extraordinarios progresos políticos y sociales logrados después de 1945, en un marco de auge económico capitalista. Esos primeros años de euforia fueron políticamente favorables para la socialdemocracia, que supo administrar con sensibilidad social los excedentes

que arrojaba un capitalismo en plena reconstrucción de posguerra; empeñado además en una vital disputa ideológica, política y geoestratégica con la Unión Soviética y por lo tanto forzado a hacer concesiones contrarias a su naturaleza.

Durante varias décadas, la expansión productiva capitalista generó trabajo y altos salarios y los capitalistas toleraron y hasta propiciaron altas cargas fiscales a bienes y ganancias. El capitalismo era aún inclusivo y esa fue en consecuencia la época de oro del reformismo; la de grandes líderes como Willy Brandt, Olof Pälme y Enrico Berlinguer. Esa fue también la época feliz y progresiva de los populismos en América Latina, la mayoría de los cuales establecieron y aplicaron leyes que venían siendo reclamadas por socialistas y comunistas. Fue el caso de la Argentina del primer peronismo (1945/51).

Pero todo empezó a cambiar hace unas cuatro décadas, cuando explotó el desarrollo tecnológico y científico aplicado a la producción capitalista. Su primer efecto fue un progresivo debilitamiento del empleo, la afiliación y la actividad sindical y un gran fervor financiero. En los países desarrollados, los trabajadores que quedaban en la calle seguían cobrando parte de su salario y aportes sociales por un par de años, se acogían a planes de reciclaje y esperaban un nuevo empleo. Los trabajadores en activo recibían todo tipo de ofertas de crédito. De este modo los efectos en el consumo apenas se notaban, o éste se disparaba, como en Estados Unidos.

En los países subdesarrollados se empezaba a recibir el “beneficio” de las deslocalizaciones. Esos mercados se ampliaban por el doble efecto de los salarios, los préstamos del FMI y el flujo de la especulación financiera internacional. El mundo del trabajo y el capital, el mundo capitalista, iniciaba una vertiginosa etapa de consumo basado en el endeudamiento; de ascenso en espiral, con el chisporroteo de algunas crisis en la periferia del sistema casi como decorado, que concluyó finalmente con la explosión global de 2008.

Durante este período, la globalización y la especulación financiera fueron para el sistema tanto el escape hacia adelante como un recurso para disimular una progresiva crisis estructural de demanda mediante la creación de demanda artificial.

Pero por otro lado la presión para reducir costos se acentuó. Reducido o bajo control el salarial, el principal de esos costos desde el punto de vista del capital eran los altos impuestos y cargas necesarios para mantener el Estado de bienestar, el andamiaje social desarrollado durante los “treinta gloriosos”; las tres décadas de crecimiento económico real de posguerra.

El capitalismo atacó entonces con éxito esos escollos, provocando a la larga aún menos demanda y mayor desprotección social, mayores desigualdades. La expresión política de este período en el que el modo de producción capitalista empezó así a morder su propia cola fueron las dictaduras militares y algunos gobiernos democráticos en los países subdesarrollados, el conservadurismo

neoliberal en Estados Unidos y Gran Bretaña y los ilusorios esfuerzos de la socialdemocracia europea por "reformar" el sistema, que acabaron sometiéndola al credo neoliberal y sus maneras despiadadas y corruptas. Sus personajes emblemáticos: Ronald Reagan, Margareth Thatcher, Felipe González, Bettino Craxi, François Mitterrand, Anthony Blair, Gerard Schroëder; el último de ellos, otro "socialista" español, José Luis Rodríguez Zapatero (ver Gutiérrez Vergara, pág. 125). En Argentina, alumno modelo de ese frenesí entre los países en desarrollo, el general dictador Jorge Videla y el presidente democrático peronista Saúl Menem.

Resulta chocante asociar a gobiernos socialdemócratas con neoliberales, populistas y hasta con dictaduras. Pero aunque las diferencias de estilo e intenciones son notorias, el resultado final ha sido semejante en todos los países y modelos: un progresivo deterioro económico y desmantelamiento del Estado de bienestar.

El calvario de la izquierda europea empezó pues en las últimas décadas del siglo pasado, de manera paradojal: en el cénit de su poder político, cuando la socialdemocracia gobernaba en Escandinavia y en más de dos tercios de los países de la Unión Europea, el sistema económico capitalista iniciaba su progresiva evolución hacia la crisis global actual.

Ante el aumento de la factura energética desde la crisis del petróleo en 1973; el desempleo estructural provocado por la informática y la automatización en el proceso productivo; la consecuente globalización y concentración empresaria; la crisis de demanda y el desenfreno especulativo, la socialdemocracia siguió operando como si nada. No tomó en cuenta, como sus herramientas teóricas deberían haberle indicado, los cambios estructurales que se operaban en el capitalismo.

Este error de partida determinó la política de los partidos socialdemócratas europeos, que se embarcaron poco a poco en un pragmatismo que disimulaba cada vez menos el abandono de sus principios y objetivos. Al margen de sus intenciones e intentos iniciales, todos los gobiernos, antes o después y de uno u otro modo, terminaron acomodándose a la nueva "lógica" del sistema: el desmadre especulativo, la corrupción generalizada, el endeudamiento del Estado en beneficio del sector privado. Algunos gobiernos, como los de Mitterrand, González y Craxi, acabaron adoptando o tolerando las maneras de la peor derecha, incluyendo la corrupción y el terrorismo de Estado.

Hasta las mejores intenciones fracasaron por parciales, timoratas o concesivas: por ejemplo, la ley de las "35 horas semanales" lograda hace una década por el Primer Ministro socialista francés Lionel Jospin, apuntaba a repartir el empleo y mejorar la vida de los trabajadores. Pero se acompañó de leyes que permitieron a las empresas la "flexibilización" del trabajo y les otorgaron ventajas impositivas. El paulatino resultado fue que las condiciones de trabajo empeoraron gravemente

y el Estado vio disminuir aún más sus ingresos. Hoy en Francia, como en todo el mundo, menos trabajadores trabajan más en peores condiciones y más trabajadores van al paro. Y el Estado está en graves dificultades .

El estruendoso fracaso del "socialismo real" en la Unión Soviética, hace ya dos décadas, y la consiguiente deriva hacia una suerte de capitalismo de Estado autoritario de China, Vietnam, ahora Cuba, parecieron dejar el camino expedito a la socialdemocracia, al menos en Europa, Escandinavia y América Latina. Pero a juzgar por los resultados, es evidente que esta no ha atinado hasta ahora a reformular su visión del capitalismo y sus propuestas alternativas. Es verdad que hoy por hoy nadie las tiene, pero al menos habría que hacerse cargo de que las viejas recetas y herramientas reformistas, cualquiera sea su envoltura –socialdemócrata, socialcristiana, populista– se muestran impotentes ante los nuevos datos de la realidad.

El neoliberalismo, última etapa conocida del liberalismo capitalista, entró a finales de 2007 en una grave crisis, que afecta al planeta entero y se manifiesta en su propio corazón; los países desarrollados. Ahora, la "salida de la crisis", anunciada a los cuatro vientos, presenta como únicos números rojos la deuda pública… y el empleo. (20) Y todo parece indicar que, una vez más, el capitalismo obedece a su propia lógica interna, es decir tratar de recuperar la tasa de ganancia mediante la especulación. "La configuración actual se parece a la de los años 1970: bajo crecimiento: bajas tasas de interés; aumento del precio de las materias primas. Esto confirma, una vez más, que los inversores han perdido el sentido de la realidad". (21)

La implacable continuidad del problema en la economía real implica su contracara: crisis política sistémica en un gran número de países, incluyendo a los desarrollados. (22)

¿Y qué propone la socialdemocracia ante esta realidad? La reunión del Consejo de la Internacional Socialista (IS), que tuvo lugar en San José de Costa Rica el 23 y 24 de enero de 2012 para analizar "La crisis financiera; los mercados y la democracia; la justicia climática", resultó otra muestra del desconcierto y la impotencia actuales de esa organización. Los discursos, declaraciones y resoluciones son elocuentes: apenas una proposición para gravar las transacciones financieras, seguida de los clásicos llamados a estimular el crecimiento económico y el empleo y a frenar el desmantelamiento de los Estados.

El "Informe de la Comisión sobre las cuestiones financieras mundiales" de la Internacional Socialista, presidida por el Premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz, presentado en esa reunión, no analiza a fondo los cambios estructurales operados en el capitalismo. Formula apenas un "llamado a reconcebir la arquitectura financiera mundial, a una mejor reglamentación, a la promoción de un crecimiento duradero y al refuerzo de la protección social".

Nada que distinga claramente estas propuestas de las de la derecha liberal, que ya está aceptando, como en Francia, la idea de gravar las transacciones financieras y, por supuesto, mantiene el discurso de la protección social. La única diferencia es que la socialdemocracia se opone a los ajustes brutales y al desmantelamiento del Estado que está aplicando la derecha en toda Europa. Pero en ausencia de propuestas que ataquen la raíz del problema, eso resulta puramente declarativo: en las últimas décadas los gobiernos socialdemócratas, con las variantes del caso, no han sabido frenar el progresivo desmantelamiento del Estado benefactor en todos los países europeos donde han gobernado.

En la reunión de Costa Rica tampoco se analizaron las razones del fracaso en el gobierno de su núcleo embrionario y principal bastión: los partidos socialdemócratas europeos. Más de lo mismo en cuanto a los partidos de otras regiones, por ejemplo América Latina. El socialdemócrata ex Presidente de Guatemala, Alvaro Colom, resaltó en su discurso algunos logros reales de su gobierno, pero no consideró pertinente la menor reflexión sobre su derrota, en noviembre de 2011, ante el general retirado Otto Pérez Molina y su Partido Patriota, populista de extrema derecha.

En conclusión, la socialdemocracia se encuentra ante una oportunidad histórica, porque en todo el mundo el modo de producción y distribución capitalista está en crisis. Pero justamente, para realizar un análisis crítico de sus propias dificultades o fracasos de las últimas décadas y, a partir de allí, formular una propuesta a la sociedad, la socialdemocracia debe recuperar su propia tradición teórica: el marxismo y todos sus desarrollos y afluentes posteriores. No se trata, por supuesto, de pregonar una ortodoxia que el propio Marx y sus epígonos más esclarecidos hoy revisarían, sino de recuperar los fundamentos teóricos del socialismo, de actualizarlos y plantear el socialismo democrático como salida a la crisis. No es casual que ninguno de los miembros actuales de la Internacional Socialista hable de socialismo, sino de “mejoras”, de “reformas” a un sistema, el capitalismo, que necesita ser reestructurado por la base.

La socialdemocracia ha pagado caro el progresivo abandono de esas herramientas; en particular del análisis marxista de la evolución histórica de la economía capitalista. El error de no tener en cuenta los cambios en la estructura del sistema acabó instalando a los partidos socialdemócratas en la lógica capitalista: se desplazaron de reformadores a defensores del sistema. Ahora, la socialdemocracia comparte la crisis; no está “frente” a la crisis, sino dentro. No constituye una alternativa, porque ha abandonado la propuesta socialista.

La oportunidad para el socialismo democrático está basada en que la crisis capitalista es un fenómeno histórico objetivo, que opera en la lógica interna del sistema y anuncia un fin de época. El capitalismo debe cambiar, mutar en su esencia. Quiénes lo hagan, cómo lo hagan, en cuánto tiempo, con qué consecuencias, son los interrogantes que responderá la historia futura. Hacia

dónde acabará mutando el sistema –un salto cualitativo, o una mayor destrucción; ambas posibilidades están abiertas– constituye el actual desafío histórico.

La primera posibilidad, un salto de calidad, es posible porque, por primera vez en su historia, la humanidad produce con creces lo suficiente para autosatisfacerse. En el caso de una evolución destructiva –la tendencia actual– las guerras comerciales, políticas y llegado el caso militares, asolarían el planeta en un grado mucho mayor. La experiencia histórica reciente es al respecto muy aleccionadora. El premio Nobel de Economía Paul Krugman, consideró irónicamente que fue ese "amplio programa público de empleo, conocido como la II Guerra Mundial, el que terminó con la Gran Depresión". (23)

No se trata solo de un problema ético y moral, producto de las crecientes desigualdades a escala mundial y de cada uno de los países –incluyendo a los desarrollados– sino de una necesidad civilizatoria. En el actual estado de cosas, la impotencia capitalista ante su propia crisis genera situaciones de graves conflictos nacionales e internacionales; la posibilidad de que en cualquier momento estalle una guerra nuclear y bacteriológica y, aunque no se llegara a este extremo, al terrorismo y los comportamientos mafiosos más o menos generalizados. A la impotencia de los Estados, o sencillamente a Estados mafiosos. En suma, a situaciones sociales y ambientales insoportables. Basta echar una ojeada al mundo actual para no tomar esta prospectiva por una exageración.

En este contexto, conviene pues insistir: desde el derrumbe del "socialismo" autoritario soviético en 1992 y ante la presente crisis estructural del sistema de propiedad, producción y reparto capitalista, no parece haber otra salida que un desplazamiento firme y consensuado, democrático, hacia un sistema que entienda la propiedad y la producción como social antes que privada. La oportunidad histórica para el socialismo es real.

Pero esto solo en teoría, al menos por ahora, ya que el socialismo concreto, el realmente existente, es parte constitutiva de la crisis. No hay más que ver la evolución de los grandes partidos socialdemócratas del mundo, desde su momento de apogeo posterior a la II Guerra Mundial hasta el presente, para verificar hasta qué punto se encuentran descalificados no solo ante la crisis, sino incluso ante su propia ética, principios y objetivos.

La situación ha llegado a tal punto que en mayo de 2013, en medio de los festejos del 150 aniversario de su fundación, el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) propició una "Alianza Progresista" que funcionará "al margen" de la Internacional Socialista (IS), de la que el SPD es fundador y su más vigoroso miembro. Esta Alianza, quedó aclarado, no querrá saber nada con socios actuales de la IS como el partido egipcio de Hosni Mubarak, el del tunecino Ben Alí o el Jefe de Estado angoleño José Eduardo Dos Santos, por no hablar del Presidente nicaragüese Daniel Ortega. Todos estos reconocidos ''demócratas y socialistas''

ingresaron a la IS en las últimas tres décadas y constituyen la prueba palpable de la pérdida de sentido que caracteriza actualmente a esa organización.

Pero habrá que ver qué dice la nueva Alianza Progresista –que al constituirse contaba ya con más de 70 miembros– acerca de personajes de sus propias entrañas como González, los fallecidos Craxi y Mitterrand, el inglés Tony Blair o el alemán Gerhard Schroëder. Algunos devenidos *lobbistas* de multinacionales, como González, que trabaja para el hombre más rico del mundo, el mexicano Carlos Slim y Telefónica de España; o Gerard Schroëder, que lo hace para la petrolera rusa Gazprom. Otros, y a veces los mismos, acusados de corrupción, como Craxi, que murió huyendo de la justicia italiana, y hasta de actos o tolerancia con el terrorismo de Estado: fue el caso de González en relación a la lucha contra el terrorismo vasco y el de Mitterrand respecto a la voladura de un barco de Greenpeace en Nueva Zelanda y otros asuntos. Los tiempos de líderes intachables como Jean Jaurés, Alfredo Palacios, Willy Brandt y Olof Pälme han quedado atrás.

En este marco, la iniciativa de Alianza Progresista promovida por el SPD alemán aparece como un paso político adelante, al menos en el plano de los principios y alianzas. Pero el verdadero desafío para el conjunto de la izquierda mundial es formular y presentar una alternativa real a la crisis estructural capitalista, que es ante todo económica. Como se ha intentado demostrar a lo largo de este trabajo, el capitalismo actual crea cada vez más bienes y achica a la vez mercados, porque destruye empleos, o sea, demanda.

La izquierda democrática mundial, sin excepciones, aunque con variantes que van desde los partidos socialdemócratas escandinavos hasta los africanos, pasando por los latinoamericanos, no ha sabido interpretar la profundidad y el sentido de la crisis capitalista de nuestros días. Así, de frustración en frustración a medida que la crisis se extiende y acentúa, se ha ido instalando en una especie de deriva hacia el puro acto de aspirar a gobernar o mantenerse en el gobierno, como si no hubiesen pasado los tiempos en que esa lógica podía materializarse, tanto en el gobierno como desde la oposición, en progresos económicos y sociales *concretos*, sin necesidad de cambiar demasiado las cosas. El desarrollo capitalista daba para eso, porque iba creando los mercados que necesitaba. También necesitaba ampliarlos, para que el consumo aumentase. Y los ampliaba. Pero la informática y la robótica acabaron con eso y la socialdemocracia no se enteró, porque en el camino de las reformas que el capitalismo le permitía, había perdido la propuesta socialista que en algún momento, según su propia teoría, sería la única respuesta a la crisis capitalista.

René Cuperus, miembro del partido socialdemócrata holandés, que motoriza el grupo de intelectuales Amsterdam Procés-Policy Network, cuya ambición es "poner al día el mensaje de la socialdemocracia europea", señaló que "la adhesión socialdemócrata a la Unión Europea devino una ideología de

substitución (…) en la práctica, los socialdemócratas también sostienen un proyecto neoliberal, que es contrario a la democracia y no encuentra eco en la base social. Un situación totalmente esquizofrénica". (24) A confesión de partes…

La izquierda está pues ante su oportunidad histórica, y parece empezar a tomar conciencia; no solo en Europa, sino en todo el mundo. Pero aunque el camino es largo, se trata de poner la primera piedra para una alternativa real, que hasta donde se sabe y si se excluyen el caos y la guerra, no puede ser otra cosa que alguna forma o formas de socialismo.

De modo que para aprovechar la oportunidad, contribuyendo a la libertad, la igualdad y la paz mundial, la socialdemocracia debe antes asumir el desafío de un análisis crítico de los nuevos datos de la realidad; recuperar la propuesta socialista, quitarle el polvo y ponerla al día. Los objetivos y mecanismos de esa propuesta son objeto de un viejo debate (ver Bunge, pág. 9 y Schuster, pág. 157) que necesita actualización, pero es un cuerpo teórico y un venero de experiencias que debe aprovecharse. La izquierda está obligada a reasumir esa teoría como propia y, al mismo tiempo, a asumir conciencia tanto de la oportunidad histórica como del desafío que esta representa.

La socialdemocracia mundial deberá cerrar filas ante esta nueva oportunidad, aportando propuestas nuevas que apunten a revertir la actual tendencia a la desigualdad social y a consolidar la democracia y la paz en el mundo.

Si la socialdemocracia no juega sus cartas y torna a mostrarse impotente, todo indica que habrá sonado la hora de la extrema derecha, tal como sugiere hoy la evolución política en Francia y en numerosos países.

Buenos Aires, agosto de 2013.

Referencias Bibliográficas

Beinstein, Jorge: "La larga crisis de la economía global", Buenos Aires, Corregidor, 1999.

Clairmont, Frederic: *The Rise and Fall of Economic Liberalism*, India Press, 1996.

Gortz, André: *Métamorphoses du travail*, París, Galilée, 1988.

– *Adieux au prolétariat*, París, Galilée, 1980.

Marx, Carlos: *Contribución a la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Tor, 1946.

– *El Capital*, Buenos Aires, Tor, 1946.

Perret, Bernard y Guy Roustang: *L'économie contre la societé*, París, Le Seuil, 1993.

Thurow, Lester: *Les fractures du capitalisme*, Paris, Village Mondial, 1997.

1. Este ensayo fue publicado originalmente en la revista Nueva Sociedad, de la Fundación Friedrich Ebert, de mayo-junio de 2012. A los efectos de este libro, ha sido en parte modificado y actualizado.
2. "Robots: ¿artefactos o seres?", *La Nación Revista*, Buenos Aires, 21-8-11.
3. John Markoff: "Trabajo calificado, sin obreros", en *The New York Times*, publicado en *Clarín*, Buenos Aires, 25-8-12.
4. José Luis Barbería: "Familias hundidas por la crisis", *El País*, Madrid, 25-10-09.
5. Antonio Jiménez Barca: "Vamos al trabajo como a la prisión", *El País*, Madrid, 21-10-09.
6. John Markoff: "Trabajo calificado, sin obreros", en *The New York Times*, publicado en *Clarín*, Buenos Aires, 25-8-12.
7. Juan Jesús Aznárez: "México en un charco", *El País*, Madrid, 21-12-03.
8. Jeremy Rifkin: "Producir más bienes con menos trabajadores", *El País*, Madrid, 30-12-03. Según un estudio de Alliance Capital Management (Estados Unidos), "entre 1995 y 2002 fueron eliminados 31 millones de puestos de trabajo en fábricas de las 20 economías más fuertes del mundo. (Mientras) la producción industrial global se incrementó en más del 30%, los empleos en fábricas cayeron más del 11% en todo el mundo".
9. Daniel Muchnik: "Nuestra burguesía nacional", *La Nación*, Buenos Aires, 13-9-11.
10. Danny Hakim y Jennifer Bayot: "GM plans to cut 25.000 jobs in U.S.", *International Herald Tribune*, París, 8-6-05.
11. "Un membre de la Fed souligne la crise de l'emploi aux USA", *Le Monde*, París, 27-8-09.
12. Joaquín Estefanía en *El País Revista*, Madrid, 25-12-11.
13. "Is Democracy Bad For Growth?", *Business Week*, Nueva York, 6-6-1993.
14. "Commerce mondial et travail decent", *Le Monde*, París, 16-12-05.
15. Antoine Jacob: "Volkswagen pourrait supprimer 20.000 emplois", *Le Monde*, París, 13-2-06.
16. Yves Mamou: "DuPont supprime...", *Le Monde*, París, 17-3-06.
17. "Commerce mondial et travail decent", *Le Monde*, París, 16-12-05.
18. Osvaldo Bayer: "No todo es fútbol...", *Página 12*, Buenos Aires, 17-6-06.
19. Jeff Green y Greg Bensinger: "To fill jobs, GM hires temporary workers", *International Herald Tribune*, París, 25-5-06. Danny Hakim y Jennifer Bayot: "GM plans to cut 25.000 jobs in U.S.", *International Herald Tribune*, París, 8-6-05.
20. Claire Gatinois: "Le retour de l'exubérance irrationnelle?", *Le Monde*, París, 18/19-10-09.
21. Martin Hutchinson: "Déjà, une nouvelle bulle se forme sur le marché boursier

américain", *Le Monde*, París, 17-10-09.
22. Varios autores: "El laberinto de las crisis políticas", *Le Monde diplomatique*, Buenos Aires, julio de 2009.
23. Paul Krugman: "Decade at Bernie's", *International Herald Tribune*, París, 17-02-09.
24. Frédéric Lemaître: "Le SPD, laboratoire de la gauche européenne", *Le Monde*, París, 23-5-13.

3

LA NECESIDAD DEL SOCIALISMO

JOSEP FONTANA

Lo que llamamos “socialismo” puede verse, desde la perspectiva de sus partidarios, como el proyecto de construcción de un modo de vivir más justo y equitativo o, del otro lado de la trinchera, como una amenaza para la existencia del sistema social (capitalista) establecido. Obviamente, lo que unos y otros entienden por socialismo no es lo mismo. Para la derecha norteamericana, por ejemplo, Barack Obama es un socialista, (1) una opinión que pocos sostendrían desde el otro lado.

Fijémonos, para empezar, en esta visión negativa que sigue alimentando el miedo de la derecha, cuando de lo que se pudiera considerar más o menos legítimamente como socialismo queda poco más que el nombre, usurpado y prostituido por grupos de centro-derecha. La existencia de este miedo ha sido históricamente muy importante, porque los terrores de las clases dominantes han tenido un papel fundamental en conseguir que se vieran obligadas, a través de la mediación del Estado y con la colaboración de los sindicatos, a hacer concesiones en materia de derechos sociales. Porque, mientras cuestiones de orden menor, como las relacionadas con los salarios o las condiciones de trabajo, podían negociarse en términos de la amenaza de una huelga, o liquidarse por la violencia, era el miedo a un movimiento subversivo mayor que pudiera poner en peligro el sistema; esto es el miedo al socialismo, lo que determinaba las grandes decisiones reformistas.

El ejemplo de los Estados Unidos durante la crisis de los años treinta puede ilustrar lo que digo. Mientras los movimientos huelguísticos, que implicaron a cientos de miles de trabajadores y alcanzaron en algunos momentos una extraordinaria dureza, fueron combatidos por la represión local, hubo un acontecimiento de otra naturaleza que produjo un pánico mayor y requirió la intervención del ejército. Me refiero al campamento que establecieron en Washington, en mayo de 1932, un grupo de 15.000 a 20.000 veteranos de la I Guerra Mundial que reclamaban al gobierno el pago anticipado del bono de compensación por sus méritos de guerra, que estaba previsto que se les abonase en 1945.

Para combatir esta supuesta amenaza se movilizó al ejército, al mando del

general MacArthur, con la colaboración de los entonces comandantes Eisenhower y Patton, que dispersaron a los acampados violentamente, con una carga de caballería. Tras lo cual MacArthur declaró que si se hubiese dejado durar el campamento una semana más, "creo que las instituciones de nuestro gobierno habrían quedado gravemente amenazadas". Puede parecer un miedo insensato, porque ni aquellos hombres, famélicos y agotados por su viaje a través del país, se proponían derribar al gobierno, ni hubieran representado una amenaza en caso de intentarlo, pero el hecho responde a la lógica que mueve a los defensores del orden establecido a responder con una acción directa y definida a las reivindicaciones puntuales, ya sea aceptando la negociación, ya recurriendo a la represión, pero los deja sin recursos ante una amenaza global más o menos verosímil, que les obliga a involucrar al Estado.

Aunque había tenido precedentes en los pánicos suscitados por la Revolución francesa, por los carbonarios, por el "fantasma" que recorría Europa en 1848 o por los anarquistas, el gran miedo social cobró nueva fuerza en 1871 con la Comuna de París, y adquirió una extraordinaria potencia tras la revolución bolchevique de 1917.

Toda la historia del mundo entre 1917 y finales de los años setenta estuvo marcada por el miedo al comunismo. A él se respondió, por una parte, con la adopción de soluciones de fuerza como el fascismo y el nazismo, cuyo objetivo primordial era liquidar las posibilidades de un avance socialista, comenzando por la destrucción de los sindicatos de clase. Pero también con la política reformista conciliadora de Roosevelt en Estados Unidos, en una línea prolongada después de 1945 en "occidente" por unos programas de carácter socialdemócrata a los que se debió la gran conquista que fue el "Estado de bienestar".

Unos avances que se iban desarrollando en paralelo a la "guerra fría", cuyo objetivo real no era combatir a la Unión Soviética, un enemigo imaginario creado por la propaganda, sino utilizar esta supuesta amenaza como pretexto para asegurar la disciplina social y combatir cualquier planteamiento que pudiese amenazar la estabilidad de un capitalismo que vivió después de 1945 unas décadas de progreso y paz social, asentadas en un reparto más equitativo de los beneficios del crecimiento económico.

Pero tras la frustración de los movimientos revolucionarios de 1968, de México a Praga, y ante la evidencia creciente de que no había ya un enemigo temible del otro lado, los dirigentes empresariales recuperaron la iniciativa, liberados de las pesadillas socialistas que habían perturbado su sueño, e iniciaron la era de la gran divergencia, que sigue su avance imparable en la actualidad, en estos tiempos de políticas de austeridad, cuyo objetivo es favorecer el enriquecimiento de los más ricos, a costa del empobrecimiento de todos los demás, comenzando para ello con la destrucción sistemática del Estado de bienestar.

A partir de los años setenta, en una situación en que estaba claro que no había una alternativa "socialista" como amenaza global al sistema, el capitalismo ha podido desarrollar sus características más depredadoras, prescindiendo cada vez más de los sindicatos, con la seguridad de que basta la represión policíaca, potenciada por las nuevas técnicas de control de la información, para garantizar el mantenimiento del orden, sin necesidad de volver a sacar el ejército a la calle para defender "las instituciones del gobierno", como en 1932. Los movimientos de protesta pueden proliferar en nuestras sociedades, pero no hay una fuerza organizada que pueda capitalizar su lucha para plantear una respuesta global. El miedo al socialismo, que fue una garantía de los progresos sociales del siglo XX, ha desaparecido.

Una desaparición que tiene una de sus causas fundamentales en el fracaso de las organizaciones que se llamaban socialistas, en las dos vertientes en que el movimiento se dividió después de 1917. Las causas del fracaso del socialismo revolucionario, que pretendía desarrollarse en el seno de un estado proletario de nuevo tipo, son bien conocidas. En los años de su mismo comienzo, en Rusia, la llamada "guerra civil" convirtió los "sóviet", cuya función hubiera debido ser la de un órgano para realizar la política de abajo hacia arriba, en un sistema de transmisión de órdenes de arriba hacia abajo, como se pudo ver en la crisis de 1921. Después, a partir de 1928, Stalin abandonó el proyecto económico innovador que se había ido elaborando en el Gosplan, para convertir la planificación en un sistema de órdenes encaminado a conseguir, no los objetivos globales que se anunciaban (que incluían la construcción de viviendas, la producción de bienes de consumo y una mejora de los niveles de vida de los trabajadores), sino tan sólo aquellos que el gobierno consideraba prioritarios. Lo que explica que el ejército soviético dispusiera de más tanques y aviones que el alemán después de Stalingrado; pero también que estos éxitos se pagasen con el sacrificio de los niveles de vida de los ciudadanos.

El fracaso del sistema soviético no fue, sin embargo, el de su economía, como se suele decir, pese a los errores que implicaba el modelo industrializador adoptado (2) y los costes irracionales de la colectivización agraria. De acuerdo con Mark Harrison, la productividad creció establemente de 1928 a 1987 y el PNB *per capita* se multiplicó por cinco, lo que le lleva a la conclusión de que la economía soviética avanzaba a mediados de los años setenta hacia igualar a las occidentales y que, si bien fue entonces cuando comenzó a frenar su progresión, seguía conservando un crecimiento positivo, hasta que Gorbachov la llevó al colapso. (3)

Lo que fracasó por completo fue, en contrapartida, el intento de crear una nueva sociedad, basada en un modelo de "socialismo marxista", que hubiera habido que inventar, puesto que no existía aún. Por el contrario, el propio marxismo se degradó en las sociedades del "comunismo realmente existente", al

transformarlo en una vulgarización simplificadora: una doctrina oficial integrada por dogmas que pudieran enseñarse fácilmente, al modo del catecismo, y que debían quedar más allá de toda discusión, como fundamento de la legitimidad de los regímenes gobernantes.

En la época de Brezhnev el marxismo se había convertido en la Unión Soviética en una liturgia, cultivada por unos especialistas que se encargaban de añadir las jaculatorias oportunas a los documentos que redactaban los políticos. En 1985 E.P. Thompson contaba: "Un amigo mío estaba el año pasado en la Unión Soviética. Después de un seminario de historia en el que se trataban temas relativos a la luchas de clases y a las relaciones de clase, unos miembros de la profesión histórica soviética, que no eran 'disidentes', le llevaron discretamente a un lado y le dijeron: 'Los científicos serios ya no usan el concepto de clase en la Unión Soviética'" (Thompson, 2000:11).

El testimonio más patético de la miseria ideológica a que se había llegado lo tenemos en los diarios de Anatoly Chernyaev, el hombre que estuvo al lado de Gorbachov hasta los últimos momentos del Estado soviético, quien nos muestra que los propios dirigentes habían evolucionado de la crítica a la "deformación del socialismo" y a la "desviación de Lenin", hasta "una condena total del marxismo-leninismo como ideología y teoría, y el rechazo en general de un régimen socialista"; algo en que participaba incluso el hombre que había asumido la tarea de reformar el sistema, puesto que, según contaba Chernayev a comienzos de 1990, "M.S. (Gorbachov) no cree en ninguna ideología". (4)

En cuanto a la otra vertiente del socialismo, la de la socialdemocracia, hay que tomar en cuenta que, como nos dice Hobsbawm, no se propuso nunca "cambiar las estructuras de la sociedad de un modo permanente", sino tan solo realizar una serie de reformas dentro del marco del estado burgués. De modo que cuando, después de 1945, consiguió llevar a cabo las conquistas sociales que pretendía, con una serie de avances que completaron el "Estado de bienestar", pudo considerar culminada su tarea, no tenía proyecto para ir más allá.

Estos éxitos los debía, sin embargo, a la disponibilidad de recursos que había conseguido en la etapa en que el miedo al comunismo permitió a los Estados obtener, a través de la fiscalidad, los ingresos con que se podían mantener unos elevados gastos sociales. De modo que cuando se produjo el avance de la nueva etapa de desigualdad, uno de los elementos centrales de cuyo programa era la reducción del gasto social, con el fin de aliviar la carga fiscal de los empresarios, aceptaron ir reduciéndolos, con lo que se agravaba el empobrecimiento de los trabajadores y de las capas medias.

Lo peor fue que la socialdemocracia no sólo no luchó para mantener las conquistas que se iban perdiendo, sino que colaboró vergonzosamente a la tarea de su destrucción. No se puede ignorar que la responsabilidad mayor de la oleada especulativa que condujo al desastre de 2008 no recae sobre gobernantes

conservadores, sino sobre el grupo de los socialdemócratas de las terceras vías –los Clinton, Blair, Felipe González y compañía–, que dieron paso libre a los mayores abusos financieros. A lo que hay que agregar que sus sucesores se han avenido a aceptar las políticas de austeridad que están culminando la destrucción de los derechos y libertades de la mayoría. (5)

Hubo, sin embargo, un momento mágico en que pareció que podía realizarse el sueño de establecer una sociedad en que fuese posible compaginar socialismo y democracia. Fue al término de la II Guerra Mundial, en la Europa liberada del fascismo, en momentos en que dominaba una aspiración generalizada de libertad y de progreso social, herencia del antifascismo. En 1944 Frank Thompson le escribía desde Bulgaria a su hermano Edward, el historiador: "Hay un espíritu en Europa que es más noble y más valioso que cualquier cosa que este cansado continente haya conocido durante siglos, y que no se podrá detener. Se puede, si se quiere, pensar en ello en términos de política, pero es mucho más amplio y más generoso que cualquier dogma. Es la voluntad confiada de pueblos enteros que han conocido los mayores sufrimientos y humillaciones, y que han triunfado sobre ellos para construir su propia vida" (Thompson, 1997:102; Conrady, 2012).

Este era el espíritu que animaba a quienes habían luchado contra el fascismo en todo el territorio que la guerra fría iba a dividir en dos bandos. Los partidos comunistas tuvieron un papel importante en estos años porque heredaban el prestigio que les había dado su participación mayoritaria en los movimientos de resistencia, lo que les permitió romper el aislamiento de su vinculación exclusiva a la clase obrera, para convertirse en formaciones con un amplio apoyo popular, como lo revelaba su crecimiento en la inmediata posguerra, cuando sus afiliados llegaron a superar la cifra de un millón en Francia, Italia o Checoslovaquia.

En las primeras elecciones de la posguerra, en los años 1945 y 1946, los comunistas obtuvieron más del 20% de los votos en Checoslovaquia (37, 9%), Francia (26%) y Finlandia (23, 5%), y más del 15% en otros países (19, 5% en Islandia, 19% en Italia, 16,9% en Hungría, etc.). La mayoría de estos partidos participaban en los gobiernos de los países del oeste de Europa, al lado de unas fuerzas progresistas que propugnaban programas sociales avanzados, (6) mientras en los países del Este los comunistas se integraban en gobiernos plurales de "frente nacional", que emprendieron políticas nacionalistas y de reforma agraria (Eley, 2003:284-298; Tismaneanu, 2009; Naimark y Gibianskii, 1997).

La mitología de la guerra fría ha conducido a dar por sentado que Stalin se había propuesto desde el primer momento "comunistizar" el conjunto de los países de la Europa del Este que ocuparon los ejércitos soviéticos. Pero hoy sabemos que, tanto a lo largo de la guerra como al fin de ella, insistió en afirmar a quienes le rodeaban que su propósito era establecer en estos países regímenes amigos, con gobiernos de frente nacional en que los comunistas pudieran participar, asociados a antifascistas y demócratas.

En marzo de 1945 le había dicho al dirigente yugoslavo Tito que "el socialismo es en la actualidad posible incluso bajo la monarquía de Inglaterra; la revolución no es ya necesaria en todas partes". De acuerdo con una teoría que en fecha tan tardía como el 6 de diciembre de 1948 le explicaba al dirigente búlgaro Dimitrov en el transcurso de una cena en su dacha junto a Moscú, Stalin sostenía que había dos formas distintas de llegar al socialismo. La primera era la república democrática, tal como Marx y Engels la habían visto en la Commune de París: una república en que el proletariado tenía un papel dominante. La vía soviética diseñada por Lenin había surgido como una necesidad en las condiciones concretas de Rusia, donde hubo que luchar contra capitalistas y terratenientes, y se les excluyó de participar en la vida política. Pero en los países del Este liberados por el ejército ruso no era necesario recurrir al sistema soviético, sino que el dominio de los terratenientes y de los capitalistas, que se habían comprometido durante la guerra con los alemanes, había sido destruido, de modo que los objetivos de transformación social podían alcanzarse por la vía de un parlamentarismo democrático popular, sin necesidad de recurrir a la dictadura del proletariado. Las empresas capitalistas pequeñas y medias subsistirían, y el avance hacia el socialismo se produciría sin necesidad alguna de violencia (Dimitrov 2003:450-451; Ulam, 1999). (7)

Declaraciones semejantes, que se basaban en su fe de que la superioridad del socialismo era una garantía de un triunfo que podía lograrse sin necesidad del uso de la fuerza, las había hecho en 1946 a dirigentes comunistas checos, búlgaros o polacos, a quienes, por ejemplo, había dicho que "en Polonia no hay dictadura del proletariado y no la necesitáis". Todo lo cual explica que aceptase entonces las tesis del economista Eugeni Varga, que sostenía que en Europa se desarrollaría una "tercera vía" económica, ni socialista ni capitalista, en lo que se preveía como una larga etapa de transición al socialismo. En Hungría, donde Stalin aceptó un gobierno con predominio de un partido campesino que incluía grupos francamente derechistas, le dijo a Rákosi que la llegada al poder del partido comunista podía tardar de diez a quince años.

Ello permite entender que sectores importantes de los dirigentes comunistas de estos países, que habían protagonizado la lucha de liberación contra el fascismo, compartieran la ilusión de unas políticas de reconstrucción nacional y de progreso, en lo que fue una breve etapa feliz de reformas agrarias y de nacionalización industrial.

En Checoslovaquia, de donde el ejército soviético se había retirado en diciembre de 1945, ante la sorpresa de Truman, el partido comunista llegó a tener en 1948 más de dos millones de afiliados, uno de cada cinco adultos del país, y fue el más votado en las elecciones de 1946. En Hungría las elecciones comenzaron dando un gobierno con mayoría del partido campesino de los pequeños propietarios, que obtuvo el 57% de los votos en las elecciones

parlamentarias de 1945, y dejó a los comunistas en minoría; pero estos aceptaban el modelo de una democracia parlamentaria y de una transición gradual, ya que consideraban "que el camino a seguir por Hungría no podía ser el de Rusia", puesto que era un país diferente, con tradiciones culturales distintas. En Polonia, Gomułka expresó desde 1945 su voluntad de seguir una "vía polaca al socialismo", con gobiernos de "frente nacional" y con una política de democracia popular, sin colectivizar la tierra ni provocar enfrentamientos violentos de clase, atendiendo sobre todo a las realidades del país.

Incluso en la Alemania del Este hubo un tiempo de ilusión. "Aquellos años, –escribió el historiador alemán Manfred Kossok–, fueron los años de las grandes esperanzas, de las visiones, de las utopías (fin del imperialismo en 10 o 20 años, liberación de todos los pueblos, bienestar universal, paz eterna) y fueron años de ilusiones heroicas: el socialismo real como el mejor de todos los mundos". (8)

La forma en que este breve paréntesis socialista fue decapitado es bien conocida, pero la realidad de lo que significaba ha sido olvidada. Como me dijo E.P. Thompson: "Este fue un momento auténtico y no creo que la degeneración que siguió, en la cual hubo dos actores, el estalinismo y occidente, fuese inevitable. Pienso que es necesario volver a ocuparse de ello y explicar que este momento existió".

Volvamos, sin embargo, de esta exploración del pasado a un presente en que las dos vías del socialismo del siglo XX pueden darse por caducadas. En las reflexiones publicadas en los últimos años de su vida, Eric Hobsbawm (2011:424) sostenía que "los socialistas, marxistas o de otra índole, se han quedado sin su tradicional alternativa al capitalismo, a menos que, o hasta que, reflexionen sobre lo que querían decir con el término 'socialismo' y abandonen la presunción de que la clase obrera será necesariamente el principal agente de la transformación social". Temo, sin embargo, que pese a sus propuestas de recuperar el marxismo como instrumento de análisis del presente, Hobsbawm tenía pocas esperanzas sobre el futuro del socialismo, como lo sugieren algunas expresiones del prólogo de su libro póstumo, *Fractured times* donde nos habla del presente como de "una era de la historia que ha perdido sus referencias y que en los primeros años del nuevo milenio mira hacia adelante con más perplejidad de la que yo haya visto en mi larga vida, sin guía ni rumbo, hacia un futuro irreconocible" (Hobsbawm, 2013).

No comparto esta desesperanza. En un mundo que parece sometido a la tiranía de un capitalismo depredador hay todavía una capacidad de protesta que surge por todas partes. Hay movimientos urbanos protagonizados por jóvenes que no se resignan a un futuro sin perspectivas de cambio, por adultos que se rebelan contra un presente de pobreza, desahucio y paro, por médicos que combaten la privatización de la sanidad o por estudiantes que rechazan la degradación de la enseñanza pública. Hay movimientos de campesinos que luchan colectivamente –

en América, Europa, África y Asia del Sur– contra el acaparamiento de tierras y a favor de la soberanía alimentaria, y protestas de grupos indígenas que tratan de proteger sus formas de vida y su dignidad, como sucede en América desde los mapuches al sur hasta los miembros indígenas de *"Idle no more!"* en Canadá. Hay campañas contra la manipulación de los alimentos, contra las actividades que favorecen el cambio climático, contra la polución de las aguas como consecuencia de las actividades de fractura hidráulica.

Pese a su aparente diversidad, todas estas protestas se dirigen contra un enemigo común: un capitalismo depredador e incontrolado que tiene hoy la fuerza suficiente, no sólo para reprimir con la policía o el ejército las manifestaciones colectivas, sino para evitar, a través del control de la política, cualquier intento que unos gobiernos elegidos con su patrocinio pudieran hacer para frenar sus actividades, o para hacerle pagar por los daños que produce. Y van incluso más allá, controlando la educación de las nuevas generaciones y silenciando el pensamiento crítico. El dinero empresarial consigue en los Estados Unidos que se acallen en la universidad las voces que denuncian el cambio climático, mientras en Europa Olli Rehn, vicepresidente de la Comisión Europea, reacciona inquieto ante la proliferación de estudios que denuncian los graves daños que están produciendo las políticas de austeridad, "porque amenazan con erosionar la confianza".

El sistema establecido no tiene dificultad alguna en defenderse por separado contra cada una de estas líneas de protesta. Lo único que podría amenazarlo sería una unión cimentada en la conciencia de que todos estos agravios proceden de un mismo enemigo, y de que sólo se les podrá hacer frente en un combate común. Lo que ocurre es que esta unidad de acción necesita basarse en un programa que pueda integrar las distintas reivindicaciones en la propuesta de crear un sistema distinto al "capitalismo realmente existente", esto es un "socialismo", que garantice los derechos de todos contra la multiplicidad de los abusos actuales. Lo cual no va a ser una tarea fácil, porque exige, ante todo, superar un error fundamental del pasado que Hobsbawm denunció: "la teoría socialista era, en síntesis, una crítica de la realidad capitalista, pero no un verdadero proyecto dedicado a la construcción de un tipo de sociedad diferente" (Hobsbawm, 2000:120-124).

Sin embargo, la tarea es urgente, porque la degradación de las condiciones de vida de la mayoría está llegando a extremos insoportables, lo cual nos muestra que lo primero que necesitamos es comenzar rescatando la gestión política de manos del dinero empresarial, (9) con el fin de recuperar la capacidad de controlar la economía desde la política. Es posible que en un primer momento, dada la urgencia de la tarea, esta plataforma pueda ir poco más allá de lo que fueron los programas de la socialdemocracia en sus mejores años, contentándose con restaurar una amenaza socialista contra el capitalismo depredador que nos ha

tocado sufrir. Sin que ello implique abandonar la tarea de elaborar el programa para la construcción de "un tipo de sociedad diferente", con la ambición de ir más allá de la recuperación de los derechos perdidos.

Lo cual no significa devolver la confianza a los representantes actuales de una vieja socialdemocracia corrompida que ha traicionado sus orígenes. Por poner un ejemplo, ¿qué confianza se puede depositar en España en un partido llamado socialista –y "obrero" para más sarcasmo– que no ha entendido que el primer punto de su programa para el presente debería ser la abolición inmediata de una reforma laboral que ha dejado desamparados a los trabajadores?

Si comenzamos recuperando los valores positivos de la socialdemocracia, habrá de ser con el propósito de emplearnos de inmediato en superarla, de empeñarnos en la búsqueda de un nuevo socialismo que pueda aspirar, no sólo a atender las reivindicaciones actuales de los trabajadores europeos, de los campesinos de África y de los indígenas de las Américas, sino a armonizar a largo plazo las aspiraciones de todos en una sociedad más equitativa y más libre.

De una u otra forma, la reinvención del socialismo es una necesidad urgente.

Referencias Bibliográficas

Allen, Robert C.: *Farm to Factory. A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, Princeton University Press, 2003.

Conradi, Peter J.: *A very English hero. The making of Frank Thompson*, Londres, Bloomsbury, 2012.

Dimitrov, George: *The Diary of George Dimitrov, 1933-1949*, ed. By Ivo Banac, New Haven, Yale University Press, 2003.

Eley, Geoff : *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2003.

Graham, Loren R.: *El fantasma del ingeniero asesinado. Por qué fracasó la industrialización soviética*, Barcelona, Crítica, 2001.

Harrison, Mark: "Coertion, compliance, and the collapse of the Soviet command economy", en *Economic History Review*, LV (2002) Nº 3, pp. 397-433.

Hobsbawm, Eric : *Cómo cambiar el mundo*, Barcelona, Crítica, 2011.

– *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000.

– *Fracured times*, Little, Brown Book Group, Londres, 2013.

Naimark, Norman y Leonid Gibianskii (eds.): *The Establishment of Communist Regimes in Eastern Europe, 1944-1949*, Boulder (Colorado) Westview Press, 1997.

Rieber, Alfred J.: "Popular democracy: an illusion?", en Vladimir Tismaneanu, ed., *Stalinism Revisited. The Establishment of Communist Regimes in East-Central Europe*, Budapest, Central Euopean University Press, 2009, pp. 103-

128.
Roura, Lluís y Manuel Chust (eds.): *La ilusión heroica. Colonialismo, revolución e independencia en la obra de Manfred Kossok*, Castelló. Universitat Jaume I, 2010
Thompson, E.P.: *Beyond the Frontier. The politics of a failed mission: Bulgaria 1944*, Suffolk, Merlin Press, 1997.
– *Agenda para una historia radical*, Barcelona, Crítica, 2000.
Ulam, Adam B.: "A few unresolved mysteries about Stalin and the Cold War in Europe", en *Journal of Cold War Studies*, I, Nº 1, 1999, pp. 110-116.

1. Lo que se debe, como ha dicho recientemente el senador republicano Ted Cruz, al hecho de que el actual presidente norteamericano estudió en la Harvard Law School, donde había una docena de "marxistas que creían en el derrocamiento del gobierno de los Estados Unidos por los comunistas" (Jane Mayer: "Is Senator Ted Cruz our new McCarthy?", *The Newyorker*, 22-2-13).
2. Acerca de este punto hay un muy buen libro, que ha pasado desapercibido: Loren R. Graham: *El fantasma del ingeniero asesinado. Por qué fracasó la industrialización soviética*, Barcelona, Crítica, 2001.
3. Mark Harrison: "Coertion, compliance, and the collapse of the Soviet command economy", en *Economic History Review*, LV (2002) Nº 3, pp. 397-433. Una interpretación más crítica –la de Robert C. Allen: *Farm to Factory. A Reinterpretation of the Soviet Industrial Revolution*, Princeton University Press, 2003– muestra que, aunque a ritmos inferiores a los que se habían registrado hasta 1970, la productividad y el PNB per capita seguían creciendo.
4. Los diarios de Chernyaev de 1987 a 1991 pueden leerse en su integridad en la web de National Security Archive, de la George Washington University.
5. Unas políticas que están siendo denunciadas por economistas como Krugman o Stiglitz, entre muchos otros, ante el silencio de los dirigentes socialdemócratas, de quienes parece que se hubiera debido esperar una respuesta más comprometida.
6. Stéphane Hessel nos ha recordado que las fuerzas que integraban el Consejo Nacional de la Resistencia en Francia propugnaban en 1945 una seguridad social avanzada y la nacionalización "de los grandes medios de producción monopolizados, fruto del trabajo común, de las fuentes de energía, de las riquezas del subsuelo, de las compañías de seguros y de los grandes bancos".
7. No ignoro que la esquizofrenia de Stalin, que en estos años había realizado ya actuaciones como la liquidación del primer partido comunista polaco, hace difícil pensar que hubiese tolerado esta independencia por mucho tiempo. Lo único que me interesa sostener aquí es que sus palabras alentaron las ilusiones de quienes le creyeron, y pagaron después duramente su error.
8. Sobre Kossok, un personaje recordado sobre todo entre nosotros por sus trabajos sobre

revolución e independencia en la América colonial, puede verse, Lluís Roura y Manuel Chust (eds.): *La ilusión heroica. Colonialismo, revolución e independencia en la obra de Manfred Kossok*, Castelló. Universitat Jaume I, 2010. La cita de Kossok que hago procede de una versión mecanografiada de su conferencia "La cuestión alemana", que él mismo me hizo llegar, y que corresponde a una serie de escritos políticos que no sé que se hayan reunido y editado.

9. La experiencia reciente española ha puesto de relieve la profunda corrupción de un sistema en que los resultados electorales están condicionados por el dinero que los partidos reciben de las empresas (créditos bancarios cuya devolución no se exige, o donaciones ocultas que se pagan con concesiones y contratas) y por el monopolio de la información televisiva por cadenas controladas por grupos de intereses empresariales.

4

SOCIALISMO: ¿DE DÓNDE VINO? ¿QUÉ QUISO? ¿QUÉ LOGRÓ? ¿QUÉ PUEDE SEGUIR QUERIENDO Y LOGRANDO?

ANTONI DOMÈNECH

Para Juan Valdés Paz, el socialista revolucionario más sensatamente reformista que conozco, que el pasado 5 de junio cumplió en La Habana 75 años.
Y para Mario Bunge, maestro de tanto y de tantos, el socialista reformista más sensatamente revolucionario que me honra con su amistoso diálogo.

1. El socialismo como familia de tradiciones políticas históricas del movimiento obrero contemporáneo

¿Qué es el "socialismo"? Por "socialismo" pueden entenderse varias cosas. Puede valer como el nombre de muchos partidos políticos que en el mundo se llaman socialistas. Hay regímenes políticos también sedicentemente socialistas. O puede entenderse, en el otro extremo, como una utopía venidera, ya refiera a un constructo intelectual más o menos tecnocrático, ya apunte a alguna aspiración ético-social más o menos intelectualmente articulada, con sus correspondientes principios doctrinales y liturgias más o menos rituales. También, claro está, puede entenderse como el nombre de una fe sectaria presente. Y ninguno de esos posibles usos de la palabra carece totalmente de justificación.

Pero aquí llamaremos "socialismo" a una familia de tradiciones políticas históricas nacidas con y del movimiento obrero y popular contemporáneo. Esa familia de tradiciones históricas políticamente combatientes ha sido lo suficientemente grande, vigorosa y variada como para generar, en sus casi dos siglos de trayectoria, múltiples realidades. También, claro está, partidos y regímenes políticos socialistas, utopías tecnocráticas y eutopías (y aun distopías) ético-sociales autoproclamadas socialistas, cerrados dogmas de fe y liturgias más o menos interesantes pretendidamente socialistas.

Así, pues, lo primero que hay que decir es esto: sin entender la realidad del

movimiento obrero y popular y sus tradiciones históricas socialistas, no se puede entender la realidad política, económica y cultural del mundo contemporáneo. Por poner sólo cuatro ejemplos políticos:

1) Al socialismo así entendido –como familia de tradiciones políticas del movimiento obrero y popular contemporáneo– debe nuestro mundo presente las grandes organizaciones políticas y sociales existentes, y señaladamente los grandes partidos políticos de masas del siglo XX –los partidos liberales y conservadores decimonónicos clásicos eran partidos de *honoratiores*– y las grandes organizaciones sindicales de defensa de los salarios, las condiciones de trabajo y los derechos de los trabajadores.

2) Al socialismo obrero debe el mundo actual, y desde luego, Europa, la democracia política, entendida sencillamente como régimen genuinamente parlamentario (en el que una mayoría parlamentaria puede derribar a un gobierno) con sufragio universal. Las monarquías liberales decimonónicas tradicionales eran –salvo la británica a partir de 1832– regímenes meramente constitucionales (la permanencia del gabinete no dependía de la mayoría parlamentaria, sino sólo de la voluntad del monarca), y el sufragio era censitario, estaba restringido a los varones ricos (en la monarquía orleanista francesa de 1830, paradigma del constitucionalismo liberal, sólo podía votar el 2% de los varones más ricos). Sólo el socialismo obrero luchó consecuentemente en el siglo XIX a favor del sufragio universal y de la República parlamentaria democrática. En 1914 había en el mundo una sola República democrática con sufragio universal (masculino): la III República francesa (ni la República norteamericana, ni la argentina tenían sufragio universal, y la República mexicana todavía tendría que esperar su gran Constitución revolucionaria de 1917 para instaurarlo). El desplome de las viejas monarquías constitucionales o autocráticas tras la I Guerra Mundial trajo por vez primera a Europa, siempre de la mano de partidos obreros, la democracia parlamentaria republicana (así como la parlamentarización plena de las monarquías escandinavas y el sufragio universal a la monarquía parlamentaria británica).
   Fue el gobierno provisional de los dos partidos obreros alemanes –el socialdemócrata mayoritario y el socialdemócrata independiente (al que habían ido a parar las tres grandes cabezas del socialismo alemán: Bersntein, Kautsky y Rosa Luxemburgo)– el que puso fin a la Monarquía Guillermina y trajo la República democrática y el sufragio universal (masculino y femenino) tras la Revolución de Noviembre de 1918.
   Será el gobierno obrero socialdemócrata de Renner y Bauer el que trajo la República democrática y el sufragio universal a Austria.
   El primer gobierno laborista de MacDonald será el que traiga el pleno

sufragio universal (masculino) a Gran Bretaña en 1918, y será el segundo gobierno laborista el que impulse el sufragio femenino en 1927. Algo parecido podría decirse de la Rusia revolucionaria (a partir de febrero de 1917, y hasta, al menos, 1922) y de la España republicana en 1931.
Sólo por una manipulación increíble del lenguaje llamamos ahora "liberales" o "burgueses" a unos regímenes políticos:

a) cuyo ideario programático fue sañudamente combatido durante generaciones por todos los liberales decimonónicos;
b) documentablemente venidos todos, sin excepción, de la mano de partidos obreros socialistas de masas; y
c) cuya instauración significó el final de los partidos liberales que habían dominado la escena política europea hasta 1918: nunca más desde entonces ha ganado elecciones un partido liberal.

Para competir con los partidos de masas socialistas y laboristas, las viejas clases dominantes europeas tuvieron que crear partidos de masas nuevos, ya reconvirtiendo a los viejos partidos conservadores (como en Inglaterra), ya, más frecuentemente, creando nuevos partidos populares al amparo de la iglesia católica, como el Partido Popular de Dom Sturzo en Italia, el Partido Social-Cristiano –prefascista– de Monseñor Seypel en Austria o el partido católico llamado de "Centro" en Alemania (Las "Democracias Cristianas" no llegaron sino después de la II Guerra Mundial: recuérdese que "democracia" era una palabra desde todo punto de vista evitable para la Iglesia Católica).

3) Al socialismo obrero debe el mundo contemporáneo haber mantenido con vida durante todo el siglo XIX y la primera mitad del XX la llama de los Derechos Humanos, prácticamente desaparecidos del derecho constitucional mundial durante 150 años: entre la caída de Robespierre y la I República democrática francesa (en 1794) y la Declaración Universal de la ONU en 1948 (por las fuerzas políticas y las naciones que habían derrotado al nazifascismo en la II Guerra Mundial).
4) Al socialismo obrero debe el mundo contemporáneo, más indirectamente –a través del formidable impulso que a esos procesos dio el triunfo de la Revolución socialista rusa de 1917–, la descolonización y el reconocimiento en la ley de gentes internacional del derecho de autodeterminación de los pueblos colonizados por las viejas potencias europeas.

2. La tradición política socialista no es adanista

No sólo es importante reconocer que el socialismo es básicamente una tradición política, o una familia de tradiciones históricas: "socialismo" en sentido

amplio incluye a la socialdemocracia, marxista y menos marxista, al laborismo, al anarquismo, al anarcosindicalismo y a los varios comunismos, marxistas o no marxistas. Importa darse cuenta también de que esa tradición no es adanista: el socialismo contemporáneo es heredero del republicanismo democrático-revolucionario moderno.

El ideario normativo del republicanismo democrático ha consistido básicamente en estas cuatro cosas:

1) *Libertad/Igualdad*: Una afirmación de la libertad republicana. La definición de libertad republicana es una cuestión filosóficamente compleja (Domènech, 2004; Domènech y Bertomeu, 2005) pero para lo que aquí interesa basta eso: ser libre consiste en no verse obligado a tener que pedir permiso a nadie para existir socialmente, condición material que está en la base de la idea jurídica republicana clásica, según la cual el libre no puede ser arbitrariamente interferido por nadie: el libre es *sui iuris*, y quien depende de otro para vivir, puede por eso mismo ser arbitrariamente interferido por ese otro, y no es *sui iuris*, sino *alieni iuris*. Los niños, los esclavos y las mujeres (sin patrimonio propio) no tenían personalidad jurídica reconocida –capacidad para realizar actos y negocios jurídicos–, porque no eran "libres" conforme a esa definición: dependían, para vivir, del *despotés* (en Atenas) o del *dominus* o *pater familias* (en Roma). Y para Aristóteles, el trabajador asalariado (*misthotés*) no es más que un "esclavo a tiempo parcial", pues depende arbitrariamente de otro –del propietario de los medios de existencia– para subsistir (una opinión que más de dos milenios después harían celebérrimamente suya Adam Smith y Karl Marx). Cicerón repitió eso mismo (en *De of.*), negando que el contrato de trabajo asalariado –*locatio conductio operarum*–, a diferencia del contrato de obra –*locatio conductio opera*–, pudiera ser considerado propiamente un "contrato" civil, es decir, una transacción entre personas libres.

Para la concepción iusrepublicana de la libertad, la libertad política es inalienable. Y la tradicionalísima idea romana de que la libertad es inalienable, aún habiendo sido encarnizadamente combatida por distintas corrientes filosóficas modernas que van de Francisco de Suárez y Hobbes hasta el utilitarismo decimonónico y el liberalismo "libertariano" actual (Nozick), ha llegado, sin embargo, a penetrar profundamente en la arquitectura jurídica de nuestro mundo contemporáneo: un contrato de esclavitud "voluntaria" es írrito y nulo de pleno derecho, como lo es un hipotético contrato de asesinato "voluntario". Y el derecho de sufragio y de ciudadanía no se puede tampoco comprar y vender (o regalar) lícitamente.

2) *Democracia (y fraternidad)*: La democracia consiste en la pretensión de universalizar la libertad republicana a toda la población adulta: nadie debe verse obligado a pedir permiso a otro para existir socialmente, nadie debe ser puesto en

una situación que le haga arbitrariamente interferible por otro. Las personas son civilmente iguales todas, en tanto que recíprocamente libres. Llevado hasta el final, el republicanismo democrático implica necesariamente la "civilización" completa de la vida social y del Estado, es decir, el imperio total de la *loi civil* y la consiguiente desaparición de los ámbitos institucionalmente segregados que Montesquieu llamó famosamente *loi de famille* (el despotismo patrimonial/patriarcal) y *loi politique* (el Estado monárquico burocrático, incareado e incareable por el pueblo).

La desaparición de la *loi de famille* es el fin de la esclavitud en todas sus formas y en todos sus grados (incluidos el clientelismo y el trabajo asalariado).

La desaparición del Estado monárquico burocrático moderno es la consecuencia (normativa) de la idea de Locke (y antes, de nuestro Juan de Mariana), según la cual la autoridad política (que no sea arbitraria) no puede ser sino fideicomisaria (*trustee*), y por lo mismo, deponible a voluntad sin más que manifestar el fideicomitente (el pueblo) pérdida de confianza en ella: un Rey no es, en las célebres palabras de Saint Just, sino un "impostor y un rebelde". La famosa sentencia (lockeana) de Robespierre, según la cual "el pueblo es bueno, y los magistrados, corruptibles", no es una ingenua tesis antropológica, como suelen creer los filósofos o los historiadores de las ideas sin cultura jurídica, sino modesta expresión de la naturaleza jurídica de cualquier vínculo fiduciario: por definición, el fideicomitente es siempre "bueno", y el fideicomisario, un eterno sospechoso. (1) Esa visión republicana fiduciaria de la relación entre pueblo y autoridad política, o entre bases y dirigentes ha sido parte integral de la teoría y la práctica del movimiento obrero socialista tradicional. (2)

3) *Propiedad*: La universalización de la libertad republicana implica necesariamente la remodelación completa de las instituciones de la propiedad. En la tradición republicana moderna –que ha dejado, también aquí, indeleble impronta en el derecho público de nuestro mundo– la apropiación de los recursos y los activos productivos es entendida asimismo como un fideicomiso. La comunidad política es la propietaria última de todo (*omnia sunt communia*), y lo que entendemos corrientemente por "propiedad privada" es una concesión pública –*política*– condicional hecha o a particulares, o a asociaciones privadas de particulares, o a comunas municipales, en régimen de fideicomiso, y por lo mismo, sometida a las peculiaridades de un fideicomiso: el mantenimiento del régimen de apropiación particular de un recurso que es siempre de titularidad última pública depende crucialmente de la confianza del fideicomisario, que es el pueblo soberano todo.

Ese es el sentido que tiene en todas las constituciones de los países mínimamente civilizados –tanto en la tradición de la *commnon law* como en la tradición romana– la cláusula de que la propiedad privada debe "servir a un fin

social". De cómo se estipule constitucionalmente el significado de ese "servicio" –y de qué instancia quede constitucionalmente legitimada para determinarlo (y con qué procedimientos)–, dependen muchas cosas, entre ellas la mayor o menor facilidad para que un gobierno legítimo pueda proceder a la regulación y aun a una amplia remodelación de la vida económico-social: expropiar, con o sin indemnización, nacionalizar y fomentar el sector público, promover empresas cooperativas de trabajadores, imponer condiciones democratizadoras –o al menos, como en el derecho laboral contemporáneo, parcialmente "civilizadoras"– de la vida laboral y de la gestión en las empresas puramente privadas, etc.

Conviene decir que la idea liberal decimonónica de una "propiedad privada exclusiva y excluyente", asocial y apolítica, es más una fantasía ideológica y un arma de combate político a favor de intereses particulares espurios que una realidad jurídica e histórica (salvo, quizá, en la propiedad aloidal medieval, de origen romano); resueltamente afirmada como tal, sólo puede hallarse en ignorantes manuales de (mala) teoría económica y/o en las fantasías de la peor filosofía política. (3)

Las cuatro grandes revoluciones sociales contemporáneas con mayor impacto político configurador del mundo contemporáneo –la norteamericana de 1776, la francesa de 1789, la mexicana de 1910 y la rusa de 1917– construyeron, mantuvieron y, con mayor o menor éxito, legaron a la posteridad un concepto republicano-fiduciario de propiedad.

Como muestra de lo que planteamos valen las siguientes afirmaciones de Franklin y Robespierre o los articulos de las constituciones soviética y americana.

a) *Benjamin Franklin (1783):* "Toda propiedad me parece, en efecto, […] una criatura de la convención pública. De aquí que el dominio público tenga el derecho de regular la herencia y cualquier transferencia o alienación de la propiedad, y aun el derecho de limitar la cantidad y los usos de la misma. Toda propiedad necesaria al hombre para la conservación del individuo y la propagación de la especie es su derecho natural, y nadie puede privarle con justicia del mismo; pero toda propiedad superflua para estos propósitos es la propiedad del dominio público, el cual, por lo mismo que la ha creado con sus leyes, puede, con otras leyes, disponer de ella siempre que lo requiera el bienestar público. A quien le disguste la sociedad civil entendida en estos términos, que se retire y vaya a vivir entre los salvajes". (4)

b) *Robespierre (1792):* "… todo lo que resulta indispensable para conservar la vida es una propiedad común de la sociedad entera. Sólo el excedente puede ser propiedad individual y abandonarse a la industria de los comerciantes". (5)

c) *Artículo 27 de la Constitución mexicana de 1917:* "La propiedad de las tierras y aguas comprendidas dentro de los límites del territorio nacional corresponde originariamente a la Nación, la cual ha tenido y tiene el derecho de transmitir el dominio de ellas a los particulares constituyendo la propiedad privada". (6)

d) La *Constitución soviética de 1918* recogería la siguiente idea bolchevique (inspirada en este punto, como luego la alemana de Weimar y la de la I República austriaca en 1919 y la de la II República española en 1931, por la Constitución revolucionaria mexicana): "La tenencia de la tierra debe ser sobre una base de igualdad: la tierra debe distribuirse entre los trabajadores conforme a criterios de trabajo o de consumo, según sean las condiciones locales. No debe haber absolutamente ninguna restricción a las formas de tenencia de la tierra: familiar, estanciera, comunal o cooperativa". (7)

Fueron necesarios Hitler y Dolfuss para acabar con esa disposición constitucional de Weimar y de la primera República austríaca. Fue necesario Franco para acabar con la correspondiente disposición constitucional de nuestra II República. Fue necesario Stalin para acabar con el correspondiente criterio de la Constitución soviética de 1918. Y fueron necesarios Salinas y la contrarrevolución neoliberal de nuestro tiempo para acabar con el artículo 27 de la Constitución mexicana.

4) *Unidad de la Humanidad (fraternidad republicana cosmopolita)*: Aunque es verdad que la tradición democrático-republicana moderna inventa la idea de nación y de soberanía popular fideicomitente (el pueblo soberano puede conceder autoridad política y puede conceder la apropiación particular de distintos recursos y activos de la nación en régimen de fideicomiso), no es verdad que eso tenga nada que ver con el "nacionalismo". El "nacionalismo" es un fenómeno mucho más reciente (de fines del siglo XIX), y nada tiene que ver con el republicanismo ni con la Ilustración, sino todo lo contrario. El republicanismo democrático pretendió una República cosmopolita, o federación republicana fraternal de los pueblos soberanos que componen la Humanidad: también en eso fue ejemplar la extrema izquierda plebeya jacobina, con toda justicia acusada por los colonialistas girondinos de "Las Casista".

Es importante observar que en la concepción de la república cosmopolita no hay contradicción de principio entre el orden justo internacional respetuoso de los derechos humanos y de las normas tradicionales del derecho de gentes y la afirmación de la soberanía nacional de los distintos pueblos. Pues la tradición iusfilosófica republicana concibe el ejercicio de la soberanía popular como un fideicomiso: que las autoridades políticas nacionales no son sino fideicomisarias de la voluntad popular, que el pueblo soberano es el fideicomitente de las

autoridades de los Estados nacionales y de sus instituciones y que, por lo mismo, la pretensión misma de soberanía de un Estado nacional descansa en el cumplimiento de un variado y amplio conjunto de obligaciones fideicomisarias que pasan –también– por el respeto de la acción y la dignidad de las personas sujetas al poder estatal y a su monopolio de la violencia. Y uno de los requisitos fundamentales para honrar esas obligaciones es la obediencia a lo que el actual derecho internacional público llama *ius cogens*, el núcleo duro de las normas internacionales que convierten en írrita y nula de pleno derecho cualquier legislación nacional incompatible con ellas. (8)

El liberalismo y el utilitarismo decimonónicos –y sus distintas hechuras filosóficas e ideológicas del siglo XX– son falsarias reconstrucciones adanistas del mundo contemporáneo. En cambio, los socialistas han sabido tradicionalmente de donde venían y que venían de lejos. Por lo pronto: de las luchas –y del ideario forjado en esas luchas– antiesclavistas y anticolonialistas del siglo XVI (Vitoria, Las Casas, Müntzer) y del grueso de la Ilustración dieciochesca (“*périssent les colonies plutôt qu’n principe*”, dejó escrito el caballero Jaucourt en la *Encyclopédie*, una obra a la que, huelga decirlo, ningún adanista posmoderno o poscolonial “antiilustrado” se ha molestado siquiera en asomarse). (9)

Tampoco la Ilustración escocesa del XVIII fue ajena al debate iusfilosófico español anticolonialista del siglo XVI. En su *Historia de Inglaterra*, Hume –a quien la academia liberal procolonialista antiilustrada de los siglos XIX y XX y sus inconscientes herederos postmodernos del XXI han fabricado como un protoutilitarista– habla expresamente, a propósito de las vicisitudes del surgimiento de la *Carta Magna* bajo Juan Sin Tierra (a comienzos del siglo XIV), del “sentido de los derechos comunes de la Humanidad toda, los únicos derechos que son enteramente irrevocables” (Bell, 1854:439).

Con mayor o menor autoconsciencia, el movimiento obrero socialista contemporáneo incorporó así dos grandes tradiciones intelectuales dimanantes de largos siglos de lucha popular europeo-occidental contra la esclavitud y la servidumbre.

La primera, el iusnaturalismo comunario campesino, frecuentemente aliado (entre el siglo XII y el XV) a las monarquías de estirpe germánica contra la rapacidad privatizadora y cercadora de bienes comunes (ejidos, *commons*, *Allmende*: la base material de la libertad plebeya) por parte de los señores feudales. (10)

Y la segunda, entre el siglo XVI y el XVIII, el republicanismo –frecuentemente anticolonialista– enfrentado a las monarquías absolutas prisioneras de los grandes intereses económicos privados: finanzas, gran propiedad terrateniente –incluida la Iglesia católica– y los que en vísperas de la Revolución francesa empezó a llamarse “vampiros capitalistas”, tenedores en su

gran mayoría de bonos de deuda pública del Rey. (11) El motivo moderno de la tolerancia (en Locke, no menos que en Voltaire) arranca de ahí: la "intolerancia" nace de un poder público secuestrado por grandes poderes económicos privados, y señaladamente por la Iglesia católica –que era, por ejemplo en España, la segunda potencia feudal del reino–, capaz de imponer a la esfera pública sus particulares dogmas y credos. (12) La tolerancia pasaba por la destrucción de ese poder particular secuestrador del interés público.

3. Socialismo, democracia y economía capitalista moderna

En un sentido importante, puede decirse que el socialismo fue la respuesta del republicanismo democrático tradicional al desarrollo de la economía capitalista industrial, es decir a una vida social progresivamente avasallada por un conjunto de fuerzas históricas dinámicas sin precedentes históricos al que ahora llamamos "capitalismo" y que en su día llamó Robespierre –siguiendo a Rousseau– "economía política tiránica".

Entre los principales efectos del impacto –políticamente resistible y, con altos y bajos, efectivamente resistido– de esas fuerzas dinámicas sobre el conjunto de la vida social, están los que afectan, directamente, a la constitución de los mercados, e indirectamente, a la constitución de instituciones sociales básicas en cualquier sociedad civilizada con elevados grados de división técnica del trabajo.

Tres rasgos distintivos de la constitución política específicamente "capitalista" de los mercados merecen ser destacados.

1) Predomina un régimen de producción individual descentralizada de bienes y servicios (mercancías) para mercados especializados. Que esa producción se realiza *para* un mercado especializado, quiere decir que, a diferencia de lo que ocurre en mercados de intercambio real o de trueque de excedentes productivos más o menos casuales (mercados "neutrales", en la terminología de Keynes; "precapitalistas", en la terminología marxista), el proceso no empieza con una mercancía y termina con una mercancía de valor equivalente (con o sin dinero de por medio: M-D-M, o M-M), sino que empieza con una cantidad de dinero que compra mercancías (materias primas, instrumentos de producción, fuerza de trabajo) para combinarlas y vender el producto –las mercancías resultantes– en el mercado especializado por más dinero (D-M-P-M'-D', en donde D'>D). Es decir, que las decisiones individuales y descentralizadas de producción se toman partiendo de dinero y con la expectativa de vender con un excedente monetario.

2) Los instrumentos de producción son "propiedad privada" de una pequeña parte de la población, y el grueso de la población, desposeída y privada de acceso directo a medios propios de existencia, se ve obligada a vender su fuerza de trabajo –a cambio de un salario *monetario*– a quienes por algún motivo

monopolizan la posesión de los instrumentos necesarios para producir (tierra, máquinas, activos financieros, etc.).

3) Aunque la tierra (o más en general, el patrimonio natural), la fuerza humana de trabajo y el dinero no son ni pueden ser propiamente mercancías –nadie "produce" esos bienes con la expectativa de venderlos en mercados especializados–, el capitalismo los trata como mercancías, e instituye políticamente unos "mercados" que, por lo mismo que son ficticios, están cargados de problemas: el mercado de trabajo, el mercado monetario y el mercado de bienes raíces. (13)

Se trata ahora de explorar sumariamente las consecuencias que esos tres rasgos histórico-específicos básicos del capitalismo traen consigo desde el punto de vista de la teoría política y del derecho primero y, luego, desde el punto de vista de la teoría económica.

Veamos, pues, para empezar, el impacto del capitalismo así entendido en los cuatro puntos antes resumidos del ideario normativo republicano-democrático moderno: 1) Libertad/Igualdad; 2) Democracia (fraternal); 3) Propiedad; 4) Unidad de la Humanidad (fraternidad republicana cosmopolita).

1) *Libertad/Igualdad*: Una condición necesaria –aunque no suficiente– para que eche a andar una dinámica capitalista es la presencia de una masa importante de población desposeída, privada de acceso directo a medios de existencia. Lejos, empero de ser eso sólo un pecado original, lo cierto es que el ulterior desarrollo de la dinámica capitalista es asimismo expropiador: distintas fuerzas desatadas por esa dinámica –como las economías de escala en la producción o en la organización capitalista del crédito financiero– (14) causan la progresiva concentración de la posesión de los medios de producción en cada vez menos manos. La otra cara de ese proceso es el crecimiento de la población asalariada, compuesta por gente que ya no pueden subsistir sin pedir permiso a terceros para hacerlo: tienen que vender como mercancía, a cambio de un salario monetario, su fuerza de trabajo a quien pueda y quiera comprarla. El trabajador asalariado moderno es, en un sentido, "libre". Pero en otro sentido, en el tradicional de los clásicos grecolatinos –que no reconocían como libre el contrato de servicios–, no lo es: es un "esclavo a tiempo parcial".

Figurémonos: fuera de la fábrica, el trabajador (varón) asalariado del Manchester de 1820, tenía personalidad jurídica reconocida –capacidad para realizar actos y negocios jurídicos, como firmar contratos de servicios– y con ella algunos derechos civiles básicos: de expresión, de reunión y, hasta cierto punto, de asociación. Pero esos derechos más o menos asegurados en la sociedad civil liberal postnapoleónica quedaban inmediatamente en suspenso no bien cruzado el umbral de la fábrica: ahí estaba completamente a merced del propietario –o del agente fiduciario del mismo–, que podía disponer arbitrariamente de nuestro

hombre como si de un *alieni iuris* del viejo régimen se tratara: sin libertad de expresión, ni de reunión ni, mucho menos, de asociación (las organizaciones obreras estaban proscritas y la huelga fue tipificada como delito punible hasta bien entrado el siglo XX).

En un sentido importante, la moderna empresa capitalista es una institución extremadamente autoritaria, heredera del despotismo patriarcal-patrimonial del *oikos* griego, de la *domus* romana y de la "familia" –"familia" viene de *famulus*, esclavo doméstico– del antiguo régimen: no rige en ella la *loi civil*, sino la *loi de famille*. Reliquia fosilizada de eso en nuestra lengua viva: al propietario de la empresa capitalista –o a su agente fiduciario– se le sigue llamando "patrón" y a las organizaciones de los grandes empresarios capitalistas, "patronales".

Es de notar, por otra parte, que la aparición de la empresa capitalista moderna –sobre todo a partir de la gran industria fabril, luego de la Revolución Industrial– no significó *más mercado, sino menos mercado*: una miríada de operaciones y transacciones que antes tenían lugar como intercambios libres de mercado entre agentes vinculados por contratos de obra a precios más o menos competitivos de mercado libre que agotaban el valor de cambio de lo producido, pasaban ahora a convertirse en operaciones y transacciones ordenadas y supervisadas por una autoridad planificadora privada arbitraria e incontestable y ejecutadas por "esclavos a tiempo parcial" a cambio de un salario monetario que necesariamente no podía agotar el valor de cambio de lo producido. A eso le llamó el socialismo clásico europeo decimonónico –compuesto en buena medida por artesanos republicanos con memoria histórica de haberlo sido– alienación y explotación: el artesano proletarizado y sometido a la férrea disciplina fabril se había convertido en un *alieni iuris*, había perdido su libertad (en sentido clásico); y como consecuencia de haber perdido su libertad, estaba sometido a explotación, porque su trabajo generaba un valor excedente del que se apropiaba ahora ventajistamente el "capitán de industria", su "patrón".

2) *Democracia (y fraternidad)*: Si la moderna empresa capitalista perpetuaba y aun robustecía sobre bases institucionales nuevas la despótica *loi de famille* del antiguo régimen, la cosa no era mucho mejor en la Europa decimonónica del socialismo incipiente en lo tocante a la *loi politique*: desde la contrarrevolución de Thermidor, la población trabajadora estaba totalmente privada de derechos políticos; en las monarquías constitucionales liberales del siglo XIX se elegía con sufragio censitario. Para las primeras generaciones de obreros socialistas europeos, "liberalismo" político quería decir esto: monarquismo antirrepublicano, constitucionalismo antiparlamentario y enconada hostilidad al sufragio universal. La lucha por la "civilización del Estado", por la erradicación de la vieja *loi politique* monárquica, es decir, por la república democrática plenamente parlamentaria y por el sufragio universal, fue uno de los hilos conductores del

desarrollo del movimiento obrero socialista hasta la I Guerra Mundial.

El otro, huelga decirlo, fue la lucha por la "civilización de la empresa capitalista", es decir, por la total erradicación en el núcleo mismo de la vida productiva moderna de la vieja *loi de famille* del despotismo patriarcal-patrimonial.

La sociedad civil "burguesa" postermidoriana no había cumplido la promesa pancivilizatoria de fraternidad de la República revolucionaria. Al contrario: no era una sociedad propiamente civil, porque el grueso de la población trabajadora –el "cuarto estado", el *menu peuple* robespierreano– seguía oprimido por la *loi politique* supracivil y por la *loi politique* subcivil: ese era el núcleo crítico doctrinal central del primer socialismo político obrero. (15)

Las débiles democracias políticas trabajosamente conquistadas en la primera mitad del siglo XX, precarias y plutocráticamente sesgadas como son, son con todo hijas del movimiento obrero socialista. Como hijo del movimiento obrero socialista es también el derecho laboral contemporáneo, el audaz intento, por decirlo algo más técnicamente, de reelaborar iusrepublicanamente las condiciones del contrato asalariado de servicios ("el trabajo no es una mercancía", reza el lema central de la OIT). No ha conseguido, claro está, el derecho laboral contemporáneo la democratización de las unidades productivas –eso sería el final del capitalismo–, pero sí consiguió, en su mejor momento y en ciertos países, limitar seriamente la despótica arbitrariedad de los patronos: forzar, si se permite la metáfora, a la autocrática empresa capitalista a convertirse, no en una "república democrática, ni siquiera en una "monarquía parlamentaria", pero sí, al menos, en una "monarquía constitucional" embridada por la ley.

No es por azar que, en los actuales tiempos de contrarreforma neoliberal, la suerte de la democracia política y la suerte del derecho laboral –el núcleo de la constitución social de los países capitalistas– sigan yendo de la mano: corren los mismos riesgos, porque tienen los mismos (recrecidos) enemigos.

3) *Propiedad*: En su origen y en su ulterior dinámica de desarrollo, el capitalismo libera colosales fuerzas sociales y económicas expropiatorias, ya va dicho. Tiende a favorecer la apropiación privada de bienes comunes y de bienes públicos (la famosa "acumulación por despojo" popularizada en nuestros días por el celebrado historiador, urbanista y geógrafo económico David Harvey), destruye la pequeña propiedad privada fundada en el trabajo personal y socava de continuo las condiciones de existencia de la pequeña y mediana empresa capitalista.

La tesis socialista tradicional al respecto se puede formular así: la propiedad capitalista –el régimen capitalista de apropiación privada de recursos productivos y, en general, de activos– viola el principio público-fiduciario en que debe

descansar toda apropiación particular de recursos de titularidad en última instancia pública. Como usuarios particulares de esos recursos, los capitalistas, como los Reyes (o como los terratenientes feudales), son malos fideicomisarios que defraudan la confianza del fideicomitente, el pueblo soberano. Y lo son específicamente, entre otras cosas, pero muy señaladamente, porque:

a) Sacan injustamente ventaja de su apropiación para ejercer una autoridad arbitraria, apenas contestable, sobre sus asalariados –reducidos entonces a la condición de modernos *alieni iuris*–, así como para explotar ese trabajo alienado sacando un valor excedente, por encima del salario monetario pagado.

b) En la medida en que los mercados capitalistas maduros no son mercados plenamente competitivos –en los que sólo se competiría por precios y todos los agentes económicos no serían sino tomadores de precios–, los grandes capitalistas expropiadores sacan injustamente ventaja de su posición de poder en mercados con fuertes barreras de entrada, y están en condiciones de dictar precios y extraer rentas oligopólicas no ganadas e improductivas. Hay varias formas de medir técnicamente el grado de oligopolización de un mercado y del poder de mercado de las empresas que compiten en él. (16) Pero uno de los indicadores más claros de ese grado es el gasto –totalmente improductivo– en publicidad: un mercado idealmente competitivo no necesitaría publicidad, porque toda la información que necesitan los agentes económicos estaría ya contenida en los precios de las mercancías. En cambio, una industria tan concentrada ahora como la farmacéutica –en manos prácticamente de sólo siete grandes empresas globales, las *Big Pharma*– gasta en publicidad cerca del 50% de su "inversión", dedicando a la investigación no mucho más del 10%. (17)

c) Esas rentas oligopólicas no sólo son improductivas –como las rentas terratenientes feudales–, sino que pueden usarse, además, para pervertir plutocráticamente el proceso político.

Por lo pronto, de manera directa, para comprar voluntades y arruinar las libertades de las repúblicas: es lo que pasó en los EE.UU. de la Era de la Codicia, luego de la Guerra Civil, con presidentes como Rutherford B. Hayes (1877-1881), famoso por su sentencia, tan actual: "este es un gobierno de los empresarios, por los empresarios y para los empresarios". (18) La primera ley antimonopolista aprobada por el primer Roosevelt en 1906 fue presentada como un medio para salvar a la República norteamericana de la amenaza representada por las grandes dinastías empresariales surgidas de los *robber barons*, los barones ladrones (los Rockefeller, los Stanford, los Vanderbilt, los Bush). Menos suerte tuvo unas décadas después la joven República democrática de Weimar,

que sucumbió en 1933 a la intriga plutocrática: se suele pasar piadosamente por alto que, además de los mamarrachos del Partido Nazi, el grueso de la oligarquía industrial, financiera y terrateniente alemana (los Krupps, los von Thyssen, los Abs, los Pferdemenge, BMW, Daimler-Benz, Deutsche Bank, Kommerzbank, AG-Farben, etc.) fue juzgada y condenada en los procesos de Nuremberg luego de la II Guerra Mundial. (19)

Pero también de una manera indirecta, cargada de consecuencias culturales: las técnicas manipulatorias desarrolladas en la publicidad comercial para la competición en mercados oligopólicos han colonizado crecientemente el proceso de deliberación y competición política. Con el siguiente agravante: mientras que la publicidad comercial –con razón considerada por los juristas como formidablemente peligrosa– está mal que bien regulada y la mentira y la falsedad son penalmente castigadas con mayor o menor gravedad según los países, la propaganda política no puede regularse del mismo modo. Hacerlo, interferiría con un bien jurídico superior cual es la libertad de expresión: mentir es éticamente rechazable siempre, pero, hasta cierto punto, mentir no es –y desgraciadamente no puede ser de otro modo– jurídicamente ilícito en política.

4) *Unidad de la Humanidad (fraternidad republicana cosmopolita)*: En sus importantes *Memorias*, Wilhelm Dittmann –el dirigente de la izquierda socialdemócrata alemana de entreguerras– reproduce una caracterización que él mismo, antiguo discípulo de Rosa Luxemburgo, había hecho del estado de la economía capitalista en 1925, cuatro años antes de que estallara la Gran Depresión. No es una teorización académica, sino el testimonio excepcionalmente lúcido de la comprensión que de la coyuntura podía tener un cuadro obrero socialista medio. Por eso vale la pena citarlo extensamente:

> “Se ve cada vez más que el problema irresoluble no es el problema del crédito y la producción, sino el *problema del consumo y de la cuota de mercado*. ¿Dónde está el mercado de venta que permite la salida de las maravillosas mercancías producidas en los países capitalistas con su maquinaria productiva altamente desarrollada técnicamente? A la población trabajadora dentro de los países capitalistas le falta el necesario *poder de compra*. Por eso se fían todas las esperanzas al *mercado mundial*, que aparece ante los capitalistas individuales en las distintas ramas de la producción como un campo de salida mística, infinitamente amplio, con inagotable capacidad de absorción: de la contracción de ese campo causada por la Gran Guerra y las consecuencias de la misma, apenas se hacen una idea clara.
> “En relación con la masa de mercancías que el alto capitalismo moderno consigue catapultar al mercado, hay que decir que no pueden ser absorbidas por el grueso de los países que el capitalismo no ha abarcado todavía como

> posible mercado de salida para superar la crisis. Sólo hay tres zonas planetarias que, por su volumen demográfico, podrían llegar a contar realmente: Rusia, India y China. Pero esas enormes regiones que han despertado con la Guerra, están ahora mismo *cerradas* para el alto capitalismo moderno, ya como mercados de salida, ya como emplazamiento de nuevos capitales (…). Sea ello como fuere, se tardará años, por no decir décadas, hasta que esos países puedan llegar a convertirse en zonas de salida más sólidas que ahora para el capitalismo euro-americano, para el capitalismo 'blanco'.
> "Se plantea entonces la cuestión de si no tenía razón Rosa Luxemburgo (…) cuando afirmaba que al capitalismo *se le termina la gramática parda*, si no consigue poner suficientemente a su disposición, para la realización de la plusvalía, los mercados de venta y de emplazamiento de las formaciones sociales no capitalistas. Lo cierto es que el mercado mundial con el que habrá que contar *en el próximo futuro* es extremadamente precario y enanoide. *El capitalismo 'blanco' se halla en un callejón sin salida* (…). Para Europa, la situación económica mundial se desarrolla paulatinamente de forma catastrófica" (Dittmann, 1995:957-8).

El economista académico medianamente culto que lea hoy estas líneas se sorprenderá seguramente viendo a un dirigente obrero alemán, no ya anticipar en el *intermezzo* de relativa bonanza de 1925 la devastadora crisis capitalista mundial que vendría en 1929, sino anticiparla con excelentes argumentos económicos que gravitan en torno a la insuficiencia de la demanda efectiva agregada a escala planetaria ¡nueve años antes de que Keynes publicara su seminal *Teoría General*, el libro más importante de la economía política académica del siglo XX!

Las cuatro o cinco décadas relativamente pacíficas que siguieron a la derrota de Napoleón y al Congreso de Viena en 1815 explican en cierta medida la era del "liberalismo económico clásico" y el triunfo académico de lo que el propio Keynes habría de llamar –en la TG– la "Ley de Say". El triunfo, esto es, de la idea –demolida por Marx en el siglo XIX, vuelta a demoler de forma acaso más precisa, a comienzos del siglo XX, por Rosa Luxemburgo, y definitivamente destruida por Keynes en la TG– según la cual (resumida en ocho puntos):

1) "La oferta crea siempre su propia demanda" razón por la que:

2) los mercados competitivos tienden espontáneamente a un estado óptimo en el que oferta y demanda se equilibran, de modo que los costos y los precios de producción (dimanantes de un valor objetivo) no cuentan, sino que lo que cuenta son sólo los *precios relativos*: la razón entre los precios de dos mercancías cualesquiera tiene que ser igual, en equilibrio, a la razón de sus respectivas utilidades subjetivas marginales esperadas para cualquier agente económico;

razón por la que:

3) todos los "factores productivos" (tierra, capital y trabajo) son eficientemente remunerados conforme a su contribución marginal al producto;

4) no siendo, así pues, el trabajo sino un factor productivo más, cuyos precios relativos variarían eficientemente con los precios relativos de cualquier otra mercancía.

5) El dinero propiamente dicho, como institución de todo punto política (como medio del Estado para pagar sus deudas, por ejemplo), no existe: los mercados teorizados son mercados de puro trueque, no siendo lo que llamamos "dinero" sino una mercancía más, elegida de forma meramente técnica y políticamente neutral como mercancía "numeraria" salida del intercambio de mercancías, introducida *ex post* para facilitar la contabilidad del trueque y reducir los costos de transacción del mismo, y cuyo precio relativo variaría con los precios relativos de todas las demás mercancías.

6) Sin posibilidad de entender el dinero, no hay tampoco posibilidad de entender el papel de la deuda y del crédito: la naturaleza institucional de las entidades bancarias y financieras queda totalmente fuera de ángulo. Lo que resulta particularmente asombroso –como observó en cierta célebre ocasión con ironía inigualablemente sardónica Keynes– cuando de lo que se trata es de entender el funcionamiento de una economía de producción esencialmente monetaria como es el capitalismo, que empieza y termina con dinero (para los iniciados: D-M-P-M'-D'). (20) La potencial capacidad –social, política y económicamente catastrófica– de la banca y de las instituciones financieras privadas para crear crédito (y por lo tanto, dinero) de la nada queda oculta bajo el velo de la absurda hipótesis ortodoxa de los "fondos prestables", según la cual las entidades bancarias se limitarían a guardar fondos depositados en sus bóvedas por probos ahorradores y a prestar esa masa de ahorro ocioso a otros agentes económicos –privados o públicos– dispuestos a hacer mejor uso del mismo (consumir, invertir) a una tasa de interés exclusivamente determinada por las fuerzas de oferta y demanda del "mercado monetario". (21)

7) Naturalmente, en una economía apolítica así desaparece por completo el papel de la deuda, de la relación de todo punto política entre acreedores y deudores. (22) Las cargas que para el conjunto de una economía productiva dimanan del servicio de la deuda se esfuman, y con ellas, los "vampiros capitalistas" de que hemos oído hablar antes al Marqués de Sade: el rentista financiero –que vive del servicio de la deuda– no puede ser un vampiro parasitario, porque gastará integralmente su renta o en consumo o en inversión. Queda excluida de antemano la posibilidad –obvia y abrumadora realidad– de que use esa renta para "invertir" en nuevos préstamos y generar una desestabilizadora piramidalización de la deuda, la ulterior polarización social entre acreedores y deudores y la explosión de la desigualdad económica. Hasta la

catástrofe económica total: eso es lo que ocurrió en la Gran Depresión capitalista de 1929. Y es lo que ha vuelto a ocurrir con la nueva depresión actualmente en curso desde 2008. (23)

8) En una economía apolítica imaginaria así, no sólo no hay dinero propiamente dicho, no sólo la deuda y el crédito carecen de toda relevancia propiamente económica, sino que ni siquiera hay espacio conceptual para concebir ni el beneficio empresarial ni los excedentes económicos no absorbidos –beneficios irrealizados– por los mercados nacionales a causa de la crónica insuficiencia de la demanda efectiva agregada característica del "modo de producir capitalista" (Marx) o de la "economía de producción monetaria" (Keynes). Mucho menos para entender la insuficiencia de los mercados nacionales y la consiguiente necesidad política de reciclar internacionalmente, de uno u otro modo, esos excedentes. Y muchísimo menos todavía los efectos retroactivos de la disciplina impuesta por los mercados internacionales a la regimentación económico-institucional, a la reconfiguración de las distintas naciones: el camino especial o *Sonderweg* alemán –la tardía unificación nacional, la Segunda (y la más importante hasta la fecha) Revolución Industrial, el Estado de funcionarios (*Beamtenstaat*)– fue en buena medida apremiado y moldeado por el mercado mundial. (24)

La era histórica del liberalismo económico clásico, connatural a las décadas de relativa paz que siguieron a la derrota de Napoleón y a la *pax britannica* que empezó a fraguarse en el Congreso de Viena (1815), tuvo entre sus ideologemas favoritos éste: "paz y libre comercio internacional". Tan distinto de la expresa –y recrecida– apología de la dominación colonial, de la conquista de territorios y mercados y de los conflictos y las tensiones bélicas entre las potencias capitalistas, sobre todo europeas, imperante en el último tercio del XIX. Los neologismos políticos de la *Belle Époque* son suficientemente elocuentes: "militarismo", "nacionalismo", "geopolítica", "imperialismo", todos de cosecha finisecular.

De todos esos neologismos, el de "imperialismo" fue el más vinculado a la teoría económica. Lo popularizó el economista liberal británico de izquierda –prototipo del *liblab* de la época, a horcajadas entre el liberalismo burgués progresista y el laborismo obrero demócrata– Hobson, amigo y colega, desde la juventud, de Keynes. Y lo hizo en un libro destinado a alcanzar una enorme influencia en la socialdemocracia marxista continental: en Rosa Luxemburgo, en Hilferding, en Lenin. (25)

Si la capacidad productiva crecía más rápidamente que la demanda de consumo, muy pronto se producía un exceso de esa capacidad en relación con la demanda de consumo, por lo que habría pocas oportunidades de inversión rentable interior. La inversión exterior era la única posibilidad. Pero puesto que

todos los países industrializados capitalistas tenían el mismo problema, la inversión exterior sólo podía darse a condición de que los países no capitalistas fueran "civilizados" a la fuerza, y sus instituciones tradicionales, más o menos violentamente destruidas, poniendo visiblemente a sus pueblos bajo la mano invisible del mercado capitalista.

Pero el extraordinario libro de Hobson se percató también de otro fenómeno, que tiene directamente que ver con nuestros sadianos "vampiros capitalistas". Las economías capitalistas maduras estaban cargadas de deuda. El servicio de los intereses de esa deuda generaba una carga improductiva sobre ellas, con ulteriores efectos deflacionarios sobre la inversión y el consumo interiores. Pero generaba, además, el debilitamiento de la ulterior capacidad de endeudarse de los agentes económicos nacionales (las empresas privadas y unos Estados que, prisioneros del patrón oro, habían renunciado –como Luis XVI– a la soberanía monetaria), y por consiguiente, presionaba a la baja los tipos de interés. Para proseguir su escalada piramidalizadora de la deuda, los rentistas financieros acreedores –como los capitalistas industriales– tenían también que buscar salidas en el exterior: su "actividad empresarial" consistía en recaudar dinero dentro de las fronteras nacionales para prestarlo a altos intereses a otras economías menos maduras, menos apabulladas por la deuda y más necesitadas de infraestructura pública y otras inversiones de capital. El "imperialismo" –la rapiña y el saqueo de los pueblos "incivilizados" del mundo y la guerra entre las distintas potencias del "capitalismo blanco"– (26) tenía, así pues, una dimensión financiera relativamente autónoma de la productivo-industrial. Y era la única salida posible.

Se comprende que en un mundo así, los viejos ideales del republicanismo fraternal cosmopolita hubieran desaparecido de la vida académica. Porque, como dice un inveterado dicho obrero alemán –que gustaba de repetir el viejo Engels–, "según cantan los burgueses, silban los profesores". (27) Al académico del *fin de siècle*, que aceptaba como cosa que va de suyo el positivismo y el utilitarismo iusfilosóficos de Bentham (el inventor, en plena reacción termidoriana a comienzos del XIX, del neologismo "internacional", para substituir al tradicional –y peligroso– *ius gentium*) y de Austin (28) no podía ya sino moverle a displicente sonrisa la reivindicación que en 1796 había hecho el joven Schlegel del legado republicano-revolucionario ahogado dos años antes en Thermidor:

> "La idea de una República Cosmopolita tiene validez práctica y es de característica importancia. […] Hasta ahora se hablaba sólo del Republicanismo parcial de un Estado y un pueblo determinado. Pero sólo a través de un Republicanismo universal puede llegar a cumplirse el imperativo político. Este concepto no es, pues, fantaseo de soñador, sino tan necesario prácticamente como el imperativo político. Sus componentes son:
>
> - Politización de todas las naciones;

- Republicanismo de todos los politizados
- Fraternidad de todos los republicanos
- La autonomía de cada uno de los Estados, y la isonomía de todos" (Schlegel, 1796:13 y 22). (29)

Recuperar (muy parcialmente) ese legado costó centenares de millones de muertos caídos en el holocausto colonial de impronta tardovictoriana (30) y en los campos de combate de las dos guerras mundiales más criminales, crueles y devastadoras que ha conocido la Humanidad. Y aunque es verdad que, en la teoría, el movimiento obrero socialista se mantuvo prácticamente en solitario durante un siglo entero (1815-1914) como la única fuerza política y social con cierto peso portadora de esa antorcha republicano-cosmopolita ilustrada –rebautizada como "internacionalismo proletario"–, también esa fuerza flaqueó en 1914 y, como es harto sabido, buena parte de ella sucumbió a la catástrofe de la *Realpolitik* gran-nacionalista y belicista.

4. Revolución y reforma

El imperialismo de la *Belle Époque* trajo consigo un rimero de protestas, rebeliones, huelgas generales políticas y revoluciones sociales cumplidas a escala planetaria: el siglo XIX termina con la pérdida de sus últimas colonias (Cuba y Filipinas) por parte de la más veterana de las potencias coloniales europeas, España, y el siglo XX arranca así: la primera Revolución rusa en 1905, la Revolución mexicana en 1910, la primera Revolución china en 1911.

Y trajo, además, la Gran Guerra. Y esta trajo algo nunca visto a esa escala y con esa virulencia desde 1789-94: la Revolución rusa de 1917. Y el despertar decisivo de los pueblos coloniales. Y por supuesto, un rimero de revoluciones en toda Europa y el desplome de todas las monarquías autocráticas, semiautocráticas y meramente constitucionales y la reaparición en el viejo continente –siempre de la mano de gobiernos de partidos obreros– del sufragio universal y las repúblicas plenamente parlamentarias (o la plena parlamentarización de las monarquías constitucionales subsistentes, como las escandinavas y la italiana).

El miedo volvió a convertirse en un factor político decisivo. La *Grand Peur* que siguió a la toma de la Bastilla el 14 de julio había llevado a capitular a la aristocracia terrateniente el 4 de agosto de 1789 y a abolir el régimen de servidumbre. Pero el miedo a la I República revolucionaria francesa de 1792 (la ecuación benthamita: Derechos Humanos = Democracia = Robespierre = Terror) dominó todo el siglo XIX. El "cuarto estado" y su principal criatura industrial, el proletariado, se habían hecho políticamente temibles, y eran efectivamente temidos.

Los filósofos políticos españoles del XVI habían teorizado republicanamente el miedo a la plebe. Lo único que, a falta de democracia o de parlamento mínimamente operativo, tiene visos de poder controlar a la autoridad política fideicomisaria es el miedo, el terror, que logre inspirarle el pueblo fideicomitente. Ese fue el mensaje central de Juan de Mariana en su *best seller* de 1607: *De rege et de regis institutione*, que incluía una invitación al regicidio del monarca trocado en tirano y una circunstanciada discusión de las formas más o menos legítimas de acabar con su vida. Cuatro décadas y arreo después, el fiscal republicano que instruyó el proceso por alta traición que llevaría al cadalso a Carlos I, John Cook, invocaba al jesuita español como autoridad filosófica máxima en su requisitoria. (31)

Por el miedo infundido había logrado la gran oleada de huelgas generales obreras de 1905-7, imponer a un buen número de monarquías meramente constitucionales el sufragio universal (Imperio austrohúngaro, monarquías escandinavas, Bélgica), o ampliar el sufragio censitario en otras monarquías meramente constitucionales como Italia o en la monarquía ya plenamente parlamentaria que era (desde 1832) la Gran Bretaña. Y por el miedo –entre otras cosas– a la "propaganda con hechos" terrorista del anarquismo obrero ibérico había mucho antes concedido el sufragio universal (en elecciones caciquilmente muñidas) la restaurada monarquía meramente constitucional borbónica española. Pero esos miedos no bastaron: con toda su fuerza y su disciplinada organización a escala planetaria (incluidas las colonias), la II Internacional socialista no consiguió gravitar con suficiente peso sobre la política mundial para impedir la catástrofe de la Gran Guerra.

La oleada democrático-revolucionaria y anticolonialista que siguió a la Revolución rusa lo cambió todo, de nuevo, y significó una formidable y renovada inyección de miedo en las clases dominantes. (32)

Pero lo que estaba en juego era mucho, o al menos así se percibía en la inmediata posguerra, entre las elites políticas y académicas, no menos que entre la plebe despertada a consciencia por el sufrimiento y las atrocidades de una guerra sin ejemplo histórico, claramente interpretada por el conjunto de la opinión pública como dimanante de la rivalidad imperialista entre las potencias industrializadas del "capitalismo blanco"; andaba en juego la supervivencia misma de ese capitalismo. El miedo a la joven democracia republicana engendró en Europa occidental y central el fascismo, el "bolchevismo" fue más bien el pretexto (Tasca, 2000). El sañudo acoso imperialista a la joven República soviética y los propios errores iniciales de los dirigentes bolcheviques (33) trajeron consigo lo que más temían Lenin y Trotsky en 1921: un nuevo Thermidor, un nuevo Consulado, un nuevo Imperio, y eso vino a ser la dictadura contrarrevolucionaria estalinista. Sin embargo, como el propio Imperio de Napoleón –al que las clases dominantes europeas no dejaron nunca de ver del

todo como el continuador de Robespierre–, y cualesquiera que fueran sus crímenes y sus despropósitos (y sus indudables éxitos "técnicos": convirtió en muy poco tiempo a un atrasado país de campesinos en una gran potencia industrial, con tasas de crecimiento con las que no podía ni soñar país capitalista alguno en los deprimidos años 30), la consolidada URSS –sedicente constructora del "socialismo en un solo país", lo que para Marx y Engels, y hasta para Lenin, habría resultado un oxímoron– siguió desempeñando el papel de monstruo espantable para las elites capitalistas y el de la esperanza en el socialismo para centenares de millones de trabajadores y para los pueblos oprimidos del mundo.

El capitalismo tardovictoriano de la *Belle Epoque* precariamente restaurado entreguerras se rebeló incapaz de digerir la democracia republicana parlamentaria recién estrenada, y económicamente, tan catastrófico como el de preguerra. La guerra civil española, en la que todo el mundo civilizado reconoció el combate de la Ilustración y la democracia contra las más obscuras fuerzas de la reacción que el "capitalismo blanco" era capaz de despertar, fue el trágico prólogo a una nueva conflagración interimperialista que dejó en pequeña a la Gran Guerra.

La inaudita era de guerras, revoluciones y contrarrevoluciones que terminó con la II Guerra Mundial reconfiguró totalmente el movimiento obrero socialista. La I Guerra trajo consigo su escisión y el nacimiento de la Internacional Comunista. De las distintas facciones en que se había dividido el movimiento obrero desde la I Internacional de 1864, solamente sobrevivieron, como corrientes políticamente organizadas de masas, el ala derecha de la vieja socialdemocracia y el ala derecha del comunismo (el estalinismo): la izquierda socialdemócrata, la izquierda comunista, el anarquismo y el anarcosindicalismo prácticamente desaparecieron.

El prestigio de Stalin como enterrador militar del nazismo eclipsó –o consiguió que se olvidara– lo que a los militantes obreros avisados y a buena parte de la *intelligentzia* académica filobolchevique internacional de los años 30 les pareció inolvidable e imperdonable: los rigores para el campo ruso de la industrialización forzada emprendida *manu militari* a partir de 1928, su errática táctica, que pudo pasar del "clase contra clase" y la denuncia de la socialdemocracia como "socialfascista" –lo que contribuyó lo suyo a facilitar el golpe de Estado de Hitler y Hindenburg en enero de 1933– al Frente Popular antifascista a partir de 1935; su comportamiento con cálculo de pura *Realpolitik* en la Guerra de España (1936-39), la liquidación de toda la vieja guardia bolchevique en la farsa de los juicios de Moscú de 1937, el incauto –por decir lo menos– pacto germano-soviético en 1939 (que sumió en la depresión a todos los combatientes de la guerra perdida en España), la ejecución en masa de toda la dirección comunista polaca –de tendencia peligrosamente luxemburguista– y posterior disolución del Partido polaco en 1940 o el abyecto asesinato de Trotsky en México en el mismo año, por reducirnos a hechos y acontecimientos que eran públicos y notorios ya entonces.

Vale la pena reparar en esto: la idea de un socialismo de planificación administrativa central y autoritaria de la economía nunca le había pasado por la cabeza a Marx, quien –de acuerdo con Bakunin–, había definido el socialismo para la I Internacional obrera como "una asociación republicana de productores libres e iguales que se apropian en común de los medios de producción". En realidad, no pudo pasarle a nadie por la cabeza antes de 1914. La idea de que llegara a ser posible –meramente posible– una intervención administrativa a gran escala en la vida económica nació en la Alemania Guillermina con los llamados "socialistas de cátedra": Sombart, entre otros, pero también Georg Friedrich Knapp, el economista que definió celebérrimamente al Imperio alemán como un *Beamtenstaat* y que luego de la Guerra habría de tener una influencia absolutamente decisiva en la teoría del dinero de Keynes. Esos economistas venían jugando con esa idea desde fines del XIX y fueron unánime y duramente criticados por todos los marxistas socialdemócratas, ortodoxos (Kautsky), heterodoxos de derecha (Bernstein) o heterodoxos de izquierda (Rosa Luxemburgo).

Nadie tomó en serio esa posibilidad hasta 1914: durante la guerra, rotos los mecanismos básicos de la vida económica espontánea, los probos y competentes funcionarios de carrera guillerminos ("la mejor burocracia del mundo", según Max Weber), probó con hechos que el Estado sí podía intervenir a gran escala y con gran éxito en la vida económica: a eso se le llamó "socialismo de guerra", y los economistas guillerminos que lo teorizaron fueron la lectura predilecta del marxista socialdemócrata ortodoxo –y por lo mismo, y hasta entonces, radicalmente antiestatista– Lenin y del liberal –y por lo mismo, y hasta entonces, relativamente antiestatista– Keynes entre 1917 y 1922. La "construcción" del "socialismo en un solo país" –nótese bien: los socialistas tradicionales habían hablado de "realizar el socialismo", no de "construirlo"– fue vista por los economistas competentes con la curiosidad con la que se presta a un experimento insólito. La izquierda, no menos que la derecha, tuvo que empezar a pensar de nuevo el papel del Estado en la vida económica. También eso contribuyó al crédito del comunismo estaliniano. (34)

Por otra parte, el estallido de la Guerra Fría en 1946 trajo consigo la práctica desaparición del ala izquierda de la socialdemocracia y el florecimiento de su ala derecha, política, ideológica y financieramente sostenida por una Administración Truman dispuesta a hacer cualquier cosa para evitar que la segunda posguerra repitiera las aventuras revolucionarias anticapitalistas de la primera.

Ni que decir tiene: la derecha socialdemócrata de posguerra se benefició mucho del miedo al comunismo (y del recuerdo del período revolucionario de la primera posguerra). La restauración y la reestabilización de la vida económica y social tras la derrota del nazifascismo no podía volver a ser, como en 1918, otro intento de revivir el catastrofogénico capitalismo de la *Belle Époque*. El

capitalismo fue reformado, y la nueva socialdemocracia iba a participar de lleno en esa reforma. Las líneas básicas del capitalismo socialmente reformado –lo que Gailbraith padre llamó "capitalismo paternalista"– que se "construyó" políticamente en la posguerra, pueden tal vez entenderse del mejor modo como una muy parcial puesta en práctica del programa que en 1936 (en su TG) llamó Keynes de "eutanasia del rentista", fórmula casi tan citada ahora como mal comprendida.

La defensa del "mercado libre" por parte de la economía política clásica (Adam Smith y David Ricardo, señaladamente) se articulaba en cierto importante sentido en torno a un programa de "eutanasia del rentista": su apuesta por la promoción *política* del "mercado libre" –que no tiene nada que ver con el "libre mercado" apolítico neoclásico– era una apuesta a favor de lo que ellos entendían como elementos productivos de la economía (trabajo y capital productor de mercancías) contra los sectores que, por un mal diseño institucional de la vida económica, social y política, vivían de ingresos no ganados con su propio trabajo –y sólo el trabajo humano creaba valor de cambio: por eso la teoría del valor-trabajo objetivamente medible era tan importante– sino que lo hacían vampíricamente del trabajo ajeno, de renta, eran "rentistas".

¿Y quiénes eran esos vampiros rentistas que conspiraban injustamente contra la economía productiva? Los terratenientes de ascendencia feudal, por supuesto, que vivían sin dar golpe de las rentas –en especie o en dinero– dimanantes de la apropiación privada de la tierra. Para Adam Smith, como para el Marqués de Sade, no había duda, además, de que los "vampiros capitalistas" que vivían sin dar golpe de las rentas de su patrimonio financiero (como acreedores de otros privados o de las letras del Tesoro real, el servicio de cuyos intereses se sufragaba con impuestos sobre la economía productiva del trabajo) eran también "rentistas".

Después, en cambio, Thomas Malthus pudo sentir antipatía por los rentistas financieros pero defendió ardidamente a la aristocracia terrateniente, mientras que, al revés, David Ricardo –que era él mismo un bróker financiero de la banca londinense a comienzos del siglo XIX– ignoró completamente el rentismo financiero y concentró todo su fuego "productivista" en la renta de la tierra.

Por muchos motivos –no siendo el menor de ellos la buena inteligencia de la historia de la ciencia económica–, es importante entender que en la Europa de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX la aristocracia de la tierra y la aristocracia del dinero eran clases sociales con intereses irreconciliablemente encontrados: ya tuvimos ocasión de ver, de la mano del Marqués de Sade, lo que ocurrió el 4 de agosto de 1789 en París. La perentoria disyuntiva a que se enfrentaba la Asamblea General convocada por Luis XVI para hacer frente a la insostenible deuda pública del Reino era esta: o declarar la bancarrota real –lo que arruinaba a todos los "vampiros capitalistas" de la capital–, o cargar con

nuevos impuestos a la aristocracia terrateniente de provincias. Todo el mundo estaba convencido de que ocurriría lo primero. La hábil maniobra *in extremis* de Mirabeau, el político con más talento e instinto de la derecha revolucionaria, convirtiendo la deuda real en "deuda de la nación" –desde ese día, y sólo desde ese día, empezó Francia a ser oficialmente una "nación"– (35) evitó la inminente declaración de quiebra pública, y cargó todo el peso de la fiscalidad pública sobre una aristocracia y un alto clero terratenientes que asintieron aterrados por el espectáculo de la sublevación general del campesinado francés (la *Grand Peur*).

En la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX, la gran burguesía industrial era librecambista: partiendo de una industria propia fuerte, el librecambio no podía sino favorecer sus intereses exportadores en el mercado mundial. La posibilidad de importar libremente alimentos, que era lo que posibilitaba la *Law of Corn* por la que abogó el diputado Ricardo, la beneficiaba también: abarataba el coste de la vida, y con ello, los salarios que tenía que pagar a los trabajadores (la grotesca idea neoclásica, según la cual el precio relativo de la "mercancía" fuerza de trabajo debe variar con los precios relativos de todas las demás mercancías aún no había hecho su aparición en el rebosante museo de historia de los horrores de las ciencias sociales académicas). (36) Huelga decir que la aristocracia terrateniente británica pensaba exactamente lo contrario: con un mercado arancelariamente cerrado, el precio nacional del grano estaba objetivamente determinado por el coste marginal de producción en las tierras menos fértiles, y la diferencia con ese coste lograda por los propietarios de tierras fértiles era su renta, la ‘‘renta diferencial" ricardiana.

La situación en el continente europeo y en los EE.UU. de la franja central del siglo XIX era, desde este punto de vista, muy otra. Los intereses estaban también encontrados, pero los frentes de combate estaban invertidos: la burguesía industrial no estaba interesada en el librecambio, porque necesitaba proteger el desarrollo de su industria de la devastadora amenaza representada por la competición de la harto más avanzada industria británica. Aquí eran los propietarios de tierra, como es fácil de comprender, los que en general favorecían el librecambio.

El cuadro de la división de clases sociales en la vida económico-política capitalista ofrecía, así pues, esta imagen a mediados del XIX: una burguesía industrial con intereses enfrentados, por un lado, a los de los obreros asalariados, y por el otro, a los de los rentistas agrarios. De ese cuadro había hecho desaparecer el productivismo a ultranza de David Ricardo a los rentistas financieros, una operación de borrado facilitada por su visión políticamente neutral del dinero como una mercancía más, una visión que, contra lo que suele decirse, no era exactamente la de su antecesor Adam Smith. Y mucho menos, como ha venido diciéndose inveteradamente con precipitada ligereza, la del "ricardiano" Marx (37) quien nos cuenta estupendamente en *El Capital* qué fue

de ellos:

> "La deuda pública se convierte en una de las más poderosas palancas de la acumulación primitiva. Como por arte de encanto, dota al yermo dinero de la capacidad de engendrar, y así, convierte el dinero en capital, sin necesidad de exponerse a sí mismo a las cuitas y a los riesgos inseparables de su empleo en la industria o aun en la usura. Los acreedores del Estado, en realidad, no avanzan nada, pues la suma prestada se transforma en bonos públicos fácilmente negociables que funcionan en sus manos casi como haría el efectivo contante y sonante. Pero además, aparte de la clase de rentistas holgazanes así creada, y de la improvisada riqueza de los financieros intermediarios entre el Estado y la nación –así como aparte de los arrendatarios que pagan impuestos, los comerciantes y los fabricantes privados, a todos los cuales una buena porción de cualquier empréstito nacional les rinde el servicio de un capital caído del cielo–, la deuda pública nacional ha dado origen a las sociedades de acciones, al comercio con efectos negociables de todo tipo y al agiotaje. En una palabra: al juego en la bolsa y a la moderna bancocracia" (Marx, 1867:782-3).

El capitalismo finisecular de la *Belle Époque* –el "capitalismo imperialista" de Hobson, el "capitalismo financiero" de Hilferding– había logrado unir en un solo bloque los distintos intereses rentistas tradicionalmente enfrentados.

El modo capitalista de producir había penetrado ya con fuerza en la agricultura, y en general, acometido un proceso de mercantilización de los bienes raíces, propiedad urbana y minería incluidas (otra "mercancía" *sui generis*, como el dinero y la fuerza de trabajo). (38) La renta de la tierra no era ya un puro residuo del feudalismo, sino que trocaba en renta/beneficio propiamente capitalista, tal como pronosticó Marx en la que tal vez sea la más visionaria (y la menos conocida) de sus predicciones. A pesar del obstáculo representado por la renta de la tierra (y minera), la mecanización, la tecnología y las economías de escala terminaron penetrando también en la producción de materias primas y alimentos, como habían llegado a enseñorearse de la industria y el transporte, lo que causó una disminución apreciable tanto de la "renta diferencial" ricardiana, como de la "escasez" estructural de alimentos maltusiana. (39) La separación entre propiedad de la tierra y emprendimiento agropecuario tendió a perder relevancia. Y lo más importante para nuestro propósito, la relación entre la propiedad de bienes raíces y la banca cambió radicalmente: del crédito mas o menos usurero al tradicional cultivador arrendatario de tierras, se pasó al crédito inmobiliario para la compra apalancada y la especulación mercantil con los bienes raíces.

Por otra parte, el crecimiento de la escala productiva y de la concentración de la propiedad en la industria capitalista había generado un nuevo tipo de "renta

diferencial", dimanante de la capacidad de los grandes conglomerados empresariales para dictar precios en mercados más y más oligopolizados. La enorme escala alcanzada por esa producción hacía imposible acometer la inversión necesaria al modo de la tradicional empresa capitalista media del período liberal, es decir, a partir del ahorro familiar. Sin recurrir al crédito bancario a gran escala, era imposible la producción a la escala requerida: el gran capital industrial y el gran capital bancario tendían a amalgamarse. A eso llamó Rudolf Hilferding en 1910, "capital financiero". La "asocial anarquía" de la producción capitalista descentralizada tradicional de mercancías no era ya compatible con la escala gigantesca que había llegado a alcanzar esa producción, que necesitaba más y más ser "socializada", administrativamente organizada y "planificada" desde el comienzo mismo, es decir, desde el crédito bancario que proporcionaba el dinero suficiente para iniciar el proceso productivo. El "socialismo de Estado" guillermino había sido también en cierto sentido expresión de eso.

Lo que ha confundido tal vez a muchos economistas marxistas educados en el gran libro de Hilferding es que mientras el *Beamtenstaat* alemán tenía casi saintsimonianamente controlada a la banca privada y a su financiación de la gran industria pesada, el modelo financiero anglosajón se desarrolló en general de modo muy distinto. En Gran Bretaña y en EE.UU., fue en general la propia gran industria la que se financiaba emitiendo bonos de deuda propia en mercados de renta fija, además de participar en bolsa vendiendo acciones en el mercado de valores o renta variable. Por un lado, eso hacía las relaciones entre la industria, la banca y el conjunto del sector financiero harto más proteicas, fluidas y complejas y permitía, por el otro, escapar también mucho más fácilmente a cualquier control o regulación administrativa. Por resumirlo con cierta exageración, las finanzas alemanas guillerminas entraron saintsimonianamente en la industria amalgamándola con la banca y permitiendo el control administrativo del Estado, la necesaria planificación de las grandes decisiones económicas no se dejaba en manos puramente privadas: no pocas ilusiones "reformistas" de la socialdemocracia marxista finisecular, tan convencida de nadar a favor de la corriente, dimanan de ese hecho. (40) La industria anglosajona tardovictoriana, en cambio, se financiarizó, y arrastró en ese proceso a la banca privada tradicional comercial tradicional: la elite rentista del sector financiero privado –obsesivamente interesada en llenar de cargas deflacionarias a la vida económica– quedó al mando de la planificación económica.

Sea ello como fuere, al final de la Gran Guerra, en el mundo capitalista sólo quedó en pie el modelo anglosajón. Y es ese modelo el que contribuyó a generar la hecatombe de la Gran Depresión en 1929, con su cadena de quiebras y sus inauditas cifras de paro obrero.

La famosa "eutanasia del rentista" de Keynes significaba la destrucción del

bloque rentista –finanzas, oligopolios industriales y bienes raíces– que, cristalizado en la *Belle Epoque*, se había reafirmado tras la Gran Guerra (en no menor medida, gracias al negocio de la deuda pública procedente de las condiciones en que se había negociado la paz).

Quien relea hoy desapasionadamente la reflexión de Keynes al respecto en 1936, experimentará la misma sensación de sorpresa ante la mezcla de soberbia lucidez en el diagnóstico y relativa ingenuidad en el pronóstico que sentirá quien, *sine ira et studio*, vuelva a leer lo que Marx escribió al final de su vida (recogido en el volumen III del Capital) sobre la relación entre capital industrial y rentismo financiero, con su relativamente optimista pronóstico saintsimoniano de una victoria final del capital industrial. (41)

En 1936 Keynes señala:

> "Así pues, veo el aspecto rentista del capitalismo como una fase de transición que desaparecerá una vez cumplida su tarea. Y con la desaparición de su aspecto rentista, otros muchas cosas de él experimentarán un cambio de proporciones oceánicas. Será además una gran ventaja del orden de cosas por el que abogo que la eutanasia del rentista, del inversor sin funciones, no se dará de un día para otro, sino en una gradual pero duradera continuación de lo que hemos visto últimamente en Gran Bretaña, y no necesitará una revolución.
> "Podemos, pues, proponernos en la práctica –no hay nada aquí que no se pueda alcanzar– un incremento del volumen del capital hasta que deje de ser escaso, de modo que el inversor sin funciones deje de recibir una bonificación; y con un esquema de impuestos directos que permita que la inteligencia, la determinación y la pericia gestora del financiero, del empresario *et hoc genus omne* (quienes se sentirán desde luego tan orgullosos de su oficio, que su trabajo podrá obtenerse mucho más que en el presente) puedan ser aprovechadas al servicio de la comunidad con unas remuneraciones razonables. (42)
> "Al propio tiempo, tenemos que reconocer que sólo la experiencia habrá de mostrar hasta qué punto puede llegar la voluntad común, encarnada por la política del Estado, a encaminarse a incrementar y a suplementar la inducción a la inversión; y hasta qué punto es saludable estimular la propensión media al consumo, sin olvidar nuestro propósito de privar al capital de su valor de escasez en una o dos generaciones (…).
> "Concibo, por lo tanto, que una cierta socialización global de la inversión se demostrará el único medio para asegurar una aproximación al pleno empleo, sin que eso excluya todo tipo de compromisos y mecanismos por los que la autoridad cooperará con la iniciativa privada. Pero más allá de eso, no hay ninguna razón obvia para un sistema de Socialismo de Estado que abarcara el

grueso de la vida económica de la comunidad. No es la propiedad de los instrumentos de producción lo que importa que asuma el Estado. Si el Estado es capaz de determinar el monto agregado de recursos destinados a aumentar los instrumentos y la tasa básica de gratificación a quienes los poseen, habrá cumplido con todo lo que resulta necesario. Además, las necesarias medidas de socialización pueden introducirse gradualmente, sin romper con las tradiciones generales de la sociedad" (Keynes, 1936, cap. 24).

Lo cierto es que para poner por obra, y aun muy parcialmente, sólo algunas de las reformas del capitalismo por las que abogaba Keynes se necesitó mucho más aún que una revolución. Fueron necesarios un rimero encadenado de ellas (la Revolución china vino a sumarse a la lista en 1949) y nada menos que la II Guerra Mundial y la derrota final de Hitler a manos de un recrecido Ejército Rojo que tuvo que sacrificar en los campos de batalla más de 5 millones de soldados (Stalin había tenido que recuperar del *gulag* a buena parte de la oficialidad purgada pero no ejecutada en 1937-40 y a un sinnúmero de cuadros revolucionarios disidentes purgados pero no ejecutados para volver a insuflar vida, moral de combate y energía revolucionaria en un Ejército completamente desmoralizado tras la ruptura unilateral del pacto Molotov-Ribbentrop que significó el inopinado ataque de la *Wehrmacht* hitleriana a la Unión Soviética en junio de 1941).

La reforma del capitalismo de posguerra consistió básicamente en estos cuatro puntos:

1) En cierto sentido, el capitalismo fue conscientemente "desmundializado": la introducción de los acuerdos para control del movimiento de capitales en la Conferencia de Bretton Woods de 1944 –la única victoria de verdad que Lord Keynes consiguió allí– (Steil, 2013) daba margen a los gobiernos del mundo para practicar políticas monetarias y fiscales soberanas. Sin ese control de capitales, como dijo en alguna parte el propio Keynes, los parlamentos y los gobiernos elegidos por sufragio popular son burlados por el sufragio invisible de los capitales, que pueden fugarse a su antojo. Eso fue, sin embargo, acompañado de una reforma financiera internacional que –contra el criterio de Keynes– convirtió al dólar en moneda de reserva internacional, al servicio del plan con el que los EE.UU. reorganizaron la economía mundial de la posguerra. Conforme a ese plan, la potencia fabulosamente superavitaria que eran los EE.UU. de posguerra tenía que ser capaz de reciclar internacionalmente sus excedentes por la vía de reconstruir el capitalismo sobre bases nuevas en Europa occidental y el extremo Oriente asiático, pivotando básicamente sobre dos países geoestratégicamente fundamentales del *Heartland* euroasiático (por su condición de potencias derrotadas y militarmente ocupadas por los EE.UU.): Japón y Alemania (la idea inicial de incluir a China fue abortada por la victoria del ejército campesino

revolucionario de Mao en 1949). La segunda posguerra, a diferencia de la primera, iba a tener un plan coherente de reciclaje global del excedente económico (Varoufakis, 2012).

2) Esa "desmundialización" posibilitó, no sólo la recuperación de cierta soberanía monetaria y fiscal de los distintos Estados nacionales, sino que facilitó también el llamado "pacto social" de posguerra en Europa occidental, EE.UU., Canadá y Japón, robusteciendo las posibilidades negociadotas de los sindicatos al debilitar la capacidad de las grandes patronales industriales para mover capital a su buen placer (y amenazar con ello).

El sindicalismo europeo-occidental –y japonés y norteamericano– de posguerra consistió básicamente en renunciar a la idea tradicional del movimiento obrero socialista –y anarquista– de la democracia económica e industrial, a cambio del reconocimiento oficial del papel de los sindicatos obreros en la negociación colectiva: ustedes se olvidan de la democracia en el puesto de trabajo, y a cambio, les reconocemos derechos civiles básicos en ese puesto de trabajo –expresión, reunión, asociación– y capacidad jurídica para negociar aumentos del salario real en función de los aumentos de productividad. Ese fue el sentido del famoso Tratado de Detroit (1943) entre Henry Ford III y los dos grandes sindicatos norteamericanos, la AFL y la CIO. (43) Ese modelo fue impuesto en Europa por los norteamericanos luego de la II Guerra Mundial, y las constituciones europeo-occidentales de posguerra lo blindaron políticamente, como es harto notorio.

Los sindicatos obreros pasaron entonces a ser prácticamente agencias del Estado (del nuevo Estado democrático y social de derecho, o del Estado de bienestar, como dicen los anglosajones) y subvencionados con dinero público para realizar esta importante función –en el capitalismo restaurado y socialmente reformado de la época– de mantener a la par el ritmo de crecimiento de los salarios reales y de la productividad del trabajo. Si miramos eso desde un punto de vista económico, monta tanto como convertir a las organizaciones obreras en institutos públicamente financiados capaces de ejercer un monopolio (o un oligopolio) sobre la oferta de (la "mercancía") fuerza de trabajo. Esa es la principal diferencia con el sindicalismo socialista anterior a la II Guerra, cuyo núcleo queda bien recogido en lo que todavía hoy es el lema de la OIT: "El trabajo NO es una mercancía".

Ya se dijo: el capitalismo, como fuerza social dinámica, es económicamente catastrófico, entre otras cosas, pero muy señaladamente, por su intrínseca tendencia a tratar como "mercancías" cosas, recursos y activos que no lo son propiamente (como la fuerza de trabajo, la tierra o el dinero). De modo que el proceso de oligopolización de la oferta de fuerza de trabajo en que consistió el sindicalismo de posguerra tuvo su efecto indiscutiblemente bueno (reforzado,

además, por el hecho, de que reservas potencialmente inmensas de fuerza de trabajo habían quedado fuera de su alcance en la Europa bajo la Unión Soviética, en la joven China revolucionaria y en muchos de los nuevos Estados nacionales ex coloniales emancipados del "capitalismo blanco" y constituidos en regímenes orientados por el nacionalismo antiimperialista): garantizó la escasez relativa de la oferta de trabajo, obstaculizó la social y económicamente desastrosa deriva capitalista espontánea hacia la ilimitada mercantilización de la fuerza de trabajo, lo que fue parte no despreciable en la indiscutible estabilización del capitalismo reformado de posguerra.

Su lado políticamente malo fue la aceptación intelectual de que la fuerza de trabajo pueda ser efectivamente tratada como una mercancía, todo lo *sui generis* que se quiera, pero mercancía. Al capitalismo socialmente reformado de posguerra correspondieron una socialdemocracia y un sindicalismo reformados en sentido básicamente procapitalista: renunciaron a la democracia económica e industrial, se desentendieron de la propia labor cooperativista a la que tantos esfuerzos habían dedicado antes de la guerra y, en general, rindieron toda aspiración a remodelar republicanamente de raíz la vida económica productiva –que eso era el socialismo democrático clásico–. En una palabra: capitularon ante la autoridad capitalista en la unidad de producción; se conformaron aquí con una monarquía meramente constitucional y se olvidaron de la república democrática, por volver a servirnos de esta metáfora.

3) El nuevo papel de la negociación colectiva sindical contribuyó a estabilizar hasta cierto punto la demanda efectiva agregada al ligar la suerte de los incrementos salariales al aumento de la productividad del trabajo: si se observa la evolución de las curvas de la productividad y de los salarios reales, se ve que crecen juntas hasta comienzos de los 70. En cuanto a estabilidad de la demanda efectiva y altas tasas de crecimiento sostenidas, los 25 años que siguieron al final de la II Guerra Mundial fueron, en efecto, el período de oro de la historia del capitalismo.

4) A pesar de los amagos iniciales, (44) los mercados de bienes de consumo y de equipo industrial no fueron desoligopolizados y sometidos a leyes desbaratadoras de las rentas monopólicas: la ley antimonopolios aprobada bajo el *New Deal* en 1937 nunca llegó a aplicarse, ni antes ni después de la guerra. Pero sí se afianzó la legislación rooseveltiana hostil a Wall Street y al rentismo del sector financiero y del sector de bienes raíces. Cuando Eisenhower abandonó el poder en 1959 con su alarmado –y alarmante– discurso sobre los peligros que para la República entrañaba el ascendente "complejo militar-industrial" nacido de la Guerra Fría, por ejemplo, las rentas (no los beneficios) de capital tributaban a un tipo marginal del 93% a partir de los 200 mil dólares (constantes) anuales (hoy tributan al 15% –en España, al 18%–, y en muchos "vehículos financieros

especiales" –refugio de los archirricos–, al 1%). Se mantuvo la ley roosevelltiana que separaba estrictamente banca comercial y banca de inversión, la famosa Glass-Steagall Act (abolida por Clinton en 1996) y se reforzó la regulación pública del conjunto del sector financiero.

Lo que ahora llamamos –un tanto confusionariamente– "neoliberalismo" es hasta cierto punto la "venganza del rentista", la contrarreforma del capitalismo socialmente reformado de posguerra.

1) Global o planetariamente, la época neoliberal (1980-2008) significó la "remundialización" de la economía (el unilateral rompimiento por Nixon en 1971 de los acuerdos de Bretton Woods había dado el tiro de salida) y consistió en el paso de EE.UU. de una potencia económica superavitaria que reciclaba internacionalmente su excedente a una potencia deficitaria, consumidora en última instancia de los productos de las grandes potencias exportadoras del mundo, Alemania, Japón, los tigres asiáticos y luego China. Países, estos, que con su excedente financiaban a Wall Street y, a su vez, permitían la financiación del consumo norteamericano sobre la base de un endeudamiento gigantesco de las familias y las empresas estadounidenses y buena parte de las europeo-occidentales. Cuando eso se hundió en 2008, todo lo demás lo hizo. La China actual forma parte de ese invento naufragado en 2008, y los augurios no son muy buenos. Quiso convertirse, y hasta cierto punto lo consiguió, en la fábrica del mundo; pero sus principales clientes eran Europa y EE.UU., y los dos se han quedado sin demanda efectiva.

2) El capitalismo socialmente reformado de posguerra colapsó en la segunda mitad de los 70. La crisis del petróleo, el auge espectacular de los movimientos populares, de los sindicatos obreros, la radicalización de las luchas de los trabajadores (el otoño caliente italiano o el "cordobazo" de 1969 en Argentina), del movimiento popular vecinal, del anticolonialismo, del antimperialismo. La situación económica de fondo, además, se complicó y alteró radicalmente por el hecho de que los países vencidos en la II Guerra Mundial, y sobre los que en buena medida había pivotado la restauración de un capitalismo reformado en la posguerra, Alemania y Japón, empezaron a convertirse en grandes potencias exportadoras, lo que trajo consigo una reducción de las tasas de beneficios de las empresas norteamericanas. A fines de los sesenta, muchos –también los capitalistas– pensaban en el final del orden capitalista.

Entonces, a modo de reacción, si así puede decirse, y tras distintos tanteos, vino la innovación crucial del "neoliberalismo": desacoplar la demanda efectiva agregada de los salarios reales. ¿Cómo? Financiando esta y el consumo popular a partir de un colosal fraude financiero piramidal a gran escala –consentido y activamente estimulado por los poderes públicos– que facilitó el crédito barato e "irresponsable". Se trataba de financiar la economía para que, sin aumentar los

salarios reales, la población trabajadora pudiera comprarse coches, casas, etc.: el famoso "capitalismo popular".

Hubo, en Europa y en EE.UU., políticas de intervención estatal que podríamos llamar de inflación de activos: cuando (casi) todo el mundo puede comprarse una casa con créditos inopinadamente baratos, los precios inmobiliarios suben; una vez que esto ocurre, la capacidad de crédito de cada cual aumenta, poniendo la propia casa revalorizada como colateral del nuevo crédito. El truco básico del neoliberalismo, en Europa y América del Norte, fue substituir el incremento del salario real por el crédito barato como estímulo de la demanda efectiva; la inflación de activos inmobiliarios y financieros ha sido el medio. Esa política contribuyó a la idiotización (es decir, al encapsulamiento particularista en lo propio) de la población trabajadora, la hizo más individualista, desbarató a las organizaciones obreras reformistas tradicionales al arrebatarles el propósito central (la lucha por la subida de los salarios reales). El desplome a la mitad de la tasa de afiliación sindical registrado en los países de la OCDE en las tres últimas décadas tiene que ver con eso.

3) Cuando el capitalismo neoliberalmente contrarreformado logró romper el vínculo entre salario real y demanda efectiva agregada, fue el principio del fin de la socialdemocracia reformada de posguerra y de su sindicalismo, como lo prueba el desplome de las tasas de afiliación sindical registrado en las últimas décadas: las curvas de la productividad del trabajo y de los salarios reales que crecían juntas desde 1945 dejan de hacerlo a partir de los 70: los salarios reales se estancan y la productividad sigue creciendo (aunque menos que en los años gloriosos del capitalismo reformado, a pesar de la exageradamente ponderada "revolución tecnológica de la información").

El final de la Unión Soviética en 1989 y la transformación en sentido capitalista de China y otros países de "socialismo real", junto a la recuperada "libertad" de movimiento de los capitales, vino a añadir una ciclópea reserva de fuerza de trabajo que, al tiempo que presionaba a la baja en los salarios, deterioraba la capacidad de los sindicatos obreros reformistas tradicionales como controladores oligopólicos del suministro de fuerza de trabajo. El tipo de capitalismo resultante de eso tenía que resultar necesariamente perturbador, al dinamitarse uno de los pilares de estabilidad del capitalismo socialmente reformado (el mantenimiento de una escasez relativa en la oferta de la mercancía *sui generis* que es la fuerza de trabajo), sin disponer aquí siquiera de un *Ersatz* tramposo como en el caso del vínculo entre salario real y demanda efectiva agregada.

4) Uno de los rasgos más espectacularmente novedosos de la era neoliberal ha sido la acelerada conversión de las grandes empresas transnacionales industriales en entidades financieras. British Petroleum es ahora una gran entidad financiera – gestora, por ejemplo, de los fondos de pensiones de buena parte del a clase obrera

británica– que, además, produce petróleo. General Motors, la transnacional de la que se decía en los 60 que su destino era el de los EE.UU. –y el destino de EE.UU., el de General Motors– es ahora una gran entidad financiera (quebrada) que, además produce, automóviles. Desde 1980, el propósito principal de la gran industria ha sido cada vez menos el de producir mercancías tangibles, salvo como forma de ganar con ello un ingreso que ofrecer como colateral para conseguir más crédito de la banca y de los inversores en bonos. Crédito que, a su vez, puede usarse para tomar el control financiero o para defenderse de los intentos de control de otras empresas, etc. En los mercados de valores de renta variable, se ha hecho normal el enriquecimiento por la vía de recomprar las propias acciones en bolsa. (45) Y nada se diga de las inversiones del agronegocio en mercados de derivados financieros a futuros que han hecho subir artificialmente el precio de las materias primas y de alimentos fundamentales para la supervivencia cotidiana de centenares de millones de personas. Uno de los indicios más llamativos de ese cambio es la remuneración de los ejecutivos de las grandes empresas transnacionales: de estar en una proporción aproximada de 1/40 respecto del ingreso de un trabajador medio de la propia compañía antes de los 80, ha pasado a estar ahora en una proporción superior a 1/500. (46)

El neoliberalismo ha logrado reconstruir el viejo bloque rentista a una escala tan descomunal, que habría asombrado a Keynes o a cualquier testigo del "capitalismo blanco" de los años 20 y 30. Y con consecuencias parecidas: incremento de la desigualdad económica –que arroja ya cifras de los años 20–, inestabilidad financiera, paro en grandes proporciones. Y aunque es verdad que el crecimiento del Estado, del sector público y de los estabilizadores automáticos instituidos por el capitalismo paternalista de posguerra han evitado por ahora que el mundo se abisme como en la Gran Depresión, también es verdad que ese gran Estado de proporciones desconocidas en los años 30 está ahora en buena medida secuestrado por los nuevos "vampiros capitalistas" de la elite financiera. Basta ver los nombres de los últimos secretarios del Tesoro norteamericano –todos hombres de Goldman Sachs–, o la procedencia de los presidentes de los bancos centrales en Europa, en EE.UU., en Japón o dondequiera: todos vienen de la banca privada.

No es posible salir de esta grotesca pesadilla, trágicamente enemiga de la civilización y de la unidad básica de la Humanidad, sin destruir políticamente el bloque rentista imperial neoliberal. La experiencia del siglo XX ha enseñado que no es posible destruir ese bloque sin avanzar radical y decisivamente en la desmercantilización del trabajo, del patrimonio natural y del dinero. Se puede conjeturar que el fin de la mercantilización del trabajo, del patrimonio natural y del dinero significaría el fin del capitalismo. Y eso es lo que deben querer hoy los socialistas. Que puedan lograrlo, dependerá una vez más de la inmensa mayoría que es el pueblo trabajador, de su voluntad de combate y de su inteligencia para

autorganizarse racional y democráticamente. Y por lo pronto, de su capacidad para volver a infundir miedo.

Referencias Bibliográficas

Beard, Charles A. y Mary R. Beard: *Basic History of the United States*, Nueva York, Doubleday, 1945.

Bell, George: *The History of England*, Vol. I, Londres, 1854.

Banac, Ivo (ed.): *The Diary of Georgi Dimitrov*, New Haven, Londres, Yale University Press.

Benjamin, Walter: "über den Begriff der Geschichte", en *Gesammelte Schriften*, Vol. I, Tomo 2, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1991.

Bertomeu, María Julia: "Derecho real de carácter personal. Stella mirabilis o estrella fugaz", en *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 31 (2), 2005.

Botte, Roger y Alessandro Stella (comps.): *Coulers de l'esclavage sur les deux rives de la Méditerranée*, Khratala, París, 2012.

Bunge, Mario: *Filosofía política*: *Solidaridad, cooperación y democracia integral*, Barcelona, Gedisa, 2009.

Criddlet, Evan J. y Evan Fox-Decenttt: "A Fiduciary Theory of Jus Cogens", en *The Yale Journal of International Law*, Vol. 34, Nº 331, 2009.

Davis, Mike: *Prisoners of American Dream*, Londres, Verso, 1984.

– *Late Victorian Holocausts. El Niño Famines and the Making of the Third World*, Londres, Verso, 2000.

De Sade, Donatien Alphonse: *Mes loisirs sur le vaisseau-amiral ou Lettres aux Etats Généraux*, Paris, T. Barrois, 1789.

Dittmann, Wilhelm: *Erinnerungen*, Vol. III, Internationales Institut für Sozialgeschichte Amsterdam, Francfort, Campus Verlag, 1995.

Domènech, Antoni: *El eclipse dela fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*, Barcelona, Crítica, 2004.

– "¿Qué fue del marxismo analítico?", en *SinPermiso*, Nº 6, diciembre 2009.

Domènech, Antoni y María Julia Bertomeu: "El republicanismo y la crisis del rawlsismo metodológico", en *Isegoría*, N° 33, 2005.

Engels, Friedrich: *Juristen-Sozialismus*, en MEW, Vol. 21, 1887.

– *Die Rolle der Gewalt in der Geschichte*, en MEW, Vol. 21, 1887.

Fontana, Joseph: *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011.

Galbraith, James K.: *Inequality and Instability*, Oxford, Oxford Unversity Press, 2011.

Gauthier, Florence: *Triomphe et mort du droit natural en Révolution: 1789, 1795, 1802*, París, PUF, 1992.

– *Périssent les colonies plutôt qu'un principe! Contributions à l'histoire de l'abolition de l'esclavage, 1789-1804,* Paris, Soc. Etides Robiesperriestes, 2002.
Kates, Steven: "The intellectual origins of the *General Theory*", en *History of Economic Ideas,* XVIII/2010/3.
Keynes, John Maynard: *The General Theory of Employment, Interest and Money,* Macmillan Cambridge University Press, 1936.
Linebaugh, Peter: *The Magna Carta Manifesto,* Londres, LA, California Press, 2009.
Marx, Karl: *Kapital,* Vol. I, MEW 23, 1867.
– *Kapital,* Vol. III, MEW 25, 1894.
Meinecke, Friedrich: Weltbürgertum und Nationalstaat, Munich, Oldenburg Verlag, 1911.
Minsky, Hyman: *Stabilizing an Unstable Economy,* Nueva York, McGraw-Hill Professional, 1986.
Polanyi, Karl: *La gran transformación,* México, Fondo de Cultura, 2004.
Schlegel, Friedrich: Versuch über den Republikanismus, KA, Vol. VII, 1796.
Simon, William H.: "Social-Republican Property", en *UCLA Law Review*, Vol. 38, Nº 1335, 1991.
Steil, Benn: *The Battle of Bretton Woods. J.M. Keynes, Harry Dexter White and the Making of a New World Order*, Princeton, Princeteton University Press, 2013.
Tasca, Angelo: *El nacimiento del fascismo,* Barcelona, Crítica, 2000.
Taylor, Telford: *The Anatomy of the Nuremberg Trials*: *A Personal Memoir*, Nueva York, Knopf 1992.
Tierney, Brian: *Natural Rights: Studies on Natural Rights, Natural Law, and Church Law 1150 1625,* Atlanta, Scholars Press, 1997.
Thompson, Edward P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Madrid, Capitán Swing, 2012.
Tully, James: *A Discourse on Property: John Locke and His Adversaries,* Cambridge, Cambridge University Press, 1980.
Varoufakis, Yanis: *El Minotauro Global*, Madrid, Capitán Swing, 2012.

1. Puede resultarle útil al lector conocer el tenor literal de la famosa sentencia del juez Vanderbilt reafirmando la naturaleza jurídica fiduciaria del poder político republicano en 1952. "[Los funcionarios públicos] se hallan en una relación fiduciaria con el pueblo que los ha elegido o los ha nombrado para servir (…). En tanto que tales, son fideicomisarios

(*trustees*) del interés público, y se hallan bajo la ineludible obligación de servir al público con la mayor fidelidad. Al desempeñar los deberes de su cargo, se les exige que lo hagan con toda la inteligencia y toda la pericia de que sean capaces, que sean diligentes y concienzudos, que no ejerzan su discrecionalidad de modo arbitrario, sino razonable, y sobre todo, que procedan de buena fe, con probidad e integridad (…). Tiene que ser inmunes a las influencias corruptoras, y tienen que operar franca y abiertamente a la luz del escrutinio público, de manera que la opinión pública pueda conocer y juzgarles equitativamente, a ellos y a su trabajo (…). *Esas obligaciones no son meros conceptos retóricos o abstracciones idealistas sin fuerza ni efectos prácticos; son obligaciones impuestas por el derecho común a los funcionarios públicos, que tienen que aceptarlas como materia legal cuando acceden a un cargo público.* La exigencia jurídica del cumplimiento de esas obligaciones es esencial para el sentido y la eficacia de nuestro Estado, que existe para beneficio del pueblo" (Driscoll v. Burlington-Bristol Bridge Co., 86 A.2d 201 at 221-22, N.J. Sup. Ct. 1952) (La cursiva es del autor). Obsérvese que en una relación fiduciaria de este tipo el tratamiento de las posibles faltas del fideicomisario es muy distinto del tratamiento de las faltas penales o de las faltas civiles habituales. Para condenar penalmente a alguien, es preciso destruir antes, con buenas razones y argumentos públicos, sin asomo de duda su presunción de inocencia (esa es la tarea del fiscal). Por otra parte, en un contrato civil normal, ninguna de las partes puede romper unilateralmente lo acordado sin sufrir sanción. En cambio, en un vínculo iusfiduciario: a) a diferencia de una relación contractual civil normal, el comitente puede romper lícitamente de forma unilateral el vínculo; y b) a diferencia del ámbito penal, el comitente no goza de presunción de inocencia (tampoco de culpa: Robespierre lo formula inmejorablemente: es "corruptible", no "corrupto"), y por eso no necesita probar concluyentemente el comitente que su fideicomisario ha fallado: para romper el vínculo, basta haber perdido la confianza.

2. Mucho antes de que Antonio Gramsci elaborara con gran finura y discernimiento esos problemas, Pablo Iglesias –el fundador del PSOE– había dejado dicho esto sobre las obligaciones fiduciarias de los dirigentes socialistas, un lugar común (entonces) de la política socialista obrera: "Para los cargos públicos, elegid a los mejores y más capacitados y vigiladlos como si fuesen canallas. Cuando un compañero se postula para un cargo sin que lo promuevan las bases, es motivo suficiente para no elegirlo".

3. También en las habituales falsificaciones de la historia de la filosofía. Como, por ejemplo, en la leyenda totalmente infundada de que Locke o Kant habrían justificado la propiedad privada con argumentos iusnaturalistas: exactamente lo contrario es lo cierto (Tully, 1980; Bertomeu, 2005), y para una visión general del significado del iusnaturalismo revolucionario, véase Gauthier (1992). Para la penetración de la concepción fiduciaria de la propiedad privada en la arquitectura jurídica reguladora de la propiedad, véase, para el caso de los EE.UU., Simon (1991).

4. Carta a Robert Morris, superintendente de finanzas, fechada el 25 de diciembre de 1783. En *The Founders' Constitution*, Vol. 1, Cap. 16, Documento 12 (http://press-pubs.uchicago.edu/founders/documents/v1ch16s12.html), The University of Chicago Press.

5. Robespierre, *Oeuvres*, París, 1840, Vol. 3, p. 35. La idea, una vez más, viene directamente del republicanismo de Locke (fabricado por los ignorantes "marxistas" y liberales del siglo XX como apologeta de la propiedad privada liberal exclusiva y excluyente y como padre del "individualismo posesivo" supuestamente "moderno"): "*The same Law of Nature, that does by this means give us Property, does also bound that*

Property too. God has given us all things richly (…) But how far has he given it us? To enjoy. As much as any one can make use of to any advantage of life before it spoils; so much he may by his labour fix a property in", se lee en el *Segundo Tratado*, Cap. 25, sec. 34.

6. El texto proseguía así: "Las expropiaciones sólo podrán hacerse por causa de utilidad pública y mediante indemnización. La Nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular, en beneficio social, el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de apropiación, con objeto de hacer una distribución equitativa de la riqueza pública, cuidar de su conservación, lograr el desarrollo equilibrado del país y el mejoramiento de las condiciones de vida de la población rural y urbana (…)".

7. *Izvestia*, 19 agosto 1917 (El artículo 3 de la Constitución soviética de 1918 recogió esa idea).

8. Para la interpretación *standard* del actual *ius cogens* en los términos fiduciarios del iusnaturalismo republicano clásico –sobre todo de Kant–: véase Criddlet y Fox-Decenttt (2009) (Debo a María Julia Bertomeu esta importante referencia).

9. Gauthier (2002).

10. Suele presentarse la Carta Magna como el origen de la libertad inglesa y, más en general, como el origen del reconocimiento de los derechos y garantías individuales. Esto no deja de tener su punto de verdad. Lo que nunca se dice es que esa Carta fue arrancada a Juan Sin Tierra por los campesinos sublevados junto a otra carta paralela, la Carta de los Bosques, que garantizaba su acceso a los bosques y el respeto de los barones feudales a la propiedad comunal. Derechos y garantías individuales y propiedad comunal iban inextricablemente unidos, porque eran las bases de la libertad popular. Para este asunto, Linebaugh (2009). Para el desarrollo del derecho natural medieval a partir del siglo XII, Tierney (1997).

11. El Marqués de Sade escribía en 1789 –en la inmediata víspera de la toma de la Bastilla– que París era "una capital en la que todos eran acreedores del amo", lo que entrañaba "un gobierno esclavo –como todo deudor– agitándose entre sus cadenas, distribuyendo entre sus vampiros [capitalistas] impuesto tras impuesto, empréstito tras empréstito", paralizado "entre la bancarrota y los Estados Generales" (De Sade, 1789:403). No es muy conocido que esta imagen sádica de los vampiros está en el origen de la afición de Marx por la metáfora literaria del capitalismo como vampirismo (y de su todavía menos atendida tesis sobre la importancia de la deuda pública en la aparición del capitalismo moderno).

12. La Iglesia católica nunca dejó de ser jurídicamente, desde el bajo Imperio romano, un instituto de derecho privado.

13. Otro mercado ficticio, ahora de moda con la batalla de los derechos de autor, es el "mercado de las ideas". Nadie produce ideas científicas (básicas) para venderlas en un mercado especializado (otra cosa son las tecnologías y la ciencia aplicada: la diferencia es fundamental, aunque por alguna razón la mayoría de los filósofos académicos la pasan ahora por alto). Como nadie produce gran arte o gran literatura o gran música para venderlos en un mercado especializado. Pero aquí he soltado una liebre que no puedo perseguir.

14. El viejo Engels lo expresó muy redondamente: "La clase obrera […], con la transformación del modo feudal al capitalista de producir, fue despojada de toda propiedad sobre los medios de producción, y merced al mecanismo del modo capitalista de producir,

es una y otra vez, engendrada de continuo en ese estado de hereditaria desposesión" (Engels, 1887:494). Marx fue el primer economista que estudió y entendió la dinámica del ciclo económico capitalista y describió la recurrencia periódica de las crisis financieras cuando una sobreabundancia de producto no vendido llevaba cíclicamente al colapso de los precios, a bancarrotas y a la consiguiente transferencia de propiedad de los deudores a los acreedores. "La usura [tradicional] centralizaba la riqueza monetaria, cuando la producción andaba descentralizada", pero a medida que la producción se centraliza, "ha de tenerse presente que la premisa del [actual] sistema crediticio es el monopolio de los medios sociales de producción en manos de privados (en forma de capital y propiedad de la tierra)" (Marx, 1894:608).

15. Es muy útil para comprender eso la obra maestra de E.P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012 (edición conmemorativa del cincuentenario de la primera edición, prólogo de Antoni Domènech, prefacio de Eric Hobsbawm).

16. La más reconocida, el índice de Lerner, construido por el gran economista Abba Lerner: L = P - MC / P, en donde P es el precio de mercado fijado por la empresa y MC es el coste marginal para la empresa. El índice L se mueve entre 1 y 0, expresando los números mayores mayor poder de mercado. En una hipotética empresa perfectamente competitiva (para la que P = MC), L = 0, y esa empresa no tendría ningún poder de mercado.

17. Una docena de empresas gigantes, entre ellas las "Big Pharma" –Bayer, GlaxoSmithKline (GSK), Merck, Novartis, Pfizer, Roche, Sanofi-Aventis–, controlan la mitad de ese mercado. Sus beneficios son superiores a los obtenidos por los poderosos grupos del complejo militar-industrial. Por cada euro invertido en la fabricación de un medicamento de marca, los monopolios ganan mil en el mercado. La Comisión Europea expresó una gran preocupación, en su interesante informe de agosto de 2008, con el grado de oligopolización de este sector:
http://ec.europa.eu/comm/competition/sectors/pharmaceuticals/inquiry/index.html.

18. La declaración de Hayes rezaba literalmente así: "*Shall the railroads govern the country or shall the people govern the railroads? (...) This is a government of the people, by the people and for the people no longer. It is a government of corporations, by corporations and for corporations*" (Beard y Beard, 1945:419).

19. No es tal vez muy conocido que el senador Thomas McCarthy, el de la caza de brujas anticomunista en la América de la Guerra Fría, empezó su carrera política como acérrimo defensor de los empresarios alemanes juzgados en Nuremberg, acusados por el gran fiscal norteamericano Telford Taylor (que vino a suceder en el empeño a otro grande, el fiscal Robert Jackson, artífice de la ley antimonopolios rooseveltiana de 1937). Su "argumento" era, que si se empezaba con la oligarquía industrial y financiera alemana beneficiaria del nazismo, bien podían estos "comunistas rooseveltianos" terminar sentando en el banquillo de los acusados a Rockefeller o a cualquier otro plutócrata norteamericano. Las memorias de Telford Taylor (1908-98) constituyen uno de los testimonios políticos más incisivos del siglo XX: *The Anatomy of the Nuremberg Trials*: *A Personal Memoir*, Nueva York, Knopf 1992.

20. A pesar de la cercanía de su discípulo y colega preferido Piero Sraffa –el albacea literario de Gramsci–, el conocimiento directo que de Marx tenía Keynes a comienzos de los años 30 era muy mediocre. Siempre se conjeturó que la lectura del libro del profesor norteamericano H.L. McCracken (*Value Theory and Business Cycles*) le hizo ver, como si

de una revelación se tratara, la importancia crucial para la TG que estaba entonces escribiendo del esquema de producción *monetaria* marxiano: D-M-P-M'-D'. Una carta suya a McCracken (fechada a 30 de agosto de 1933) casualmente descubierta en 2007 lo confirma: "Estimado Dr. McCracken: (…) su libro me ha resultado del mayor interés, particularmente los pasajes referidos a Karl Marx, con quien nunca he estado tan familiarizado como debería haberlo estado" (Kates, 2010:44). Luego vendría la fértil relación con su admirador Michal Kalecki, el gran marxista luxemburguista polaco que puso los cimientos de la dinámica económica científica contemporánea y contribuyó brillantemente (¡en 1943!) a la comprensión del "ciclo político" en economía (que explica la imposibilidad *política*, no puramente macroeconómica, de llegar al pleno empleo estable bajo una economía dominada por el capitalismo).

21. Es justamente al revés. El negocio de la banca privada consiste en prestar dinero –con independencia de los fondos ahorrados depositados en sus bóvedas– a prestatarios que lo solicitan respaldados o por un proyecto empresarial que parece rentable o –en el caso del consumo– por un colateral que merece la confianza del prestamista. El Estado puede exigir a la banca privada una reserva fraccionaria mayor o menor; pero lo cierto es que, al realizarse el préstamo, al concederse el crédito, se crea literalmente dinero de la nada.

22. Recuérdese que una de las dos reformas esenciales de Solón con que arrancó la democracia plebeya ática fue la *kreon apokopé*, la cancelación de las deudas y de las leyes que permitían la esclavización del deudor moroso. La otra fue la *geos anasdesmos*, la redistribución de la propiedad de la tierra, la reforma agraria. ¡Un programa político de la mayor actualidad dos milenios y medio después!

23. Para el vínculo entre inestabilidad financiera y desigualdad económica véase Galbraith (2011), un soberbio estudio empírico (con original desarrollo de nuevas métricas de la desigualdad a escala global, regional, nacional y local) servido por una teoría económica de primer nivel.

24. "No fue ya el llamado a la unidad (…) de los abogados y otros ideólogos burgueses (…) que creían amar la unidad y la libertad por sí mismas, sin darse cuenta de que la helvetización de Alemania hasta convertirla en una República cantonal –el ideal de los menos clarividentes– era tan imposible como el del Imperio de los Hohenstaufen de aquellos estudiantes. No, eso vino del anhelo –directamente dictado por necesidades de negocio– del comerciante y del industrial prácticos, deseosos de terminar con el expolio históricamente heredado de los pequeños Estados, que se atravesaba en el camino del libre desarrollo del comercio y la industria; deseosos de eliminar toda fricción innecesaria, que el hombre de negocios alemán tenía que empezar por superar en casa, si quería acceder a un mercado mundial y concurrir con otros que ya lo habían hecho. La unidad alemana llegó a ser una necesidad económica" (Engels, 1887:410-411).

25. Hay una traducción castellana reciente del clásico de John A. Hobson: *Imperialismo*, Madrid, Capitán Swing, 2007.

26. Vale la pena recordar que el racismo –la pretensión de que la humanidad está fragmentada en supuestas razas, donde la raza blanca ''tiene supremacía''– es una doctrina muy reciente. El Mediterráneo clásico jamás justificó la esclavitud por motivos raciales (para el derecho romano, la esclavitud es una institución del *ius gentium*, no del derecho civil, y de acuerdo con el derecho natural, todos los humanos son libres). La idea de que racismo y esclavitud son la misma cosa (o aun de que el racismo es la "causa" de la esclavitud) obtuvo interesada carta de ciudadanía en la academia victoriana y en la

etnología colonialista del siglo XIX, y es necia e insensatamente repetida ahora por la supuesta izquierda académica postmoderna en torno a los "estudios poscoloniales". Véase, por ejemplo, el gran estudio de Florence Gauthier sobre el origen del prejuicio de color en Haití (nacido precisamente después de la abolición de la esclavitud como arma para marcar, estigmatizar y poner en situación de subalternidad a la población de color): *Au cœur du préjugé de couleur dans la colonie de Saint-Domingue. Médéric Moreau de Saint Méry contre Julien Raimond. 1789-91*, París, CNRS, 2009. Para la realidad completamente ajena a supuestos prejuicios raciales de la esclavitud en el Mediterréneo desde la Edad Media véase Botte y Stella (2012).

27. "Wie die Bourgeois sangen, so pfiffen die Professoren".

28. Para el significado filosófico y político del triunfo del utilitarismo y del positivismo en la filosofía del derecho luego de Bentham y Austin, véase el tratamiento que hace del asunto Domènech (2009).

29. Friedrich Schlegel, "Versuch über den Republikanismus" (1796), KA, Vol. VII (pp. 11-25, p. 13 y p. 22.). Schlegel propagaba, pues, lo que Meinecke (1911) habría de llamar después, en pleno de apogeo de la "Razón de Estado" –título de otro de sus grandes libros históricos–, "cosmopolitismo democrático-iusnaturalista" (naturrechtlich-demokratischen Kosmopolitismus).

30. Véase el soberbio estudio sobre las consecuencias sociales y ecológicas del colonialismo victoriano tardío de la *Belle Époque* escrito por Mike Davis, *Late Victorian Holocausts. El Niño Famines and the Making of the Third World*, Londres, Verso, 2000 (hay traducción castellana en las ediciones de la Fundación Alfons el Magnànim, Valencia, 2005).

31. No hay que decir que Locke y, antes que él, los hombres de la *Commonwealth* de 1649 habían leído a Mariana (y es de suponer, disfrutado de su precisa y elegante prosa latina renacentista).

32. El miedo infundido por la población trabajadora a las clases rectoras –y la desaparición de ese miedo– es uno de los hilos argumentativos y narrativos centrales en la gran reconstrucción histórica de la segunda mitad del siglo escrita por Josep Fontana, una obra imprescindible para entender nuestro presente: *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*.

33. Lúcidamente percibidos por Rosa Luxemburgo en su célebre elogio crítico de la Revolución rusa y de la audacia bolchevique.

34. Un tipo de dictadura como la que erigió Stalin, sobre todo a partir de 1928, habría resultado inimaginable antes de la Gran Guerra. "Dictadura" significaba hasta entonces una institución característica del derecho público republicano romano: el *dictator* actuaba en calidad de fideicomisario del pueblo romano (el Senado), por un período definido de tiempo (normalmente, seis meses) y en circunstancias excepcionales de guerra civil, con plenos poderes discrecionales, pero con la obligación, al término de su comisión, de rendir cuentas de todos sus actos ante el Senado fideicomitente. Ese era el sentido que tenía en Marx –un consumado romanista, discípulo de Savigny– la "dictadura de proletariado", el de un fideicomiso republicano en condiciones extremas de guerra civil revolucionaria. Esas condiciones se dieron en la joven República soviética. Pero Stalin inauguró un nuevo tipo de dictadura característica del siglo XX, no "comisaria", sino soberana, no provisional, sino eterna, y ajena para siempre a cualquier necesidad de rendición de cuentas *ex post*. Stalin –que no era analfabeto– era perfectamente consciente de eso, como puede verse en los

Diarios de Dimitrov, uno de los documentos más importantes publicados en los últimos años sobre la historia del comunismo. Por ejemplo: Dimitrov anota una conversación con Stalin del 6 de diciembre de 1948, en dónde éste dice redondamente que, para Marx y Engels, "la mejor forma de dictadura del proletariado" era "la república democrática", lo que "para ellos significaba una república democrática en la que el proletariado tenía un papel dominante, a diferencia de las repúblicas suiza o americana"; y esa república con preponderancia obrera tenía "forma parlamentaria" (Benac, 2003:450-1). Otro ejemplo: el 7 de abril de 1934, anota Dimitrov esta observación de Stalin: "Los obreros europeos están históricamente vinculados con la democracia parlamentaria" (...) y "no entienden que nosotros no tengamos parlamentarismo" (Benac, 2003:12-13).

35. "La deuda pública ha traído la libertad", dejó celebérrimamente dicho Mirabeau. El atento observador de la Revolución francesa que fue Kant lo vio también con gran perspicacia, como se puede leer en el *Nachlass*: "En Francia pudo la Asamblea Nacional cambiar la constitución, aun cuando sólo había sido convocada para poner orden en la deuda pública de la nación. Pues eran representantes del pueblo, luego de que el propio Rey les hubiera permitido decretar con plenos poderes indeterminados. El Rey lo era en representación del pueblo, y aquí resultó como tal aniquilado, porque se hallaba en presencia del pueblo" (Kant: AA XIX, *Erläuterungen zu G. Achenwalls Iuris ...* , p. 596.). Debo a la investigadora María Julia Bertomeu esta cita.

36. Aunque el capitalismo busca convertir la fuerza de trabajo en una mercancía, consigue a lo sumo hacer de ella una mercancía *sui generis*, razón por la cual la economía política clásica renunció a subsumirla bajo la Ley de Say. Sólo la doctrina neoclásica del fondo salarial y luego el análisis marginalista consiguieron generalizar la visión de los "mercados" hasta poder incluir un "mercado de trabajo": con precios y salarios flexibles y suficiente substitubilidad entre bienes en el consumo y factores en la producción, todos los mercados, incluido el de trabajo, llegaban a un equilibrio de precios competitivos. Bastaban las fuerzas de la oferta y la demanda para determinar una tendencia al pleno empleo del trabajo y la plena utilización de los recursos productivos. La curiosa paradoja es que el verdadero fundador de la teoría del equilibrio general, Leon Walras, era un socialista convencido (*je suis pas un economiste, je suis un socialiste*). Su modelo de equilibrio general no pretendía ser una descripción del capitalismo, sino una teoría normativa del socialismo de mercado con empresas cooperativas (su padre, Auguste, fue un ardiente socialista partidario del cooperativismo obrero). Para que su mercado perfectamente competitivo pudiera caer bajo la Ley de Say, había antes, entre otras cosas, que nacionalizar la tierra y la banca (que quedaban, pues, fuera del mercado walrasiano) y desmercantilizar el trabajo (con unidades de producción cooperativas que trabajaban con beneficio cero). Lo que ahora llamamos teoría económica neoclásica "walrasiana" es muy otra cosa: es la pretensión (plausible sólo tras la falsificación que hizo Pareto del legado científico de su predecesor en la cátedra de Lausana) de que eso es una descripción de los mercados capitalistas reales, y de que esos mercados caen bajo la Ley de Say. Para el socialismo de Walras, véase Domènech (2009). Para una refinada defensa filosófico-politica del socialismo cooperativista hoy, resulta muy recomendable Bunge (2009).

37. "El sistema bancario muestra, además, al substituir al dinero con distintas formas de crédito circulante que el dinero no es, en efecto, otra cosa que una particular expresión del carácter social del trabajo y de sus productos, pero que, confrontado a la base de la producción, tiene continuamente que manifestarse, en última instancia, como una cosa,

como una particular mercancía al lado de otras mercancías" (Marx, 1867:621).
38. El *locus* clásico para la discusión de la tierra, el trabajo y el dinero como mercancías *contra natura* es la obra maestra de Karl Polanyi (1943) *La gran transformación* (múltiples ediciones, una de las más recientes con un oportuno prólogo del Premio Nobel de economía Joseph Stiglitz).
39. Marx es, sin discusión, el único economista del siglo XIX al que no habría sorprendido la Revolución Verde en la agricultura de la segunda mitad del siglo XX. Ni en sus aspectos buenos (su padre, Norman Borlaug recibió el Premio Nobel en 1970 por haber "salvado a centenares de millones de seres humanos de una muerte segura"). Ni en sus técnicos aspectos malos o discutibles, que algunos pudo vislumbrar y criticar ya Marx estudiando a Liebig, el Borlaug del siglo XIX: hoy se pone mucho énfasis en aspectos técnicos de esos males (por ejemplo, el uso extensivo de monocultivos genéticamente uniformes, y la pérdida de variedades fundamentales para resistir plagas). Pero el principal de los males no es tal vez "técnico", sino político, y lo anticipó precisamente la mal conocida teoría marxiana de la renta agraria: el capitalismo conseguiría penetrar en la agricultura, removiendo la "escasez estructural" de alimentos malthusiana y mitigando la "renta diferencial" ricardiana, pero al remover esta última removería también el obstáculo institucional que la vieja propiedad agraria ponía a la especulación con la tierra, avanzaría en el tratamiento como mercancía propiamente de la "mercancía" ficticia que es la tierra, y provocaría todo tipo de desastres ecológicos y propiamente económicos (recuérdese que el capitalismo moderno sólo ha resultado mínimamente estable cuando los diseños institucionales –o las instituciones heredadas– han propiciado la escasez relativa de sus tres "mercancías" *contranatura*: tierra, trabajo y dinero). Sea ello como fuere, en honor al propio Borlaug –superficial y neciamente criticado ahora por cierta izquierda *new age* ecologuay–, hay que decir que fue al final de su vida perfectamente consciente de las limitaciones del empeño al que consagró honradamente su vida. En una de las últimas entrevistas que concedió antes de morir, puede leerse esto: "El mantra de la globalización y de todos estos enamorados de las soluciones económicas privadas reza así: los mercados lo arreglarán. Pero los mercados no pueden resolver todos los problemas. Son urgentemente necesarias inversiones públicas inteligentes en la cadena de creación de valor agropecuario". "Die Die Debatte um Grüne Gentechnik geht auf Kosten der Armen", en *NovoArgumente*, 9 octubre 2008.
40. Consumada ya la tragedia del movimiento obrero alemán tras el golpe de Estado antirrepublicano de Hindenburg y Hitler, Walter Benjamin dejó escrita esta lúcida reflexión: "El conformismo, ínsito desde el comienzo en la socialdemocracia, no sólo hace presa en su táctica política, sino también en sus ideas económicas. Es la causa del posterior desplome. Nada ha corrompido tanto a la población trabajadora alemana como la convicción de que *era ella la que* nadaba a favor de la corriente" (1991:698).
41. Marx creía, correctamente, que el desarrollo de las sociedades anónimas (paralelo al desarrollo de las cooperativas obreras, un fenómeno que siempre vio con mucha simpatía) representaba en cierta medida un principio de socialización de la producción y un indicio de la abdicación de la propiedad privada liberal clásica ante las necesidades de socialización de la inversión y la producción a que empujaba, entre otras, la fuerza dinámica de las economías de escala. Se dio perfecta cuenta del papel que los rentistas bancarios (lo que él mismo llamó "bancocracia") jugaban ya en ese desarrollo. Pero su viejo instinto saintsimoniano en materia financiera le llevó a inclinarse por la predicción de la sujeción

final de la "bancocracia" a las necesidades del desarrollo industrial: "Todo contado, el capital portador de intereses en el sistema crediticio moderno se adapta a las condiciones de la producción capitalista" (Marx, 1894:613).

42. Repárese en que, con lenguaje intencionadamente moderado para no asustar a las elites –a las que la TG se proponía precisamente persuadir–, lo que Keynes está proponiendo aquí es la conversión de todos los agentes que toman decisiones económicas clave en autoridades públicamente comisionadas y, por lo mismo, controlables por el fideicomitente, que es la comunidad política entera. Ningún socialista republicano serio pediría mucho más *in rebus oeconomiae.*

43. Véase Davis (1984), una obra fundamental para entender la historia del movimiento obrero norteamericano.

44. Que pudieron apreciarse en los juicios de Nuremberg y en las requisitorias de los fiscales norteamericanos (Jackson y Taylor) contra los miembros de la oligarquía terrateniente, industrial y financiera sentados en el banquillo como beneficiarios de la dictadura nazi (Taylor, 1992).

45. *Sic transit*: la IBM, empresa emblemática de la ingeniería y la tecnología, de la "economía del conocimiento" y de la "revolución informática", ha venido gastando en los últimos años un promedio de 10 mil millones de dólares anuales en sostener los precios de sus acciones en los mercados de valores.

46. Esta fase radicalmente nueva del capitalismo ha sido oportunamente bautizada por los discípulos postkeynesianos del gran Hyman Minsky (1919-96) –el autor de la hipótesis de la "inestabilidad financiera"– como "capitalismo de gestores del dinero", *money-manager capitalism* (Véase Minsky, 1986). Pues bien, esa fase significada, por lo pronto, que por vez primera en la historia del capitalismo moderno ha dejado de ser verdad esta afirmación de Marx: "La posición del esclavo asalariado, lo mismo que la de el esclavo real, lo excluye de llegar a convertirse en un esclavo por deuda, al menos en su calidad de productor; sólo puede llegar a serlo en su condición de consumidor" (Marx, 1894:609). Al desvincular salario real y demanda efectiva, convirtiéndose la deuda contraída no sólo en un medio de promover la demanda efectiva que no podía ya estimular el salario real estancado, sino *también* –como es unánimemente reconocido– en un medio para disciplinar indirectamente a la fuerza de trabajo dentro de la unidad de producción, bien puede decirse que la era neoliberal ha conseguido esclavizar por deuda al esclavo salarial. En general, el capitalismo tardío o de gestores del dinero ha degradado a tal punto la vida económica, que la ha retrotraído a la fase del imperio del capital usurario, inmejorablemente descrito por el propio Marx con estas palabras (que vienen a inmediatamente continuación de las que se acaban de citar): "El capital usurario, en esta forma que le permite apropiarse de todo el excedente de trabajo de los productores directos *sin alterar el modo de producir;* en esta forma de la cual es condición esencial la propiedad o la posesión en que se hallan los productores de las condiciones de trabajo (…); en esta forma, pues, en la que el capital no se ha subordinado todavía directamente el trabajo, razón por la cual no se confronta al trabajo como capital industrial; en esta forma, el capital usurario pauperiza el modo de producir, paraliza las fuerzas productivas –en vez de desarrollarlas— y *eterniza al propio tiempo estas lamentables circunstancias, en las cuales*, a diferencia de lo que ocurre en la producción capitalista, *la productividad del trabajo no puede desarrollarse a costa del propio trabajo*" (Los bastadillas son mías, A.D.).

5

SALIR DEL FIASCO SOCIO-LIBERAL PARA REVITALIZAR EL SOCIALISMO

ANTONIO GUTIÉRREZ VEGARA

1. Introducción

Si el afán de la derecha es preservar el predominio que siempre ostentó en el pasado –aunque para ello tenga que aceptar algunos cambios– el empeño de la izquierda es procurar un futuro mejor para la mayoría social. Pero el nudo gordiano entre el pasado y el futuro es el presente y la forma de desentrañarlo ahondó las diferencias y determinó los más graves errores de las izquierdas; en unas por impaciencia y en otras por inercia. Los bolcheviques sentaron el precedente de las primeras con la Revolución de Octubre de 1917 y, creyendo que podían imitar a Alejandro cuando cortó de un tajazo con su espada el nudo de Gordio, pretendieron que la historia pasara así, de un golpe, del cuasi absolutismo al comunismo. Pero los libertadores devienen en tiranos cuando retienen el poder en sus manos usurpándoselo a la soberanía popular, porque no hay libertad colectiva sin que sean libres todos y cada uno de los ciudadanos; de igual forma el igualitarismo es coartada de la mayor de las inequidades si un grupo dirigente se reserva en exclusiva el derecho de mandar y a la inmensa mayoría solo se les "otorga" el deber de obedecer.

Sin embargo cuando el estruendoso derrumbe del comunismo ya queda lejano, los diversos componentes de la izquierda siguen sin compartir el análisis del acontecimiento y apenas han emprendido algún camino para su reencuentro, pese a que la propia historia les ha brindado el derribo de las vallas ideológicas que marcaron su división. Oyeron el ruido de la demolición, pero no quisieron enterarse de su significado. Para unos fue la consecuencia de un fatal error burocrático en la gestión del proyecto liberador del proletariado, que no obstante siguen considerando sustancialmente acertado. Pero el error estaba en los genes mismos de la quimera milenarista que se auto-adjudicaba la misión histórica de emancipar a la clase obrera. El fracaso tampoco se debió a la fascinación de los pueblos del Este europeo por la economía de mercado azuzada por conspicuos agentes del capitalismo. Aunque son innegables, los catalizadores vaticanistas y occidentales sólo aceleraron la reacción de los principales elementos latentes en

las sociedades oprimidas: las ansias de libertad y el hartazgo de totalitarismos tan asfixiantes como incompetentes.

A fin de cuentas las dictaduras, cualesquiera sean sus coloraciones, terminan abocadas a una trágica disyuntiva: si se endurecen, cada vez serán más los "enemigos a batir" hasta aislarse y ser derribadas; si se ablandan terminan siendo desbordadas.

Los socialdemócratas, por su parte, se pusieron de perfil, como si no fuese con ellos, y en su prisa por alejarse de la debacle soviética –para evitar confusiones– casi se salieron del espacio de la izquierda. Sin embargo, las experiencias de los países nórdicos y centroeuropeos podían presentarse legítimamente como las más exitosas del mundo en todos los órdenes: económico, social, cultural y político. Porque, en resumidas cuentas, las políticas socialdemócratas desarrolladas desde la post-guerra habían materializado el vector que más ha hecho progresar a la humanidad: compartir saberes y riquezas. Con la universalización de la educación se han ido ensanchando los confines de la libertad y con políticas fiscales y sociales más justas han podido vivir dignamente más personas.

2. La revolución conservadora y el social-liberalismo en la construcción europea

Por tanto, es la izquierda democrática la que con más razones debiera haber encauzado los anhelos de libertad en los antiguos países comunistas. Pero fue la derecha la que aprovechó con más agilidad y astucia la caída del muro de Berlín. No solo cantó victoria sobre el comunismo, sino que se apresuró a proclamar "el fin de la historia" para cualquier proyecto de transformación social. La "revolución conservadora" de Ronald Reagan y Margareth Thatcher, lejos de encontrar una solvente respuesta desde la socialdemocracia, apenas tuvo resistencia. Significados líderes socialdemócratas circunvalaron el debate con sus particulares metamorfosis hacia el social-liberalismo inaugurado por Felipe González en España a puro tacticismo, ya que no llegó a formular ideario digno de mención. Sus continuadores en el Reino Unido y Alemania sí lo intentaron: la "Tercera Vía" teorizada por Anthony Guiddens y puesta en práctica por Tony Blair o el Die Neue Mitt (Nuevo Centro) de Gerard Schroëder en Alemania.

Sin embargo, la socialdemocracia podría haber dirigido el proceso de construcción de la Unión Europea y el de su ampliación con la paulatina incorporación de los países ex comunistas. De un lado era preciso acometer las reformas institucionales de la Unión, antes de la ampliación, para dotarla de un funcionamiento más democrático. Por ejemplo, superando la trampa de la unanimidad en las decisiones, que las más de las veces ha servido de coartada para vetar los avances de la Unión; ampliar las competencias del Parlamento

Europeo para convertirlo en verdadero depositario de la soberanía ciudadana y por tanto en legislador efectivo del que dependiera la Comisión Europea. O sea, en algo más parecido a la incardinación entre los poderes legislativo y ejecutivo propia de las democracias. Sobre todo, ir construyendo la Unión Política, que lejos de suponer más entramados burocráticos comunitarios debiera tejerse compartiendo más políticas supranacionales: fiscales, sociales, comerciales, de seguridad interior, de relaciones internacionales, tecnológicas, etc., todas ellas articuladas en un Presupuesto Comunitario suficientemente robusto y administrado por una autoridad hacendística comunitaria. Porque no hay gobierno común sin políticas comunes; los recurrentes debates acerca de hipotéticas formas de gobierno supranacional europeo (federal, confederal o cualesquiera otras modalidades más o menos imaginativas), no son más que fuegos de artificio, útiles para distraer la atención mientras se retrocedía hacia la re-nacionalización de las políticas comunitarias. En la perspectiva de la Unión Monetaria que al desmoronarse la URSS ya estaba en la agenda institucional, resultaba básico disponer de estas políticas comunes con las que articular la zona de Unión Monetaria y Económica, ya que una divisa no se mide por la cotización que alcance en cada momento en los mercados internacionales; su valor real viene determinado por el entramado económico del que es expresión monetaria y por el político-institucional que la respalda. El dólar no es la moneda de reserva por antonomasia en las transacciones internacionales por su cotización en las plazas de Londres o Tokio, sino porque representa y vertebra a la principal economía del mundo, sustentada por una unívoca política de Estado en todos los órdenes. La reforma institucional y el enfoque de la Unión Económica y Monetaria apuntados habrían orientado la ampliación hacia una dinámica de "cooperación estructurante", es decir, que incorporase paulatinamente a los países ex-comunistas al tiempo que se les ayudaba a estructurarse como Estados Sociales Democráticos y de Derecho. Éste enfoque del proyecto europeo, aportado por los socialistas franceses, era radicalmente contrario al mucho más raquítico que pretendían las derechas, para quienes Europa debía limitarse a funcionar como un vasto mercado y poco más. Para las derechas, la ampliación europea era solo la gran oportunidad para que las economías centrales extendiesen sus áreas de negocio a otros doscientos millones de consumidores.

Sin embargo, la socialdemocracia desaprovechó la favorable correlación de fuerzas durante el proceso de gestación de los hitos más determinantes en la construcción Europea: el Acta Única para la realización del Mercado Interior a finales de los 80 y luego el Tratado de Maastricht, por el que se configuraba la Unión Económica y Monetaria (UEM) para asentarlas sobre un mayor equilibrio entre democracia y mercado. Una (mala) muestra de lo anterior fue la nueva redacción dada en el Tratado de Maastricht al artículo 73 del Tratado Constitutivo de la Unión Europea, que hasta entonces autorizaba a los Estados

miembro a legislar medidas anti-especulativas sobre el movimiento de capitales. En 1992 se pasó a la más radical plasmación del consenso de Washington estableciéndose, en el apartado primero del artículo 73: “en el marco de las disposiciones del presente capítulo quedan prohibidas todas las restricciones a los movimientos de capitales entre Estados miembros y entre Estados miembros y terceros países”. Los gobiernos socialdemócratas del momento ni siquiera plantearon mantener las salvaguardias frente a los flujos especulativos. Resultó el propio FMI, en plena crisis y ante la evidencia de que las entradas masivas de fondos habían fomentado “burbujas especulativas”, el que terminó por recomendar el establecimiento de algunos controles sobre los movimientos de capitales (Boletín Digital del FMI, 19/2/2010). Recomendaciones seguidas un año después por países tan distintos como Brasil y Suiza, pero aún pendientes de que alguien las proponga en la Unión Europea.

La derecha tomó así la iniciativa en la reorientación del proyecto comunitario, imponiendo finalmente lo sustancial de su estrategia en el proceso de ampliación de la Unión Europea. El tributo de mayor alcance estratégico fue el diseño de la Unión Monetaria a imagen y semejanza de los intereses de las economías centrales, especialmente de la alemana.

Las condiciones de convergencia monetaria consagradas en el Tratado de Maastricht (déficit público máximo del 3% del PIB, deuda pública limitada al 60% y un Banco Central sin otra función que la observancia de la inflación para que no sobrepase el 2% anual en la zona euro), no son tan arbitrarias como pudieran parecer, sino que responden al modelo dual defendido por la derecha europea, que consagra la preeminencia de las economías cuya renta potencial es más elevada que su renta de equilibrio; es decir que satisfacen su demanda interna (contenida en Alemania durante los últimos quince años) en ausencia de tensiones inflacionistas y bajas tasas de desempleo. O sea, producen más de lo que consumen, son exportadoras netas y logran abultados superávits en su balanzas por cuenta corriente. Por el contrario, los países que tienen estructuras productivas más desequilibradas, a las que la industria apenas aporta un 12,4% al PIB nacional, como es el caso español, según datos de 2009, en tren de empeorar con la destrucción de tejido industrial durante la crisis. En España producimos menos bienes y servicios de los que necesitamos para atender nuestra demanda interna de consumo e inversión y en consecuencia debemos importarlos, con los consiguientes déficits en nuestras balanzas de pagos, acentuados además por el diferente valor entre nuestras exportaciones (productos agropecuarios por ejemplo) y el de las importaciones (bienes de equipo, componentes y servicios tecnológicos, etc.) generalmente más caras. En buena medida se puede afirmar que con nuestros déficits exteriores mantenemos los superávits de los países fuertemente industrializados. Pero si se introdujeran algunas variaciones en el modelo de Convergencia monetaria, podríamos comprobar cómo, con algo más

de inflación por ejemplo, los países del núcleo de la UE tenderían a importar más y en paralelo a equilibrar sus saldos exteriores en beneficio, al menos parcialmente, de los periféricos. Del mismo modo, si a estos se les permitiesen déficits públicos nacionales ligeramente superiores al 3% para fomentar nuevos desarrollos industriales, podrían ganar cotas de competitividad en los segmentos intermedios y altos del mercado (bienes y servicios de mayor valor añadido tecnológico) en lugar de pelear dentro y fuera de la Unión por la competitividad vía precios y salarios fundamentalmente.

Para que la nueva divisa europea hubiese sido de verdad el corolario monetario de la economía real de todo el área, se habría requerido una mayor articulación entre todas las economías que la integran, para lo cual era imprescindible comprometer objetivos tan precisos como los de convergencia monetaria e instrumentos para lograrlos. El primordial entre estos habría sido un auténtico Presupuesto comunitario tendente a superar los desequilibrios estructurales de partida. Pero eso comportaba asumir también una perspectiva de reequilibrio en las balanzas comerciales y que entre las funciones del Banco Central Europeo estuviese, en primer término, coadyuvar al crecimiento y a la creación de empleo en la zona euro, función que tienen asignada los Bancos Centrales de las principales economías mundiales.

En coherencia con ese planteamiento de Unión Económica y Monetaria, la Confederación Europea de Sindicatos (CES) llegó a proponer que el Presupuesto comunitario equivaliese al 3% del PIB regional; un estatuto del Banco Central Europeo más homologable con los de la Reserva Federal de EE.UU. por ejemplo. También propuso incluir el empleo entre los objetivos de convergencia: en 1997 la CES convocó una gran concentración europea en Luxemburgo coincidiendo con una Cumbre del Consejo de Europa, precisamente en apoyo de esa propuesta de una política de empleo compartida. Ningún gobierno socialdemócrata del momento apoyó tales propuestas.

Ocurre que con un Presupuesto que no alcanza el 1% del PIB (con tendencia a la baja en las negociaciones en curso para el período presupuestario 2.014-2.020), es materialmente imposible impulsar las nuevas e imprescindibles políticas comunes, desde la comercial hasta la socio-laboral, pasando por las tecnológicas y energéticas. Estas últimas serían el más sólido basamento del euro, reforzándolo para competir con el dólar en los mercados mundiales como divisa reserva y de referencia.

El sucedáneo fueron los Fondos de Cohesión (FC), presentados como un gran logro por el entonces presidente del gobierno español Felipe González, pero que en realidad consagraba el desequilibrio descrito. Con el celebrado FC han podido construirse autovías, equipamientos sociales y algunas otras infraestructuras, que por cierto no han venido mal. Pero no ha sido posible acometer políticas industriales tendentes a cambiar un modelo productivo excesivamente marcado

por actividades intensivas en mano de obra. En pocas palabras, la mayor parte de los fondos de cohesión han terminado revirtiendo a la economía alemana, por distintas vías, como saldos netos de su balanza exterior y también en forma de empleos industriales, justamente los que más se necesitan en otros países.

Aunque en España, el país más afectado por el desempleo, sí hemos recibido la inestimable ayuda de la banca alemana para cebar la burbuja inmobiliaria, determinante de la abultada deuda privada contraída por entidades financieras particulares españoles, agravando así la crisis. El abultado déficit público, lejos de ser causante de la crisis, ha sido su consecuencia. Ahora, la rígida negativa del gobierno de derechas de Ángela Merkel a cualquier forma de mutualización de la deuda y a que el Banco Central Europeo pueda por lo menos mitigar los ataques especulativos, obedece fundamentalmente a los intereses de los principales bancos alemanes –que tienen en sus carteras deuda española, griega o irlandesa– anteponiendo las garantías de cobro a la superación de la crisis en los países más afectados. Por el contrario, se les impone draconianos recortes de gasto público, que no hacen más que agravar la crisis económica y la situación social.

Llegados a este punto, la primera condición para reagrupar al "europeismo" sería redefinir con la mayor claridad y precisión los ingredientes de la Europa que queremos y sus objetivos. Por ejemplo ya no basta con repetir el catálogo de los enunciados sin debatir ni concretar hasta el detalle cada uno de ellos: "más Europa", Unión Política, Unión fiscal, etc., son aspiraciones que también proclama la señora Merkel, pero que una vez traducidas en decisiones suponen una mayor subordinación de la mayoría de países miembros a los dictados de los países centrales; una política fiscal restrictiva en gasto público, pero sin armonización de la fiscalidad sobre el capital o presupuesto común sustancial.

En definitiva, si "más Europa" representa para la ciudadanía más sacrificios, menor justicia distributiva y retrocesos democráticos y sociales, no ya en el concierto europeo sino incluso en el seno de cada país y por mandato ajeno a la voluntad popular de cada uno de ellos, además de suponer el abandono de toda política de izquierdas, resulta suicida corresponsabilizarse en tamaño fraude.

Se puede y es deseable estimular la superación de las llamadas soberanías nacionales, pero no para subordinarlas a un selecto núcleo de ellas, sino por la participación colectiva de ciudadanos reconocidos mutuamente como iguales en derechos y con iguales cauces para ejercerlos de manera efectiva en el espacio europeo.

La tarea más ardua no consiste en rearmar el discurso europeísta, sino en reconstruir el entramado político y social que lo canalice con credibilidad y la voluntad política de defenderlo en todo el espacio europeo; sin limitarse a su instrumentalización para las batallas electorales domésticas. Porque otra paradoja del panorama europeo es que mientras la izquierda se reafirma europeísta, en la práctica tiene menos presencia y coherencia supranacional que la derecha. La

influencia del Partido Popular Europeo en los asuntos comunitarios sigue siendo más visible que la del Partido Socialista Europeo, que por cierto no se caracteriza por haber logrado armonizar las posiciones de los partidos socialistas nacionales, ni respecto a las líneas estratégicas para el futuro de la Unión, ni en una posición común frente a retos tan acuciantes como la crisis de la deuda en la eurozona. El más chusco ejemplo de esta incongruencia lo dio el presidente José Rodríguez Zapatero: a poco de comenzar la campaña de las últimas elecciones para el Parlamento europeo, anunció por su cuenta y riesgo que los socialistas españoles votarían al antiguo dirigente de la derecha portuguesa, Durao Barroso, para que continuara presidiendo la Comisión. Todo un desaire para los socialistas europeos, unidos en torno a la candidatura de un socialista danés, y un desconcertante mensaje a los electores españoles, que le respondieron con la más elevada abstención registrada en una elecciones europeas y una clara derrota a favor del Partido Popular.

Y sin embargo, el ámbito europeo es el principal terreno donde se juegan el futuro de cada nación y del conjunto de Europa. La derecha lo ha entendido tan bien que su empeño por limitar al mínimo los Estados nacionales se corresponde con su escuálido proyecto europeo, ya que en ambos planos quieren que sea el mercado quien asigne los recursos y coloque a cada cual en el lugar que su fortaleza económica le permita. Para la derecha, la desigualdad no es más que un efecto colateral de una economía eficiente. Por el contrario, si la izquierda quiere ser coherente con la idea de que es el equilibrio entre democracia y mercado la base del progreso más sostenible y de la convivencia social más estable, está obligada a ponerla en práctica en el espacio donde sí viene operando el mercado, el europeo, mientras la política se repliega al interior de cada país.

3. Inconsecuencia del social-liberalismo con el ideal de libertad socialista

El esfuerzo por lograr zonas de síntesis entre el socialismo y el liberalismo no estuvo determinado por la lucha política entre ideas, intereses y valores para consensuar como pilares incuestionables de toda sociedad democrática avanzada los derechos de ciudadanía (por ejemplo la universalidad de la sanidad y la educación públicas); la efectiva igualdad de oportunidades; la equidad, suficiencia y transparencia en los sistemas impositivos; el escrupuloso respeto a las libertades individuales o la inviolabilidad de la propiedad privada etc. Esta orientación habría sido consecuente con el idealismo liberal del socialista argentino Juan B. Justo, que en el primer editorial que escribió para *La Vanguardia* (órgano del Partido Socialista Argentino) el 7 de abril de 1894 se proponía difundir las doctrinas de “Marx, Ricardo y Adam Smith”, debido a la

asociación que hacían estos dos últimos entre librecambio y paz, ya que las "aduanas alejan y aíslan a los pueblos" (Justo, 1905; durante el debate de la Ley de Aduanas) o cuando clamaba contra el proteccionismo como "la peor forma de nacionalismo… que genera la peor solidaridad de clases entre capitalistas y trabajadores contra sus equivalentes en otros países y contra los consumidores del propio país". El social-liberalismo actual tampoco guarda relación con el del socialista español Fernando de los Ríos (1879-1949), "socialista a fuer de liberal", queriendo con tal aserto reafirmarse en su defensa de la libertad de hacer, no en la de dejar hacer; frente a los que conciben el ejercicio de la libertad en función de lo que posee cada quien sino en pro de la que hace iguales a los ciudadanos por el hecho de serlo, independientemente de que sean propietarios o no.

El social-liberalismo de los conversos de las últimas décadas del siglo XX no obedecía al empeño por asentar el proyecto europeo en los referidos consensos básicos, sino a cálculos electorales basados en una equivocada percepción de los cambios internos en la composición de las sociedades modernas. Esta deriva llevó a buena parte de los partidos socialistas europeos a asumir paulatinamente el paradigma sociológico liberal-conservador, que hizo de las llamadas "clases medias" el eje de cualquier estrategia política que aspirase a gobernar. El laborista inglés Tony Blair, por ejemplo, proclamó nada más llegar al poder en 1997 que "todos somos de clase media" y que "la clase trabajadora no existe". En realidad, Blair se empeñó en que esta no existiese, mediante el desmantelamiento de industrias productivas o permitiendo su deslocalización hacia países donde pudieran contratar trabajadores a menores salarios y sin ningún derecho. La industria manufacturera en Gran Bretaña suponía el 20% del PIB en 1997, al asumir Blair; en 2007 había caído al 12%. Al mismo tiempo, se redujeron drásticamente los programas sociales destinados a paliar los efectos del paro masivo y se recortaron o eliminaron buena parte de las políticas públicas tendientes a disminuir las desigualdades. Ahora, el gobierno conservador de Cameron aprovecha el precedente sentado por los neo-laboristas en otras áreas: por ejemplo, el de introducir la competitividad entre escuelas y los criterios de mercado en la educación.

Con semejantes políticas, otra sentencia del "laborista" Blair, "la Gran Bretaña de las élites se ha acabado, ahora es la de la meritocracia" ha devenido justo en lo contrario. Ahora es más frecuente que los hijos de las llamadas clases medias accedan a puestos de trabajo mejor remunerados que los de la clase trabajadora. Tal como han reconocido posteriormente otros dirigentes e incluso ex-ministros neo-laboristas, lo único que consiguieron con un sistema educativo que indujo la segregación por clases fue mayor segregación en todo el entramado social. También en Suecia, donde los últimos gobiernos socialdemócratas introdujeron medidas similares –aunque mucho más tímidas– el actual ministro conservador

de educación, Bertil Ostberg, ha reconocido recientemente que “hemos visto un descenso real en la calidad de los colegios suecos desde que, con los gobiernos anteriores, se fomentaron las escuelas libres”.

En síntesis, tras trece años en el gobierno el neo-laborismo inglés no redujo la brecha social que había agrandado el neo-liberalismo.

4. La desigualdad en el origen de las crisis del capitalismo

Generalmente se repara en las desigualdades engendradas durante las crisis, pero la desigual distribución de la riqueza en períodos expansivos es también una de las causas desencadenantes de las crisis.

La doctrina neoclásica le reserva al mercado una mayor eficiencia en la asignación de los recursos y el logro a la postre de una mayor equidad social; aunque inicialmente se concentre una mayor parte de la riqueza en un menor número de bolsillos. Según esa doctrina, sin la perturbación que introducen las normas, los impuestos e intervenciones públicas en el funcionamiento de los mercados, los ricos dedicarán una mayor parte de sus beneficios a inversiones productivas y terminarán esparciendo efectos igualmente beneficiosos por todos los estamentos sociales. Pero el economista estadounidense John Kenneth Galbraith ridiculizaba esta teoría, formulando una especie de binomio de los estímulos complementarios que venía a decir que a los ricos se les debe estimular con más riqueza; por ejemplo bajándoles los impuestos, ya que así dispondrán de mayor parte de su renta para invertir en actividades que generarán nuevos empleos. A los pobres, por su parte, también hay que estimularlos, ¡pero con más pobreza! para que sean más productivos y dispuestos a aceptar el salario que tenga a bien ofrecerles el patrón, que será el que justamente se corresponda con el salario de equilibrio fijado en cada momento por el mercado y con la productividad de las labores que vayan a desempeñar. En suma, y según la teoría neoclásica que así ridiculizó Galbraiht, todo aquello que altere este ajustado funcionamiento entre demanda y oferta de trabajo, como la fijación de salarios mínimos, las prestaciones sociales y/o rentas sustitutivas (por ejemplo los seguros de desempleo), serán contraproducentes para el buen desarrollo de la economía.

Pero es la historia económica la que se ha encargado de desmentir reiteradamente el artilugio ideológico empleado para legitimar la injusticia. Cuanto mayor ha sido la desigualdad durante los ciclos expansivos, más garrafales han sido los fallos del mercado y más memorables las debacles sobrevenidas. El crecimiento basado en la inequidad no induce progreso, sino que alienta procesos especulativos en los que han terminado germinando las más graves crisis del capitalismo. Las desigualdades son su causa y su consecuencia.

Así se acredita en las principales crisis de que se tiene noticias, desde la

“Tulipamanía” en la Holanda de 1630. Floreciente con el comercio marítimo y su pionera industria financiera y bursátil; el súbito enriquecimiento de las nuevas hornadas de burgueses mientras se mantenía una gran desigualdad social (los salarios apenas suponían entre el 1% y el 2% anual de los gastos suntuarios de las familias acomodadas), la Holanda de principios del siglo XVII no se orientó hacia el desarrollo económico; menos aún a paliar la pobreza. Sus famosos tulipanes devinieron objeto de especulación financiera, llegando a cambiarse un bulbo por “un carruaje nuevo, dos caballos tordos y un arnés completo”, el equivalente a unos 50.000 dólares de hoy. La hortícola burbuja duró siete años y su estallido acarreó la ruina de quienes habían invertido todos sus activos en las bolsas de contratación. Pero fue la inmensa mayoría de la población la que se llevó la peor parte, tal como desde entonces viene ocurriendo cada vez que estalla una burbuja, sea esta de tulipanes o inmuebles.

No había pasado un siglo de esa primera señal alarmante de los comienzos del capitalismo y en la Francia opulenta del Rey Sol, donde tan sólo el 2% de la población acaparaba el 45% de las reservas de trigo y el 60% de sus habitantes estaba en riesgo de morir de hambre, se produjo otra señal. Un prófugo de la justicia escocesa, John Law, encontró refugio en la corte francesa, y con Luis XV y su regente el Duque de Orleans, pusieron en marcha La Banque Royale, cuya función sería emitir billetes contra el valor del oro que se esperaba extraer de la Louisiana, a través de la Compagnie d’ Occident –también conocida como Compañía del Missisipi– cuyos títulos hicieron furor entre aristócratas y nuevos ricos allá por 1716. Hasta que una fatídica mañana de julio de 1720 se desinfló bruscamente el artilugio. El teórico socialista duque de Saint-Simon describió escuetamente lo sucedido: “una exigua minoría se enriqueció y el resto del pueblo se arruinó por completo”.

Por las mismas fechas pero en Inglaterra y con propósitos muy similares, funcionó la Compañía de los Mares del Sur, creada en 1711. En este caso se iban a explotar las rutas comerciales desde el Orinoco hasta Tierra del Fuego, ofreciendo a cambio a la corona de España –que por entonces controlaba esos territorios– devolverle la soberanía sobre Gibraltar, en manos inglesas desde el fin de la guerra de la Sucesión y por el Tratado de Utrecht, en 1713, además de una parte de los beneficios. El patriotismo que hasta hoy se exhibe al grito de ¡Gibraltar español!, cuando a los gobiernos les interesa desviar la atención sobre problemas más graves de la realidad nacional, funcionó del mismo modo: los patriotas españoles del siglo XVIII prefirieron el negocio a la soberanía y rechazaron el trato.

Pero la aventura siguió adelante. En la pujante Inglaterra del momento, el 5% de sus ciudadanos se quedaba con el 68% de la riqueza, a base de imponer condiciones de vida miserables al 95% restante de sus habitantes. Un ejemplo de esto último es “Newcomen”, una nueva máquina atmosférica, puesta a punto

desde 1711, concebida para facilitar el desagüe de las minas utilizando por primera vez el vapor de agua, con la que además de haber potenciado notablemente la producción se habría incrementado productividad de los mineros y mejorado sus condiciones de trabajo, haciéndolas menos peligrosas. Pero las fortunas se vieron atraídas por las acciones de la Compañía de los Mares del Sur, que solo entre enero y Junio de 1720 pasaron de 128 libras a un valor de 1.000. En el ardor especulativo proliferaron todo tipo de compañías, que emitían títulos prometiendo suculentos beneficios en tiempo record en negocios tan extravagantes como rastrear los fondos del Mar Rojo en busca de los tesoros sepultados durante las persecuciones al pueblo hebreo u otras que ofrecían desarrollar el movimiento perpetuo o la transmutación del mercurio en metales finos y maleables. Pero de nuevo el cambalache se derrumbó y en septiembre del mismo año las acciones de la Compañía de los Mares del Sur cayeron a 175 libras y no hubo manera de parar hasta el desastre total.

Es posible y necesario seguir recordando episodios repetidos con más o menos el mismo patrón. En la Norteamérica de finales del siglo XVIII, los billetes emitidos estaban referenciados al precio del tabaco, que por más de ciento cincuenta años sustituyó al oro en los estados sureños, donde por cierto la explotación del trabajo se hacía en régimen de esclavitud. Las burbujas inmobiliarias de 1819 y 1837 en los estados norteños y sobre todo la crisis de 1873, que tuvo como protagonistas a las compañías ferroviarias que desde la década anterior y hasta el final de la guerra civil norteamericana habían arruinado y expulsado de sus tierras a pequeños campesinos y cuasi-esclavizado a cientos de miles de trabajadores inmigrantes procedentes de Europa y China. Tras la meteórica subida de sus acciones vino la quiebra de varios bancos implicados en su financiación, una profunda recesión, paro masivo y pobreza generalizada.

Finalmente, sobre la Gran Depresión de los años treinta se ha escrito mucho, pero no es tan conocido que tras una caída en Wall Street durante 1926, como consecuencia de una fraudulenta operación inmobiliaria en Florida (una estafa: la compañía ofrecía a los inversores descomunales extensiones de terreno que se publicitaban como de primera línea de playa y resultaron ser tierras pantanosas), empezaron a subir artificiosamente las acciones de todo tipo de empresas a lo largo de 1927. Esa concentración de capital no se correspondía ni con más inversión –los datos revelan que la producción industrial había disminuido considerablemente– ni tampoco con una distribución mejor, ya que los salarios eran de siete dólares semanales por jornadas laborales de doce horas. Lo que ocurrió un año después de la euforia financiera, en octubre de 1929, es de sobra conocido. En su *Breve historia de la euforia financiera*, Galbraiht (1991) señala que la historia de las grandes crisis siempre empieza con un “genio financiero” que activa la codicia humana y termina con una catástrofe económica y social proporcional al ingenio puesto en gestarla. Estos “genios financieros” suelen salir

de ellas acudiendo a Washington a pedir dinero público, con lo que quienes pagan sus cuentas son los trabajadores; los mismos que el desenfreno especulativo había sumido en una mayor pobreza. Nadie admite que el caldo de cultivo de tan recurrentes desaguisados está en el funcionamiento mismo del mercado, y que siendo éste indisociable del avance civilizatorio humano, necesita ser regulado para que resulte un vector de civilización en lugar de campo Agramante.

En el espacio de este trabajo no corresponde abundar en el análisis de la Gran Recesión actual (ver Gabetta, pág. 33), pero es al menos oportuno desentrañar la falacia de la que en España se señala como una de sus causas fundamentales. Desde el estallido de las sucesivas burbujas financiera e inmobiliaria, es común escuchar o leer que la crisis se debe a que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades. De entrada, se trata del manido truco de la cultura judeo-cristiana: culpar a todos para que los verdaderos culpables eludan sus responsabilidades y luego, imponer penitencias a todos en expiación de un pecado que la inmensa mayoría no cometió. Todo ello convenientemente aderezado con el temor a mayores males que podrán sobrevenir si no se acepta la penitencia.

Y no es cierto. Desde principios de los años ochenta, los salarios reales han permanecido prácticamente congelados en el mundo. Eso quiere decir que los colosales incrementos de la productividad se han distribuido escandalosamente mal, precisamente durante el período en el que se han registrado los mayores avances tecnológicos e innovaciones que han optimizado los procesos productivos. Se han mundializado los mercados y la creación de riqueza ha sido muy superior a cualquier época pasada del capitalismo. Pero el potencial de crecimiento en actividades productivas generadoras de empleo, medioambiental y socialmente sostenibles no se ha aprovechado. La industria más boyante ha sido la financiera, cuyos flujos son 150 veces superiores a los intercambios de bienes y servicios. Y en lugar de inducir una demanda solvente basada en retribuciones más justas y acordes con la productividad generada, se ha fomentado el apalancamiento. Créditos baratos para financiar desde la compra de la vivienda hasta la educación de los hijos suplieron la merma real de los salarios. Está más próximo a la realidad decir que la inmensa mayoría de los trabajadores ha recibido por debajo de lo que les corresponde y se les ha endeudado por encima de lo que podía amortizar con sus sueldos.

Por tanto, la contradicción entre creación de riqueza, eficiencia económica y equidad ha sido más aguda y sostenida en el tiempo que las anteriores crisis del capitalismo. La desigualdad también cebó la especulación más que la producción.

No, ni teórica ni empíricamente se sostiene el artificio ideológico neo-liberal. Se demuestra por el contrario que la equidad también es condición necesaria de la eficiencia económica. Más aún en la era de la mundialización de los mercados y de la producción.

Esta era la más solvente credencial de la socialdemocracia, puesto que el Pacto Social que alentó tras la II Guerra Mundial, cristalizó en la oleada de inversiones más importante en la historia europea, en mayores tasas de ocupación y en la forja de los Estados de Bienestar Social. Se vivió así en Europa el período más prolongado de paz y estabilidad, en el marco de las democracias más avanzadas del mundo.

Pero cuando más se habría necesitado la renovación de aquéllas experiencias, la socialdemocracia malbarató su propio bagaje y empobreció su pensamiento asumiendo postulados neoliberales; en consecuencia empezó a desdibujarse como alternativa de gobierno para perfilar su simple alternancia con la derecha y a defraudar las esperanzas de transformación social que había encarnado durante más de cien años.

5. Anotaciones críticas a las experiencias de gobiernos socialistas en España

Respecto a lo dicho, las dos experiencias de gobiernos socialistas en España (1982-96, presidida por Felipe González y 2004-11 encabezada por José Luis Rodríguez Zapatero), fueron particularmente reveladoras.

El triunfo del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en las elecciones del 28 de octubre de 1982 se produjo en un contexto social y político inmejorable, que muy difícilmente volverá a repetirse en la democracia española. Además de la una enorme mayoría absoluta que obtuvo tanto en el Congreso de los Diputados como en el Senado, tuvo el respaldo del apoyo popular más entusiasta que se haya conocido en España. Al mismo tiempo que los grupos opositores quedaban reducidos casi a la irrelevancia, del mismo modo que los poderes fácticos: el dinero y el ejército. La banca atravesando su primera gran crisis en la era democrática y las fuerzas armadas en reestructuración tras la fracasada intentona golpista del 23-F, en 1981.

Pero en lugar de cumplir con el programa del “cambio” prometido durante la campaña electoral, el gobierno de Felipe González empezó a defraudarlo. El cambio prometido habría consistido en superar progresivamente las rémoras del pasado con las que necesariamente se había tenido que fraguar la democracia. Pero González resumió el cambio en hacer “que España funcione”, célebre sentencia que como tantas otras del mismo autor no expresaba ideas sino actitudes. Actitud inercial ante la ingente tarea de consolidar la democracia en sus pilares fundamentales: cultural, judicial e institucional. Por ejemplo, lo que pudo ser una necesidad coyuntural, para extender la educación al conjunto de la población cuando aún era insuficiente la red de escuelas públicas, quedó consagrada como política de Estado concertarla con colegios privados

pertenecientes a instituciones religiosas en su práctica totalidad. Además de consolidar la secular preeminencia de la Iglesia Católica en la enseñanza, esta política iniciada por González ha terminado degenerando, con los sucesivos gobiernos de la derecha, en un deterioro de la escuela pública que a estas alturas parece irreversible.

Tras cuarenta años de dictadura, la educación en los valores democráticos del conjunto de la ciudadanía resultaba imprescindible, una tarea de primera necesidad. Parafraseando al presidente de la II República (1936-39) Manuel Azaña, se trataba de "hacer un pueblo para la República, en lugar de darle una República al pueblo". O sea, que en España solo se consolidaría un régimen republicano si se educaba al menos a una generación de españoles en libertad. No bastaba con la democracia: se trataba de forjar una ciudadanía para la democracia.

Pero instalados en una actitud defensiva teñida de pragmatismo, los socialistas españoles obviaron cualquier referencia al pasado, confundiendo la reconciliación entre las personas, cualesquiera hubieran sido sus militancias políticas durante la dictadura, con la reconciliación entre democracia y fascismo. España siguió plagada de simbología fascista en calles y edificios públicos; los programas escolares casi nunca llegaban a explicar más allá del primer tercio del siglo XX y menos aún se adentraban en el significado de la dictadura de Franco ni los sufrimientos y trastornos de todo tipo que había acarreado. Es más, el gobierno de González financió la construcción de un monumento en Rusia y la recuperación de los restos de militares de la División Azul que murieron allí combatiendo junto a las tropas de Hitler, mientras en España se negaba a la búsqueda de los miles de fusilados por el franquismo, así como a la reparación a las víctimas de la dictadura.

Años después, durante la segunda legislatura socialista de los gobiernos de Zapatero, se confeccionó la conocida como Ley de la Memoria Histórica. Pero la memoria colectiva de un país no se legisla, sino que se atesora culturalmente, generación tras generación. Así y todo, este tardío proyecto legislativo estuvo mediatizado por la medrosidad del gobierno, dando como resultado un deficiente soporte legal para la recuperación de los restos de las víctimas del franquismo, exiguos recursos y nulas posibilidades de revisión de los juicios sumarísimos instruidos por la "justicia" de la dictadura.

Otro campo que requería una profunda renovación democrática también orillado por los gobiernos de González fue el de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado. Con los primeros gobiernos socialistas algunos policías que se habían destacado como torturadores en la Brigada Político-Social franquista fueron ascendidos, en lugar de, al menos, depurados. No se trata aquí de una queja más o menos nostálgica, sino de un dato que no puede excluirse en el análisis de uno de los episodios más detestables del período democrático: el

terrorismo de Estado que practicaron, entre otros, varios policías formados en la etapa franquista y promocionados después bajo mandato socialista.

Los cambios en la Justicia tampoco llegaron por impulso del gobierno, sino por el de los juristas demócratas que habían intervenido ante los tribunales franquistas en defensa de los detenidos, en un tiempo en que esperar que se impartiera justicia era una quimera. Pero sus esfuerzos se vieron en parte frustrados cuando el socialismo pactó con la derecha el método de "reparto de las áreas de gobierno de los jueces y por ende de los principales tribunales de la nación". El resultado ha sido el continuismo de la judicatura anterior a la democracia, que sin un nuevo mecanismo de renovación, sigue concediendo la mayoría a la asociaciones más conservadoras de la magistratura.

En el terreno de las decepciones no pueden dejar de mencionarse el internacional y el económico-social. El europeismo era el objetivo que había unido a toda la oposición antifranquista desde al menos los primeros años de la década de los 60. En el anhelo de incorporarse a la Comunidad Europea coincidían desde el Partido Comunista hasta los monárquicos seguidores de Juan de Borbón. Europa representaba ante todo la democracia por la que se luchaba en España y también el espacio económico donde prosperar superando los atrasos seculares del país.

Pero por otra parte, la idea de reforzar la confrontación bipolar entre los dos bloques militares del momento, la OTAN y el Pacto de Varsovia, provocaba el rechazo mayoritario de las fuerzas progresistas y moderadas. De ahí que la vinculación que hizo el gobierno socialista de González entre el atlantismo pro-OTAN –que dividía mitad por mitad a la sociedad española– con la entrada en la Comunidad Económica Europea –que la unía– resultó un fraudulento tacticismo. Las negociaciones comunitarias que había comenzado la Unión de Centro Democrático (UCD, el primer gobierno democrático) se precipitaron con el gobierno socialista, que presentó tanto la incorporación a la CEE como a la OTAN, como dos caras de la misma moneda. El gobierno ganó por unas décimas el referéndum a que fue sometida la permanencia de España en la OTAN pero la honda fractura que generó sigue latente en la sociedad española.

La situación económica que encontró el primer gobierno socialista, en 1982, no era, por cierto, buena. La democracia se estrenó con graves desajustes macroeconómicos, fuerte déficit en la balanza de pagos por cuenta corriente, una inflación del 26,7% en 1977 y una tasa de desempleo relativamente baja, del 8%, pero de carácter estructural, que al año de llegar el PSOE al poder saltó al 22%. Aunque en febrero de 1983 el gobierno firmó un pacto de rentas con las dos principales centrales sindicales, UGT y CC.OO. y con la patronal CEOE-CEPYME, no correspondió con mejoras de las prestaciones sociales ni con una fiscalidad favorable a las rentas del trabajo, sino con un primer plan de ajuste que comportó una pérdida de 3,5 puntos de poder adquisitivo en el ejercicio de 1984.

Siguieron los artificios fiscales para desgravar las rentas de capital, los incrementos en los impuestos indirectos, que gravan más a los que menos tienen, el congelamiento del gasto social público y la privatización de empresas del Estado.

El ingreso de España en la Comunidad Europea, en junio de 1985, fue precedido por una reforma laboral que introdujo en el Estatuto de los Trabajadores nada menos que 16 modalidades de contrato temporal. Una descomunal desregulación laboral que provocó una brusca e intensa sustitución de trabajo fijo por trabajo eventual, con la consiguiente merma de derechos laborales.

Lejos de servir para la creación de empleo, sorteando la supuesta rigidez del mercado laboral español como había pretextado el gobierno para imponer la reforma, el paro creció por término medio a una tasa del 6% interanual al menos hasta 1988 y en apenas tres años el índice de temporalidad pasó del 12% al 35% de la población ocupada asalariada; precariedad que, con ligeras variaciones, sigue caracterizando nuestro mercado laboral un cuarto de siglo más tarde.

Aunque la excusa era ganar competividad mediante la devaluación interna de salarios y la desregulación laboral, lo que se buscaba en realidad era la recomposición de la tasa de ganancia empresaria: en el decenio que va de 1977 (Pactos de la Moncloa), a 1987 (fin de la vigencia del Acuerdo Económico Social), los salarios perdieron 9 puntos de poder adquisitivo; el paro aumentó en un millón cien mil personas hasta alcanzar al 23% de la población activa; la contratación indefinida cayó al 5% de los contratos de trabajo en 1987 y los beneficios empresariales multiplicaron por cuatro, según datos de la Central de Balances del Banco de España. A pesar de la intensa des-salarización de la población ocupada española desde finales de la década de los 70, la participación de las rentas y remuneraciones del trabajo, incluidas las cotizaciones sociales en la distribución de la Renta Nacional, permaneció prácticamente constante durante los gobiernos de Felipe González, salvo una ligera mejora entre 1989 y 1991, a causa del efecto positivo que la huelga general de diciembre de 1988 tuvo sobre los salarios y el empleo, tanto en el sector privado como en el público. Pero luego volvió a descender, hasta el final de la etapa socialista, debido a nuevos decretos y reformas desregulatorias que redujeron prestaciones y presionaron sobre los salarios a la baja. Simétricamente, fueron ganando terreno los excedentes brutos de capital en la distribución de la renta.

Estas fueron entre otras, y en extremada síntesis, las consecuencias materiales de las políticas derivadas del ideario de cartón-piedra que fascinó a los dirigentes socialdemócratas del momento en España. Ocurrió como con los decorados hechos con ese material que se utiliza para simular la realidad mientras se representan ficciones, declamadas con lenguaje de madera engranado a base de frases hechas y polisémicas, pero que al desmontarse sólo dejan espacios vacíos y

un escenario más desolado que antes del montaje. Así por ejemplo proliferaban las políticas "ni-ni", las que se pretendían neutras, ni de derechas ni de izquierdas (generalmente son de derechas), asumidas por tribunos de la izquierda con la fe de los conversos, deglutidas acríticamente y formuladas en simplezas tales como "primero hay que hacer crecer la tarta para poder repartirla después", desligando así crecimiento y redistribución. Aceptaron la supuesta antinomia entre la derecha, que se ocupa de generar riqueza, y la izquierda, que sólo sabe repartirla, o sea, dilapidarla. Iniciaron así el recorrido que les llevó a confundirse con la derecha, asumiendo sus políticas fiscales favorables a las rentas de capital y así, tras la inevitable mengua de los ingresos públicos, terminando por justificar los recortes de la inversión y del gasto social en la insostenibilidad de las cuentas estatales.

Los modelos de crecimiento no son independientes de sus vectores. Si uno de ellos se orienta hacia incentivar la recomposición del beneficio empresario reduciendo los salarios reales y los derechos socio-laborales para obtener ventajas competitivas, al tiempo que el otro hace que las políticas fiscales acentúen el desequilibrio entre la renta del capital y la del trabajo, al alcanzarse el crecimiento –si se alcanza– no se dispondrá de mecanismos económicos, fiscales ni políticos para repartirlo equitativamente. A lo sumo aumentarán algunas partidas de gasto público, porque con la mayor actividad económica se incrementarán también los ingresos (aunque en menor proporción), pero la desigualdad en términos relativos se mantendrá, si no se agranda: las épocas de vacas gordas suelen aprovecharse para reformas fiscales que las más de las veces profundizan la regresividad del sistema.

Lo infundado de aquella perorata doctrinaria adoptada por nuestros socialistas, pudimos comprobarla los españoles durante la recesión de 1992/95, acompañada de una tasa de paro del 24%. Lejos de alentar la inversión productiva, la creación de empleo y el mejor reparto posterior de la tarta, las políticas aplicadas solo fomentaran la llegada de flujos de capital financiero especulativo a la economía. Capitales que salían del país en cuanto se obtenían los abultados beneficios de corto plazo generosamente ofrecidos.

Más tarde, el socialista José Luis Rodríguez Zapatero, deslumbrado por el espejismo de la burbuja inmobiliaria, en lugar de redistribuir con más equidad, se aplicó a medidas populistas como el llamado "cheque bebé" (2.500 euros por hijo recién nacido para todas las madres, ya fuesen grandes rentistas o humildes trabajadoras), o la reducción indiscriminada de 400 euros en la declaración de la renta. Ambas medidas –son solo ejemplos– fueron en primer lugar injustas, por tratar igual a desiguales; luego carísimas, por cuanto costaron alrededor de doce mil millones de euros. Y una vez más, se demostraron ineficaces, ya que ni fomentaron el crecimiento de la natalidad, ni la demanda de consumo para que éste, a su vez, tirase de la inversión generadora de empleo. Al populismo siempre

le salen mal las cuentas. En tiempos de Zapatero también se sentenció que "bajar los impuestos es de izquierdas". Y se bajaron con la reforma fiscal de 2007, que además de favorecer a las rentas más elevadas, rebajó de manera efectiva el impuesto de sociedades. Así es que en 2011, en plena crisis, tras enormes recortes del gasto social público, cuando en definitiva más se necesitaría de ingresos equitativamente recaudados, los grandes grupos empresariales han pagado tan sólo el 3,5% de sus beneficios. La justificación del ministro de economía socialista del momento, Pedro Solbes, fue literalmente idéntica a la que venían esgrimiendo todos los gobiernos de la derecha desde Thatcher: "bajar los impuestos mejorará la competitividad y los resultados de las empresas, lo que acabará repercutiendo en la recaudación".

Las dos legislaturas de la derecha del Partido Popular (PP) presididas por José María Aznar (1996/2004), fueron desiguales, debido al diferente respaldo electoral obtenidos en cada. Aunque Aznar llegó a presentarse a sí mismo como la encarnación del "milagro económico español", en realidad se dedicó a acompasar, como corresponde a toda derecha que se precie, la evolución del capitalismo mundial hacia su propia crisis. Aznar fabricó un espejismo de crecimiento rápido, con apenas inversión y desmesurado "apalancamiento" de entidades y familias; mano de obra abundante, barata y sin apenas derechos, procedente de la masiva afluencia de inmigrantes. Mientras se abusaba de estos trabajadores irregulares, obligados a aceptar paupérrimas condiciones de trabajo, se endurecían las leyes contra la inmigración y se alentaba la xenofobia. Aznar reintrodujo la secular tradición del capitalismo español, acomodado al "que inventen ellos", como proclamara Miguel de Unamuno en 1909. Un capitalismo constreñido al negocio intensivo en mano de obra –en la agricultura primero, en el "ladrillo" después– de modo que con escasa inversión y menor riesgo se obtengan abultados beneficios en los plazos más cortos posibles.

Obtenida la mayoría absoluta, en abril de 2000, el PP desató sin reparos el rancio españolismo de la derecha, tensando las relaciones institucionales con las Comunidades Autonómicas gobernadas por nacionalistas o socialistas (cuatro en total: Cataluña, Euzkadi, Andalucía y Asturias), provocando graves conflictos sociales y hasta una huelga general en reacción a sus regresivas normas socio-laborales. Aznar se alineó además con la administración Bush en la invasión a Irak. Aunque las manifestaciones de protesta en España fueron de las más numerosas de Europa, en la cita electoral en 2003 para elegir ayuntamientos y parlamentos regionales, el PP siguió gobernando en la inmensa mayoría de los municipios grandes, medianos y pequeños y en 13 de las 17 autonomías, a pesar de registrar cierta merma en votos. El rechazo popular aún no cuadraba con el electoral.

Mientras tanto, el PSOE digería la "derrota dulce" de 1996. Caracterizándola así, Felipe González se auto-eximió de responsabilidades en lo sucedido, pero

instaló al partido en la incapacidad de reflexionar sobre la debacle y acometer la necesaria renovación. En julio de 2000 José Luis Rodríguez Zapatero fue elegido secretario general, al frente de una corriente, "Nueva Vía", de inquietantes evocaciones blairistas. El PSOE no soñaba con un rápido regreso al gobierno.

Lo que siguió es conocido. La mendaz reacción del gobierno Aznar a los atentados yihadistas del 11 de marzo de 2004 y el escándalo que provocó, saldaron en apenas tres días el divorcio entre protesta y votos. La contumacia gubernamental en achacar la masacre a ETA aún después de que distintos medios extranjeros hubieran corroborado la autoría del fundamentalismo islamista; sus desesperados, descarados intentos de manipular los medios de comunicación, acabaron por volver en su contra. La derrota del PP en las urnas fue ante todo una respuesta de dignidad ciudadana y de conciencia democrática.

Por motivos radicalmente diferentes, ninguno de los dos grandes partidos extrajo del resultado electoral todo su significado. El PP mostró su peor talante, recriminando al electorado el alto índice de participación (una ministra saliente llegó a reprocharle a los electores que solían abstenerse que hubieran ido a votar); endosó la victoria a los terroristas que con su barbarie habían logrado torcer la voluntad democrática de los españoles (con expresiones casi textuales se manifestaron desde Aznar hasta el último de los dirigentes populares) y continuaron gran parte de la legislatura agitando desde la oposición una teoría conspirativa, insinuando incluso la implicación de policías, jueces y por supuesto del partido que lo había desalojado del poder.

Rodríguez Zapatero, por su parte, excluía lo acontecido entre el 11 y el 14 de Marzo de entre los factores que determinaron la derrota del PP. No obstante, ese factor en realidad realzaba la victoria del PSOE, ya que para un partido de izquierdas llegar al poder gracias a una revitalización de la democracia es lo de más alentador. Al mismo tiempo, exigía calibrar la victoria en su justo término para poner cuidado e inteligencia en la acción de gobierno; en la conciencia de que la confianza de la ciudadanía estaba por ganar.

Desde el primer momento, Zapatero empezó a transmitir apresuramiento en la toma de decisiones. Fue un periodo de intensa producción legislativa, pero escasa política. Con las leyes se generaban expectativas, pero sin políticas que las implementaran se transformaban en frustraciones. Se hacían leyes que marcaron notables avances en los derechos civiles, como las que favorecían la igualdad de género, el matrimonio entre personas del mismo sexo, la interrupción del embarazo en función de los plazos de gestación o para la agilización del divorcio, marcando así verdaderos precedentes que después han seguido los países más avanzados del mundo. Sin embargo, la deficiente dotación de medios y de políticas de apoyo a las leyes promulgadas, redujeron considerablemente su proyección social y peor aún, provocaron el aislamiento de las organizaciones socialistas, replegadas sobre sí mismas durante muchos años y cada vez menos

arraigadas en sus entornos sociales. La derecha y la Iglesia, con el apoyo mediático habitual, comenzaron a adueñarse de la calle mediante el rechazo doctrinario de las leyes encaminadas a superar seculares discriminaciones de sexo o religión; o simplemente a educar en los valores constitucionales. Del renunciamiento socialista al envalentonamiento de la derecha, al concluir la legislatura de Zapatero los avances cívicos eran más evocados por las trifulcas suscitadas que por su verdadero significado.

En cuanto a la economía, el gobierno socialista mantuvo las pautas de crecimiento anteriores. Continuó cebando la burbuja inmobiliaria; el crecimiento desordenado cuando no injustificado de las infraestructuras; el empleo siguió creciendo pero mayoritariamente en condiciones de precariedad, como ya se ha señalado, y el circunstancial incremento del gasto social apenas reparó la desigualdad. De hecho la pobreza se redujo con menor intensidad que en la media de los países de la OCDE. Es lo que suele cosecharse cuando se gasta algo más pero no se fijan nuevos derechos sociales y encima se hacen reformas fiscales regresivas.

A los pocos meses de comenzar la segunda legislatura de Zapatero estalló la crisis. Aunque la crítica más manida es que tardó en admitirla, lo cierto es que tampoco la previeron instituciones como el Banco Central Europeo, que en junio de 2008 subió los tipos de interés, como si el peligro en ciernes fuese la inflación. Tampoco la previó el FMI, que en su informe de igual fecha daba por superada la desaceleración de la economía observada hasta el segundo trimestre y vaticinaba una fuerte recuperación para finales de año. Lo que ocurrió en realidad fue el comienzo de la Gran Recesión, en la que seguimos sumidos.

Lo que más influyó en el desgaste político del gobierno fue su brusco pasar de aprobar planes de gasto sin orden ni concierto (como el que se destinó a obras municipales), a imponer recortes de prestaciones sociales, el congelamiento de las pensiones, reducciones salariales en el sector público, incrementos en la imposición indirecta y una contra-reforma laboral. Todo esto sin previo aviso y, nunca mejor dicho, de la noche a la mañana, porque el primer paquete de recortes se decidió en la noche del 9 al 10 de mayo de 2010 en la reunión del Ecofín y a los tres días el Presidente del gobierno presentó al Parlamento el decreto prácticamente pergeñado.

Varios son los tópicos con los que los gobernantes de todos los colores pretenden justificar sus peores decisiones, pero dos han sido muy recurrentes en medio de las crisis, las del pasado y en la presente. Aquél que pone de relieve la estatura de estadista de un gobernante por atreverse a tomar “medidas duras e impopulares”, cuando en realidad se están refiriendo a medidas injustas, cuando lo que es realmente duro en sociedades que siguen siendo profundamente desiguales es gobernar con justicia. Generalmente significa exigirles mayores esfuerzos a los que más tienen en beneficio de los interese generales; por

ejemplo, recomponer los sistemas impositivos y perseguir el fraude fiscal es más justo y seguramente más duro que enfrentarse a los grupos más poderosos e influyentes que reducir las pensiones de jubilación, bajar salarios o recortar programas sociales.

Otro recurso remanido es justificar medidas cuyos efectos se han constatado negativos porque supuestamente se ha evitado un mal mucho mayor. Ucronías imposibles de comprobar pero que deben discutirse siempre para impedir que con ellas se desnaturalice el debate sobre lo realmente decidido y sus consecuencias tangibles. Causar un daño para evitar otro solo es admisible cuando el segundo no es una hipótesis sino una tesis: por ejemplo amputar un órgano engangrenado es un mal menor porque si no se hace ciertamente se extenderá la podredumbre al resto del organismo y producirá la muerte del enfermo, pero no se corta un brazo por que se viva en un lugar insalubre y se tema algún contagio cualquier día. La imaginación, los esfuerzos y los recursos deberán volcarse en mejorar el hábitat.

Se impusieron recortes para frenar la desconfianza de los mercados y la consiguiente elevación de la prima de riesgo que grava la deuda pública; constatado que seguía agravándose el problema de la deuda, se llegó a reformar la Constitución en 48 horas, condicionando para el resto de los tiempos cualquier proyecto inversor y/o social al pago de la deuda y sus intereses y a la observancia de un tope de déficit público estructural en todas las Administraciones Públicas tan bajo como aleatoriamente establecido ha empezado a mostrarse incompatible con la satisfacción de las necesidades sociales más perentorias, con el mínimo nivel de eficiencia exigible a una administración de cualquier país desarrollado, más pronto que tarde lo hará con la ineludible necesidad de promover un nuevo modelo de desarrollo y crecimiento en España.

La excusa para la urgencia era otra vez frenar los ataques especulativos y evitar el rescate de la economía española; meses después la prima de riesgo alcanzó niveles de vértigo, los intereses con los que había que remunerar a los compradores de bonos del tesoro español fueron similares y en algún momento hasta superiores a lo que habían pagado economías ya rescatadas. La salvación de atroces pero inciertos peligros sigue siendo una hipótesis con frecuencia utilizada por Mariano Rajoy, pero la profundización de la crisis a partir de las sucesivas medidas de ajuste son una realidad de consecuencias tan palpables como el incesante incremento del paro, el continuo cierre de empresas por falta de crédito y la contracción continua de la demanda, el deterioro de todos los servicios públicos y de los principales pilares del Estado de Bienestar Social y, en definitiva con el empobrecimiento de los estándares de vida de la gran mayoría de la población. Simultáneamente, la mayor cantidad de recursos públicos ha ido a parar a las entidades financieras que más responsabilidad tuvieron en la gestación de la crisis y la brecha de la desigualdad entre pobres y ricos no ha hecho más que agrandarse.

Por lo demás hay que destacar muy a su favor que el gobierno de Rodríguez Zapatero ha sido el primero que en toda la etapa democrática ha realizado una gestión honesta de los recursos públicos sin que se haya registrado un solo caso de corrupción, en abierto contraste con la generalizada de un extremo a otro del país y en cuantos ámbitos de poder gobierna la derecha, desde la actual presidencia del gobierno hasta municipios de todos los tamaños. Asunto este de la corrupción que carcome a la democracia española y que no se ha encarado como corresponde en un país marcado durante siglos por la corrupción institucionalizada. Más aún con el inmediato precedente de un régimen que habiéndose apropiado del poder por la fuerza convirtió en parte del orden natural de su funcionamiento aprovecharse de este para su propio beneficio. Esta conducta ha estado en el ADN de la derecha española desde tiempos inmemoriales, debería haber sido combatida como un desafío ineludible en la construcción democrática.

Convertir la lucha contra la corrupción en una simple cuestión de puja partidista reprochándose mutuamente los casos de corrupción, puede interesarle a la derecha, cuyo electorado es más condescendiente con estas prácticas y vuelven a votar masivamente incluso a alcaldes u otros cargos palmariamente corruptos. Salvando las distancias, se generan alrededor reacciones parecidas a las que inducía el caciquismo: servidumbre y miedo. Por eso es tan importante que frente a los corruptos se erijan alternativas decentes y solventes que inspiren la confianza suficiente para que el electorado ni espere las migajas que tenga a bien repartir el cacique de turno ni tema removerlo del cargo. Es la única forma de comprometer a la ciudadanía en la lucha contra la fraudulenta utilización del poder, puesto que es ella la primera y más perjudicada.

El vaticinio desastroso que sí se confirmó fue el del PSOE en las elecciones generales del 20 de Noviembre de 2011. Pero lo peor no es la enorme pérdida de apoyos electorales en una singular coyuntura de profunda crisis, sino que haya perdido el prestigio social como partido de gobierno. Lo que puede traducirse en la escasa credibilidad con que se reciben sus propuestas, perdida confiabilidad de sus dirigentes y la insolvencia que se les atribuye para dirigir de nuevo el país. Es muy revelador al respecto que los índices de confianza en los dirigentes del PSOE corran parejos, pendiente abajo, con los del presidente del gobierno, incluso sacándole alguna leve ventaja en el descenso. Sin embargo, que las encuestas demuestren que el PSOE no es capaz de recoger la considerable caída en la intención de voto de los populares es aún menos inquietante que se le siga considerando, junto al PP, la otra cara de la misma moneda. Porque quienes lo perciben dentro del mismo binomio institucional casi indiferenciado entre sí, fracasado y detestado, son los jóvenes y no tan jóvenes, pertenecientes en su mayor parte al segmento social imprescindible para la recomposición de una alternativa progresista al actual gobierno de la derecha.

Sin embargo los actuales dirigentes socialistas españoles parecen permanecer a la espera de que el creciente malestar social les devuelva, a partir de la alternancia, al poder.

En España crecen la indignación contra el gobierno y la abstención electoral bastante más entre los votantes socialistas que entre los de la derecha. Pero no aumenta la indiferencia política. Son cada vez más amplios y diversos los movimientos sociales que se auto-organizan a través de las redes sociales o por otros cauces no convencionales (colectivos de enseñantes, profesionales sanitarios, afectados por las hipotecas, etc.); se desprecia a los políticos pero la discusión política se extiende a todos los ámbitos de la vida cotidiana; se critica al Parlamento pero reclamando más democracia. Son al mismo tiempo la expresión del fiasco de las organizaciones convencionales de la izquierda y de la necesidad de su renovación para regenerar un sistema democrático, ya que las inquietudes y anhelos que les motivan sólo pueden ir realizándose en el acompasamiento entre democracia representativa y democracia participativa, de cuya escisión no ha surgido a lo largo de la historia más que autoritarismo o populismo, que acaban coincidiendo en tener como enemigo a batir la democracia misma.

Es verdad que no hay una confluencia de dichos movimientos sociales en un frente común, ni se engloban sus particulares inquietudes en objetivos comunes ni mucho menos en un programa general. Algunos dirigentes de la izquierda convencional suelen achacarles que son “movimientos sin cabeza” y lo hacen precisamente quienes no han sabido o no han tenido el coraje político para ponérsela.

Para ser reconocida de nuevo por esa mayoría como su principal referente, se necesita de bastante más que de la inercia y nada del “cuanto peor mejor”. Cuanto más se deje empeorar la situación, quienes lo pasarán peor serán precisamente los trabajadores y las capas sociales más modestas, en definitiva los que con más urgencia necesitan de una izquierda renovada, fuerte y capacitada para gobernar sobre nuevas bases. En las condiciones actuales es impensable que el PSOE pueda liderar de nuevo una alternativa de gobierno, pero también es inconcebible que pueda fraguarse en España al margen del PSOE, que es mucho más que su aparato y sus agrupaciones y militantes. El centenario socialismo español es más que su estructura organizada. Es su cultura, el cauce por el que han transcurrido las esperanzas de muchas generaciones y las han visto realizadas algunas otras, son sus entornos sociales e incluso familiares, que aún en la decepción anhelan que vuelva a serles el instrumento más útil para colmar alguna vez sus afanes de vida.

6. Algunas sugerencias y consideraciones finales

La mayor crisis del capitalismo desde la Gran Depresión está siendo dirigida hacia un abismo más profundo por los mismos intereses, ideología y políticas que la engendraron. Aquélla se afrontó con el New Deal, que además de implementar fuertes programas de gasto público para dinamizar la creación de empleo y reactivar la demanda, sentó las bases para una mayor democratización de las relaciones económicas. Se dictaron las primeras leyes para garantizar las libertades sindicales y la contratación colectiva, se crearon las pensiones de jubilación y el seguro de desempleo y se prohibió el trabajo infantil. Aumentaron los salarios, que pasaron de siete dólares semanales a cinco diarios, fijándose al mismo tiempo la jornada de ocho horas. Se subieron los impuestos sobre las grandes fortunas en un 90% respecto de los bajísimos tipos que tributaban antes del crack del 29, bajo el gobierno republicano de Hoover. La Ley Glass-Steagall, o Banking Act, de Junio de 1933, separó radicalmente la banca comercial de la de inversión y contribuyó a reducir el tamaño de los bancos para evitar que pudieran incurrir en riesgos sistémicos, entre otras tantas otras medidas en el mismo sentido promovidas por la administración Roosevelt. En síntesis, se reequilibró la relación mercado-democracia, mediante un Nuevo Reparto de la riqueza y normas democratizadoras de la economía. Este nuevo equilibrio se mantuvo casi cuatro decenios.

Ahora, sin embargo, los recortes del gasto público se deciden en instancias para-democráticas y vienen acompañados de recortes democráticos. En efecto, no se conocen reglamentos democráticamente sancionados por los que se rigen los G-8, G-20, cumbres de jefes de Estado y de gobierno, etc, tampoco existen instancias democráticas donde puedan discutirse sus decisiones, avalarlas o dejar de hacerlo. Esto provoca contradicciones tales como que en la reunión del G-20 a finales de 2008 Nicolás Sarkozy propusiera la refundación del capitalismo, y que en la de Corea al siguiente año Obama propusiese limitar los superávits exteriores de las potencias exportadores para facilitar la recuperación de las economías más afectadas por la crisis (en línea con lo propuesto por Keynes en las sesiones de Bretton Woods en 1944). A la vez en casi todas se hiciesen proclamas sobre la lucha contra los paraísos fiscales, pero que ninguna de tales propuestas se haya materializado, no tiene consecuencias políticas porque tampoco hay donde dirimirlas.

Esta es la más importante revolución pendiente: universalizar la democracia como se ha universalizado el mercado. Esta debería ser la gran causa de la socialdemocracia y de las izquierdas en general.

Simultáneamente a la mundialización de los mercados, habría sido conveniente haber avanzado en la reforma democratizadora de las instituciones económicas mundiales: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio. Ahora es inaplazable e inexcusable. Por otra parte, la izquierda no puede echar en saco roto que amaneció con el siglo XX

al son de la Internacional del trabajo y de sus derechos, pero al concluir el siglo lo que realmente se había internacionalizado era el capital. La nueva distribución del trabajo a escala planetaria se está haciendo precisamente bloqueando la extensión de los derechos a las nuevas áreas económicas y cercenándolos en la minoría desarrollada donde más habían avanzado. Por eso, junto a las reformas de las instituciones antes mencionadas, es preciso que la izquierda plantee la batalla por su coordinación vinculante con la más antigua de todas, la Organización Internacional del Trabajo, con el fin de que sus convenios y normas básicas de respeto a los derechos más elementales de los trabajadores no puedan escindirse de las reglas del comercio internacional ni de las pautas del desarrollo económico a nivel mundial. De lo contrario seguiremos asistiendo al hipócrita espectáculo en el que los mismos países que en Ginebra condenan a Birmania en la sesión anual de la OIT por emplear mano de obra esclava, llegan a triplicar en el mismo ejercicio sus transacciones comerciales con aquél país dictatorial, por no abundar en los casos mucho más relevantes de China e India, adónde las multinacionales occidentales han deslocalizado sus producciones porque junto a los bajísimos costes laborales se minimizan las obligaciones sociales y se reprimen los derechos sindicales.

Claro que para ello será necesario desprenderse de los implantes ideológicos que prendieron en buena parte de la socialdemocracia europea, por ejemplo en el neo-laborismo de Tony Blair que se jactaba de que las leyes sindicales británicas eran las más restrictivas del mundo occidental.

Sin embargo, todavía hoy puede comprobarse empíricamente que allí donde hay sindicatos democráticos y fuertemente representativos es donde hay menores desigualdades y de paso su mayor presencia en las empresas ha servido para que también hayan sido menores los desmanes financieros de los directivos y consejos de los grandes grupos empresariales. Si se pierde la defensa del trabajo como eje central del progreso y de los derechos de los trabajadores, la izquierda perderá su especificidad y dejará de tener razón de ser.

En el espacio europeo solo cabe añadir que es preciso profundizar en lo apuntado más arriba. Es imperiosa la necesidad de constituir un auténtico Partido Socialista Europeo, que dotado de coherencia programática en todo el continente robustezca su acción social e institucional y se convierta en el principal vertebrador de la ciudadanía europea, en el más vigoroso defensor de sus derechos y en la punta de lanza en la democratización de todas las instituciones de la Unión Europea.

Será necesario, aunque insuficiente, que los partidos socialistas innoven los métodos de elección de candidatos mediante elecciones primarias lo más abiertas y participativas posible. Pero se quedarán en simples agiornamientos cosméticos (o en grotescas parodias de democracia interna) si no vienen precedidos por una profunda revisión del conglomerado ideológico socio-liberal con el que desde los

últimos treinta años ha venido perdiendo coherencia y credibilidad para emprender, desde esta reflexión autocrítica, la más importante tarea de recomponer la congruencia entre los valores de la izquierda, las ideas socialistas y las políticas a defender así en la oposición como desde el gobierno. Será en el contexto de un debate de estas características como mejor podrá cometerse finalmente la inexcusable remodelación organizativa y personal en unas estructuras endogámicas y anquilosadas.

Desde el socialismo democrático se podrán aportar las mejores soluciones a los problemas actuales y a los retos del futuro previsible, pero los partidos socialdemócratas no podrán encarnarlas tal cual están.

Esta encrucijada no puede ser vista por los socialistas como una coartada para el inmovilismo confiando en que todo volverá a pasar por ellos, sino como un acicate para iniciar su renovación cuanto antes, porque no sería la primera vez que la Historia guarda a sus protagonistas como recuerdos, algunos con agrado, pero sin detener su curso, pasando por encima de ellos.

Madrid, julio de 2013

Referencias Bibliográficas

Galbraith, John K.: *Breve historia de la euforia financiera*, Barcelona, Ariel, 1991.

6

VIEJOS Y NUEVOS DEBATES DEL SOCIALISMO. GLOSAS CRÍTICAS DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

MARIANO SCHUSTER

El socialismo, la sociedad sin clases, la desaparición gradual del Estado: todo ello parecía estar listo, a la vuelta de la esquina. Muy pocos de los nuevos miembros tenían una idea premonitoria de la sangre, el sudor y las lágrimas que vendrían. El intelectual se representaba a sí mismo como un nuevo Prometeo, sólo que no sería encadenado a la roca por la ira de Zeus.
ISAAC DEUSTCHER: *Herejes y renegados*

Los debates al interior de movimiento socialista, desde fines del siglo XIX y durante todo el siglo XX, tuvieron como eje establecer visiones normativas que reflejaran el deber ser del socialismo. La concepción materialista y dialéctica de la historia de Karl Marx aportaba un poderoso método de análisis y de crítica del modo de producción capitalista y sus formas políticas y jurídicas, pero adolecía de propuestas concretas sobre la nueva sociedad.

Así, los debates verificables en el devenir de los partidos y la intelectualidad socialista posterior a Marx, hasta nuestros días, reflejan dicha carencia, que se desprende, en rigor, de la propia concepción marxista, según la cual el socialismo no debe desarrollar ningún ideal, sino "dar rienda suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno" (Marx, 1968).

No obstante, los partidos socialistas y socialdemócratas precisaron configurar una imagen del futuro para guiar su accionar presente, lo que dio lugar a intensos debates sobre la relación y las propuestas del socialismo respecto a diversos temas. Se glosan a continuación tres de esos debates, a modo de muestra de algunas de las ideas que animaron el espacio de la izquierda durante el último siglo.

1. Socialismo, Democracia y Libertad

El socialismo aspira a concretar los ideales de libertad, igualdad y justicia. Desde sus orígenes premarxistas, los socialistas preconizaron un orden social y político que permitiese cumplir aquello que la sociedad de clases se mostraba incapaz de lograr. Los socialistas condenaron al capitalismo por la distancia entre sus proclamas y sus realidades. El socialismo, al menos el que se sentía hijo de la Modernidad, no pretendía negar la democracia política –aunque sí discutir sus formas– sino extenderla al ámbito social. Una democracia plena; ese era su máximo proyecto.

En el siglo XX, la crítica desde la derecha se apoyó en los "socialismos realmente existentes". Desde 1917, la aplicación en la Unión Soviética y sus satélites de modelos de Estado que, si bien mejoraron –y drásticamente– la calidad de vida de grandes sectores de la población, les negaron la libertad. La eliminación de adversarios políticos mediante el terror y la instauración de un poderoso aparato burocrático, favorecieron el discurso político de la derecha, que pretendió escindir lo que siempre había estado unido: socialismo y libertad. La derecha no encontró dificultades en reducir al marxismo a una sola de sus vertientes: la leninista, pretendiendo desconocer a otras corrientes socialistas de concepciones democráticas y humanistas fuertemente arraigadas.

La socialdemocracia, en cambio, concentró todos sus esfuerzos en la lucha política al interior del Estado de Derecho burgués y asumió como propias sus formas políticas. Su capacidad de imaginar y preconizar nuevas formas de democracia fue escasa. Desde Marx, el socialismo fue pensado como el "reino de la libertad", sustituto lógico del "reino de la necesidad" que expresaban las distintas sociedades de clases, en particular el capitalismo. Sin embargo, así como no alcanzó a completar su obra magna, *El Capital* –cuyos tomos II y III fueron terminados y editados por Friedrich Engels– Marx tampoco dejó un cuerpo teórico-político, una teoría del Estado y de la democracia.

Así, las contradicciones del marxismo, fruto del contexto y de la época, fueron visibles y no pueden negarse. Los epígonos de Marx y las vertientes políticas que redujeron todo al tan mentado concepto de "dictadura del proletariado" y, a partir de allí, negaron el orden institucional y de derechos de lo que denominaban "democracia burguesa", fueron nocivas para el socialismo. El marxismo es una teoría bastante más compleja y rica en posibilidades que la consideración de la superestructura política como herramienta de dominación de clase, tanto a través de aparatos ideológicos, como de aparatos represivos del Estado.

Las primeras declaraciones de Marx en torno a la libertad ejemplifican bien esta situación, y permiten entender la estrecha vinculación entre socialismo y derechos democráticos. En sus artículos publicados en la *Nueva Gaceta Renana*, pueden leerse posiciones como estas: "La prensa libre es el ojo siempre vigilante

del espíritu del pueblo, la confianza materializada en sí mismo, el nexo expresado en palabras que une al individuo con el Estado y con el mundo, la cultura incorporada que esclarece las luchas materiales como luchas espirituales e idealiza su tosca forma material (…). La esencia racional y moral de la libertad hace la prensa libre. Lo que al contrario caracteriza a la prensa censurada es que es una caricatura de esa libertad (...). La prensa libre es el espíritu del pueblo siempre alerta (...). La prensa censurada tiene un efecto desmoralizador, y el mayor de los vicios, la hipocresía, está unido a ella. El gobierno solo oye su propia voz" (Marx y Engels, 1987).

Y respecto a la libertad de los ciudadanos para expresar libremente sus opiniones: "Un país que, como la antigua Atenas, considera a los aduladores, parásitos y zalameros como tontos públicos y excepciones dentro del nivel general de sensatez demuestra ser el país de la independencia y el autogobierno. Un pueblo que, como la mayoría de los pueblos las más de las veces, reivindica el derecho de pensar y expresar la verdad sólo para los bufones de la corte, no puede ser más que un pueblo dependiente y sin identidad" (Marx y Engels, 1987).

Marx consideraba que los derechos políticos existentes en la sociedad burguesa –es decir, todo el andamiaje político y sus proclamados derechos del hombre– formaban parte de la esfera privada. Así, estimaba imposible su realización social en el marco del capitalismo: "El derecho humano de la propiedad privada es (…) el derecho a disfrutar de su patrimonio y a disponer de él a voluntad, sin atender a los demás hombres, independientemente de la sociedad; es el derecho del interés personal. Aquella libertad individual y esta aplicación suya constituyen el fundamento de la sociedad burguesa. Sociedad que hace que todo hombre encuentre en otros hombres, no la realización, sino, por el contrario, la limitación de su libertad (…). Ninguno de los llamados derechos humanos va, por tanto, más allá del hombre egoísta, del hombre como miembro de la sociedad burguesa, es decir, del individuo replegado en sí mismo, en su interés privado y en su arbitrariedad privada, y disociado de la comunidad. Muy lejos de concebir al hombre como ser genérico, estos derechos hacen aparecer, por el contrario, la vida genérica misma, la sociedad, como un marco externo a los individuos, como una limitación de su independencia originaria. El único nexo que los mantiene en cohesión es la necesidad natural, la necesidad y el interés privado, la conservación de su propiedad y de su persona egoísta" (Marx, 2004).

La separación entre la vida pública y la vida privada, entre el "ciudadano" y el "burgués" (el proceso de "alienación política", en los términos utilizados por Marx en *La Cuestión Judía*), expresaban la separación entre la emancipación política y la emancipación humana. Al respecto, sostenía: "El Estado no puede superar la contradicción que se da entre las buenas intenciones del gobierno, por un lado, y sus medios y posibilidades de acción, por otro, sin superarse y

destruirse, pues el Estado descansa en la contradicción: entre la vida pública y privada, y entre los intereses universales y los intereses particulares. El gobierno tiene que limitarse, pues, a la acción formal y negativa, ya que ahí donde comienza la vida civil y su acción, ahí termina el poder del gobierno (…). Si el Estado quisiera superar y destruir la impotencia de su gobierno, tendría que superar y destruir la vida privada de nuestros tiempos". Clarificando: "Los proletarios se encuentran pues en oposición directa a la forma en la que los individuos de la sociedad han podido, hasta ahora, darse una expresión de conjunto, a saber el Estado: deben destruir el Estado para realizar su personalidad" (Rubel, 1970a).

No obstante, el posicionamiento de Marx en relación a una democracia no estatal no se contraponía a la lucha por las libertades y derechos –es decir, a la ampliación de la emancipación política– en los sistemas políticos dados. La búsqueda de esos derechos constituía un paso más en la construcción de un nuevo orden social y político. Lejos de constituir una suerte de sociedad espartana, negadora de los derechos individuales, el socialismo era definido como "una asociación donde el libre desarrollo de cada uno es la condición del libre desarrollo de todos" (Marx y Engels, 1998).

El criterio de búsqueda de esas libertades está expresado en *La Ideología Alemana*, donde afirman: "A los obreros les importa tanto la ciudadanía del Estado, es decir, la ciudadanía activa, que allí donde la poseen, como ocurre en Norteamérica, la 'valorizan', y donde no la tienen quieren adquirirla. Basta con seguir las deliberaciones de los obreros norteamericanos en innumerables mítines, toda la historia del cartismo inglés y la del comunismo y el reformismo francés" (Marx y Engels, 2005).

En el socialismo, esa ciudadanía activa es llevada a su máxima expresión. Lejos de instalar como modelos sociedades autoritarias, Marx propone a la Comuna de París como ejemplo de democracia: "La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor. Sus medidas concretas no podían menos de expresar la línea de conducta de un gobierno" (Marx, 1968). El sufragio universal del pueblo organizado en comunas, la revocabilidad de los funcionarios, el pago de salarios a funcionarios en igual cantidad que a los demás trabajadores, el principio de elección para todos los cargos administrativos, judiciales y de enseñanza, la descentralización del poder político, eran esas medidas concretas.

Se trataba, en suma, de una República Democrática. La remanida idea de "dictadura del proletariado" era exactamente eso. Engels lo expresaba así en 1891: "Está absolutamente fuera de duda que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar a la dominación bajo la forma de la república democrática. Esta última es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado" (Engels, 1974).

La fundamentación del socialismo no solo como un sistema de libertades, sino como la formación social única en la que la democracia se extendía a todos los campos, fue retomada por los socialistas posteriores a Marx. Jean Jaures, el líder del socialismo francés, planteaba en *Socialismo y Libertad*: "El crecimiento del socialismo plantea a toda inteligencia y a toda conciencia un problema preciso: hay que aceptar la abolición del sistema capitalista y de la institución de la propiedad privada, o hay que confesarse a sí mismo y a los demás que la propiedad, de la cual la libertad completa es inseparable, es eternamente el lujo de una minoría (…). Decir que la libertad política y la libertad intelectual desaparecerán por el advenimiento de la propiedad social, es decir que la servidumbre económica de la clase obrera es la condición de la libertad; es decir que así como el noble ocio del ciudadano antiguo era procurado por la clase servil, el proletariado moderno debe resignarse al salariado para procurar a las sociedades humanas, a algunos elementos privilegiados, la nobleza de la libertad y la dignidad de la vida. Jamás necesidad más irónica ni más cruel paradoja ha abatido la esperanza. Nosotros soñamos con introducir la libertad y la igualdad fraternal en la vida cotidiana y profunda de las sociedades, que es el trabajo (…). En el orden próximo, en el orden socialista, es ciertamente la libertad la que será soberana. El socialismo es la afirmación suprema del derecho individual. Nada existe por encima del individuo" (Jaures, 1961).

En consonancia, Harold Laski, teórico del laborismo británico, sostenía que la relación entre capitalismo y democracia se agotaría. Es más, asumía esa relación como puramente contextual. En determinado momento los capitalistas deberían elegir, o abandonaban la democracia o aceptaban el advenimiento del socialismo, el único sistema que podía darle a la democracia su sentido último y profundo: "La democracia es una forma de gobierno capaz de mantenerse únicamente mientras no contradiga a las necesidades implícitas de las relaciones de clase que requiere un sistema capitalista. Su asociación con un sistema capitalista no puede durar más que mientras éste sea capaz de dar satisfacción a las demandas de aumento de beneficios materiales de los trabajadores. En cuanto el capitalismo pierde esa capacidad durante un lapso de tiempo suficientemente prolongado para poner de manifiesto que no puede volver a lograr la posibilidad de expansión de que gozó en sus días gloriosos, se enfrenta con el dilema de optar por la supresión del sistema de relaciones de clase que implica o por la supresión de las instituciones democráticas" (Laski, 2008).

En el Partido Socialdemócrata Alemán, Eduard Bernstein, el teórico del llamado "revisionismo", llegaba incluso más lejos, al afirmar que el socialismo no constituía una ruptura con el liberalismo sino que representaba su continuación lógica: "El hecho de que el liberalismo haya asumido en un primer momento la forma de liberalismo burgués, no obsta para que sea el portavoz de un principio social general mucho más amplio, cuya realización será el

socialismo (…). Por lo que respecta al liberalismo como movimiento histórico universal, el socialismo es el heredero legítimo, no sólo desde el punto de vista cronológico, también desde el punto de vista social (…). En realidad no existe una idea liberal que no pertenezca también al contenido ideal del socialismo" (Bernstein, 1980).

En estrecha coincidencia con el planteo de Bernstein, el socialista italiano Carlo Roselli afirmaba que: "Es en nombre de la libertad, para asegurar una libertad para todos los hombres, y no sólo para una minoría privilegiada, que los socialistas piden la finalización de los privilegios burgueses y la efectiva ampliación universal de las libertades burguesas; es en nombre de la libertad que piden una más equitativa distribución de los bienes y la seguridad en cualquier circunstancia a todos los sujetos de una vida digna de tal nombre" (Roselli, 1944).

Sin embargo, no todos los socialistas coincidían. La exigencia de democracia y libertad, no era sinónimo de aceptación acrítica del Estado de Derecho. La posibilidad de desarrollar nuevas formas de democracia, era también una alternativa considerada por algunos teóricos. Si bien las coincidencias teóricas en el campo de la relación socialismo y democracia no eran absolutas, existía un consenso, más o menos generalizado, de la valoración del orden socialista como un orden de respeto a las libertades fundamentales. Incluso quienes se colocaban a la izquierda de la socialdemocracia –que ya comenzaba un proceso de abandono del socialismo pensado como un proceso de socialización de los medios de producción– afirmaban tal necesidad.

El triunfo de la Revolución Rusa en 1917 reabrió el debate. Las visiones normativas que habían guiado a los partidos socialdemócratas se relacionaban, en principio, con una voluntad y una práctica arraigada en determinados contextos, que evidentemente no se correspondían con el de la Rusia zarista. Sin embargo, ¿era esta suficiente razón como para justificar la instauración de un régimen que, en nombre del socialismo, negaba derechos y libertades que debía ampliar y desarrollar?

El proceso revolucionario ruso, que se asentó primero en el desarrollo de los "sóviet" (consejos de obreros y campesinos), en principio los verdaderos órganos de democracia obrera, devino en la dictadura del Partido Comunista y de sus "revolucionarios profesionales". Los debates en torno a la "degeneración burocrática" –tal como la definió León Trotsky– eran sucedáneos de planteos anteriores, que auguraban para un proceso semejante la instauración de un poder por encima del de los trabajadores.

El teórico marxista alemán y dirigente del Partido Socialdemócrata, Karl Kautsky, sostuvo en su ensayo *Terrorismo y Comunismo*: "Con el fin de llegar al poder arrojaron por la borda todos sus principios democráticos. Con el fin de mantenerse en el poder han tenido que dejar que sus principios socialistas

siguieran el camino de los democráticos. Se han mantenido en ellos en cuanto individuos, pero han sacrificado sus principios y se han mostrado oportunistas en ello (…). El bolcheviquismo ha triunfado en Rusia, pero el socialismo ha sufrido una derrota. Basta solo observar la forma de sociedad que se ha desarrollado bajo el régimen bolchevique, y que tenía obligadamente que desarrollarse tan pronto como se aplicó el método de los bolcheviques. Originalmente fueron partidarios apasionados de una asamblea nacional, elegida en vigencia del voto universal. Pero dejaron de lado esta posición en cuanto esta pudo perjudicarlos. Fueron adversarios intransigentes de la pena de muerte, pero implantaron un régimen sangriento. Cuando la democracia estaba siendo abandonada por el Estado, se convirtieron en fieros defensores de la democracia dentro del proletariado, pero están reprimiendo cada vez más la democracia por medio de su dictadura personal. Abolieron el sistema de trabajo a destajo y ahora lo están reintroduciendo. Al comienzo del régimen declararon que era su objetivo pulverizar la maquinaria burocrática que representaba los medios de ejercicio de poder por el antiguo Estado; pero han introducido en su lugar una nueva forma de régimen burocrático. Llegaron al poder disolviendo la disciplina del ejército y finalmente al ejército mismo. Han creado un nuevo ejército, severamente disciplinado. Se empeñaron en reducir todas las clases al mismo nivel, en lugar de lo cual han dado existencia a una nueva distinción de clases. Han creado una clase que está en un nivel inferior a la del proletariado, al que últimamente han erigido en clase privilegiada, y han sido causa de que por encima de aquél aparezca todavía otra clase, que es destinataria de grandes ingresos, y goza de altos privilegios. El absolutismo de la vieja burocracia ha vuelto a revivir, como hemos visto, en una nueva forma, de ningún modo mejor; y también simultáneamente con este absolutismo se están formando las semillas de un nuevo capitalismo que es responsable de prácticas directamente criminales, y que realmente se asienta en un nivel muy inferior al del capitalismo de los viejos tiempos (…). Entre los fenómenos de los que el bolcheviquismo es responsable, el terrorismo, que empieza con la abolición de toda forma de libertad de prensa y termina con un sistema de ejecuciones al por mayor, es ciertamente el más llamativo y el más repugnante de todos" (Kautsky, 1956).

La posición política de Kautsky –a quien Lenin ya le había dedicado un texto en el que lo calificaba de "renegado"– fue virulentamente combatida por los dirigentes de la Revolución Rusa. Trotsky le respondió de esta forma: "Desde el punto de vista puramente lógico, la revolución no exige terrorismo, del mismo modo que, lógicamente, no exige una insurrección armada. ¡Qué profundo lugar común! Pero la revolución exige a la clase revolucionaria que alcance su finalidad por los medios que disponga: si es necesario, por una insurrección armada; si las circunstancias lo requieren por el terrorismo. Una clase revolucionaria que ha conquistado el poder con las armas en la mano está

obligada a reprimir –y reprimir– fusil en mano, toda tentativa de arrancarle el poder (…). La cuestión de la forma de la represión o de su graduación no es, por cierto, una cuestión de 'principios'. Es una cuestión de eficacia" (Trotsky, 1977).

En una clara crítica a la posición de Lenin y Trotsky, también muy alejada de las concepciones de Kautsky, Rosa Luxemburgo, escribía: "La práctica del socialismo exige una completa transformación intelectual en las masas degradadas por siglos de dominación burguesa. Instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de inercia, idealismo, que permite superar cualquier sufrimiento, etc. Nadie lo sabe mejor, lo describe con más eficacia, lo repite con más obstinación que Lenin. Sólo que él se equivoca por completo en los medios: decretos, poderes dictatoriales de los inspectores de fábrica, castigos draconianos, reinado del terror, son todos medios que impiden este renacimiento. El único camino que conduce hasta él es la escuela misma de la vida pública, la democracia más amplia y más ilimitada, la opinión pública. Es el terror el que desmoraliza. Suprimido todo esto, ¿qué queda? En lugar de las instituciones representativas surgidas de elecciones generales, Lenin y Trotski han instalado a los sóviet como única representación auténtica de las masas trabajadoras. Pero asfixiando la vida política en todo el país, es imposible que los sóviet no estén cada día más paralizados'' (Luxemburgo, 1976).

Y proseguía: "Sin elecciones generales, una prensa no cohibida, la libertad de asociación y la libre lucha de las opiniones, la vida de toda institución pública desaparece, se convierte en una vida ficticia en la que la burocracia se mantiene como el único elemento activo. La vida pública comienza a adormecerse, unas docenas de líderes de partido, de energías inagotables e idealismos sin límites, dirigen y gobiernan, debajo de ellos hay una docena de cabezas sobresalientes que dirigen de verdad y una élite de obreros, convocada de vez en cuando a las asambleas, para aplaudir los discursos de los líderes, aprobar en forma unánime las resoluciones presentadas, es decir, en el fondo, una sociedad de camarillas –de hecho una dictadura, aunque no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos– una dictadura en el sentido burgués puro, en el sentido del dominio de los jacobinos… Se trata de una ley predominante, objetiva, una ley a la que ningún partido político podrá escapar (…). La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que éste sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que piensa de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la 'justicia', sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la 'libertad' se convierte en un privilegio especial" (Luxemburgo, 1972).

Para la izquierda internacional, como se ve, la necesidad de la democracia en el primer intento de construcción del socialismo se imponía como una obligación.

Era reclamada, a la vez, por los socialdemócratas y los comunistas críticos, como Rosa Luxemburgo, Paul Mattick y Anton Pannekoek.

A la muerte de Lenin, con el advenimiento del estalinismo y la profundización del régimen burocrático, con el Partido Comunista concentrando todo el poder, una evolución democrática de la Revolución Rusa se manifestó imposible. El mismo Trotsky, que en su momento había defendido el poder del Partido, la militarización de los sindicatos y la estrategia de sofocación de todo intento de democracia de los trabajadores, terminó revisando algunas de sus posturas, tras convertirse en una de las tantas víctimas de la burocratización y el estalinismo.

Intelectuales como Isaac Deutscher y Víctor Serge siguieron el camino crítico de Trotsky. Otros, como Anton Pannekoek, fueron más a fondo. Pero en conjunto, las críticas al concepto leninista de los revolucionarios profesionales y del Partido como sustituto de las masas (el propio Lenin las calificó de "izquierdistas"), abogaban, con matices importantes, por un socialismo tan alejado del parlamentarismo socialdemócrata como de la dictadura del proletariado leninista. Su opción eran los llamados *Consejos obreros*: "La organización en Consejos es el único medio por el que la humanidad trabajadora organiza sus actividades vitales, sin que tenga necesidad de un Gobierno para dirigirla. Si se quiere permanecer verdaderamente unido al valor emocional que lleva consigo desde hace mucho tiempo la palabra democracia, se puede decir que la organización en Consejos representa la más elevada forma de democracia, la verdadera democracia del trabajo. La democracia política burguesa, no puede ser, en el mejor de los casos, más que formal: da a cada uno los mismos derechos legales, pero no se preocupa por saber si de ello resulta algún tipo de seguridad en la vida, porque no se ocupa ni de la vida económica ni de la producción. El trabajador tiene el derecho de vender su fuerza de trabajo, pero no está seguro de lograrlo. La democracia de los Consejos, por el contrario, es una verdadera democracia, puesto que asegura la subsistencia de todos los productores que colaboran en tanto que dueños libres e iguales de sus fuentes de vida" (Pannekoek, 1976).

Una posición similar, aún cuando se declarase leninista –al menos en un principio– fue la de Antonio Gramsci, para quien la democracia sólo podía nacer en el seno de la fábrica. La experiencia de los Consejos Obreros de Turín durante el "Biennio Rosso" de 1920 lo llevó a plantear que esa era la única institución que "representa el esfuerzo perenne de liberación que la clase obrera realiza por sí misma, con sus propios medios y sistemas, para fines que no pueden ser sino los suyos específicos, sin intermediarios, sin delegaciones de poder a funcionarios ni a politicastros de carrera" (Gramsci, 1998).

A diferencia de los partidos y los sindicatos, considerados como instituciones propias de la democracia basada en la idea de representatividad, los Consejos perseguían una forma alternativa y directa de democracia.

Así, durante todo el siglo XX la conflictiva relación entre socialismo y democracia continuó siendo uno de los debates centrales en la izquierda. Mientras que en la Unión Soviética, el modelo político conocido como "Democracia Popular" avanzó arrasando con las libertades y los derechos de la ciudadanía, la socialdemocracia occidental avanzó en el marco del Estado de Derecho, pero haciendo progresivamente a un lado las propuestas fundantes del socialismo.

El politólogo francés Maurice Duverger, lo entendió así en su *Carta abierta a los socialistas*: "En Gran Bretaña, en la Republica Federal Alemana, en Suecia, en Austria y en algunas naciones más, ocupa el poder la socialdemocracia. Allí acrecienta las libertades políticas, hace progresar la igualdad, eleva el nivel de vida de los asalariados, aumenta su seguridad, asegura su dignidad. Allí extiende el poderío de los sindicatos e intenta establecer una cogestión o un control obrero en las empresas para limitar la libertad de acción de los capitalistas. Nada de eso es despreciable. Los socialdemócratas escandinavos, británicos y alemanes han logrado que sus países se hallen cerca del socialismo. Pero su progreso hacia la socialización de la economía va tan despacio como el de los soviéticos hacia la libertad política" (Duverger, 1976).

La progresiva deriva del proyecto socialdemócrata de superación del capitalismo por el socialismo hacia una gestión puramente reformista, impidió que la socialdemocracia esbozara un orden institucional superador al de la democracia capitalista.

La discusión acabó circunscribiéndose a una opción binaria: regímenes burocráticos de tipo estalinista o el Estado de Derecho propuesto por la socialdemocracia, con mejoramiento de las condiciones de vida pero sin un marco teórico de emancipación futura. Algunos sectores de la socialdemocracia no solo condenaron el experimento comunista soviético, sino también a sectores del comunismo occidental comprometidos con opciones democráticas. Fue el caso del Partido Comunista de Italia. En tiempos de su anteúltimo Secretario General, Enrico Berlinguer, que había dado muestras suficientes de respeto por el Estado de Derecho –de hecho aún más que la Democracia Cristiana y el Partido Socialista italianos, ambos involucrados en graves escándalos de corrupción– el dirigente laborista inglés Anthony Crosland expresó que entre los comunistas italianos y los de la Unión Soviética no existía diferencia alguna: "Italia, (…) es, después de Portugal, el país de Europa Occidental más seriamente amenazado por el comunismo. Es ingenuo creer que los comunistas italianos sean básicamente diferentes de los comunistas de otros países. Lo que es diferente es su estrategia, su estilo y tal vez también su 'récord' como administradores extremadamente eficientes en materia de gobiernos locales. Pero sería un error desastroso para los demócratas en Italia, ya sea de izquierda o de derecha, creer que el 'compromiso histórico' propuesto por los comunistas pueda en realidad alcanzarse. Es

imposible ver a un partido comunista en el poder, en Italia, que a la larga velara por los principios democráticos. Es imposible imaginar un dominio comunista en Italia sin el gradual deterioro de las libertades civiles básicas, tales como la libertad de prensa. Y, ciertamente, no puedo ver que el Partido Comunista italiano, después de obtener el poder por medios democráticos, ponga a prueba su fuerza electoral en cualquiera otra elección. Porque una acción así no solamente contradiría su teoría marxista de la dictadura del proletariado, si no que sería sencillamente una estupidez de su parte. Y cualquiera que sean las cosas que pueda uno y deba decir sobre los comunistas, no es posible llamarlos estúpidos" (Crosland, 1976).

Así planteado, el debate impidió el desarrollo de miradas alternativas en relación a una concepción socialista de la democracia y redujo el planteo a la elección de un sistema u otro. La extensión de los derechos sociales por parte de los gobiernos socialdemócratas en el marco del consenso bienestarista de la posguerra, fue un hecho indudable. Sin embargo, el planteo nunca pudo sobrepasar los límites de la forma política propuesta por el institucionalismo y el Estado de Derecho burgués. Así, la democracia se redujo a ese marco institucional, y tampoco logró llevarse al ámbito al que el socialismo aspiraba. Norberto Bobbio lo planteó de este modo: "Hay buenas razones para sospechar que una extensión progresiva de la base democrática de nuestra sociedad encontrará una barrera insuperable –digo insuperable dentro del sistema– a las puertas de la fábrica" (Bobbio, 1983).

Y las discusiones sobre el punto continúan.

2. Reforma o Revolución

Podría pensarse que el debate Reforma o Revolución es hoy por hoy una rémora histórica, ya que en la práctica se han conformado corrientes bien definidas y diferenciadas. Una, que expresa –en términos marxistas– la necesidad de transformación de la sociedad capitalista. Otra, que acentúa la posibilidad de modificar las injusticias del capitalismo al interior mismo del sistema. Pero los vocablos Reforma y Revolución también refieren a posicionamientos de tipo metodológico, a opciones de transformación de tipo insurreccional o a modificaciones progresivas al interior de la sociedad capitalista.

En el universo teórico de Marx, el concepto "Revolución" es la expresión del proceso de cambio y transición de una sociedad a otra. "Revolución" es el concepto clave utilizado para definir largos procesos de transformación; el agotamiento de un determinado modo de producción –y sus correspondientes formas institucionales– y el advenimiento de uno nuevo.

En términos metodológicos, Marx había definido la revolución (socialista)

como la toma del poder por parte de los trabajadores, aunque, había considerado la posibilidad del paso de un orden a otro a través de las vías institucionales de los sistemas políticos existentes.

En el debate metodológico, Marx rechazó las tesis del socialista francés Augusto Blanqui, para quien la toma del poder solo podía realizarse por la vía insurreccional y a través de un grupo decidido de agitadores profesionales: “Los conspiradores no se limitan a organizar de modo sistemático al proletariado revolucionario. Su tarea consiste precisamente en anticiparse al proceso de desarrollo revolucionario, en conducirlo artificialmente hasta la crisis, en improvisar una revolución sin que estén dadas las condiciones para ella. Según ellos, la única condición para la revolución es que su complot esté organizado de manera suficiente. Alquimistas de la revolución, comparten el desorden mental, la estrechez de espíritu y las ideas fijas de los antiguos alquimistas. Traman inventos que les permitirán lograr milagros revolucionarios: bombas incendiarias, máquinas infernales de efecto mágico, motines de efecto tanto más fulminante cuanto menos racional sea su fundamento. Ocupados en imaginar esos proyectos, sólo piensan en derrocar de modo inmediato el gobierno existente, mientras guardan el más profundo desprecio hacia la educación propiamente teórica de los obreros (...). Para la revolución moderna es insuficiente ya esa parte del proletariado; sólo el proletariado en su conjunta puede realizarla revolución” (Marx, 1970). (1)

El acento en la “educación teórica de los obreros” define con claridad que, para Marx, la revolución no sería en modo alguno el resultado de un golpe de mano. Su referencia a la situación del cartismo en Inglaterra lo deja aún más claro: “En Inglaterra, donde el proletariado constituye ampliamente la mayoría de la población, el sufragio universal equivale al poder político de la clase obrera (...) la introducción del sufragio universal en Inglaterra sería por consiguiente una medida mucho más ‘socialista’ que las que han sido honradas con este nombre en el continente” (Marx, 1974). (2)

La metodología seguía así en debate. No se trataba de reformas o revolución, sino del sentido revolucionario que pudiera adquirir una reforma determinada, así como del contenido socialista o no de una revolución.

El mismo Engels destacaba en 1891 que la idea de una revolución por medio de la fuerza no era la única opción para los socialistas: “Se puede pensar que la vieja sociedad podrá transformarse pacíficamente en la sociedad nueva en los países donde la representación del pueblo concentre en sí misma todo el poder, donde se pueda hacer constitucionalmente lo que se quiera porque se tiene detrás a la mayoría del pueblo en las repúblicas democráticas como Norteamérica y Francia, en las monarquías como Inglaterra, donde la prensa discute cotidianamente a la dinastía y donde esa dinastía es impotente contra la voluntad popular” (Engels, 1974).

La admisión de posibilidades diversas en términos metodológicos mantenía, empero, intacto el concepto de revolución comprendido como el proceso profundo de transformación de una sociedad a otra, socialista.

Los análisis posteriores distaron mucho de ser similares a los expresados por los fundadores del marxismo. La disputa, en parte porque fue llevada al terreno práctico y a la necesidad concreta de desarrollo del socialismo a través de organizaciones y partidos, adquirió nuevas dimensiones. En el Partido Socialdemócrata Alemán, el más poderoso de la izquierda europea, se configuraron las que serían las principales vertientes del debate. Entre ellas se caracterizaron las dirigidas por Eduard Bernstein, Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo.

Kautsky, considerado entonces como un "marxista ortodoxo", veía en la democracia institucional el mejor camino hacia el socialismo. Su opción por el reformismo metodológico no implicaba, sin embargo, el rechazo de los fines revolucionarios del socialismo. Al respecto sostenía: "La democracia es el camino más corto, más seguro y menos costoso hacia el socialismo, así como el mejor instrumento para el desarrollo de los prerrequisitos políticos y sociales que éste implica. La democracia y el socialismo están indisolublemente entretejidos (…). Engels, en la introducción de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx, insiste con razón en que las grandes luchas revolucionarias no pueden ser realizadas hoy sino por grandes masas conocedoras de las exigencias de la situación. Pasaron los tiempos en que pequeñas minorías podían, mediante una acción enérgica, derribar de improviso al gobierno y poner otro en su lugar" (Kautsky, 1968).

El problema, según Kautsky, era distinguir entre una reforma socialista y una que no lo era. El método institucional democrático era el elegido. El fin debía seguir siendo la revolución profunda de la sociedad.

"¿Qué distingue las reformas de Turgot (3) de las medidas análogas tomadas por los poderes revolucionarios? Que las segundas resultaban de la conquista del poder político por una nueva clase. En esto reside la diferencia esencial entre reformismo y revolución" (Kautsky, 1968). Así consideraba que las reformas que debía propiciar el socialismo, solo eran pasos del proceso revolucionario. "Las medidas que tienden a adaptar las superestructuras políticas y jurídicas de la sociedad a condiciones económicas nuevas, son reformas si emanan de la clase que, hasta ese momento, ejercieron en la sociedad la soberanía política y económica. También son reformas si, en lugar de habérselas aceptado de buen grado, fueron arrancadas por medio de un esfuerzo de las clases dominadas o simplemente impuestas por la fuerza de las circunstancias. Por el contrario, si son obra de una clase que, oprimida política y económicamente, acaba de conquistar el poder político y, como es necesario y además fatal, lo utiliza para metamorfosear en su beneficio, en forma lenta o rápida, la totalidad de las

superestructuras políticas y jurídicas e instituir nuevas formas de relaciones sociales, entonces constituyen fases de una revolución. Por lo tanto, la conquista de la fuerza gubernamental por una clase oprimida hasta este momento, o dicho de otro modo, la revolución política, es una característica de la revolución social en el sentido más estricto del término, en el sentido directamente opuesto al de la reforma social (…). Ser un revolucionario es querer que una clase oprimida hasta ese momento conquiste los poderes públicos; y no significa dejar de ser revolucionario preparar y acelerar esta conquista con la ayuda de medidas que se puede arrancar a las clases dominantes" (Kautsky, 1968).

Eduard Bernstein, su par en el Partido Socialdemócrata Alemán, veía las cosas de otra manera. Teórico del llamado "revisionismo", Bernstein discutía la idea del socialismo como un fin. Para él las reformas eran la esencia misma del socialismo. En su artículo *Socialdemocracia y revolución en la sociedad*, sostenía: "Reconozco abiertamente que para mí tiene muy poco sentido e interés lo que comúnmente se entiende como 'meta del socialismo'. Sea lo que fuere, esta meta no significa nada para mí y en cambio el movimiento lo es todo. Y por tal entiendo tanto el movimiento general de la sociedad, es decir, el progreso social, como la agitación política y económica y la organización que conduce a este progreso" (Bernstein, 1980).

Bernstein otorgaba a las reformas un valor en sí mismas, desprendidas del fin emancipatorio del socialismo. Las reformas eran para él un progreso indefinido y permanente, pero que no era ya la sociedad sin clases sino la democratización permanente de la sociedad capitalista. Al respecto, sostenía: "Toda la actividad práctica de la socialdemocracia está encaminada a la creación de situaciones y requisitos que hagan posibles y garanticen el tránsito sin rompimientos violentos del moderno orden social a un orden superior" (Bernstein, 1980).

Pero puesto que el mismo Bernstein aclaraba que ese "orden superior" para él "no era nada". ¿Cómo debía interpretarse esto?

Rosa Luxemburgo, dirigente de la izquierda socialdemocrática alemana –luego fundadora del Partido Comunista Alemán– le respondió en su escrito *Reforma o Revolución*. Para Luxemburgo, cuando Bernstein sostenía que el socialismo como objetivo no era nada y que el movimiento lo era todo, también proclamaba un fin: la reforma social del capitalismo. Pero no solo eso. Al sostener que el movimiento lo era todo, y que ese movimiento era expresado por el Partido Socialdemócrata, transformaba a éste en uno de sus propios fines. El burocratismo también estaba, según Rosa Luxemburgo, presente en la socialdemocracia. Refiriéndose a la posición de Bernstein, Luxemburgo sostenía: "Su teoría tiende a aconsejarnos que renunciemos a la transformación social, objetivo final de la socialdemocracia, y hagamos de la reforma social el medio de la lucha de clases, su fin último. El propio Bernstein lo ha dicho claramente y en

su estilo habitual: 'El objetivo final, sea cual fuere, es nada; el movimiento es todo'. Pero puesto que el objetivo final del socialismo es el único factor decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia y el radicalismo burgueses, el único factor que transforma la movilización obrera, de vano esfuerzo por reformar el orden capitalista en lucha de clases contra ese orden, para suprimir ese orden, la pregunta 'reforma o revolución', tal como la plantea Bernstein es, para la socialdemocracia, el 'ser o no ser'. En la controversia con Bernstein y sus correligionarios, todo el partido debe comprender claramente que no se trata de tal o cual método de lucha, del empleo de tal o cual táctica, sino de la existencia misma del movimiento socialdemócrata" (Luxemburgo, 1976).

A pesar de que el Partido Socialdemócrata Alemán había rechazado las tesis de Bernstein, su práctica concreta era concordante con ellas. Rosa Luxemburgo dejaba en claro que el debate "reforma o revolución" no era, por ende, de orden teórico, sino práctico. Estaba determinado por el papel cumplido por el Partido Socialdemócrata en relación a la transformación social en Alemania.

"El papel de los órganos directivos del partido reviste en gran parte un carácter conservador, como lo demuestra la experiencia, cada vez que el movimiento obrero conquista un terreno nuevo, estos órganos lo laboran hasta sus límites más extremos, pero lo transforman al mismo tiempo en un baluarte contra progresos ulteriores de mayor envergadura" (Luxemburgo, 1976). A tal punto llegaba su crítica que, pocos días antes de ser asesinada declaraba: "Todo debía ser sacrificado a la organización, el espíritu, los fines, la capacidad de acción del movimiento" (Guerín, 2007).

Las reflexiones en torno al debate metodológico y político que se dirimía entre la opción por la reforma o la revolución, cobró nuevamente aliento con el desarrollo de la Revolución Rusa. Lenin había hecho suyas las ideas del blanquismo, considerando que solo un grupo preparado especialmente para el desarrollo revolucionario e integrado en un partido político considerado y autoproclamado "de vanguardia" podía encarar el proceso de transformación.

En su texto *¿Qué hacer?* lo explicaba de la siguiente manera: "La historia de todos los países muestra que la clase obrera, exclusivamente por sus propios medios, es capaz de adquirir sólo consciencia sindical, es decir, la convicción de que es necesario unificarse en sindicatos, combatir a los patrones y luchar por que el gobierno apruebe la legislación laboral necesaria, etc. La teoría del socialismo, sin embargo, nació de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por los representantes de las clases adineradas, los intelectuales (…). La conciencia política de clase sólo puede llevarse a los obreros desde fuera de la lucha económica (sin la lucha económica), desde fuera de la esfera de relaciones entre los trabajadores y sus patrones (…). El movimiento espontáneo de la clase obrera por sí solo es incapaz de crear algo más que el sindicalismo (al que inevitablemente crea), y los políticos sindicalistas de la clase obrera son

precisamente los políticos burgueses de la clase obrera" (Lenin, 1981).

Despreciando la idea marxista sobre la cual se había fundado la Primera Internacional según la cual "la emancipación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos", y en virtud de su desprecio por las condiciones y capacidades intelectuales de la clase trabajadora, Lenin consideraba que solo sectores de la pequeña burguesía, formados intelectualmente y con espíritu revolucionario podían dirigir el proceso de transformación. Lenin sustituía así al tan mentado *sujeto revolucionario*: "Estos obreros, los hombres del medis de la masa, pueden dar pruebas de energía y abnegación gigantescas en una huelga, en la lucha contra la policía y las tropas en la calle; pueden decidir (y son los únicos que pueden), el desenlace de todo nuestro movimiento; pero precisamente la lucha contra la policía política exige cualidades especiales, exige revolucionarios profesionales. Y nosotros debemos preocuparnos no sólo de que las masas 'planteen' reivindicaciones concretas, sino también de que la masa de obreros 'destaque', en número cada vez mayor, a estos revolucionarios profesionales" (Lenin, 1981).

Rosa Luxemburgo vio en el leninismo un problema idéntico al que veía en la socialdemocracia de su país. En unos, el Partido de las reformas era todopoderoso, era el "representante de la clase obrera". En el otro, era su sustituto, el único que podía desarrollar la revolución. En respuesta al *¿Que Hacer?* de Lenin, sostenía: "La concepción que se manifiesta en esta obra del modo más penetrante y exhaustivo es la de un centralismo sin contemplaciones. Su principio vital es, por un lado, poner claramente de manifiesto la separación entre los destacamentos organizados de revolucionarios decididos y activos y el medio que los rodea, desorganizado pero activo revolucionariamente; por otro lado, la disciplina férrea y la injerencia directa, decisiva y determinante de las autoridades centrales en todas las manifestaciones de las organizaciones locales del partido (…). La socialdemocracia origina una forma de organización completamente distinta a la de los movimientos socialistas anteriores, por ejemplo, los de carácter jacobino-blanquista (…). Conceder a la dirección del partido ese poder absoluto de carácter negativo que Lenin propone, implica elevar a una potencia peligrosísima el carácter conservador que tiene esencialmente toda dirección. Si es todo el partido, o aún mejor, todo el movimiento el que determina la táctica socialdemócrata, en lugar de un comité central, cada organización del partido precisará el margen de maniobra que le permita la utilización completa de todos los medios para la intensificación de la lucha, así como la extensión de la iniciativa revolucionaria que cada situación ofrece. El ultra-centralismo que propugna Lenin, sin embargo, no nos parece impregnado en su esencia por un espíritu positivo creador, sino por un espíritu de vigilante. Su razonamiento se orienta, fundamentalmente, a conseguir el control de la actividad del partido y no a su enriquecimiento; a su restricción y no a su

ampliación, en perjuicio y no en beneficio del movimiento" (Luxemburgo, 1976).

La expresión política final del debate entre reforma y revolución quedó explicitada, resumida, en las posiciones de Lenin y Luxemburgo: por un lado, quienes optaron de una forma u otra por el camino insurreccional; por otro, quienes abogaron por las transformaciones progresivas al interior del mismo sistema.

El fracaso de la vía insurreccional llevó a la izquierda a centrarse en el tipo de modificaciones propuestas por las vías graduales. Ya no se trataba solo de adscribir a una opción reformista, sino de qué tipo de reformas se hablaba. Los partidos socialdemócratas acabaron promoviendo un reformismo al interior del sistema capitalista, que no tuvo ya como eje la construcción del socialismo, sino morigerar sus injusticias.

De modo que el debate se centró en el último de los puntos sobre el que versarán estas glosas: las características socioeconómicas que debía adquirir la sociedad socialista.

3. ¿Socialización? ¿Cómo? ¿De qué?

El desarrollo de la teoría socialista supuso un análisis relativo, no solo de las injusticias del capitalismo sino también de sus características propias e inherentes. Caracterizado como un sistema de apropiación del producto del trabajo por parte de los poseedores de los medios productivos, el modo de producción capitalista pasó a ser el objeto central de toda la crítica marxista a la sociedad burguesa. Más allá de sus análisis del proceso de alienación por el cual el productor era despojado del producto de su trabajo, Marx realizó una detallada "crítica de la economía política", es decir, de la economía burguesa, caracterizando sus tendencias principales y su necesaria –según Marx– autodestrucción futura, o sea de su declinación hacia el final de su ciclo histórico.

Obviando aquí el debate respecto a dicha autodestrucción –que merecería, por cierto, otro trabajo–, el socialismo consistió, en términos amplios, en un proceso de transformación y restitución. Los medios productivos debían pertenecer a quienes trabajaban con ellos. En la sociedad socialista, la alienación y la explotación inherentes al modo de producción capitalista desaparecerían como consecuencia de dicho proceso. La "socialización de los medios de producción" tornó nuevamente a ser objeto de debate entre las diversas corrientes de pensamiento socialista a nivel mundial.

El desarrollo específico de proyectos socialistas conllevó discusiones sobre el concepto y a su modo de aplicación. Dada la claridad de la idea –los medios de producción debían constituirse como bien social, perteneciente a la clase trabajadora– el debate se planteó en referencia a su modo práctico.

A principios del siglo XX la socialdemocracia alemana, que ya había comenzado su proceso de revisión del marxismo, promovía una serie de reformas al interior del sistema que entendía irían a desembocar en el socialismo. La estatización de determinadas ramas de la economía era, según los socialdemócratas alemanes, una "política socialista", que permitía corregir las asimetrías sociales. Esa era la política planteada por los socialdemócratas para allanar gradualmente el camino al socialismo. Sin embargo, el propio Engels había planteado sus reticencias en relación a la nacionalización y estatización de determinadas áreas de la economía en el camino al socialismo: "Desde que Bismarck emprendió el camino de la nacionalización, ha surgido un cierto socialismo falso, que ha degenerado en algunos casos en servilismo, que declara sin rodeos toda nacionalización, hasta la de Bismarck, como socialista. Por cierto, si la nacionalización del tabaco fuera un acto socialista habría que incluir a Napoleón y a Metternich entre los fundadores del socialismo. Como el Estado belga, por las más vulgares consideraciones políticas y financieras, emprendió la construcción de las principales líneas férreas; cuando Bismarck, sin la mínima necesidad económica, nacionalizó las más importantes líneas férreas de Prusia, con el simple propósito de manejarlas y utilizarlas mejor en caso de guerra y convertir al personal ferroviario en rebaño electoral, y principalmente para obtener una fuente de ingresos independiente de la fiscalización del Parlamento, todas esas medidas no tenían, ni directa ni indirectamente, ni consciente ni inconscientemente, nada de socialistas. De otro modo deberíamos considerar la Real Compañía de Comercio Marítimo, la Real Manufactura de Porcelana, y hasta las sastrerías de compañía en el ejército como instituciones socialistas, o también la nacionalización de los prostíbulos propuesta muy en serio, allá por la década del 40, bajo el reinado de Federico Guillermo III, por un hombre muy listo" (Engels, 1965).

La posición crítica de Engels no se detenía allí. El teórico alemán consideraba que la estatización de algunos sectores económicos podía reflejar una agudización de las relaciones capitalistas de producción. "Las fuerzas productivas, al convertirse en sociedades anónimas o en propiedad del Estado, no pierden su condición de capital (…). El Estado moderno, cualquiera sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal. Y cuantas más fuerzas productivas asuma su propiedad, tanto más se convertirá en capitalista colectivo real y tanto mayor cantidad de ciudadanos explotará. Los obreros siguen siendo obreros asalariados, proletarios. Las relaciones capitalistas, lejos de eliminarse, se agudizan" (Engels, 1965).

El dirigente socialdemócrata Karl Kautsky coincidía con Engels. Seguía, por ende, propugnando que las reformas debían conducir a la socialización de los medios productivos. Consideraba que las medidas sociales adoptadas a principios

del siglo XX en Alemania, no representaban el socialismo, sino una política económica más justa dentro del sistema: “Desde que Eduard David ha descubierto en los contratos colectivos de trabajo un fragmento de socialismo, no nos chocaría que en el momento menos pensado se levantase uno cualquiera de nuestros camaradas buscando socialismo por todos los rincones de esta sociedad, en cada alcantarilla y en cada urinario público” (Goldschmidt, 1931).

Mientras tanto, Rosa Luxemburgo sostenía, en su crítica a la socialdemocracia, que “El control social se interesa no por la limitación de la propiedad privada sino por el contrario en su protección” (Luxemburgo, 1976).

Se planteaba, entonces, un problema complejo. Por un lado, la expresión del ideal, por otro la necesidad de legislar para una enorme masa de trabajadores desposeídos, no solo de los medios de producción, sino de condiciones de vida dignas, para las que, un reparto mayor de la riqueza significaba ya un avance importantísimo en la realización de sus vidas.

Lo cierto es que la discusión relativa al modo de aplicación de la socialización de los medios productivos fue progresivamente dejada de lado por la socialdemocracia, que se abocó, casi en su totalidad, a corregir las asimetrías del sistema. Responde a las etapas de desarrollo del capitalismo el hecho de que el período de apogeo de las posturas socialdemócratas hayan sido los “30 gloriosos” años de expansión capitalista posteriores a la II Guera Mundial (1945/75). Y por supuesto, en los países “centrales”, es decir ya con un alto grado de desarrollo: Estados Unidos y Canadá, Australia y, sobre todo, Europa Occidental y los países escandinavos (Ver Cap. Gabetta, pág. 33).

Pero antes de eso, fue la Revolución Rusa la que volvió a poner sobre la mesa el debate en relación a la socialización de los medios productivos. Lenin planteó la necesidad de construir un socialismo que, en rigor, no era sino un poderoso capitalismo de Estado: “Cuando la clase obrera haya aprendido a defender el sistema estatal contra la anarquía del pequeño propietario, cuando haya aprendido a organizar la gran producción en escala nacional, tomando como base los principios del capitalismo de Estado, tendrá en sus manos –perdonen la expresión– todos los triunfos, y la consolidación del socialismo estará asegurada” (Lenin, 1981).

Esto conllevaba a entender que las relaciones capitalistas de producción no se eliminaban allí, pero derivaba en la pregunta lógica: ¿Quiénes eran los capitalistas en un Estado Obrero? La respuesta, no tardó en llegar.

Paul Mattick, militante de la Liga Espartaquista y del Partido Comunista Alemán, no tuvo reparos en distinguir claramente el socialismo del burocratismo capitalista aplicado en la URSS: “La abolición de facto del capital privado da lugar a la asunción errónea de que la socialización y la apropiación estatal de los medios de producción son una y la misma cosa. Pero, de acuerdo con la teoría socialista, el Estado es un instrumento de la dominación de clase y, por

consiguiente, en una sociedad socialista sin clases debe volverse superfluo. Esas autoridades centrales todavía necesarias sólo realizarían funciones técnicas y organizativas, no estatales, y permanecerían dependientes de las decisiones de los productores. Esta concepción no encaja en el sistema capitalista de Estado. Bajo el 'socialismo' es el Estado solo el que toma las decisiones económicas y políticas para defenderse de los peligros internos y externos que permanecen todavía a lo largo del camino hacia el comunismo. El Estado, en el sentido tradicional, sólo desaparecería en un futuro muy lejano, después de que la revolución mundial se hubiese consumado y se estableciese una economía comunista a lo largo del mundo. En la práctica 'socialista' son el Estado y las instituciones estatales, creadas por él y subordinadas a él, quienes controlan la producción y la distribución. El Estado está formado por el partido político en posesión del poder estatal, o sea, por un estrato privilegiado de la sociedad que se cree capaz de representar los intereses de la sociedad en su conjunto y capaz de hacer lo que se necesita para realizar esos intereses. Su existencia y su poder de decisión sobre la sociedad y su desarrollo presuponen el control sobre cómo será asignado el volumen de la producción entre los productores, las instituciones del Estado y los requerimientos de la expansión, es decir, las necesidades de la reproducción social. El sistema salarial, la fijación de impuestos y la manipulación administrativa de los precios coloca un plusproducto en manos del Estado; o, en otros términos, los productores son privados del control sobre su plustrabajo, que se apropia el Estado. El plustrabajo, que bajo el capitalismo se presenta como plusvalía, es de este modo apropiado directamente, no mediante el intercambio de mercancías, aunque la naturaleza asalariada del trabajo mantiene la ilusión de que las relaciones de cambio existen todavía. Dado que, sin embargo, la 'economía política de los obreros' es anulada bajo el 'socialismo autoritario', es el Estado el que continúa determinando el plustrabajo" (Mattick, 1975).

Por su parte, Anton Pannekoek, el teórico del comunismo consejista, desarrolló su mirada en base a la opción autogestionaria: "Hoy es evidente que el socialismo, en el sentido de gestión estatal y planificada de la economía, corresponde al socialismo de Estado, y que el socialismo, en el sentido de emancipación de los trabajadores, exige un cambio total de orientación. La nueva orientación del socialismo consiste en la autogestión de la producción, en la autogestión de la lucha de clase por medio de los consejos obreros" (Pannekoek, 1976).

Las caracterizaciones del modelo de economía soviética podían ser acertadas, pero el problema era –y sigue siendo– el modo de aplicación concreta de la anhelada socialización de los medios de producción. Tanto las propuestas autogestionarias como las cooperativas, se encontraban en el limbo de la teoría, ya que allí donde eran aplicadas no parecían siquiera apuntar a una efectiva

apropiación colectiva de los medios de producción. Aun cuando en los países desarrollados, los de mayor renta y apropiación mundial de plusvalía, esos modos de gestión diesen buenos resultados sociales. Refiriéndose a las cooperativas, Marx había señalado que "Son, dentro de la forma tradicional, la primera brecha abierta en ella, a pesar de que, donde quiera que existan, su organización efectiva presenta naturalmente y no puede menos que presentar, todos los defectos del sistema existente. Pero dentro de estas fábricas aparece abolido el antagonismo entre el capital y el trabajo, aunque, por el momento, solamente bajo una forma en que los obreros asociados son sus propios capitalistas, es decir, emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo. Estas fábricas demuestran cómo al llegar a una determinada fase de desarrollo de las fuerzas materiales producidas y de las formas sociales de producción adecuadas a ellas, del seno de un régimen de producción surge y se desarrolla naturalmente otro nuevo. Sin el sistema fabril derivado del régimen capitalista de producción no se hubieran podido desarrollar las fábricas cooperativas, y mucho menos sin el sistema de crédito, fruto del mismo régimen de producción. El sistema de crédito, base fundamental para la gradual transformación de las empresas privadas capitalistas en sociedades anónimas capitalistas, constituye también el medio para la extensión paulatina de las empresas cooperativas en una escala más o menos nacional. Las empresas capitalistas por acciones deben ser consideradas al igual que las fábricas cooperativas, como formas de transición entre el régimen capitalista de producción y el de producción asociadas; la única diferencia es que en un caso el antagonismo aparece abolido negativamente, mientras que en el otro aparece abolido en sentido positivo" (Marx, 1959).

En consonancia con el planteo de Marx, Rosa Luxemburgo decía: "Las cooperativas de producción pueden sobrevivir en el marco de la economía capitalista sólo si logran suprimir, mediante algún ardid, la contradicción capitalista entre el modo de producción y el modo de cambio. Y lo pueden lograr solo si se sustraen artificialmente a la influencia de las leyes de la libre competencia. Y solo pueden lograr esto último cuando se aseguran de antemano un círculo fijo de consumidores, es decir, un mercado constante" (Luxemburgo, 1976).

En relación a la autogestión, otra de las propuestas íntimamente ligada a la formación de cooperativas obreras, el teórico marxista francés Ernest Mandel sostenía: "La autogestión de los trabajadores presupone el derrocamiento del poder del capital, en las empresas, en la sociedad, y desde el punto de vista del poder político. Mientras ese poder subsista, no sólo es una utopía el pretender transferir el poder de decisión a los trabajadores, fábrica a fábrica (¡como si las decisiones estratégicas de la economía capitalista contemporánea se tomaran a ese nivel y no al de los bancos, los trusts, los monopolios y el Estado!); es, también, una utopía reaccionaria, ya que tendería, si por casualidad encontrara un

comienzo de institucionalización, a transformar a los colectivos de obreros en cooperativas de producción que se verían obligadas a sostener una competencia con las empresas capitalistas y a someterse a las leyes de la economía capitalista y a los imperativos del beneficio" (Mandel, 1970).

Lo cierto es que, si bien el modo de aplicación de un proyecto socializador de los medios productivos continuó siendo un debate permanente entre los sectores de la izquierda socialista, la práctica real de la Unión Soviética y de los diversos regímenes de planificación centralizada condujeron al fracaso, no del concepto, sino de una de las formas en las que este se había entendido e intentado aplicar. Paradojalmente, la socialdemocracia explicitó su renuncia a la socialización de los medios de producción –la realización concreta del socialismo– y se definió por la vía reformista, gradual, sin cuestionar la estructura del sistema.

En 1959 el Programa de Bad Godesberg del Partido Socialdemócrata Alemán, acabó por oficializar la que veía desde hacía décadas siendo su postura reformista: "La propiedad privada de los medios de producción tiene derecho a protección y estímulo, siempre que no impida la organización de un orden social justo. Las empresas medias y pequeñas, capaces de rendimiento, deben fortalecerse para que puedan reisstir la competencia económica con las grandes empresas (…). La competencia mediante empresas públicas es un medio decisivo para impedir el dominio privado del mercado. Con esas empresas debe acentuarse el valor de los intereses de la colectividad. Esas empresas serán una necesidad allí donde, por razones naturales o técnicas, las obras indispensables para la colectividad no pueden hacerse razonablemente económicas más que con exclusión de una competencia (…). Las empresas de la economía común libre, que se orientan por la necesidad y no por la ganancia privada, actúan como reguladoras de los precios y ayudan al consumidor. Desempleñan una función valiosa en la sociedad democrática y tienen derecho a que se las fomente". (4)

A partir de allí, el lema del Partido Socialdemócrata Alemán fue: "Mercados siempre que sea posible, Estado sólo cuando sea necesario". (5)

Según el Programa de Bad Godesberg la socialdemocracia ya no tenía como objetivo la socialización de los medios de producción, sino la distribución más equitativa de la riqueza: "El Partido Socialdemócrata quiere crear condiciones de vida bajo las cuales todos los hombres, por propia decisión puedan constituir con crecientes ingresos un capital propio. Esto supone un constante aumento del producto social con una distribución más equitativa". (6)

Finalmente el programa aclaraba que el Partido ya no formaba parte de la clase obrera sino del "pueblo", concepto harto ambiguo, que reflejaba en realidad la vocación socialdemócrata de representar también a profesionales liberales, pequeños y medianos empresarios y otros sectores a los que pudiera cautivar en las contiendas electorales: "El movimiento socialista cumple una misión histórica. Empezó como una protesta natural y moral del asalariado contra el

sistema capitalista (…). De un partido de la clase obrera el Partido Socialdemócrata pasó a ser un partido del pueblo". (7)

El dirigente del Partido Laborista Inglés, Anthony Crosland, fue otro de los que expresó claramente la transformación de la socialdemocracia: "La propiedad de los medios de producción no es, desde nuestro punto de vista, el factor clave que imparta a una sociedad su carácter esencial. El colectivismo, la propiedad privada o una economía mixta son todos compatibles en diversos grados con la igualdad, la libertad, la democracia, la explotación, los sentimientos de clase, la democracia industrial y el crecimiento económico. De tal manera que podemos dirigir nuestros objetivos dentro del marco de una economía mixta, con la propiedad pública tomando su lugar como uno dentro de un número posible de medios para obtener nuestros objetivos. Por supuesto, podría ir más lejos. Una economía mixta es, en mi criterio, esencial para la socialdemocracia" (Crosland, 1976).

La socialdemocracia abandonó el proyecto socializador, pero es evidente que al menos en varios países, llevó adelante su nuevo cometido. Fue el gobierno o la presión de los socialdemócratas la que condujo al consenso de posguerra y a la creación del Estado de Bienestar, que supuso un reparto más equitativo de la riqueza al inerior del capitalismo. Como bien lo han analizado teóricos como Claus Offe y Ralph Milliband, ese proyecto llegó a concretarse. En cuanto esa concreción fue posible, la socialdemocracia perdió todo rumbo teórico. Perdido su anterior objetivo –la superación del capitalismo– navegó entre el social-liberalismo de las remanidas "Terceras Vías" y el reencuentro con sus viejas propuestas, sin definirse, finalmente, por nada (Giddens, 1998; Giddens, 2001; Callinicos, 2002; Alonso, 2001).

Milliband fue muy claro cuando afirmó: "La socialdemocracia ha sido en esencia un proyecto de reforma moderada en el marco del capitalismo, un esfuerzo, a lo sumo, por conseguir un mejor trato para el trabajo organizado y los grupos de ingresos más bajos en la sociedad capitalista. Esto se ha relacionado con la aspiración a que el Estado realice una contribución más efectiva a la gestión del capitalismo. La socialdemocracia se ajustó más y más a los requisitos del capitalismo, y cuando estos requisitos chocaron con las reformas, lo más frecuente fue sacrificar las reformas en el altar del 'interés nacional' (...). La socialdemocracia nunca ha planteado amenaza real alguna a la estructura de dominación y explotación de las sociedades capitalistas. A lo largo del tiempo, sus líderes han demostrado claramente que se han preocupado por gestionar el capitalismo, no por superarlo" (Pico, 1992).

Verificado el desastre soviético y habiendo el proyecto socialdemócrata tocado su propio techo, el debate vuelve a fojas cero. Por lo tanto, conviene recordar que ya en 1935, el teórico del laborismo inglés Harold Laski defendía que la idea de que los socialistas debían seguir abogando por una sociedad en la que los medios

de producción fueran socializados, siempre en el marco de la democracia y el Estado de Derecho: “La argumentación en pro del mantenimiento por el Estado del actual sistema de propiedad privada de los instrumentos de producción, debe basarse en que la satisfacción total que con ello se logra para todos los afectados por su mantenimiento es mayor que la que se podría lograr en la alternativa: en un sistema como el del socialismo, en el que los instrumentos de producción fuesen de propiedad común. Cuando se puede hacer válidamente una argumentación de este tipo, se justifica la diferencia de trato en el reparto de satisfacciones; pero es preciso darse cuenta de que el Estado tiene necesidad de convencer de la validez de la diferenciación en la que mantiene a los excluidos. Que los dueños de esclavos crean que la esclavitud va, en último término, en beneficio de estos, no constituye suficiente defensa del sistema. Igualmente tampoco basta, para defender el sistema de la propiedad privada de los instrumentos de producción, que sus dueños crean que ese sistema trabaja en beneficio de quienes no lo poseen” (Lasky, 2008).

¿Beneficia hoy la propiedad privada de los medios de producción a quienes no la poseen? La pregunta de Laski sigue teniendo sentido.

4. ¿Cuál es el socialismo con porvenir?

De modo que el debate sigue vigente: ¿Qué socialismo? Y una vez definido: ¿cómo llegar a la meta?

Manuel Vázquez Montalbán definió que al menos existen dos tradiciones en el marxismo: “Desde 1945 hay que hablar de dos culturas del marxismo originalmente radical y, a partir de 1917, marxista-leninista. Por una parte la que caracteriza el modelo soviético de poder que mantiene y perpetúa el esquema leninista y la visión del político y de la política como un instrumento revolucionario de lucha de clases que pasa por la dictadura de clase, por el partido único y por el Estado completamente copado por esta clase ascendente, al menos, teóricamente. En la práctica, la metafísica del partido único y el Estado de clase, condujo a la dictadura de la burocracia y al estatalizador exterminio de la capacidad de iniciativa del individuo, a la inexistencia de sociedad civil y a la pérdida de todo espejo que reflejara lealmente las monstruosidades de la sociedad soviética. Otra cultura de marxismo radical es la que asumen esquizofrénicamente, durante un largo período, los partidos en la oposición en los países de capitalismo avanzado. La esquizofrenia se plasma a partir de 1945 en una contradicción que no es solamente formal, sino también de contenido. Pese a su origen doctrinal leninista de partidos escogidos en exclusividad por la Historia para cambiarse a sí misma, invirtiendo la violencia del Estado burgués por la violencia del Estado proletario, de hecho han actuado como formaciones políticas

parlamentarias, lo que acabó afectando su morfología como partidos revolucionarios y su cultura de comportamiento. De esa conducta social democratista derivan una visión y una lectura de la realidad coincidentes con la perspectiva del socialismo democrático, sin las servidumbres de los partidos socialistas como instrumentos de defensa de la ratio capitalista para impedir la llegada de los bárbaros del comunismo soviético" (Vázquez Montalbán, 1995).

Esa última corriente, que llegó a su máxima expresión en la estrategia eurocomunista de Enrico Berlinguer, podría ser un marco de referencia para una nueva socialdemocracia. Partidos socialdemócratas que se asuman como "partidos de lucha y de gobierno", que asuman una cultura de crítica de lo existente y de transformación de lo posible, con el horizinte futuro puesto en una nueva sociedad.

Algo parece claro: el socialismo deberá realizarse con fuertes consensos sociales en su respaldo y, sobre todo, a través de las nuevas organizaciones de trabajadores, clases medias afectadas por la crisis, los movimientos juveniles, frentes asociativos y redes sociales digitales. De los viejos debates parece desprenderse que, en cualquier caso, es necesaria una organización política. Que podrá ser, dependiendo de cada situación concreta, un partido político, un frente o algún nuevo tipo de organización. El mundo de internet refuerza el último interrogante.

La indignación social, que se manifiesta actualmente en muchos países como consecuencia de la crisis capitalista global, no es suficiente para afirmar y desarrollar un modelo alternativo. Pietro Ingrao afirmó al respecto: "Indignarse no basta. Es necesario construir un vínculo colectivo, que puedes llamar movimiento, partido o de cualquier otra forma (…). La responsabilidad individual no basta. Toda la historia que he vivido y conocido me dice esto. Karl Marx, Antonio Gramsci y otros elaboraron este concepto. No basta con indignarse. Es una respuesta demasiado simple. Es necesario construir un sujeto político" (Ingrao, 2010).

Ese sujeto político no será ya la "redentora clase obrera", por otra parte hoy en brutal disminución y pérdida de peso, sino un organismo social amplio, móvil y plural. Ese sujeto político deberá plantearse la posibilidad de resolver los dilemas que no han logrado resolver las sociedades capitalistas. Unos dilemas que, hasta ahora, ni el comunismo ni la socialdemocracia lograron resolver.

Para Norberto Bobbio: "Las democracias que gobiernan los países más ricos del mundo ¿son capaces de resolver los problemas que el comunismo no logró resolver? Esa es la cuestión. El comunismo histórico ha fracasado, no lo niego. Pero los problemas permanecen; esos mismos problemas que la utopía comunista señalaba y se proponía resolver existen ahora –o existirán muy pronto– a escala mundial. Es por eso que sería ridículo alegrarse ante la derrota y frotarse las manos diciendo: 'siempre lo dijimos'. ¿Piensa realmente la gente que el fin del

comunismo histórico (subrayo la palabra 'histórico') ha puesto fin a la pobreza y a la sed de justicia? En nuestro mundo (los países ccidentales desarrollados), la sociedad de los dos tercios gobierna y prospera sin tener nada que temer de la otra tercera parte de pobres diablos. Pero sería bueno tener en cuenta que en el resto del mundo la sociedad de los dos tercios (o de las cuatro quintas partes, o de las nueve décimas partes) está en el lado contrario. La democracia –admitámoslo– ha superado el desafío del comunismo histórico. ¿Pero qué medios y qué ideales tiene para hacer frente a esos mismos problemas de los que nació el desafío comunista?" (Bobbio, 1993).

De allí se desprende el rol de un nuevo proyecto socialista. Un proyecto que, no desde el inicio de la crisis actual, sino desde hace ya muchos años, políticos, intelectuales y trabajadores han intentado perfilar. Tras la caída de la Unión Soviética, Ralph Milliband intentó clarificar ese proyecto: "En los años venideros, los socialistas serán algo así como un grupo de presión a la izquierda de la socialdemocracia ortodoxa. Es la socialdemocracia la que durante mucho tiempo constituirá la alternativa –tal como es– a los gobiernos conservadores. Bajo esta perspectiva, una de las tareas principales para los socialistas seguramente es la de convertirse en los defensores más resueltos y persuasivos de los logros democráticos obtenidos en los regímenes capitalistas, los críticos más intransigentes de los defectos de la democracia capitalista y los mejores defensores de un orden social en el que la democracia se libere de las constricciones que el dominio capitalista le ha impuesto" (Milliband, 1993).

Las afirmaciones de Milliband parecen seguir vigentes. Será importante, también, que los socialistas, críticos con las experiencias del comunismo histórico, no olviden que en nombre del comunismo no solo se produjeron crimenes y matanzas, Estados burocráticos y represión política. Desde hace años los Libros Negros del comunismo están en boga, pero como decía Francisco Fernández Buey, también debería escribirse un Libro Blanco sobre esa experiencia: "Si sigue habiendo comunistas en este mundo, es porque el comunismo de los siglos XIX y XX, el de los tatarabuelos, bisabuelos, abuelos y padres de los jóvenes de hoy, no ha sido sólo poder y despotismo. Ha sido también ideario y movimiento de liberación de los anónimos por antonomasia. Hay un Libro blanco del comunismo que se está por reescribir. Muchas de las páginas de ese libro, hoy casi desconocido para los más jóvenes, las bosquejaron personas anónimas que dieron lo mejor de sus vidas en la lucha por la libertad en países en los que no había libertad; en la lucha por la universalización del sufragio en países en los que el sufragio era limitado; en la lucha en favor de la democracia en países donde no había democracia; en la lucha en favor de los derechos sociales de la mayoría allí donde los derechos sociales eran ignorados u otorgados sólo a una minoría. Muchas de esas personas anónimas, en España y en Grecia, en Italia y en Francia, en Inglaterra y en Portugal, y en tantas otras partes

del mundo, no tuvieron nunca ningún poder, ni tuvieron nada que ver con el estalinismo, ni oprimieron despóticamente a otros semejantes, ni justificaron la razón de Estado, ni se mancharon las manos con la apropiación privada del dinero público. Al decir que el Libro blanco del comunismo está por ser reescrito, no estoy proponiendo la restauración de una vieja leyenda para arrinconar o hacer olvidar otras verdades amargas contenidas en los Libros Negros. No es eso. Ni siquiera estoy hablando de inocencia. Como sugirió Brecht (1998) en un poema célebre, tampoco lo mejor del comunismo del siglo XX, el de aquellos que hubieran querido ser amistosos con el prójimo, pudo, en aquellas circunstancias, ser amable. La historia del comunismo del siglo XX tiene que ser vista como lo que es, como una tragedia. El siglo XX ha aprendido demasiado sobre el fruto del árbol del Bien y del Mal como para que uno se atreva ahora a emplear la palabra 'inocencia' sin más. Hablo, pues, de justicia" (Fernández Buey, 2009).

El fracaso del proyecto "comunista histórico" –para utilizar las palabras de Bobbio– es solo el fracaso del proyecto "comunista histórico". Nada más que eso. No es el derrotero de la izquierda, ni el del comunismo occidental, mucho menos el del socialismo democrático. Si la familia de la izquierda quiere dar respuestas a esta crisis precisará algo más que autoflagelación. Precisará recuperar la tradición de unidad y de los Frentes Populares. Precisará unificar esfuerzos entre la socialdemocracia y ese "otro comunismo", democrático y antiestalinista. Precisará un programa para un socialismo democrático y al mismo tiempo, radical.

En la última década del siglo XX, Eric Hobsbawm decía con justeza que: "Los socialistas están ahí para recordar al mundo que la gente, y no la producción, es lo primero. La gente no debe de ser sacrificada. No una clase especial de gente –los inteligentes, los fuertes, los ambiciosos, los guapos, los que un día pueden hacer grandes cosas, o incluso los que sienten que sus intereses personales no son tenidos en cuenta en esta sociedad–, sino todos. Especialmente los que son simplemente gente sencilla, no muy interesante, 'simplemente ahí, para reunir las cifras', como solía decir la madre de un amigo mío. Como dice un personaje en el pasaje más conmovedor de *La muerte de un viajante*, de Arthur Miller, que es sobre una persona exactamente igual de mediocre y bastante inútil: 'Se debe prestar atención. Se debe prestar atención a ese hombre'. Para ellos es y de ellos trata el socialismo. El futuro del socialismo reside en el hecho de que la necesidad del socialismo sigue siendo tan grande como siempre, aunque la razón de ello no es la misma que era en ciertos aspectos. Reside en el hecho de que el capitalismo todavía genera contradicciones y problemas que no puede resolver, y eso crea tanto la desigualdad (que se puede mitigar con reformas moderadas) como la inhumanidad, que no se puede mitigar. Si el fracaso miserable y merecido de los sistemas socialistas de tipo soviético no hubiera llenado los

titulares en 1989 y 1990, habría menos anuncios comerciales sobre lo maravillosamente bien que le va al capitalismo en estos días. No le va bien. Ha regresado a un mundo de hambre y guerra. E incluso donde no está ocasionando la ruina visible, como en zonas de Latinoamérica y África, no es tan bueno como la gente dice. Como dijo J. K. Galbraith cuando Europa oriental era todavía nominalmente socialista: 'Es un hecho inexorable pero totalmente inquebrantable que nadie en busca de una vida mejor se vaya de Berlín Oriental al sur del Bronx'. Los problemas del mundo no los pueden resolver ni la socialdemocracia –o por lo menos la socialdemocracia existente en Suecia y quizá en Austria, que todavía corresponde a su nombre– ni la 'economía social de mercado'" (Hobsbawm, 1993).

No sabemos cómo se resolverán esos problemas. Solo sabemos que todavía están presentes. En términos marxistas, la situación objetiva está allí: la crisis del capitalismo. El desafío es construir el sujeto histórico capaz de resolver esa crisis en términos positivos; de un salto adelante de la humanidad.

Referencias Bibliográficas

Alonso, Alejandro L.: *La tercera vía: falacia o alternativa*, Buenos Aires, Longseller, 2001.

Bernstein, Eduard: Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia, México D.F., Siglo XXI Editores, 1980.

Bobbio, Norberto: *¿Qué socialismo?*, Madrid, Plaza & Janés, 1983.

– "La utopía al revés", en Blackburn, Robin, *Después de la Caída*, Barcelona, Crítica, 1993.

Callinicos, Alex: *Contra la tercera vía: una crítica anticapitalista*, Barcelona, Crítica, 2002.

Crosland, Anthony: "La socialdemocracia en Europa", en *Nueva Sociedad*, N° 23, Buenos Aires, 1976.

Duverger, Maurice: Carta abierta a los socialistas, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, Colección Novocurso, *1976.*

Engels, Friedrich: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, México D.F., Editorial Argo, 1965.

Fernández Buey, Francisco: *Marx (sin ismos)*, Barcelona, El Viejo Topo, 2009.

– "Contribución a la crítica del programa socialdemócrata de 1891", en *Marx y Engels Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1974.

Giddens, Anthony: *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, México D.F., Editorial Taurus, 1998.

– *La tercera vía y sus críticos*, Madrid, Editorial Taurus, 2001.

Gramsci, Antonio: Antología, Buenos Aires, Siglo XXI Ediciones, 1998.

Goldschmidt, A.: *Fundamentos económicos de la sociedad capitalista*, Santiago de Chile, Ediciones Fuente Cultural, 1931.
Guerín, Daniel: *Rosa Luxemburgo y la espontaneidad revolucionaria*, Buenos Aires, Terramar, Colección Utopía Libertaria, 2007.
Hobsbawm, Eric: "Fuera de las cenizas", en Blackburn, Robin, *Después de la Caída*, Barcelona, Crítica, 1993.
Ingrao, Pietro: *Indignarse no basta*, disponible en Portal Digital Rebelión, 2010.
Jaures, Jean: Socialismo y libertad, Buenos Aires, *Editorial Dedalo*, 1961.
Kautsky, Karl: *Terrorismo y comunismo*, Buenos Aires, Ediciones Transición, 1956.
– *El camino al poder*, México D.F., Grijalbo, 1968.
Laski, Harold Joseph: *El Estado en la teoría y en la práctica*, Madrid, Reus, 2008.
Lenin, Vladimir Ilich: Obras escogidas, Moscú, Editorial *Progreso*, 1981.
Luxemburgo, Rosa: Obras Escogidas, Buenos Aires, Ediciones *Pluma, 1976.*
– *Crítica de la revolución rusa*, Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1972.
Mandel, Ernest: Lecciones de mayo 1968 en Paris, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1970.
Marx, Karl: *El Capital*, México D.F., *Fondo* de *Cultura Económica*, 1959.
– *La guerra civil en Francia*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968.
– *Sobre la cuestión judía*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2004.
Marx, Karl y Friedrich Engels: *Obras Escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1974.
– *Sobre prensa, periodismo y comunicación*, Madrid, Taurus, 1987.
– *Manifiesto Comunista*, Barcelona, Crítica, 1998.
– *La Ideología Alemana*, Buenos Aires, Santiago Rueda Editores, 2005.
Mattick, Paul: Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta, México D.F., Ediciones Era, 1975.
Milliband, Ralph: "La crisis de los regímenes comunistas", en Blackburn, Robin, *Después de la Caída*, Barcelona, Crítica, 1993.
Pannekoek, Anton: *Los Consejos Obreros*, Bilbao, Zero Ediciones, 1976.
Pico, Josep: Los límites de la socialdemocracia europea, México D.F., Siglo XXI Editores, 1992.
Roselli, Carlo: Socialismo liberal, Buenos Aires, *Americalee, 1944.*
Rubel, Maximilien: Karl Marx. Ensayo de biografía intelectual, Buenos Aires, Paidós, 1970a.
– *Páginas escogidas de Marx* para una *ética socialista*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970b.
Trotsky, León: *Terrorismo y comunismo: (El Anti-Kautsky)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1977.
Vázquez Montalbán, Manuel: *Panfleto desde el planeta de los simios*, Barcelona,

Crítica, 1995.

1. Reproducido de Rubel (1970b).
2. Artículo publicado en el *New York Daily Tribune*, reproducido en Marx y Engels (1974).
3. Reformista francés del siglo XVIII.
4. En *Presente y futuro del socialismo democrático*. Programas y estudios de los partidos socialistas europeos. Editorial Bases, Buenos Aires, 1960.
5. Ibidem.
6. Ibidem.
7. Ibidem.

Sobre los autores

Mario Bunge, hijo del diputado socialista Augusto Bunge, nació en Buenos Aires en 1919, se doctoró en ciencias físicomatemáticas y fue profesor de física y de filosofía en universidades argentinas y norteamericanas. Es autor de unos 80 libros, algunos de los cuales han sido traducidos a diez lenguas. Sus obras principales son *Causalidad*, *La investigación científica*, *Foundations of Physics*, *Treatise on Basic Philosophy*, en 8 volúmenes (en curso de traducción al castellano), *Filosofía de la psicología*, *Las ciencias sociales en discusión*, *Filosofía política*, *Matter and Mind*, *Evaluating Philosophies* y *Filosofía para médicos*. Fundó la Universidad Obrera Argentina y tres asociaciones académicas; es miembro de cinco academias y recipiente de 19 doctorados H.C., así como del Premio Príncipe de Asturias. Fue becario Ernesto Santamarina, Humboldt, Guggenheim y Killam. Fue profesor visitante en doce universidades en tres continentes y es profesor emérito en McGill University, Canadá, donde enseñó de 1966 a 2009. Está casado con la matemática Marta Cavallo Bunge, también profesora emérita, y tiene cuatro hijos –Carlos, Mario (h), Eric y Silvia– nueve nietos y once bisnietos. Desde 1985 ha visitado Buenos Aires casi todos los años.

Carlos Gabetta acaba de cumplir 50 años de ejercicio del periodismo. Nacido en 1943 en Rosario; "autodidacta con secundario e inglés aprobado" –como él mismo se define– se ha especializado en el análisis político y social. En la Argentina fue director del semanario *El Periodista* (1984/88) y de *Le Monde diplomatique* edición Cono Sur (1999/2011). Vivió en varios países: México, Francia y España. En París trabajó en la Agence France Presse y fue jefe de la sección Latinoamérica del semanario *Politique Hebdo*. En Madrid fue columnista del diario *El País* y en Barcelona director de *cuatroSemanas* y *Le Monde diplomatique*. Además de colaborar regularmente con diversos medios internacionales, ha pronunciado conferencias en Argentina, Francia, España y México y dictado cursos de periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de Santiago de Compostela, España. Lleva publicados doce libros, en Francia, España y Argentina. En cuanto a sus ideas y militancia políticas, se declara republicano y socialista, o socialista-republicano, habiendo pasado por una juvenil adhesión más o menos crítica, pero adhesión al fin, al marxismo-leninismo revolucionario armado. Concretamente, fue miembro de los servicios de inteligencia del Ejército Revolucionario del Pueblo, brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores. De aquellos sueños y luchas conserva una reivindicación ética

y moral sin fisuras. Resume este aspecto en lo que le dijo un amigo de esos tiempos sentado a la mesa de un bar, refiriéndose a la militancia de casi todos los jóvenes en esos años de dictadura: "sabés que pasa Carlos, en esta época, el que no anda en algo es porque no tiene corazón". Pero también ha hecho, a la luz de los resultados y de la experiencia posterior, un análisis político muy crítico, no solo de lo utópico, absurdo incluso, de aquellas propuestas para el momento histórico y la sociedad concreta en la que se actuaba, sino de lo que hubiese podido resultar de su eventual victoria. Pero ese será motivo de otro libro, quizá algún día.

Josep Fontana nació en Barcelona, en 1931. Su padre era propietario de una librería. Estudió en esa ciudad, donde se licenció en Filosofía y Letras, sección Historia, por la Universidad de Barcelona en el año 1956. En 1970 se doctoró en Historia por la misma universidad. Es uno de los historiadores de más prestigio de España. Fue alumno de Jaime Vicens Vives y Ferrán Soldevila. Sus principales corrientes de investigación son la historia económica, la historia española del siglo XIX y la historia de la hacienda. Fue militante del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) desde 1957 hasta principios de la década de 1980. Fundador del Instituto Universitario de Historia Jaume Vicens Vives de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, dirigió este centro de investigación hasta su jubilación en 2001. En esta universidad impartió clases de *Introducción a la Historia*, así como en el programa de Doctorado. Ha enseñado historia económica y contemporánea en las universidades de Barcelona, Valencia y Universidad Autónoma de Barcelona. Como profesor invitado en América Latina, ha dado cursos y conferencias en instituciones universitarias de México, Colombia, Ecuador, Perú, Brasil, Chile y Argentina, donde recibió el doctorado *honoris causa* por la Universidad Nacional del Comahue. En 2006 recibió el premio Creu de Sant Jordi y en 2007 el primer Premio Nacional a la Trayectoria Profesional y Artística concedido por la Generalidad de Cataluña. En 2011 recibió el doctor honoris causa por la Universidad de Valladolid y en 2013 fue investido doctor honoris causa por la Universitat de Girona. Ha sido colaborador de las revistas de historia *Recerques* y *L'Avenç*. Entre sus publicaciones se destaca *Introducción al estudio de la historia*, *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)*, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, *La crisis del Antiguo Régimen*, *La historia después del fin de la historia*, *Europa ante el espejo*, *España bajo el franquismo*, *Hacienda y Estado 1823-1833*, *El futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos de siglo.*

Antoni Domènech nació en Barcelona en 1952, estudió filosofía y derecho en la Universidad de Barcelona y filosofía y teoría social en la Universidad

Goethe de Francfort y en el Instituto de Filosofía de la Universidad Libre de Berlín. Catedrático de filosofía de las ciencias sociales y morales en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, ha sido profesor invitado en el Centro para el análisis económico-social de la École des Ponts et Chausées de París (1990-1991) y en el Instituto de filosofía y ciencias del espíritu de la Philipps-Universität de Marburgo (2003-2004). Conferenciante invitado en numerosas universidades europeas (Oxford, Paris-Jussieux, Louvain la Neuve, Turín, Marburgo, etc.) e iberoamericanas (Buenos Aires, México, Lima, Santiago de Chile, Bogotá, Universidad del Amazonas). Autor de muchos trabajos publicados en diversas revistas académicas (como *Arbor, Das Argument, Isegoría, Révolution française, Basic Income Studies, Revista Internacional de Filosofía Política, Sistema, La balsa de la medusa, etc.*) sobre temas de sus especialidades académicas: teoría formal de la racionalidad, filosofía del derecho y de las ciencias sociales, teoría política normativa e historia de las ideas y de los conceptos políticos. Cofundador de varias revistas de filosofía y crítica cultural, actualmente, es el editor general de la revista política internacional *SinPermiso* (www.sinpermiso.info). Ha publicado en castellano dos libros de investigación filosófica e histórica: *De la ética a la política. De la razón erótica a la razón inerte*, y *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*.

Antonio Gutiérrez Vegara nació en Orihuela, Alicante, en 1951. Allí comenzó su militancia en el Partido Comunista de España. Luchador antifranquista, fue arrestado a los 17. Vivió clandestinamente en Salamanca y en Valladolid. En esa ciudad participó en la creación y extensión de las Comisiones Obreras por toda la región y formó parte del Secretariado Confederal Estatal en la ilegalidad. Durante la transición democrática fue despedido de sucesivas empresas tras diversos movimientos huelguísticos. Elegido de nuevo para el Secretariado Confederal de CC.OO. en el primer congreso en legalidad (Junio 1978). En el IV Congreso (noviembre de 1987) fui elegido secretario general y reelegido durante tres mandatos que se impuso a si mismo como límite. En 2004, invitado por José Luis Rodríguez Zapatero a participar en las elecciones generales de Marzo, fue elegido diputado por la circunscripción de Madrid en la candidatura del PSOE, como independiente. Presidió la Comisión de Economía y Hacienda del Congreso de los Diputados durante dos legislaturas, 2004/08; 2008/011. Discrepó abiertamente de la Reforma Laboral de 2010 y votó en contra de la Reforma de la Constitución de Agosto de 2011, renunciando acto seguido Parlamento. Volvió a su trabajo, del que estaba en excedencia por cargo público, asignándosele al área de estudios. Afectado por el último Expediente de

Regulación de Empleo de Bankia (entidad que englobó a Cajamadrid y a otras seis entidades más pequeñas) acaba de ser despedido y debió pasar al desempleo a partir de agosto de 2013.

Mariano Schuster nació en Buenos Aires en 1985. Es periodista y escritor. Actualmente se desempeña como Jefe de Redacción del periódico de izquierdas *La Vanguardia*, ligado al Partido Socialista. Ha sido expositor en el II Congreso Internacional de Filosofía de la Historia (UBA) y en las V Jornadas Nacionales de Filosofía y Ciencia Política (Universidad Nacional de Mar del Plata), entre otros. Ha publicado, en compilaciones, los textos *Postmodernidad, Marxismo e Historia. Entre el sinsentido y el sentido de la praxis, La vigencia de Cándido y Prometeo: apuntes sobre la actualidad de la izquierda democrática* y *Las inconducentes nostalgias de la postmodernidad.*